

GABRIEL ÁNGEL

A QUEMARROPA

*¡Voluntarios,
por la vida, por los buenos,
matad a la muerte, matad a los malos!
Hacedlo por la libertad de todos...*

César Vallejo

NOTA DEL AUTOR

Tanto la historia en sí, como la escritura de A QUEMARROPA nacen en medio de la guerra. Los hechos que narra se desarrollan teniendo como fondo sucesos que precedieron y siguieron a la ruptura del proceso de paz en Casa Verde, si bien el escenario y los protagonistas principales se encuentran en la Sierra Nevada de Santa Marta y sus poblaciones circundantes. Fue escrita en el año 2003, en las selvas del sur del país, luego de la ruptura de otro frustrado proceso de paz, el del Caguán.

Es evidente que existe una semejanza asombrosa entre uno y otro acontecimiento. La guerra integral se llama hoy política de seguridad democrática, la confrontación se agiganta y la participación directa de los Estados Unidos crece con los más diversos pretextos. Los funcionarios del régimen y su propaganda, afirman que la insurgencia se halla desmoralizada y derrotada, idea que los medios de comunicación reproducen sin cesar, creando victorias virtuales existentes tan sólo en las mentes enfermizas de los altos mandos militares y los intereses que los patrocinan.

Hasta una ridícula comedia de rendición y entrega de los grupos paramilitares, hoy elevados por el Estado que paradójicamente los creó y sostiene, a la romántica categoría de combatientes alzados en armas, pretende nuevamente borrar el carácter criminal y despiadado de las bandas de asesinos, cuyo

propósito siempre ha sido aniquilar, a traición y sobreseguro, a la población civil inerme que simpatiza con la rebeldía.

Hay una historia nacional que no se escribe, una literatura nacional que no se hace. Sólo los hacedores de una y otra, que trabajan para reproducir las conveniencias de los poderosos de aquí y el exterior, son reconocidos como autores respetables. Todo el Establecimiento los celebra, pese a los ocasionales arranques de irreverencia asumidos por algunos de ellos. Siempre resultan inofensivos y al mismo tiempo ayudan a reforzar el aire de tolerancia que interesa aparentar. Es necesario contar lo que ocurre en verdad. Es eso lo que intentamos hacer, aunque no obtengamos el visto bueno del poder.

Nuestro país y nuestro pueblo son una avalancha de millones de mujeres y hombres que luchan diariamente por sobrevivir, que trabajan en cualquier cosa, que sufren, que sueñan. Que durante quinientos años han derramado su sangre y la siguen derramando, por causa de tener su propia idea de la justicia. Una idea que jamás ha sido coincidente con la que tienen los que mandan, los mismos que a su vez han detentado siempre la fortuna.

A QUEMARROPA es apenas un episodio de esa larga historia. Sus protagonistas son seres del pueblo raso, gente común y corriente que asume un papel protagónico en la construcción del futuro. En ella hay un mundo de recuerdos y un universo de sueños. Es tanta la gente que no debió morir, que vale la pena

escribir acerca de ella. Tal vez así logremos prolongar su vida hasta la eternidad.

Gabriel Ángel

4 de Octubre de 2003

Para Amanda nunca fue motivo de tanta preocupación ocupar el cargo de directora de la Casa de la Cultura, como ahora que recibía aquella inesperada invitación. Le estaban pidiendo que presentara en la Sierra su montaje predilecto, dentro de una serie de actos que tenían por objeto festejar un aniversario más de la existencia de las FARC. No es que ella fuera enemiga de la guerrilla, no había tratado ninguna cuestión con ellos además, pero su instinto le decía que era muy peligroso acudir a un evento de esa naturaleza. Sin embargo, frente a ella se hallaba el simpático concejal elegido por las comunidades campesinas del área rural de La Concepción, cuya intervención había resultado definitiva un año atrás para que ella fuera nombrada en el cargo. Era difícil decirle que no a alguien que sabía pedir las cosas con tanta sencillez y cariño, más cuando se le debía un favor importante. Le había dicho que no quería engañarla y que a la vez confiaba sobremanera en ella, como para temer que fuera a divulgar la verdadera naturaleza del acto que iba a celebrarse el último domingo del mes en Santa Clara. Pero podían arreglarlo de esta forma. Como se acercaba el día del campesino, se podría organizar una especie de gira por los corregimientos, cada fin de semana a uno distinto. Esa sería la cobertura para subir a la Sierra. Si después se sabía, como era de esperarse, que su presentación había concurrido con la conmemoración organi-

zada por los guerrilleros, nadie iba a sacarlos de la versión de la casual coincidencia. Además, él personalmente, iba a conseguir que el alcalde autorizara el desplazamiento y los viáticos dentro de las actividades normales en beneficio de la cultura. Todo lo que tenía que hacer era acudir como si no supiera absolutamente nada. Para eso era preciso desde luego que no le hablara del asunto a nadie, ni siquiera a los miembros del grupo de teatro, entre menos gente supiera sería más seguro. Marín lo veía todo tan fácil. *No debía abrigar el menor temor, de hecho aunque no lo supiera, en ninguna presentación que hubiera realizado antes en ningún lugar, había gozado de la seguridad que iba a tener allá arriba.* No había forma de negarse, pero en verdad, pese a todas esas frases tranquilizadoras, el compromiso le inspiraba miedo. A alguien se le podía ocurrir la afirmación de que ella tenía vínculos con la guerrilla, y eso, indudablemente, le podía ocasionar serios problemas. Los tiempos no estaban para andar presumiendo de tener un pensamiento de avanzada. Por eso puso una condición para aceptar la invitación. Iba a mencionarle el asunto al capitán Cárdenas, el jefe del Distrito de Policía. Desde luego que no le diría todo, sólo le contaría que iba a subir con el grupo de teatro hasta Santa Clara, en cumplimiento de un programa de visitas a los corregimientos con ocasión de la fiesta del campesino. Le diría que la asustaba asistir a un lugar calificado como el nido de los guerrilleros. Y nada más. Al obrar así, sentiría que de algún modo sus espaldas quedaban cubiertas. Marín estuvo de acuerdo, y más aun, le prometió que también él hablaría con el capitán para enterarlo del asunto.

La edad el capitán Cárdenas era mucho mayor al promedio que solían tener los otros oficiales de su mismo grado. Se aproximaba a los cincuenta, sus cabellos eran grises y estaba afectado de una mediana obesidad. En compensación a su atraso en la carrera policial, derivado de un problema que tuvo muchos años atrás con un superior que lo agredió y que terminó sin dientes y noqueado en el pavimento del patio de una estación, del cual sólo vino a librarse muchos años después, ostentaba el título de abogado, obtenido tras varias interrupciones ocasionadas por los traslados de una ciudad a otra. Pero salvo algunas ocasionales defensas a policías involucrados en consejos de guerra, estaba dedicado por entero a su actividad policial. Le fascinaba su trabajo, hasta el punto de que una de sus mayores frustraciones la constituía el hecho de no haber podido alcanzar las insignias de coronel, máxima aspiración de todo joven oficial consciente de que a general sólo llegaba un puñado de privilegiados. Lo que le había dejado su paso por la Universidad era una visión más amplia de las cosas, unos modales más decentes para tratar los problemas, y a su juicio, una razón para ser perseguido dentro de la institución. No logró ser vinculado a la carrera judicial como auditor de guerra o juez penal militar, cargos que le habrían damnificado en parte su retraso en la jerarquía, ni pudo conseguir que lo nombraran en algún cargo administrativo de importancia. Fue como si el estudio no le hubiera servido para nada. Entre el círculo de sus más íntimos corría la versión de que en la Policía no gustaban de los que estudiaban, les buscaban la caída o les hacían la vida difícil para obligarlos a

pedir la baja. En su fuero interno el capitán Cárdenas estaba convencido de eso. Durante toda su vida policial siempre estuvo destinado a vigilancia. Desde hacía varios años lo habían nombrado comandante del Distrito de La Concepción, que además del mando sobre ese municipio, lo hacía superior inmediato de una serie de puestos policiales ubicados en poblaciones circundantes. Él era el hombre de confianza de un sinnúmero de propietarios de grandiosas haciendas ganaderas, ubicadas en la inmensa sabana que se extendía desde el piedemonte de la Sierra hasta el límite del departamento en el río Magdalena. Y serlo significaba hacer ostentación de una férrea oposición a la presencia e influencia de cualquier movimiento que oliera a subversión en la zona. Por eso le había afectado mucho que su propio hijo, el mayor, el de los primeros sueños con relación a su brillante futuro, hubiera aparecido mezclado en un asunto sucio precisamente relacionado de alguna manera con una de esas organizaciones. El cabo González se lo advirtió antes de que lo detuvieran. El caso era que estaba colaborándole a unos guerrilleros del ELN, para que le echaran mano a un ganadero de la región, a fin de cobrarle una importante suma por el rescate. Casi le da un infarto, pero se movió rápido y logró no solamente evitar el hecho, sino sacar a su hijo del enredo sin que se fueran a hacer públicos los pasos en que andaba. Lo peor era que lo había hecho movido por la simple ambición de un dinero. Su propio hijo era un calavera, un bueno para nada, pese a todos sus esfuerzos por hacer de él, como se decía en la institución, un ciudadano de bien. Y su mayor desgracia era que el muchacho, siempre pendiente de las cosas fáciles y los vicios,

parecía haberse edificado su manera de ver la vida, como una especie de rebelión contra todo lo que él significaba. En medio de las fuertes discusiones que con frecuencia tenían, un día el muchacho, de veinte años apenas, le había disparado como reproche que de qué moral hablaba él, de qué decencia, de qué dignidad, si se había vuelto viejo sirviéndole a una institución que siempre le había hecho la guerra y le había negado la oportunidad de ser algo más que un triste jefe de policía en un infierno de pueblo. Por eso acostumbraba decir que por lo regular los hijos de los policías, los que habían crecido entre los uniformes y las revistas, entre los cuarteles y la casa, resultaban siendo los peores enemigos de ella. Cuando Amanda terminó de contarle el motivo que la llevaba allá, en los términos en que le había prometido a Marín, el capitán, sentado en su despacho, se había rascado la cabeza en señal de preocupación. Claro que Santa Clara era el mayor nido de guerrilleros. Él había intentado halagar a sus pobladores en el último Diciembre, obsequiándoles con destino a sus niños, un arrume de juguetes con motivo de la navidad. Desde luego que no se había atrevido a subir hasta allá. Pero los había mandado a citar a Los Gavilanes, una de las haciendas del piedemonte, en donde tenían una vaca asada y mucha cerveza para agasajarlos en señal de amistad. Ni una sola familia quiso bajar. Unos porque eran de la guerrilla y otros porque les había dado miedo de la reacción que esta tomara contra ellos. Las cosas que se inventaban, llevarle teatro y cultura a una manada de patanes que ni siquiera iban a entender qué era lo que les presentaban. Pero le agradecía que hubiera tenido la amabilidad de informarle. Lo único que podía recomendarle era

que no se demorara por allá, si podía regresarse el mismo día sería mucho mejor. Y por sobre todo, era mejor que no se hiciera amiga de nadie. Quién sabe en qué líos la podían meter el día de mañana. Ahora bien, si tuviera la misma amabilidad de visitarlo cuando volviera, para comentarle cómo le había ido y qué cosas dignas de mencionar había visto, le quedaría doblemente agradecido. En la noche, cuando se encontró con el concejal Marín en el palacio municipal, éste, como si de repente hubiera recordado algo al verlo, se le acercó, lo saludó y le dijo que quería comentarle un asunto. De pie en el corredor, le había hablado de la gira del grupo de teatro por los tres corregimientos de La Concepción y de su inicio el último domingo del mes en Santa Clara. Con relación a esto último, quería pedirle el favor de que le ayudara a tranquilizar a la directora del grupo, quien se había mostrado muy nerviosa ante la posibilidad de subir a la Sierra. Había hablado con ella y si él estaba dispuesto, pensaba recomendarle que lo visitara en el Comando para que hablaran. El capitán Cárdenas trataba al concejal Marín con una cortesía casi diplomática. Los dos se trataban así. En un comienzo había pensado en hallar la manera de empapelarlo para meterlo a la cárcel como auxiliar de los guerrilleros. Pero estaba de por medio un asunto de política nacional derivado de las conversaciones del gobierno con la insurgencia. No faltaron los ganaderos que se habían inclinado más bien por su eliminación física. Pero al fin había pesado una opinión mayoritaria en el sentido de dejarlo hacer, tal vez se cayera por sí solo. Al menos por un tiempo. Mientras tanto debían llevarlo con tacto. Él había sido elegido con los votos que lograba conseguir la

guerrilla en la Sierra para la Unión Patriótica, su nuevo movimiento político, era innegable que estaba vinculado con ella. Además era de allá, de Santa Clara. Pero si se hacía ostensible la persecución contra él, o si resultaba muerto, quién sabe qué fatales consecuencias podrían esperarse del lado de los bandidos. Se trataba de dar una oportunidad, hasta donde se pudiera, después de todo Marín también podía jugar un papel. Aunque jamás lo reconocía en público, era evidente que era una especie de vocero público de la guerrilla en La Concepción, alguien que podía servir como intermediario, como amigable componedor en algunas situaciones que podían interesar a los hacendados. Por su parte, el capitán no dejaba de preocuparse por lo que Marín pudiera hablarles de él a los guerrilleros de la Sierra. Era mejor tenerlo de amigo. Un hombre como Marín podía hacerlo matar. Claro, los guerrilleros siempre pensarían en matarlo, con Marín o sin él, pero si Marín daba buenas referencias de él, podían pensar algo distinto. Ser policía era un problema, y él no se creía invulnerable como otros, como el teniente que comandaba la contra-guerrilla, por ejemplo, que vivía implorando hallarse frente a frente con los subversivos para acabarlos de una vez por todas a plomo. Era joven e inexperto. Él no lo contradecía, pero no compartía su confianza. *Después que la guerrilla se le ponga a la pata a uno para matarlo, lo más seguro es que lo mata.* Por eso estaba de acuerdo en entenderse con Marín y aparentar su respeto total a las decisiones políticas del gobierno. Con una cordial sonrisa de por medio, confesó al concejal que Amanda ya había estado en su despacho y le había comunicado sus aprensiones. Que él le había hecho algunas recomen-

daciones y que creía que iba a subir un poco más tranquila. Después le había preguntado si él también iba a estar presente. Marín le respondió que sí, los campesinos de Santa Clara eran sus electores y no podía fallarles en su día.

José Marcos poseía un excelente sentido del humor. A toda hora estaba jugándose bromas con sus compañeros y a su alrededor siempre había un corrillo de muchachas y muchachos que reían a carcajadas. Tenía veinticinco años y desde hacía tres formaba parte de las filas guerrilleras en la Sierra. Provenía de la capital del departamento, en donde durante su adolescencia había militado en las filas de la juventud comunista, aprendiendo las artes de la agitación política revolucionaria. Luego de terminar sus estudios de secundaria, en los cuales se destacó por su habilidad natural para el teatro, había comenzado a trabajar como obrero, primero en los ferrocarriles, luego en el puerto y por último en la envasadora de gaseosas. Allí volvió a sus andanzas políticas. Esta vez no fue en las filas comunistas, sino en Causa Caribe, el movimiento cívico que dirigía un joven abogado, Marcos Sánchez Castellón, cuyas inclinaciones de izquierda eran evidentes pero nada ortodoxas, con serios reparos al modelo de la Unión Soviética y marcado énfasis en los aspectos culturales regionales. Su estilo y personalidad lo subyugaron. Cuando el movimiento cívico, luego de un debate interno, se adhirió a la nueva organización nacional, la Unión Patriótica, José Marcos pudo conocer a las FARC y se sintió profundamente atraído por la lucha armada. A partir de entonces comenzaron las divergencias con su jefe político. Éste consideraba que no podía

despreciarse el espacio público de la vida legal para ingresar a la guerrilla, menos cuando el proceso histórico señalaba un regreso de las organizaciones armadas hacia la política abierta. José Marcos en cambio era escéptico con el proceso de paz, alegaba que en la historia de este país, cada vez que los rebeldes abandonaron las armas, el pueblo resultó después acribillado y la oligarquía siguió tranquila como siempre. Los hechos parecieron darle la razón, cuando comenzaron los asesinatos de los dirigentes de la Unión Patriótica. Él no iba a esperar que lo mataran llegando a su casa una noche cualquiera, le dijo a su jefe y tomó entonces el camino de la Sierra. Como si se hubiera tratado de una profecía, Marcos Sánchez Castellón, su inspirador, cayó abaleado en el centro de la ciudad unos meses después dentro de la ola nacional de crímenes que se extendía ahora también a la costa. José Marcos agregó su nombre al de José, el seudónimo que había escogido inicialmente en memoria de su padre. Y ya nunca más tuvo dudas. Para entonces su convencimiento sobre la justeza del camino adoptado, se reforzaba con lo vivido en las filas rebeldes. Recibió su instrucción básica política y militar en un cursillo junto a otros veinte muchachos nuevos. Y por fuerza de la práctica aprendió a soportar la dura vida en las montañas, tan distinta a la que conoció en las orillas del mar. Como era de esperarse, al poco tiempo tuvo oportunidad de participar en combates contra el Ejército. Allí se las arregló para defenderse con un FAL de infantería, un fusil pesado y largo que al disparar retumbaba con la fuerza de un trueno, y tuvo oportunidad de descubrir el verdadero sentido de la fuerza guerrillera, unos cuantos hombres y mujeres que hacían frente a

auténticas manadas de tropa y lograban salir bien librados, sólo porque poseían la decisión y la disciplina suficientes para batirse con ellas y conocían bien la forma adecuada de pelearles. Allá en la ciudad, los del pueblo raso siempre estaban desarmados en los movimientos de protesta, y desde niños habían visto llegar a la Policía o al Ejército fuertemente aperrechados y amenazantes. La imagen de los huelguistas de Ciénega, vivía incrustada en la memoria de la gente, así como el hecho de que no hubiera pasado nada con los responsables, pese a las aplastantes denuncias de Jorge Eliécer Gaitán en la Cámara de Representantes. El pueblo siempre perdía, chocara o no con los militares. En su mente había echado raíces el miedo. Era mejor no involucrarse en esas cosas porque lo único que se ganaba uno era que lo mataran. Las fuerzas regulares solían obrar con la seguridad de quien se sabe intocable, el comportamiento de sus mandos rayaba en la arrogancia y en conjunto, su labor represiva tenía como común denominador la brutalidad, todo el mundo tenía que obedecerlas y temerlas. En la ciudad se vivía humillado. Acá era muy diferente. Unos cuantos hombres, diez o cinco, tres, a veces uno, bastaba con que estuvieran bien apostados, podían poner en jaque a un número muchísimo mayor de soldados, incluso hacerlos retroceder espantados. Aquí se sentía de verdad el significado de ser libre, igual a los demás, ningún poder, por fuerte y presuntuoso que fuera, podía pisotear una fuerza así, un pueblo debidamente organizado y armado era invencible. Desde ese momento su sueño fue otro. El ver llegar un día a las filas guerrilleras a centenares de hombres y mujeres del pueblo, a miles de ellos. El día que eso sucediera, la victoria

sería definitiva. Con ese ánimo emprendió las tareas de organización política que se cumplían en forma paralela o alternativa a los combates. Otra experiencia más, las masas de la guerrilla, ese inmenso caudal de mujeres y de hombres del campo que simpatizaban y colaboraban abiertamente con la organización armada, de manera pública en muchas ocasiones, que no ocultaban para nada su militancia, que se ponían al frente de sus comunidades, se movilizaban con ellas a exigir solución a sus problemas, que se convertían en sagaz multitud de ojos y oídos con el propósito de proteger las comisiones guerrilleras, que aceptaban de buen grado los tipos de organización comunal propuestos por la insurgencia y los ponían en práctica, felices de contar por vez primera con un orden de cosas que hacía más grata su existencia aun en medio de la pobreza, toda esa gente que quería a la guerrilla y en muchos casos daba la vida por ella, que hacía suyas sus banderas políticas y trabajaba por su materialización, eran el más hermoso aliciente para trabajar con ahínco por la revolución. Los habitantes de la ciudad temían leer un boletín clandestino de la organización, temblaban ante la sola idea de asistir a una reunión de carácter conspirativo, sentían pavor a organizarse con otros para luchar por vías no legales, estaban dominados al extremo por la fuerza y la propaganda del poder. Además allá había mucho farsante, individuos que posaban de ser muy duros, de estar metidos en cosas serias, embusteros a granel que se aprovechaban de la buena fe de muchos ingenuos, cuando no era que estaban al servicio del enemigo. Por eso no había el calor humano masivo que descubrió en el campo, donde como paradoja la gente era más libre, más dueña de

sus actos que en esas cárceles de ladrillo, vidrio y cemento en donde había que aceptar sin la menor discusión el orden impuesto por los poderosos. En ocasiones se llegaba a áreas donde no había puesto un pie la guerrilla y entonces sus superiores ordenaban un trabajo gradual. Una comisión de dos o tres guerrilleros debía recorrer una a una las casas de toda la vereda, familiarizarse con el personal, tomando nota de sus características y condiciones, explicándoles con paciencia qué era la organización y por qué y por quiénes luchaba. Después había que entrar a organizar de acuerdo con lo estudiado. Era como ser misionero o predicador, pero no de la palabra de Dios sino de un nuevo ser supremo que se llamaba revolución y cambio. En forma simultánea y como producto de esa nueva relación, la guerrilla tenía que entrar a solucionar los problemas más inmediatos de la comunidad, los más cercanos, como el del usurero explotador, los matones de la región, los ladrones, los borrachos problemáticos, las rivalidades familiares y demás. Así ganaba el respeto y la credibilidad necesarios. José Marcos se impresionaba una y otra vez con cada nueva tarea, gracias a la sorprendente carga de novedades y revelaciones que ella traía consigo. Pero su carácter no cambiaba para nada, la risa y la bulla lo acompañaban siempre. En más de una ocasión le había visto la cara a la muerte en el pellejo de sus compañeros caídos en combate o eliminados en condiciones diversas por la Policía o el Ejército. Los días más difíciles para él fueron los de la época de la infiltración, cuando apenas tenía unos cuantos meses en filas. Aunque se vio obligado a representar un papel, no todo en su comportamiento fue actuación. Sus nervios estuvieron a punto de traicionarlo en varias

ocasiones. Se hallaban construyendo un campamento en el interior de una lejana montaña cuando fue llamado por Jaime, uno de los miembros de la Dirección del Frente, quien le confió una misión secreta. El cuerpo de mandos estaba cierto de que dentro del grupo que construía el campamento había agentes enemigos, y lo necesitaban a él para que ayudara a descubrirlos. Para ello debía comenzar a mostrarse como si anduviera desmoralizado, lanzar una que otra expresión de rebeldía y buscar ser sancionado. Sin exageraciones que pudieran resultar sospechosas, podía dejarse oír o ver llorando por ahí. Y si se le daba la oportunidad, podía manifestar en círculos muy cerrados su intención de abandonar la guerrilla como fuera. Jaime también lo instruyó sobre la forma como podía comunicarse con él sin que los demás lo notaran. José Marcos se tomó muy a pecho su tarea. Poco a poco su semblante se transfiguró, se lo veía pálido, disminuido e inquieto. Su sonrisa habitual se trocó por una mueca de inconformidad y mal humor. Incluso se hizo acreedor a una fuerte sanción por una riña originada en un asunto sin la menor importancia. Se le oía refunfuñar en voz baja cuando recibía una orden y en definitiva nada parecía agradarle. Unos días después de asumir su nuevo papel, se sentó solitario una mañana sobre un tronco, un poco a la distancia de los demás que habían subido con él a un filo en busca de un viaje de leña. Con la cabeza en las manos y mirando hacia el suelo por entre sus rodillas abiertas, era la exacta representación de un hombre desesperado. Los demás guerrilleros descendieron todos con su carga al hombro, pero uno de ellos se rezagó del grupo en forma disimulada y se le acercó. Ubicándose de pie a su lado, le pre-

guntó en tono amistoso qué era lo que le sucedía. Se trataba de Santiago, un campesino de unos diecinueve años. Como en sus mejores tiempos de actor de teatro en el colegio, José Marcos se echó a llorar y comenzó a decirle que no sabía qué hacer, estaba seguro de que el mayor error de su vida había sido ingresar a la guerrilla. Temía decírselo al mando porque era mucho lo que había insistido para que lo ingresaran. Como ya conocía tantas cosas de adentro, estaba seguro de que no lo dejarían regresar a casa, era probable que hasta lo fusilaran acusándolo de desmoralización. Santiago lo escuchó con mucha atención y luego intentó consolarlo. Le fue formulando con voz comprensiva una y otra pregunta sobre su situación, hasta el punto que el propio José Marcos dudó si no sería que ese campesino había recibido la misión de indagarlo a él para saber si también era un agente. Por un momento se sintió atrapado en un laberinto sin salida, y en ese instante su expresión debió ser de franco horror. Su interlocutor lo interpretó de otro modo y pasó a hacerle jurar que no contaría a nadie nada de lo que iba a hablarle. Cuando José Marcos lo hizo, Santiago se decidió a contarle que eran tres y que con él, si quería, podrían ser cuatro. Tenían un plan para desertar y llevarse unas armas. El jefe era *el paisa*, un guerrillero bastante jocoso que decía haber nacido en Medellín y rodado bastante por el país hasta conocer la revolución. Todo estaba bien planeado, darían un golpe de mano, matarían al mando para reclamar la recompensa que daban en el batallón, y escaparían con la mayor cantidad posible de fusiles. Les hacía falta otro hombre y lo estaban buscando. Le prometió que en el batallón les pagarían una buena plata, *el paisa* era de allá,

sargento segundo, no habría problema. José Marcos se mostró interesado, aunque algo incrédulo y escéptico, lo que terminó por generar más confianza en Santiago. Fueron muchos los argumentos que éste esgrimió con el fin de convencerlo, hasta arrancarle la promesa de que podían contar con él. Lo verdaderamente dramático ocurrió después, en el sector de los sanitarios. José Marcos se dirigía allá cuando fue sorprendido por *el paisa*, quien sin ningún preámbulo se le echó encima, rodeó su cuello con un brazo y amenazó con hundirle en la garganta el puñal que tenía en la otra mano. Le aseguró que iba a matarlo y José Marcos sintió que lo decía en serio. Era evidente que su agresor estaba dominado por la ira. Se refirió a Santiago en los peores términos por haberle revelado sus planes. No tenía por qué hacerlo, los contactos los buscaba era él. Para acrecentar su confusión, le aseguró que sabía que él no era ningún desmoralizado, sino un agente de los mandos que estaba haciendo inteligencia y que se iba a morir por eso. José Marcos no entendía cómo habría podido *el paisa* enterarse de su trabajo y estuvo a punto de confesar todo. Lo contrajo en un último instante el recuerdo del tranquilo rostro de Jaime confiándole la tarea. No, él no podía haberlo traicionado, tenía que ser una artimaña del *paisa* para sonsacarle la verdad. Entonces comenzó a llorar, no podría decir después si como una actuación o de manera sincera. Lo cierto fue que con el rostro bañado en lágrimas, le suplicó al *paisa* que no lo matara, le juró varias veces que no sabía de qué le hablaba, le repitió que él sí estaba aburrido, que estaba dispuesto a volarse y le aseguró, en medio del pánico que le inspiraba el aliento acezante del otro sobre su nuca y la punta del puñal en

su cuello, que olvidaría aquel asunto para siempre, que haría de cuenta que nunca había oído una palabra de él, que jamás informaría lo que sabía. *El paisa* pareció ceder al fin, sin que por ello bajara su tono amenazante. Le preguntó con decisión asesina en el rostro, hasta qué grado estaba dispuesto a comprometerse. Cuando José Marcos le respondió que hasta las últimas consecuencias, la presión sobre su cuello disminuyó y *el paisa* le dijo con voz suave pero cargada de determinación, que en adelante sólo él le daría instrucciones. Enseguida lo liberó y ubicándosele al frente, con el filo del puñal a un centímetro de su cara, le advirtió que si le fallaba, lo mataría sin vacilaciones de ninguna índole. Fueron varios días de tensión, mientras informaba en secreto a Jaime y éste le aseguraba que debían esperar un poco más porque necesitaban pruebas. La cuestión parecía ser mayor de lo que le habían dicho. La mañana del lunes, a la hora de distribuir las tareas, Jaime envió al *paisa* con un grupo que salía a traer madera pesada para las fortificaciones, y les ordenó dejar las armas. Éste arrugó el ceño en señal de desconfianza, pero obedeció. Sin embargo, cuando salía del patio de formación y alcanzó a observar que cada uno de los conjurados era incluido también en un grupo distinto, tras dar algunos pasos pensativo, se volvió de pronto con expresión resuelta. Al tiempo que lanzaba una horrenda maldición contra José Marcos, intentó irse contra él esgrimiendo el puñal en una de sus manos. No pudo lograrlo porque varios guerrilleros lo tomaron por detrás, iniciándose una lucha cuerpo a cuerpo con ellos en el suelo. Los otros dos implicados fueron reducidos de inmediato por unidades que ya estaban advertidas de lo que había que

hacer. *El paisa*, revolcándose como endemoniado, alcanzó a herir a dos de sus rivales con el arma blanca, antes de que otro le disparara a quemarropa. Con un tiro de fusil en el abdomen, y de rodillas en la tierra, tuvo todavía alientos para agarrar el cañón del arma con la que le dispararon, en un desesperado intento por arrebatársela, mientras profería los peores insultos contra los guerrilleros y los incitaba a rematarlo. Uno de ellos lo fulminó con dos tiros de pistola. José Marcos creyó que ese día terminaba su angustia, pero tuvo que revivir en su mente todos los pormenores, tanto para ayudar a la elaboración del informe como durante el consejo de guerra que se hizo a los otros dos implicados. Fueron sentenciados al fusilamiento y cuando se ejecutaron las sanciones, los tres cuerpos fueron sepultados en la montaña, no muy lejos del campamento. Lo peor vino realmente cuando llegaron los demás guerrilleros. Uno de los alojamientos fue construido cerca al terreno donde estaban enterrados los cadáveres. Y a la guerrilla a la que fue incorporado José Marcos le correspondió ubicarse allí. Y no se podía hablar nada al respecto. Eran cosas a las que José Marcos no podía habituarse. Para su mayor intranquilidad, el trabajo de infiltración continuaba vivo. Había más agentes enemigos que terminaron por enterarse de lo sucedido y del papel jugado por él en la delación de los descubiertos. Justo cuando creía todo superado y trataba de sobreponerse al lío de nervios que lo torturaba, se descubrió víctima de las presiones y hostilidades por parte de los otros. Fueron terribles para él las noches que pasó durmiendo en ese alojamiento, sabiéndose además rodeado por algunos individuos que lo odiaban lo suficiente como para

degollarlo a la menor oportunidad. Baste con comentar que aquel guerrillero que había disparado finalmente contra *el paisa* también resultó ser un agente. Todo se resolvió tras dos eternos meses de zozobra, durante los cuales se sucedieron sobresaltos, investigaciones, detenciones, juicios revolucionarios y fusilamientos. La prolongada incertidumbre llegó a producirle quebrantos de salud que para su mayor desconcierto, el médico identificaba sin dudar como problemas psicológicos. Una vez desmantelada la red enemiga, José Marcos descubrió que dentro de sí había nacido otro hombre, más seguro, menos ingenuo, más maduro. Igual pasó con muchos de sus compañeros que vivieron la dura prueba. Un día alguien trajo un espejo grande que usaron para afeitarse. Sorprendidos, casi todos comentaban tras contemplar el reflejo de su imagen, que su rostro ya no era el mismo, que su mirada se había hecho más dura. Y era cierto. Otros quehaceres y urgencias de la lucha se fueron encargando de borrar las amargas impresiones derivadas de la experiencia, y de nuevo José Marcos volvió a hacer gala de su habitual alegría. Cumplidos dos años en filas, recibió una escuadra bajo su mando. La Dirección le indicaba que comenzaba a esperar cosas muy buenas de su parte, y un año después estaba cierta de que no se había equivocado con él. A esas alturas, José Marcos se hallaba tomando parte en los entrenamientos para una parada militar que pensaba presentarse en el próximo aniversario de las FARC. Lo que no sabían ni él ni ninguno de los que practicaban durante varias horas al día el orden cerrado en el patio de formación del campamento, era que su presentación iba a tener lugar en Santa Clara delante de muchas personas. Hasta

ese momento, la guerrilla nunca había realizado ese tipo de actos para el público en ningún lugar de la Sierra.

En la sicología de Amanda había algo más que miedo a estar presente en un acto organizado por la guerrilla. Para los de su edad, tenía 37 años, la Sierra era una especie de monumento legado por el tiempo, una visión de filos azules coronados de nieves blancas y recortados contra el cielo, de la que habían oído muchas cosas desde su infancia, pero de la que sus mayores y ellos se habían ido alejando paulatinamente. Amanda pertenecía a una generación que se fue urbanizando, que rompió lustro tras lustro sus vínculos con la actividad campesina. Gentes modestas y trabajadoras de la costa fueron en un pasado cada vez más lejano, los primeros colonizadores del piedemonte de la Sierra, fundando pequeñas y medianas propiedades, pero sin decidirse jamás a subir a las partes más altas. Esta tarea había sido obra de la ola de inmigrantes llegados del interior del país, los llamados *cachachos*. Con el tiempo esta masa humana fue la que asumió en gran medida el lugar de los campesinos, pues las tierras del piedemonte fueron pasando a manos de los grandes latifundistas de la sabana costera, y sus antiguos propietarios terminaron radicados en La Concepción y otros poblados cercanos, asumiendo otro tipo de vida. Su descendencia se apartaría aún más del campo. Este proceso se retrataba de manera admirable en el folclor. Los músicos más viejos compusieron y cantaron como auténticos trovadores rurales. Las letras y el estilo de sus canciones reflejaban su íntima relación con la naturaleza y la agricultura. Los músicos más jóvenes en cambio, eran

en su mayoría compositores e intérpretes que producían letras artificiales y cantaban con estilos refinados destinados al público de las ciudades. Los tiempos de la bonanza de la marihuana llevaron a los cascos urbanos de las poblaciones dispersas en las tierras planas, el eco de las matanzas y violencias ocurridas en la Sierra con ocasión del negocio mafioso al que se dedicaron *los cachachos* que la sembraron y comercializaron en primer término. No obstante que crímenes similares ocurrían a diario no sólo en La Concepción sino en casi todos los pueblos y ciudades de la costa, entre gentes nativas de la región vinculadas sobre todo al tráfico en grande de la hierba hacia el exterior, ese reguero incesante de muertes, por alguna razón desconocida, no despertaba tanto espanto como el sucedido en la Sierra. Por eso creció aun más la distancia de los pobladores del plan con los de los cerros. La zozobra generada por el negocio de la marihuana, terminó cuando los gringos lograron producirla en su propio país, pero casi de inmediato surgió otro factor de desconfianza con la presencia de las organizaciones alzadas en armas. Se sabía que la mayoría de sus integrantes eran *cachachos*. No importaba que estos muchachos se sintieran tan costeños como los del casco urbano de La Concepción, municipio en cuya zona rural habían pasado casi toda su vida, o donde incluso una buena parte de ellos había nacido. Su color más bien trigueño y su ascendencia del interior no dejarían de despertar nunca innumerables prevenciones. Como casi todos los de su generación, Amanda sentía una indiferencia casi natural hacia lo que significaba la Sierra. De hecho no recordaba haber subido nunca a sus alturas, ni siquiera de paseo. Y le despertaba ner-

viosismo imaginarse rodeada de *cachacos*. Para cumplir el compromiso que había hecho con Marín, aparte de las muchachas y muchachos que integraban el grupo de teatro, ella convidó a Eliana, su amiga más íntima, para que le sirviera de compañía y le diera valor. Eliana trabajaba en La Concepción atendiendo un pequeño almacén de su propiedad. Amanda se aferraba a sus rodillas y ocultaba el rostro para no divisar por la ventanilla del campero en que viajaban, los impresionantes abismos que se abrían a su paso mientras ascendían por las curvas de la destapada trocha a Santa Clara. El caserío estaba ubicado en un filo majestuoso a mil quinientos metros de altura, y aunque la vía desde La Concepción no estaba en muy mal estado, las camionetas de la línea empleaban algo más de dos horas en llegar a él, obligadas a encaramarse por empinadas cuestas, que parecían alargar los cincuenta kilómetros que separaban el corregimiento de la cabecera. Por eso fue un verdadero alivio cuando el campero por fin se detuvo en la mitad del pueblecito. Lo primero que vio Amanda cuando descendió fue una calle larga y maltrecha, como de medio kilómetro, que por su forma le recordó la hamaca en que ella se acostaba a reposar en su casa. A un lado y otro se erguían unas cuantas viviendas, más bien espaciadas entre sí, en cuyas pobres fachadas sus habitantes se las habían ingeniado para colocar de distintos modos, pequeñas banderas de Colombia y de la paz cruzadas en forma de equis. Campesinas y campesinos vestidos con trajes sencillos y limpios, conversaban con animación formando pequeños corrillos, o se paseaban arriba y abajo saludando alegres a sus conocidos. Una buena cantidad de niñas y niños caminaban inquietos a su

lado o corrían en desorden celebrando sus juegos infantiles con gritos de entusiasmo. Se oía música a todo volumen, proveniente de pequeños bafles ubicados a la entrada de algunos negocios que parecían a la vez tiendas, cantinas y billares. Amanda y Eliana buscaron con la vista entre la multitud a Marín, mientras otros vehículos entraban también al caserío, se detenían y vaciaban su carga humana, la primera reacción de la cual era sacudirse el polvo recogido en sus ropas durante el camino. Los muchachos del grupo de teatro traían una tambora y lucían una vestimenta brillante, como de comparsa de carnaval, roja, blanca, amarilla, azul y verde. Uno de ellos se acercó a Amanda y le preguntó si podían tocar, a lo que ella respondió que sí, comentando con Eliana que de esa manera llamarían la atención general y con seguridad Marín vendría a buscarlas. El estruendo de la tambora superó el de toda la música que se oía, y al tiempo que su contagioso ritmo se abrazaba con la ligera brisa de Santa Clara, las muchachas y los muchachos del grupo comenzaron a danzar como poseídos por un incontenible furor. En menos de un minuto estaban completamente rodeados por un apretado círculo de gente, que se sumaba con sus aplausos a la locura festiva desatada por aquella admirable fusión de bailarines, tamboras y gaitas. Eran las nueve de la mañana y aunque el sol resplandecía en un firmamento azul y depurado de nubes, Amanda comentó con Eliana acerca de la frescura que tenía ese aire y la agradable temperatura del ambiente. En ese momento llegó Marín hasta el círculo humano, acompañado por dos hombres cuyas edades rondaban los treinta años. El concejal saludó a las dos mujeres con un largo y efusivo abrazo, después del

cual estampó un beso emocionado en sus mejillas. Se le veía radiante de dicha, fusionado de manera perfecta con el jolgorio general. Procedió de inmediato a presentarles al presidente de la junta comunal, uno de sus acompañantes, cuyos ojos de un color enigmático que podía ser verde, azul o gris, auscultaron el semblante de las recién llegadas con una mirada cargada de cordialidad. Se llamaba Duván. Después les estrechó la mano el otro acompañante de Marín, de apellido Rubio, quien ejercía como inspector de policía en el corregimiento. Sus anfitriones las invitaron a desayunar y con ellas a todo el grupo. De una pequeña mochila que colgaba de su hombro, Duván extrajo una media de ron caña y unos vasitos de cartón, y les fue ofreciendo un trago a cada uno de los músicos y bailarines. Para que pudieran desayunar con libertad en una casa a la que los invitaron a seguir, los del grupo recibieron la instrucción de dejar en una de las aulas de la Escuela sus equipajes e instrumentos. Algunos manifestaron su preocupación por dejar todo allí sin que nadie se quedara cuidando, pero Rubio, el inspector, les dijo con una sonrisa en los labios que no era necesario, en Santa Clara y sus alrededores hacía mucho tiempo que no había ladrones. Esta sorprendente revelación sirvió para acrecentar el asombro que les producía el inesperado buen trato recibido. Esos *cachacos* eran supremamente atentos y no escatimaban esfuerzo alguno para lograr que sus invitados se sintieran por completo a gusto entre ellos. Las mujeres que les sirvieron el desayuno se mostraron muy amables y cariñosas. En realidad no parecían gentes acomodadas, los muebles eran escasos y la mayoría de las sillas estaban hechas de madera y cuero sin curtir

o de varillas de hierro tejidas con fibra de plástico, de las que solían tener más bien los pobres. Pero se los veía animados y contentos. Cuando estaban en la mitad del desayuno, Marín, Duván y Rubio les rogaron que por favor les pusieran atención unos momentos pues querían decirles unas cuantas palabras. Sentados todos de manera dispersa en la pequeña sala, los integrantes del grupo escucharon a sus anfitriones. Marín se refirió a la celebración del día del campesino y expresó su agradecimiento a los recién llegados por sumarse a los actos preparados. Al final agregó que había surgido un elemento nuevo, que él no conocía y del que les iban a hablar el presidente de la junta y el inspector. Duván fue al grano. La tarde anterior había recibido la visita de unos comandantes guerrilleros que le habían manifestado su intención de sumarse a la celebración de ese día, con un pequeño homenaje que coincidía con el aniversario de su organización armada. La comunidad había estado de acuerdo. Por eso no debían extrañarse si en cualquier momento hacía su arribo al caserío un escuadrón de las FARC. A su cabeza vendría el camarada Abel Epiayú quien dirigiría unas palabras a la multitud. Además los compañeros iban a presentar una parada militar. Y en vista de que con ellos venía un cura, un padre guerrillero, también el programa incluiría una misa campal celebrada por él. Eso simplemente iba a enriquecer lo planeado, dentro de lo cual tenía lugar destacado la presentación del grupo de la Casa de la Cultura. Iban a realizarse desde luego la serie de concursos, la vara de premios, la carrera de caballos, la entrega de regalos, el discurso del señor concejal. Y al final de la tarde, la fiesta. Todavía no llegaba la gente de todas las veredas, cuestión

que tardaría una hora a lo sumo. Esperaba que se sintieran a gusto y que comprendieran que estaban en la Sierra, donde aquello podía suceder en cualquier momento sin que significara el fin del mundo. Rubio remató invitando a no preocuparse, a sumarse a la ocasión con la mayor tranquilidad, y a disfrutar la experiencia. Los llegados de afuera, una vez regresaran a sus casas, debían considerar muy despacio a quién le comentaban lo vivido, lo que era normal y cotidiano arriba se volvía increíble y peligroso abajo. De la guerrilla no había que temer nada en absoluto. Ya tendrían oportunidad de relacionarse con ella y balancear cuánto cambiaba cualquier opinión que hubieran tenido antes. Era tal naturalidad con que hablaban los dirigentes locales que no se produjo la menor alarma entre los recién llegados. Amanda expresó en voz baja dirigiéndose a Eliana, pero con intención de que la escucharan los de su grupo, que como experiencia podía resultar interesante, además ninguno de ellos le debía nada a la guerrilla, por lo que no veía ninguna razón para asustarse. Todos los demás asintieron con la cabeza en señal de acuerdo. En el momento de volver a salir de nuevo a la calle, Amanda le comentó a Marín mediante un susurro, su admiración por la forma en que se habían sincerado con su gente, ahora se sentía liberada de tener que dar explicaciones. Marín le respondió con una sonrisa de comprensión y le dio un abrazo. Luego la invitó a saludar a alguien que le había suplicado avisarle cuando ella llegara. Amanda juzgó que era más conveniente separarse de los de su grupo, así que les propuso que fueran de nuevo a buscar sus instrumentos para reanudar la animación callejera. La idea les pareció estupenda, de manera que

casi emprendieron carrera acompañados por Rubio con el fin de ponerla en práctica. Un tanto intrigadas, Amanda y su amiga entraron en la casa que les indicó Marín. Para su sorpresa, descubrieron que quien quería entrevistarse con ellas era Ana Luz, la indígena tairona que visitaba de vez en cuando la alcaldía en representación de su comunidad, y que vendía las más bellas mochilas de lana de carnero. La indígena estaba en su plena madurez y se veía hermosa con su traje característico, de un color crema tan impecable que parecía blanco. Como de costumbre, de su cuello y sus muñecas colgaban bastantes collares y pulseras de cuentas coloridas. A su lado, vestido con una camisa a cuadros y un pantalón oscuro, permanecía de pie Enrique, su esposo, un indígena bastante alto, cuya lacia cabellera se le desbordaba abundante desde debajo de un sombrero negro de paño y caía desparramada sobre su espalda. En una de sus manos sujetaba el poporo y en la otra el palito que hundía en él y se llevaba a la boca. De su hombro colgaba una mochila grande, tejida con atractivos dibujos, mientras que en su pecho estaba terciada una mochila más pequeña llena de hojas secas de coca. Amanda y Eliana se habían hecho amigas de Ana Luz en la alcaldía, adonde solían llegar delegados oficiales, incluso de la oficina de asuntos indígenas del ministerio del interior, a reunirse con líderes nativos, pero las dos mujeres nunca habían aceptado las invitaciones de Ana Luz para que visitaran su resguardo a orillas del Río La Concepción, varios kilómetros delante de Santa Clara. Tal vez por eso la indígena las recibió con un amigable reproche, *ya ves Amanda, la madre Sierra termina por traer a quienes creen que pueden escapar a su voluntad*. Pese a la

alegría que le ocasionó el inesperado encuentro, Amanda no pudo evitar cierta turbación al oír ese saludo y un ligero rubor alcanzó a asomarse en su faz. Sin embargo se sobrepuso al instante y se abrazó a Ana Luz con fuerza, suplicándole que no fuera a resentirse con ella. El siguiente abrazo fue de parte de Eliana. Marín reía con evidente satisfacción, *teníamos que hacerla subir Ana Luz, ya está aquí, ya verás cómo le pierde el miedo a las montañas*. La indígena decidió bromear también, *la Sierra suele premiar a quien atiende con humildad su llamado, pero también sabe castigar a los que se muestran reacios*. Amanda no pudo evitar que una ligera inquietud recorriera su cuerpo de pies a cabeza. Todos reían con alborozo e incluso Marín destapó una botella de ron y sirvió en pequeños vasos un trago para cada uno. A ella, sin embargo, las palabras de su amiga le siguieron resonando en la cabeza, algo le decía que estaban extrañamente cargadas de presagios.

Casi un centenar de guerrilleros entraron a Santa Clara a eso de las diez y media de la mañana, en una larga hilera de dos en fondo, íntegramente vestidos con uniformes verde oliva, luciendo vistosos brazaletes con los colores de la bandera de Colombia, en los cuales se podía leer pintado en letras negras FARC-EP XIX Frente, y armados de fusiles, carabinas, granadas y pistolas. La mayoría eran muy jóvenes, algunos en verdad casi niños, muchachos de quince o dieciséis años. Sin embargo, no era eso lo que más sorprendía a la inmensa concurrencia que de lado y lado de la calle los veía pasar. El efecto más asombroso lo producía el contingente de mujeres que hacía parte del grupo, verdadero ramillete de bellas jovenci-

tas, vestidas como militares y armadas como si fueran para una batalla. Ninguno en su vida había visto un espectáculo así. En la mitad de la columna caminaba sonriente Abel, rodeado por algunos miembros de su Estado Mayor, y saludando a diestra y siniestra a los hombres, mujeres y niños que se volcaban sobre la formación para expresarles con alegría su cariñosa bienvenida. Un improvisado agitador comenzó a gritar vivas a las FARC y a Manuel Marulanda Vélez, y al cabo de unos minutos fue la multitud entera la que levantó su voz en coro en honor a los alzados y a su máximo comandante. Cuando se acercaron a la Escuela, retumbó con renovado brío la tambora que tocaban los del grupo de la Casa de la Cultura, en cuyo centro se hallaban Amanda y Eliana, quienes aplaudían emocionadas la presencia del Frente en Santa Clara. Una vez se agrupó la columna de guerrilleros formando un círculo, sus integrantes comenzaron a corear con voz poderosa y marcial una serie de consignas que sacudieron de efervescencia a todos los presentes, *¡Contra el imperialismo!... ¡Por la patria! ¡Contra la oligarquía... ¡Por el pueblo! ¡Somos FARC!... ¡Ejército del pueblo!* Una y otra vez se repitieron aquellas voces que terminaron por enardecer a la gigantesca masa que las escuchaba. Había por lo menos tres mil personas en el caserío, cuando normalmente lo habitaban apenas unas ciento veinte. Pasado un tanto el acaloramiento por su llegada, los guerrilleros penetraron a la Escuela y gran parte de la gente se arremolinó alrededor de la verja de entrada, rodeando los dos guardias que impedían el paso a su interior. Hasta allí llegaron Marín, Duván y Rubio, acompañados de otros dirigentes comunales, a todos los cuales se les permitió entrar.

Marín cuidó que Amanda y Eliana también pasaran. Lo que se vivió adentro durante breves minutos fue una sucesión de presentaciones cordiales, fuertes abrazos, sonoras carcajadas y breves intercambios acerca de la programación para el día. Las prevenciones que Amanda abrigaba desde el mismo momento en que Marín la comprometió a presentar el grupo en Santa Clara, se le derrumbaron como si hubieran sido un frágil castillo de naipes expuesto a la furia de un huracán. Igual le pasó a Eliana. Por entre sus largas pestañas encorvadas como las de un niño, los ojos de Abel despedían un intenso brillo de fraternidad. A sus finos modales se sumó además el asombroso descubrimiento de que era un costeño tan raizal o más que ellas, con un agradable acento samario y cabellos prietos que delataban su sangre negra aunque su tez no fuera del todo oscura. Su estampa alta y fornida y su manera franca de reír, terminaron por sumar un cúmulo de detalles tan familiares, que las dos mujeres tuvieron la grata sensación de hallarse frente a un querido amigo de toda la vida. Y más sorprendente aún, una emoción muy parecida a esa les era inspirada también por los demás mandos y guerrilleros que las iban saludando, pese a la evidencia inmediata de que la gran mayoría de ellos eran *cachachos*. En muy breves minutos las invitadas confraternizaron con los dirigentes comunales de Santa Clara y las veredas aledañas, los cuales, no obstante su origen, les parecieron tan correctos y respetuosos como jamás lo hubieran imaginado. Se acordó que la programación debía iniciarse lo más pronto posible, y su contenido fue redactado a mano por Marín con un modesto lapicero sobre la sencilla hoja de un cuaderno cuadriculado de

escolar. Actuarían como presentadores Duván y el presidente de El Cincuenta. En los contados minutos que Abel intercambió con Amanda y su amiga, se mostró muy complacido por su presencia y les estuvo inquiriendo sobre cómo se sentían y cómo las habían tratado. También cruzó con ellas algunas impresiones sobre la importancia del trabajo cultural y la vigencia de las expresiones autóctonas. Finalmente les suplicó comprender que debido a sus múltiples ocupaciones, no contaba con el tiempo suficiente para sostener una extensa conversación, tal y como era su más sincero deseo. Con el propósito de compensarlas por ello, hizo llamar allí a José Marcos y luego de presentárselo, le confirió de manera serena, la tarea de ocuparse de la atención de ellas y del grupo de teatro una vez pasara la parada militar. *A él pueden confiarle cualquier inquietud que tengan, con la seguridad de que no quedará en el vacío*, añadió. Para las dos mujeres resultó sobremanera interesante y agradable el guerrillero que acababan de presentarles. En primer lugar era costeño, y además les pareció que su apariencia era excelente. Desplegando una seductora sonrisa, José Marcos les explicó que él se encargaría de buscarlas más tarde y les confesó que siempre había tenido una gran inclinación por el teatro, así que podrían llevársela muy bien. Una vez se organizó el orden del acto y del día, Abel y los suyos regresaron a la calle y procedieron a rodear la improvisada tarima que habían construido los campesinos hacia el centro del caserío. Los animadores ocuparon su lugar con sendos megáfonos que sostenían en las manos. En Santa Clara no había luz eléctrica, y la mayoría de electrodomésticos funcionaban con baterías de automóvil que eran mandadas a re-

cargar. Uno que otro propietario de negocio poseía un motor. Un semicírculo de modestas sillas ubicadas al fondo de la tarima, sirvió para que se fueran acomodando los invitados especiales que convocaban los animadores. Allí pasaron Abel y dos más de sus mandos, el concejal Marín, los presidentes de las veredas circunvecinas a Santa Clara, la maestra, la dirigente femenina, el cura guerrillero, y Amanda. La multitud rodeaba por completo el escenario. La tambora ocupó un espacio lateral y a cada pausa de los animadores, iniciaba su rimbombante percusión que contribuía a acalorar más los ánimos encendidos de los espectadores. Los campesinos escucharon entre curiosos y sorprendidos, la interpretación de una estrofa desconocida y previa al tradicional himno nacional por parte de los guerrilleros. Cuando comenzaban a desconcertarse por la novedad, se sobrevinieron los versos que todos conocían y mucha gente se sumó entonces al coro. Marín estaba eufórico. Saludó con excitación a los invitados especiales y a todos los campesinos presentes, a quienes elogió por su persistencia, su valor y su espíritu indomable de lucha. Recordó que desde la fundación de Santa Clara, 18 años atrás, la fiesta del campesino les había servido para reunirse y compartir como hermanos un día de alegría, olvidando los sufrimientos que implicaban para ellos la vida y el trabajo en semejantes lejanías. Rememoró con orgullo las mejoras que poco a poco habían ido consiguiendo entre todos, desde cuando tenían que venirse a pie de La Concepción con la carga de comida a las espaldas durante catorce horas. Ahora al menos contaban con una trocha que recién había llegado hasta allí y se pensaba prolongar hasta El Cincuenta. Pronto se iba a

iniciar la construcción del acueducto local. Tenían Escuela y puesto de salud con una promotora permanente y estaban en la puja por lograr que les nombraran una auxiliar de enfermería. Todos los fines de semana subía un médico que pagaba la federación. Había en curso un programa de titulación de tierras. Nada de eso se lo habían regalado, habían tenido que conquistarlo con marchas campesinas, con tomas masivas de la capital, con cárcel para algunos y ofreciendo incluso la sangre de otros que habían muerto. Faltaba mucho aún por conseguir, por eso era tan importante permanecer unidos, como lo estaban ahora en la fiesta. Allí se celebraba el más auténtico día del campesino. Y ese día contaban con la presencia de los guerrilleros de las FARC, que habían querido juntar la celebración de un aniversario más de su lucha, con la de los campesinos que los acogían y seguían en sus ideales. Con palabras altisonantes Marín presentó al comandante Abel Epiayú y lo convidó a dirigirse a la multitud. Tan pronto el invitado se puso de pie, estalló una salva de aplausos y de vivas a la organización armada que se prolongaron durante varios minutos. Abel tomó el megáfono con la mano izquierda e hizo el intento de hablar pero la alegre algarabía se lo impidió. Cuando pudo por fin hacerlo, pidió unos vivas para los campesinos de la Sierra, para su fiesta y finalmente para el campesino más importante y heroico de Colombia, Manuel Marulanda Vélez. Un poderoso eco se desplegó con inusitada potencia hacia los profundos cañones que flanqueaban el dominante filo. La intervención de Abel se caracterizó por su tono calmado, por momentos pareció más una conversación que un discurso. Durante ella explicó los orígenes de la lucha armada en el

país, no como el producto de unas cabezas calientes que hubieran decidido de antemano que sólo por la vía insurreccional se podría acceder al poder, sino como la consecuencia del proceso histórico de exclusión violenta, que reservó al bipartidismo liberal conservador el ejercicio de la política en Colombia. Habló del frente nacional, de la teoría de las repúblicas independientes expuesta con ardentía por los senadores ultra reaccionarios Álvaro Gómez Hurtado y Víctor Mosquera Chaux, del ataque a las regiones agrarias de Marquetalia, El Pato, Riochiquito y Guayabero, de los veinte años de crecimiento hasta la firma de los Acuerdos de La Uribe, del proceso de paz iniciado con Belisario Betancur, del nacimiento de la Unión Patriótica, de la guerra sucia, el paramilitarismo y el desangre implacable que sufría el país de izquierda y de las luchas populares. Explicó que las FARC estaban empeñadas en hallar una salida pacífica al conflicto, pero que esta no podía confundirse con su rendición y entrega, sino más bien con la construcción de una patria diferente, producto de un acuerdo transaccional en el que los grandes poderes económicos cedieran parte importante de sus privilegios en beneficio de las mayorías desfavorecidas, y en la que se compartiera el poder con las nuevas fuerzas que en el presente eran aniquiladas y perseguidas por supuestas manos oscuras. Elogió la organización y la conciencia de los campesinos de la región, que les habían ayudado a conquistar algunas reivindicaciones elementales que el Estado de las clases dominantes estaba obligado a satisfacer, pero no lo hacía. Y los invitó a persistir en sus propósitos de elevar el nivel de vida y alcanzar el respeto que históricamente se les había ne-

gado. Las armas de las FARC siempre estarían de parte suya. Habló poco más de cuarenta minutos durante los cuales el gentío se mantuvo absorto en sus palabras. Cuando terminó recibió una aclamación más larga que la que precedió su intervención. Esther, la dirigente de las mujeres campesinas de La Concepción, con deslumbrante seguridad y voz incendiaria, destacó la presencia de la mujer no sólo en las duras jornadas de trabajo familiar, sino en todos los escenarios de la lucha económica, política y social. Expresó el orgullo que sentía como mujer al ver a sus propias coterráneas haciendo parte de las filas guerrilleras, y lamentó que por obra de su edad y sus obligaciones familiares, no estuviera en condiciones de sumárseles como quisiera. Pero recalcó enseguida que la única forma de luchar no era con las armas en la mano. Y que en esas otras formas era que podían desempeñarse mujeres como ella. Las madres, las abuelas, las hijas, todas podían ocupar un lugar en la brega por un futuro mejor para todos. Lo importante era hacer conciencia de que los caminos eran distintos a los de la sumisión y la mendicidad, reservados para ellas desde siempre por la tradición machista, los distintos gobiernos y los partidos tradicionales. La mujer campesina tenía un destino más grande que el de ser una simple esposa y madre en un hogar aplastado por la miseria. Por eso aprovechaba la ocasión para invitar a todas las mujeres de la región a vincularse a los comités femeninos, a hacerse oír en las reuniones de la comunidad, a sumarse a los eventos y actos que despertaran su entendimiento, a marchar al lado o delante de sus hombres cuando la necesidad de la lucha lo impusiera. Los aplausos y exclamaciones de aprobación de la masa con-

currente la obligaron a interrumpir varias veces su apasionada arenga. Al final también recibió una larga ovación, aunque una parte de los campesinos no podía ocultar del todo un significativo desconcierto. Entonces ocuparon la tarima los cantautores guerrilleros. Guitarras en mano y acompañados por un conjunto de acordeón, caja y guacharaca, interpretaron plenos de sentimiento, varias canciones que exaltaban la vida y la lucha de los campesinos, la mujer y los revolucionarios. El público seguía las letras de las canciones acompañando el ritmo de las melodías con las palmas de sus manos. Eliana y Amanda estaban abrumadas, tanto por las intervenciones escuchadas, como por el mensaje de los artistas y su estilo interpretativo. Sus ritmos eran caribes, vallenatos, cumbias, porros. Jamás creyeron que de esos aires de parranda pudieran hacerse canciones de combate. Y por sobre todo, eran originales, nuevos. ¡Y cómo disfrutaban los campesinos escuchándolos! Para que el coro de los niños de la Escuela pudiera subir al escenario, fue necesario que lo desocuparan los invitados. Eso se hizo en forma rápida y sin mayores formalidades. Los niños interpretaron tres canciones. Y tras ellos se presentó en la tarima el grupo de danzas de la Casa de la Cultura. Los músicos de la tambora permanecieron en el mismo lugar, preparados para ejecutar las piezas que iban a bailar los otros. Amanda también apareció en la tarima y tras tomar un megáfono en la mano, felicitó a los campesinos por su día y les explicó que la alcaldía de La Concepción había querido, por una amable invitación del concejal Marín, sumarse a la celebración enviando al grupo de danzas y teatro de la Casa de la Cultura, el cual iba a presentar con todo el

cariño unos números en homenaje a ellos. De manera breve explicó el sentido de los temas musicales que se aprestaban a bailar, y de una vez invitó a todo el mundo a hacerse presente allí mismo, a las cinco de la tarde, para presenciar la obra de teatro, una pequeña adaptación de la famosa *Guadalupe años sin cuenta*. Una vez descendió del escenario, comenzó a retumbar desde el grupo de la tambora una cumbia con sabor a magia, y los bailarines iniciaron su danza con la infalible propiedad de una costumbre milenaria, contorneando sus cinturas y meneando sus torsos con una facilidad tan extrema, que parecían livianas balsas mecidas por un océano agitado. La fascinación de la multitud que seguía la programación alcanzó ribetes alucinantes. El esplendor del sol en las horas del mediodía fue testigo de un estado de ánimo excepcional en Santa Clara. En el caserío todo era fiesta, alegría, aplausos.

La nota marcial la pusieron los guerrilleros con la parada militar. El sitio más plano de la calle era casi a la mitad del pueblo, y allí, un grupo compuesto por casi treinta de ellos realizó la presentación, ante la vista del nudo humano que se arremolinaba a su alrededor. A la orden de Jaime, el mando ubicado frente a la tropa, los rebeldes entonaron el himno de las FARC, marcharon, giraron a la izquierda y a la derecha, presentaron armas, las llevaron al hombro y efectuaron una serie de movimientos al compás, con triple media vuelta y arrodillada que arrancaron aplausos de admiración. Para terminar, formados en tres líneas, gritaron consignas en homenaje a los campesinos, al aniversario de su organización y a su lucha. Una vez concluyó la exhibición, José Marcos fue enviado a

cumplir su tarea con los del grupo de teatro. En realidad no tuvo que esforzarse para encontrarlos puesto que Amanda y Eliana, cargadas de preguntas sobre la vida guerrillera, estaban pendientes del momento en que quedara libre para abordarlo. Llenas de inquietud, comenzaron por expresarle lo difícil que les resultaba entender que la guerrilla fuera realmente un ejército. Se suponía que la guerrilla era eso, una guerrilla, algo completamente opuesto a un ejército, una tropa de carácter más bien informal, como de gente común y corriente alzada en armas, desprovista de esa densidad de aire propia de la marcialidad castrense, que hacía tan chocantes a los militares. José Marcos las invitó a que se sentaran con toda su gente en una de las aulas de la Escuela para conversar con mayor comodidad. Una vez allí, procuró despejar las dudas de las dos mujeres explicándoles que las FARC siempre habían entendido que su tarea era convertirse en un verdadero Ejército del Pueblo. Lo que ellos tenían claro, era que debían librar una guerra irregular. La disciplina tenía que ser estricta, con criterios revolucionarios, pero con un grado máximo de exigencia. Frente a la fuerza real de un enemigo que no vacilaba para matar, la guerra no podía ser tomada como un juego. En su parecer, lo que hacía odiosas a las fuerzas militares oficiales era su carácter de clase, estar al servicio de las capas explotadoras de la sociedad y haberse convertido por ello en enemigas del pueblo. La curiosidad de las dos mujeres y de los otros muchachos del grupo no desaparecía ante las respuestas. De un asunto pasaban al otro, preguntaban todo acerca de la vida en la organización. Cómo hacía la gente para ingresar a ella, qué actividades cumplían las muchachas, si

podían casarse, si podían tener hijos, si podían dejarse del compañero. Querían saber cómo vivían los guerrilleros, cómo comían, cómo dormían, como hacían para sobrevivir a las ofensivas de la tropa con todo ese armamento que usaban contra ellos. Qué hacían con los heridos, qué hacían con los muertos. Cómo llegaba una persona a ser comandante, quiénes de los presentes lo eran, cuánto tiempo hacía que estaban en filas, cuáles entre las muchachas tenían mando, si combatían, si podían salirse de la guerrilla, si eran posibles las relaciones amorosas entre guerrilleros y civiles. A José Marcos se le agotaba la saliva respondiendo, pero se sentía completamente a gusto. Un guerrillero entró hasta allí con la noticia de que estaba por comenzar la misa y todo el grupo estuvo de acuerdo en asistir. Una misa guerrillera no sólo tenía que ser novedosa sino que además debía ser inolvidable. El altar había sido arreglado al aire libre, una mesa larga cubierta con un mantel blanco perfectamente limpio. El padre, de unos cincuenta años de edad, tenía sin lugar a dudas el aspecto de un cura, y llevaba puesto el vestuario tradicional para la ocasión. El ritual no se correspondía de manera exacta con el acostumbrado, aunque era semejante. Como diferencia podría señalarse una menor formalidad, como si no se tratara de una adoración a Dios, sino de un amigable convite en el que el Creador estuviera presente como otro cualquiera de los invitados. Las oraciones y las respuestas de los feligreses, que parecían ensayadas con antelación con los niños de la Escuela, eran distintas, se referían a asuntos sociales y políticos e invitaban a sumarse a la lucha por los propios derechos. Pero no por ello la ceremonia perdía su carácter sacro. Los

niños interpretaban con una belleza natural y espontánea, coros de estilo religioso cuyo contenido era una abierta invitación a la rebeldía. Una larga procesión de fieles hizo fila durante un tiempo considerable para recibir la comunión. Finalizada la ceremonia, la guerrilla invitó a todos los asistentes a almorzar. Para evitar aglomeraciones asfixiantes hubo varios puestos de distribución de los alimentos, consistentes en una buena porción de carne asada, con yuca blanca y gaseosa. José Marcos gestionó la entrega de los almuerzos para los del grupo de teatro sin necesidad de que hicieran la cola, y todos juntos se fueron a almorzar en el aula de la Escuela, a fin de continuar intercambiando preguntas y respuestas. Cuando terminaron, algunos de los muchachos salieron y regresaron con unas cuantas cervezas heladas, que fueron bebiendo con calma mientras seguía la conversación. Todo el grupo estaba encantado con la guerrilla y su mensaje. Y no lo disimulaban. Casi a las tres de la tarde acordaron dispersarse, para que cada uno participara en las actividades que se realizaban en la calle, con la consigna de encontrarse a las cuatro en punto para preparar todo lo necesario para la presentación de la obra. Entonces José Marcos estuvo paseando con las dos mujeres por el caserío, divirtiéndose hasta las carcajadas con algunos de los juegos preparados por la Junta, como cuando Eliana se metió en la prueba de los encostalados, y se fue a tierra una y otra vez por obra de sus pesados movimientos. Varios de los muchachos de teatro intentaron por varias veces subir la vara de premios con resultados fallidos. Siguieron por unos minutos el torneo de tejo, observaron las carreras de caballos y la piñata para los niños. Todo el tiempo estuvie-

ron moviéndose por entre la muchedumbre que disfrutaba de las actividades con un entusiasmo casi infantil. De trecho en trecho entablaban conversación con otros guerrilleros que se encontraban a su paso. A Eliana le resultó encantador hasta la delicia el trato de Dago, uno de los cantores de las FARC, quien no tuvo ningún reparo para empuñar su guitarra y complacerla con dos canciones en medio del gentío que se detenía atento a oírlo. Fue tanta la atracción de Eliana por él, que se quedó en su compañía, hablándole con evidente interés, mientras entre risas jocosas les pedía a José Marcos y Amanda que siguieran su camino sin volver a preocuparse por ella. De las tiendas y de los billares brotaba la música vallenata al máximo del volumen de los equipos, y como si se hubieran puesto los propietarios de acuerdo, eran las canciones del último disco de Diomedes Díaz las que sonaban en todos los negocios. Amanda tomó a José Marcos por la mano y lo haló hacia el centro de la calle, sin que al parecer mediara otra intención con el gesto, que la de favorecer la conquista en ciernes de su amiga. Aquella repentina actitud de complicidad con el amor ajeno naciente, los aproximó también a ellos cuando se encontraron envueltos por el torbellino de gente en movimiento. José Marcos percibió de pronto la fuerza del deseo en Amanda, y al mismo tiempo se sintió para su sorpresa atraído por ella. No hubo entre ellos ninguna palabra que indujera ese pensamiento, sólo el cálido roce de las palmas de sus manos y la forma como se cruzaron sus miradas. Como para confirmar que su conjetura no era descabellada, hasta ellos alcanzó a llegar el grito burlón de Dago a sus espaldas, seguido de una ruidosa carcajada guajira, *¡Abre bien el ojo Jo-*

semar, los regalos de aniversario hay que quererlos! Muchos transeúntes se interponían rápidamente entre ellos, formando una especie de barrera humana que los protegía de las miradas curiosas, así que José Marcos se sintió de alguna manera a solas con aquella mujer. Movidó por un impulso superior a su voluntad acercó más su cuerpo a ella, le pasó el brazo por encima del hombro y la atrajo hacia sí. Sin haberlo previsto de antemano, se hallaron fundidos en un beso de desesperados, que duró los suficientes segundos como para no ser olvidado jamás. Cuando se separaron, la mirada de cada uno presenció el aturdimiento y el encanto del otro, y por unos momentos fue como si no supieran qué iban a hacer en adelante. Como para librarse de la situación, Amanda miró su reloj y recordó con alguna alarma, que era justo la hora de reunirse con los suyos. De inmediato, sin ocultar cierto grado de alivio, él la convidó a dirigirse a la Escuela. Una vez allí, José Marcos se dedicó a observarla con detenimiento desde la esquina del salón, donde se sentó y encendió un cigarrillo. En forma disimulada la siguió con la vista cuando se disfrazaba para la actuación y orientaba a sus actores acerca de la mejor manera de lucir sus atuendos, cuando dispuso la adecuación del escenario con el escaso mobiliario que pensaban emplear, y cuando dio las últimas indicaciones sobre la aparición en escena. De vez en cuando ella interrumpía lo que hacía para volver sus ojos hacia él y regalarle una agradable sonrisa. Los muchachos del grupo no tardaron en percibir la atracción generada entre ellos y lo festejaban con uno que otro comentario jocoso que delataba su comprensión. José Marcos percibía en Amanda gran sensibilidad, aguda perspicacia y firme

carácter. Estuvo divagando durante algunos minutos acerca de su edad, como si la diferencia entre ambos fuera un obstáculo para su relación. Al final concluyó que si bien era cierto que resultaba algo mayor para él, sus meritorias condiciones físicas permitían hacer fácil abstracción de sus años. Además, el tiempo que podría durar cualquier cosa entre un guerrillero y ella, permitía descartar cualquier preocupación al respecto. Se preguntó si viviría con alguien, y trató de imaginar al hombre capaz de llamar suya una mujer así. Sus pensamientos mecían tales ideas cuando Amanda, ya en trance de salir con todos a la calle, se le acercó sonriendo con picardía y le lanzó un amigable reto, *antes de comenzar la obra voy a recitar un pequeño poema a manera de introducción. En realidad es sólo un fragmento y quiero que luego me digas quién es su autor. Me gustaría intercambiar sobre él contigo, es un ser tan extraordinario.* José Marcos sintió que se lo tragaba la tierra. Conocía por el bachillerato y su afición al teatro algunas poesías, pero no tantas como para participar en un concurso, y de remate, no era gran cosa lo que él podría hablar sobre las vidas de los poetas. Amanda le dio la espalda con un movimiento casi felino y continuó su recorrido con los suyos hacia fuera del salón. Él, que se quedó siguiéndola con la vista hasta la puerta, no pudo evitar pensar con algo de escepticismo, *lo único que me faltaría sería que el autor de los versos fuera el marido de ella.*

La impresión causada por Amanda en el escenario fue contundente. Antes de su aparición en la tarima, hubo un largo redoble de tambores que sumió a toda la masa concurrente

en un expectante silencio. Era sin duda una actriz consumada, que se transfiguró por completo, como poseída por una fuerza sobrenatural, en cuanto abordó su rol de oráculo durante la breve introducción. José Marcos creyó ver por momentos, imponente y segura, a alguna antigua deidad caribe o africana, que declamaba con voz evocadora, *Yo denuncio a toda la gente/ que ignora la otra mitad/ la mitad irredimible/ que levanta sus montes de cemento/ donde laten los corazones/ de los animalitos que se olvidan/ y donde caeremos todos/ en la última fiesta de los taladros./ Os escupo la cara./ La otra mitad me escucha/ devorando, cantando, volando en su pureza/ como los niños de las porterías/ que llevan frágiles palitos/ a los huecos donde se oxidan/ las antenas de los insectos.* Un nuevo y prolongado redoble de tambores siguió el final de la voz, mientras Amanda salía de escena y era remplazada por el grupo de bailarines que se contorsionaba y giraba al ritmo del *Garabato*. José Marcos estaba desarmado con los versos escuchados, pues no lograba para nada relacionarlos con alguno de los poetas que recordaba. En eso pensaba cuando se le acercó Gilberto, un guerrillero de los antiguos del Frente, sonriente y barrigón, quien en tono casi paternal le comunicó que estaban llamando a todos los combatientes a la parte alta del caserío, la decisión de los mandos era salir ya del lugar. Lo primero que se le vino a la mente a José Marcos fueron Amanda y los muchachos del grupo, de quienes no iba a poder despedirse y a quienes probablemente nunca volvería a ver. Al mismo tiempo sintió revolcarse muy adentro de su pecho un sollozo de pesar, que sólo sus labios cerrados con fuerza impidieron brotar al aire. Levantando sus cejas en un gesto de

resignación, se fue retirando del círculo de espectadores calle arriba. Otros guerrilleros, muchachas y muchachos, caminaban también en el mismo sentido, lamentando no poder mirar la obra que seguía a continuación y sobre todo el hecho de perderse el baile general que venía después de ella. Pero no por eso se mostraban apesadumbrados o inconformes, estaban acostumbrados a que ese tipo de cosas sucediera, es más, la inmensa mayoría no creía que se fueran a quedar para la fiesta, ya había sido suficiente con haber permanecido todo el día en Santa Clara, una aventura que jamás se había jugado el Frente. Hasta el momento las cosas les habían salido bien y estaban por consiguiente en un excelente estado de ánimo. No había que abusar. Abel y los demás mandos se hallaban ya en el pequeño plan en que terminaba la calle y a partir del cual partía el camino que le daba la vuelta por el costado sur al cerro de Santa Clara. Desde allí se divisaban con toda claridad los profundos y amplios cañones que se abrían a uno y otro lado del filo. El personal recibió la orden de formar y José Marcos ocupó el puesto a la cabeza de su escuadra, verificando que no faltara ninguno de sus integrantes. Al frente de la tropa se ubicó Jaime, quien dio las voces de mando, pidió parte a cada comandante de escuadra sobre su gente y explicó finalmente el plan de marcha. Primero irían hasta el cercano punto de la espesura en donde habían dejado escondidos los equipos con la dotación completa de cada uno. Luego de recogerlos y echárselos a la espalda, caminarían hacia El Cincuenta, la vereda siguiente, en donde habían dormido la noche anterior. Una vez allá recibirían otras instrucciones. La marcha se organizó con las seguridades del caso. Abel se diri-

gió a todos antes de partir con el fin de felicitarlos por el comportamiento observado durante el día. El Frente podía apuntarse un importante éxito, se había presentado ante semejante concentración popular como una verdadera alternativa de poder. El régimen estaba exterminando a la Unión Patriótica, a sus candidatos presidenciales, a sus congresistas, dirigentes y militantes en todo el país. Con ello estaba aniquilando la posibilidad de construir en forma pacífica un país mejor y verdaderamente democrático, eso el pueblo lo estaba viviendo. Aquí ese pueblo estaba mirando cuál otra salida tenía, la del alzamiento en armas. Y había aplaudido emocionado. No pensaba decirlo sino cuando llegaran a El Cincuenta, pero movido por la satisfacción, iba a revelárselo de una vez. Junto con la milicia de esa vereda habían acordado celebrar el acontecimiento. Esa noche iban a tener un baile, en una de las fincas del sector. Toda la milicia, con sus familias y algunos otros civiles de confianza estarían presentes. Esperaba que ninguno fuera a cometer indisciplinas. Sus palabras fueron interrumpidas por una exclamación general de aprobación. Para terminar, les dijo que la guardia se organizaría como de costumbre y que no valdría ninguna excusa para quien no cumpliera con su turno. Un guerrillero preguntó si los de las avanzadas serían recogidos esa noche hacia el sitio de la fiesta, a lo que el comandante respondió que no, permanecerían en sus puestos hasta nueva orden. Después se pensaría en alguna actividad para ellos. A continuación emprendieron la caminata, guardando un intervalo aproximado de diez metros entre uno y otro. Una media hora de marcha después de haber recogido los equipos, salieron de nuevo a la cuchilla. La

inmensidad del paisaje resultaba abrumadora. A lado y lado volvieron a aparecer los grandiosos cañones y hacia el fondo la vista se perdía en el puñado de filos azules que formaban los más altos picos de la Sierra, los cuales confundían sus moños blancos de nieve con las nubes que los coronaban. Un bosque variado de coloración verde oscuro cubría las elevaciones más cercanas y de un par de casas que la vista alcanzaba a captar a la distancia, ascendían ligeras columnas de humo que daban cuenta de cocinas campesinas en movimiento. La tarde casi parecía cuando entraron a un pequeño caserío compuesto por cuatro rústicas viviendas, separadas considerablemente unas de otras. La noche inmediatamente anterior habían dormido en el pequeño cerro cubierto de árboles centenarios que se elevaba a su entrada. Ni siquiera se detuvieron para descansar unos instantes. En la primera de las casas funcionaba una pequeña tienda y a su puerta se asomaron una mujer y su marido, junto con sus dos hijas, un par de muchachas delgadas y muy bellas, quienes fueron saludando a los guerrilleros con un notorio sentimiento de afecto, a medida que pasaban delante de ellos. José Marcos les estrechó la mano y cruzó con ellos unas breves palabras. Una de las muchachas, la de ojos de un verde intenso, se atrevió a decirle que más tarde se verían, lo que significó para él que ya estaban invitadas a la fiesta. El camino seguía por toda la cuchilla en sentido descendente. Unos quince minutos adelante llegaron a una casa grande construida en calicanto y techada con zinc, a un lado de la cual se extendía un gigantesco patio con piso de cemento perfectamente liso y brillante. En uno de sus extremos estaba ubicada una alberca grande a la que lle-

gaba una manguera con un lánguido chorro de agua. Al lado de ella se levantaban pequeños muros de ladrillo cubierto con pañete fino, los cuales servían de canales y depósito al beneficiadero de café. Una vez los guerrilleros recibieron la orden de detener la marcha ahí, descargaron sus equipos y bebieron en sus vajillas individuales un refresco que les tenían preparado los de la casa. Después vino la organización del baño y la pernoctada, la cual tuvieron que arreglar en el zarzo ante la imposibilidad de usar las habitaciones de la casa y porque el terreno no admitía ningún otro lugar en el que se pudieran organizar camas o guindar hamacas. Se escogieron los encargados de preparar los alimentos, aunque los milicianos ya tenían adelantado un sancocho de gallina en la cocina de la casa. Había que ayudar y además era necesario preparar el desayuno de la mañana siguiente. La seguridad se organizó por rondas de dos horas, con dos guardias y un relevante, pero a ello se añadió una avanzada que permanecería en el filo, en el sitio donde durmieron la noche anterior y que sería relevada a la medianoche para que sus integrantes participaran un rato en la fiesta. A José Marcos le correspondió esta última, noticia que acabó de mortificar su ánimo afligido a raíz de la brusca salida de Santa Clara. Pese a ello terminó por tomarlo de buen modo, a esa hora el baile estaría prendido, él estaría libre de obligaciones y podría divertirse con tranquilidad. Si no se había podido con Amanda, seguro que alguna compensación grata le daría la vida. Antes de las siete estaba ya en puesto con cinco guerrilleros más. El encargado de la avanzada dispuso que pagaran turnos de a una hora cada uno, y que a partir de las veinte horas podían guindar las hamacas para

procurar dormir. Aquella montaña era fría, parecía que hasta ella llegaran los efluvios helados de la lejana nevada. Aun envuelto en su cobija, José Marcos tuvo dificultades para conciliar el sueño y prendió más de un cigarrillo en procura de conseguirlo. Estaba nervioso por algo que no podía descifrar. Pagó su turno en medio de una oscuridad total y apostando a adivinar cuáles eran las canciones que un opaco eco proveniente de la casa le permitía ligeramente escuchar. Al meterse de nuevo en la hamaca intentó recordar los versos recitados por Amanda, y sólo atinó a repetirse que eran una bofetada al rostro de los poderosos, lanzada por alguien que poseía una sensibilidad intensa y amaba a profundidad a los humildes. Seguro que eso le habría dicho a ella cuando se lo hubiera preguntado, confesándole a su vez que ignoraba su autoría. Tal vez de eso hubieran conversado enseguida. Él hubiera buscado la oportunidad para tocar el tema de Neruda, su vate favorito, de quien hubiera podido incluso recitarle algunos versos. Uno de sus compañeros lo despertó para indicarle que recogiera la hamaca y empacara el equipo. Ya había llegado su relevo. En la casa animaba el baile un equipo de sonido cuyos bafles estaban colgados de un par de columnas. Y un solitario bombillo iluminaba la escena. Dada la amplitud del espacio, un filo del que a ambos lados descolgaban abismos, la potencia del equipo, que no era baja, resultaba sin embargo insuficiente, y la mayoría de las parejas tenían que acercarse al corredor de donde brotaba la música para seguir el paso en medio del bullicio. Sólo la mitad del patio alcanzaba a estar iluminado. El resto, hacia los lados de la alberca, permanecía primero en la penumbra y luego en la total tiniebla. Tras pre-

sentarse ante el comandante de guardia, éste envió a los recién llegados a la cocina, con la autorización para reclamar la sopa de gallina que los otros recién habían comido. Al terminar de comer, José Marcos miró su reloj y vio que faltaban casi veinte minutos para que fuera la una de la madrugada. Para entonces había perdido todo interés en baile alguno. Se dirigió al patio, pensando en buscar a los guerrilleros de su mayor confianza para dialogar y divertirse un rato con ellos antes de ir a la cama, aunque vacilaba si no sería mejor irse a dormir de una vez. En ese momento escuchó que lo llamaban por su nombre y al volverse reconoció a Marín, el concejal, quien lo atraía hacia él con el gesto de una mano, mientras le ofrecía un trago de ron caña de la botella que tenía en la otra. Marín estaba rodeado de algunos campesinos y guerrilleros bastante animados que celebraron con una alegre algarabía la llegada de José Marcos. El concejal, con ojos chispeantes y cachetes enrojecidos por obra del licor, lo estrechó en un cálido abrazo, *venga camarada, tómese un trago que está haciendo frío. ¡Marín, Marín, qué sorpresa encontrarte aquí! Te hacía en Santa Clara, en plena fiesta del campesino. Y estaba, camarada, estaba, pero usted sabe que uno debe estar con los de uno. ¿Y allá cómo quedaron las cosas? Bien, sin ningún problema, la gente muy contenta, la fiesta muy buena. ¿Y quién más vino? Nos vinimos Rubio, Duván y las muchachas, conseguimos unas mulas para ellas. ¿Hace rato llegaron? No, como a las once, nos tocó esperar que estuviera bien prendido el baile allá para que no nos echaran de menos. Pero tómese el otro Josemar, caliente motores para que pueda bailar.* José Marcos se tomó el segundo trago, cuyo sabor sintió más agradable que el primero, y

pidió un cigarrillo a su interlocutor una vez se percató de que los suyos se le habían terminado. Tras expeler con fuerza el humo hacia arriba, se le ocurrió comentarle a Marín que se había quedado con ganas de bailar con Amanda, la directora de la Casa de la Cultura. La respuesta que escuchó lo llenó de asombro, *pero ¿y por qué? Búsquela, ella no se ha ido a dormir aún. ¡Cómo así! ¿Me vas a decir Marín, que te la trajiste contigo de Santa Clara? ¿Pero no le dije que habíamos traído las muchachas? Sí, pero yo pensé que hablabas de vuestras propias mujeres. No, a ellas las dejamos en la fiesta de allá, para disimular nuestra ausencia, me refería a Amanda y su amiga. Ah, y ¿dónde las consigo? Por ahí, si no están bailando deben estar sentadas conversando con alguien.* José Marcos recorrió con su vista la parte del escenario de la fiesta que podía apreciar desde ahí, pero sus resultados fueron fallidos. Entonces le dio las gracias a Marín por los tragos y le dijo que iba a buscar las muchachas, que más tarde volvería. Tratando de disimular su agitación, giró en la esquina del corredor de la casa y buscó de nuevo en ese lado. Entonces vio a Amanda sentada solitaria en un rincón, vestida con su bluyín desaliñado y un abrigo de lana blanca que se había subido hasta el cuello. Su cabeza se le mecía como si se hallara librando una difícil lucha contra el sueño. Caminó los escasos metros que los separaban y se le paró justo al frente. Cuando ella lo vio, abrió los ojos en un gesto de sorpresa, pronunció su nombre con un grito de alegría, se puso de pie de un salto y se le colgó al cuello en un abrazo emocionado. *¡Eres tú, José Marcos! Creía que iba a perder mi viaje para verte.* Toda la gente que estaba cerca volvió la cabeza para seguir la escena y dejó expresar la curiosidad

en el semblante. Vinieron entonces las aclaraciones y la salida de los dos al patio, en donde ensayaron a bailar el disco que sonaba, sin importar que fuera por la mitad. Eliana estaba perdida casi desde su llegada. Se había encontrado con Dago y a partir de entonces el resto del universo le había sido indiferente. Ella había bailado un rato con uno y otro parejo que llegó a convidarla, algunos guerrilleros y también algunos civiles, pero al cabo se fue evadiendo dominada por un extraño abatimiento que se iba apoderando de su ser. Lo echaba de menos a él y pensaba si no sería que había huido de ella. Desde la tarima había visto cuando los guerrilleros se fueron retirando y sintió una enorme desilusión, ya había aprendido a quererlos y tenía el firme deseo de presentarles la obra de teatro especialmente a ellos. Le dolió dos veces no encontrar al final a José Marcos, pues se había hecho la vana esperanza de que por estar encargado de las relaciones con el grupo, no se había ido con todos. Pero no importaba, ahora se sentía feliz. Él también le hizo el relato franco de su desencanto, y le explicó que ese tipo de cosas hacían parte de la vida de los guerrilleros, no podían aferrarse a nada ni nadie, en ninguna parte, porque nunca llegaban a su destino, siempre tenían que irse de nuevo. Fue entonces cuando ella recordó el reto que le había lanzado y le preguntó si sabía de quién era el poema. Ante la respuesta negativa, le dijo que por alguna extraña casualidad, ella había descubierto ese día, que entre el autor de esos versos y los guerrilleros, existía una relación inexplicable, como si estuvieran atados por un hilo invisible, por una especie de cordón umbilical. El nombre del poema era New York, Oficina y Denuncia, y su autor Federico García Lorca. En

un esfuerzo de su memoria, José Marcos intentó recordar el listado aprendido durante su secundaria, de la generación del 27 en España, Federico García Lorca, Gerardo Diego, Vicente Alexandre, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Luis Cernuda. Pero definitivamente no conocía el poema. En procura de salvar su orgullo, murmuró, *tal vez la asociación que haces venga del hecho de que al poeta lo asesinó el franquismo, nosotros al fin y al cabo estamos alzados en armas contra el fascismo*. Ella lo meditó un segundo, *puede que sea así, debe ser así, pero es mucho más que eso. No encuentro cómo explicarlo*. Movi6 la cabeza a uno y otro lado, parecía conmovida, sus ojos se cubrían de un brillo acuoso, *desde que los vi a ustedes, se me vino a la mente la nobleza de sus sentimientos, el verde que te quiero verde de su Romance Sonámbulo, sus uniformes, el paisaje de estas montañas donde viven, los guardias civiles que atropellan a los hermosos gitanos soñadores, la ira contra el imperio de su Poeta en Nueva York, todo entre ustedes y 6l est6 cubierto por una idéntica atm6sfera*. José Marcos se sintió estimulado a conversar sobre el tema aunque poco conocía de la obra del poeta. Entonces preguntó a Amanda si conocía la novela de Ernest Hemingway *Por quién doblan las campanas*, y su epígrafe de John Donne, *lloran por ti*. En su parecer, la estremecedora historia de la guerra civil española continuaba viva aquí. Los sacrificios humanos y más cuando correspondían a pueblos enteros, eran capaces de causar un dolor profundo hasta la eternidad. *La sed de justicia termina siempre por renacer en uno y otro lugar*, dijo, *lo que no aceptamos nosotros es que los grandes héroes siempre deban morir derrotados, tiene que llegar un día en que sean ellos los vencedores. Los círculos*

dominantes sólo admiten la grandeza de sus opositores, si lo hacen, cuando ya los han hecho sus víctimas y nada puede resucitarlos. Amanda asentía sorprendida, no podía esquivar la impresión de que él tenía muy claras todas las cosas. Por eso comenzó a besarlo con ternura, sin importarle que todos los vieran. Luego de bailar muchas piezas llevándose el paso con deliciosa exactitud y absortos en su conversación, la pareja decidió buscar un asiento con el propósito de descansar. No había una sola silla o banca disponible en los corredores de la casa, todas estaban ocupadas por gente que hablaba y se reía con otros. José Marcos recordó entonces los pequeños muros del lado de la alberca y la convidó a que se ubicaran allá. El ambiente resultó adecuado al estado en que se hallaban sus corazones. Parecía que estaban metidos al fondo de una cueva oscura, pues la sombra total los abrazaba desde la mitad del patio, y sin embargo podían distinguir a la perfección los movimientos del baile y de la casa. No muy cerca de ellos, pero también en el mismo sector, se oía el susurro de voces de otra pareja refugiada también por ahí. El par de enamorados sintió la comodidad necesaria para soltar las amarras a la pasión que empezaba a consumirlos. Sus besos se hicieron más intensos y fueron seguidos por caricias cada vez más atrevidas, que los animaron a hablar de amor pese a saber que era inútil prometer cualquier cosa. En unos cuantos minutos descubrieron que sólo les faltaba juntar sus cuerpos desnudos para alcanzar la felicidad, pero llegar tan lejos en aquel rincón resultaba demasiado audaz para siquiera intentarlo. Las habitaciones de la casa estaban atestadas de gente durmiendo sobre las camas y aun sobre simples plásticos tirados en el suelo. El

zarzo estaba ocupado por los guerrilleros. Salvo el plan de la vivienda, el terreno que los circundaba era completamente empinado. Amanda balbuceó al oído de él, con una voz resignada que sin embargo parecía abrigar una última esperanza, *¿no hay un lugar adecuado, verdad?* José Marcos se vio obligado a asentir con un ligero bufido que reveló su inconformidad, pese a que hacía enormes esfuerzos para no mostrarse hostil. Ella lo comprendió con claridad. Contempló el brillo de sus ojos por unos segundos y luego le tomó la cabeza con las manos y lo atrajo suavemente hacia su pecho. Entonces susurró con una sensualidad irresistible, *no te preocupes amor, si una mujer se lo propone, siempre encuentra la manera de hacer feliz a su hombre.* La tibia humedad de los labios de José Marcos comenzó a recorrer ávida y curiosa la piel de formas redondeadas que ella puso a su alcance. Los ojos de Amanda se cerraron por completo y ya no vieron más la luz que desprendía la bombilla guindada en el corredor. Frente a ellos seguía sonando la música vallenata, las parejas bailaban, los borrachos reían, algunos invitados dormían recostados de cualquier manera sobre las sillas y otros paseaban alegres de un grupo a otro. Un gallo despertó de repente y tras sacudir las alas y agitar el cuerpo, dejó escapar su primer canto sonoro de la madrugada.

El conductor de la motocicleta negra Honda 1000 redujo la velocidad en cuanto viró la esquina y tomó la calle del Comando de Policía de La Concepción. El guardia de la entrada reconoció a los dos hombres que llegaban en el vehículo, y apenas respondió a su saludo con un leve movimiento de ca-

beza. Vestían de civil, y del hombro de cada uno colgaba una mochila indígena, que dibujaba hacia el exterior la forma de las armas que contenía. En el momento en que entraban a la edificación, su atención fue atraída por una mujer con quien se cruzaron, la cual lucía un ceñido traje de seda roja, que permitía apreciar las insinuantes formas de su cuerpo. Ninguno de los dos recordaba haberla visto, aunque su aire les resultaba familiar. Tenía que ser de La Concepción, sus rasgos la delataban. Morena clara, labios carnosos pintados de carmín, cabello negro espeso y corto, ojos pardos grandes y redondos y nariz ligeramente achatada. Uno de los hombres se aventuró a lanzarle un cumplido, lo suficientemente dichoso como para que ella volviera a mirarlo. La mujer en efecto volvió la cabeza, pero sus pupilas mostraron una absoluta indiferencia. Una vez dentro del cuartel hablaron unas cuantas palabras con el sargento que tenía a su cargo la oficialidad de servicio, el cual les indicó que esperaran unos momentos mientras el capitán Cárdenas los mandaba a llamar. Los dos hombres dijeron que estarían en la cafetería, un minúsculo local ubicado a un lado del pequeño patio del cuartel, en el que expendían gaseosas y tinto. Unos cuantos minutos después fue a buscarlos allá Anita, una de las agentes adjuntas al despacho del capitán, con la razón de que se le presentaran de inmediato. Anita era una mulata muy guapa, de baja estatura y caderas pronunciadas, objeto permanente de propuestas atrevidas por el personal masculino del Comando, al cual había aprendido a esquivar con frases cargadas de gracioso desdén. Los dos hombres saludaron con sumo respeto al capitán Cárdenas, quien le ordenó a Anita esperar afuera. Ella

sabía de sobra que cuando se trataba de ciertos asuntos el capitán prefería conversar sin testigos, así que los dejó solos. Se trataba del cabo González y el dragoneante Armenta, asignados a labores de policía judicial, y a quienes había confiado la investigación acerca de un personaje denunciado por varios ganaderos, que venía haciéndoles exigencias económicas en nombre de las FARC. Su misión era localizarlo y darlo de baja de un modo tal que escarmentara a posibles sustitutos. Traían un informe que creían podía interesar a su jefe, *mi capitán, las pesquisas adelantadas nos han llevado a concluir que no se trata de un guerrillero, sino de alguien que se hace pasar por guerrillero, aunque parece que sí lo fue*, expuso uno de ellos. *Hábleme claro González, no empiece con sus trabalenguas. ¿Es la guerrilla o no la que está sacándole plata a los quejosos?* El cabo procedió entonces a relatarle que habían estado conversando con algunos de los ganaderos víctimas de la extorsión. No había sido posible con todos, pues hubo quienes dieron la suma exigida y prefirieron guardar silencio. Uno de los que no quiso pagar, el viejo Dolores Plata, les había revelado que tenía relaciones de amistad, por ser el padrino de uno de sus hijos, con don Nazareno Mantilla, el propietario de una de las camionetas que hacían diariamente la línea a Santa Clara. Don Dolores sabía, porque se lo había contado el propio Nazareno tomándose unos tragos con él en La Concepción, que Nazareno de vez en cuando conversaba con la guerrilla. Quien quiera que viviera o trabajara en la Sierra tenía que tratar con los guerrilleros, le gustara o no, ellos eran la ley allá arriba. Según su compadre, ellos lo habían comprometido para que de vez en cuando hiciera viajes de piedra para el

mantenimiento de la vía y le habían exigido que los trabajadores que empleara como choferes o ayudantes, tenían que ser gente de La Concepción, bien conocidos y de confianza. Según Dolores, Nazareno les llevaba la corriente porque no tenía más remedio. Después de todo, sus dos hijos muchachos se turnaban como ayudantes y él temía que los guerrilleros procedieran contra ellos por cualquier sospecha. Lo cierto fue que acordaron recurrir a Nazareno con el fin de que propiciara algún contacto con los guerrilleros de la Sierra. El viejo Dolores creía que podrían perdonarle el cobro, ellos por su parte aspiraban a descubrir por ese medio algún hilo conductor que los condujera a atrapar al extorsionista en la ciudad. Nazareno estuvo dispuesto a colaborar con su compadre y para ese efecto envió a su propia mujer, la comadre de Dolores. Ella logró hablar con un tal comandante Misael, que encontró en Santa Clara y quien, según dijo, se portó muy amable con ella. De allí salió en claro que eran falsas las cartas que estaban llegando a algunos ganaderos con la firma del comandante Abel Epiayú. Como en las cartas el tal comandante designaba al señor Adrián Velandia para recibir los dineros, quedó claro que era este último quien falsificaba y enviaba las misivas. Con la complicidad de algunos muchachos de La Concepción llevaba a cabo los contactos para recibir el dinero. El tal Misael había escrito una nota de su puño y letra para don Dolores Plata, cuya fotocopia ellos le extendieron al capitán. *Apreciado señor: Reciba un cordial y caluroso saludo revolucionario. La presente tiene por objeto hacer saber a Usted que no es cierto que nuestra organización armada FARC-EP, esté exigiendo suma alguna de dinero a personas de esa o cualquier*

otra localidad. Nos hemos enterado que a Usted y a otros vecinos les han llegado notas en ese sentido y queremos aclararle que no son enviadas por nosotros. Por la información que nos han dado, estamos seguros de que quien está detrás de este asunto es un individuo que se hace llamar Adrián Velandia, quien si bien perteneció en el pasado a esta fuerza, hace mucho tiempo fue desvinculado y no tiene la menor facultad para obrar a nombre nuestro. Le agradeceríamos si dejara en manos nuestras este asunto, con la seguridad de que lo solucionaremos pronto. Nosotros no nos opondríamos de ningún modo a que usted haga circular esta nota entre los otros afectados, si así lo considera conveniente. Deseándole éxitos en sus asuntos, Misael, XIX Frente. La nota estaba escrita en una hoja cuadriculada de cuaderno. El capitán preguntó qué otras cosas había y el dragoneante Armenta le respondió que por lo que habían podido averiguar, uno de los cómplices del tal Adrián se llamaba Henry y vivía en los barrios bajos de la ciudad. Era drogadicto. En lugar de matarlo habían decidido mantenerlo vigilado para por su intermedio poder agarrar al otro. De este último sabían que era un tipo de muy buena apariencia, al parecer bastante estudiado, que era o se hacía pasar por médico. No vivía en La Concepción, sino que llegaba a ella ocasionalmente. Tenían su descripción física, veintisiete años, blanco, bajito, de cabellos ensortijados. Se creía que era homosexual, pues alguien aseguraba haberlo visto borracho en una taberna, jugándose de manera sospechosa con varios muchachos más jóvenes que él. Todos los informantes estaban sobre aviso, era seguro que apenas el tipo volviera a pisar La Concepción, ellos serían notificados. El capitán Cárdenas

estuvo de acuerdo con ellos, pero volvió a reiterarles que luego de cazar al tal Adrián, tenían que atrapar y liquidar también a su cómplice Henry, *esos degenerados no merecen vivir. Y hay que conseguir el dato preciso de los ganaderos que le dieron la plata a los bandidos, aquí ninguno va a jugar a dos cartas, ya les diré para qué.* Luego pasó a referirles las razones por las que a su juicio, en adelante, las cosas en esa área iban a ponerse muy calientes. El día anterior había asistido a una reunión en el batallón de la capital, en la que estuvieron presentes los mandos de la División del Ejército y del Departamento de Policía, el jefe del Das, los más grandes hacendados de la zona y gente muy pesada del gobierno y el comercio. Al fin se había conseguido el consentimiento pleno y de lo que se trataba era de poner en práctica lo definido. Lo más importante era que se había determinado quiénes actuarían y quiénes darían la plata. La presencia militar se iría aumentando paulatinamente en los alrededores de La Concepción y en el mismo casco urbano, mientras se perfeccionaba la inteligencia, porque la idea era meterle una tropa grande a la Sierra para barrer con los bandidos. A partir de la semana siguiente comenzaban a operar en la localidad, los apoyos civiles armados que iban a colaborar en la lucha contra la guerrilla. Su cobertura inicial sería la de escoltas autorizados de los Silva Arana. Esa gente tenía mucha plata y Carlos Alfonso era Representante a la Cámara. Era natural que quisieran protegerse de un atentado o un posible secuestro. Pero su papel fundamental era otro, limpiar La Concepción y sus alrededores de subversivos y cómplices. Actuarían en forma coordinada con los escoltas de los más grandes hacendados de los

municipios vecinos. Todos los ganaderos tendrían que dar una cuota para su sostenimiento, aunque los más grandes pondrían la mayor parte y serían sus jefes directos. El acuerdo incluía a los que vivían en las ciudades capitales pero tenían tierras aquí, manejadas por administradores y capataces. Estos por lo regular eran mafiosos, personajes enriquecidos con base en el comercio de las drogas, pero que tenían el dinero suficiente y se habían mostrado más que dispuestos a colaborar con las autoridades en esta guerra. El más cercano era el hermano mayor de Carlos Alfonso, cuyo poder llegaba hasta el extremo de haber conquistado para su novia el reinado de belleza de Cartagena, por el solo renombre que le daría casarse luego con una Señorita Colombia. Eran personas muy bien conectadas en Urabá y por lo alto con la crema de la sociedad en el país, así que las cosas iban en serio. Eso indicaba que en la zona se iba a comenzar a morir mucha más gente de la acostumbrada. *Nos corresponde coordinar que cada vez que vayan a levantarle las patas a alguno, los policías, los del Das y los soldados se hallen lo más lejos posible del sector, para no correr el riesgo de que haya quien se las quiera tirar de héroe y termine causándonos problemas. Si no es posible, al menos debemos cuidar que la gente que se halle en los alrededores sea de confiar, que entienda de discreción. Sería demasiado peligroso meter en esto a todo el mundo, hay que escoger muy bien los que puedan estar al tanto. No quisiera tener que andar matando nuestros propios hombres.* El cabo y el dragoneante sonrieron complacidos con las noticias. Las medidas, según lo expresó uno de ellos, llegaban más bien retardadas, hacía mucho tiempo que esperaban la decisión de

hacer cosas útiles de verdad. Para curiosidad de sus subordinados, el capitán no reflejaba el mismo optimismo. Algo parecía no gustarle, la expresión de su rostro revelaba más bien dudas e incertidumbre. González se atrevió a preguntarle qué era lo que lo mortificaba y como respuesta los dos hombres escucharon de los labios de su superior, *hasta ahora nosotros sabíamos quién debía morir aquí y por qué, en adelante serán otros los que lo determinen, no se sabe qué extremos pueda alcanzar esto*. Exhibiendo una sonrisa que oscilaba entre implacable y comprensiva, Armenta quiso recordarle que ya estaba bueno de tanto policía muerto, sonaba la hora de los que los mataban, *tal vez sea duro, mi capitán, pero es así como conseguiremos la paz, igual que lo lograron en otras partes*. El capitán respiró hondo y luego dijo apretando los dientes, *todo eso está claro, Armenta, quién va a discutirlo. Lo que está por verse es la utilidad para conseguir la paz, la subversión siempre se ha alimentado de esas cosas*. Sin esperar más comentarios al respecto, se echó atrás en el espaldar de la silla, arrugó el ceño, se frotó el rostro con las manos y cambió el tema en forma abrupta, *en lugar de estar hablando basura, necesito que me digan con toda claridad cuánta plata le sacaron al viejo Dolores por arreglarle el problema. Y no me mientan, yo sé cómo averiguarlo. Necesito mi cincuenta por ciento, ya*. Sus subordinados dejaron escapar al tiempo una risotada y el cabo González expresó festivo, *mi capitán no deja de ser un águila, ¿ah?* Enseguida depositó su mochila sobre el escritorio y sacó un fajo de billetes, *no le pudimos arrancar sino un millón de pesos, mi capitán, el viejo es muy duro, decía que no habíamos hecho nada, que todo lo había hecho él. Le dejamos claro*

*sí, que en cuanto apareciera el tal Adrián baleado en el basure-ro, lo visitaríamos por otra ñapa. Nos dijo furioso que le iba a salir más barato haberle dado la plata al tipo ese. Nos hizo reír. Tras apartar sus quinientos mil pesos y guardarlos en una de las gavetas del escritorio, el capitán volvió a hablarles, esta vez en tono preocupado, acerca de las novedades más recientes sobre la presencia de los guerrilleros en la Sierra, *acabo de hablar con doña Amanda, la jefa de la cultura en el municipio y ella me confirmó informaciones recibidas por otras fuentes, ¿no se la encontraron? Salió de aquí unos momentos antes de que llegaran ustedes. ¿Se refiere a una viejota vestida de rojo que nos tropezamos a la entrada? Esa misma, toda una mujerzota sí, estuvo en Santa Clara el domingo, en la celebración del día del campesino. El alcalde la mandó por gestión del concejal Marín, a presentar allá arriba unas danzas y una obra de teatro. Habló conmigo antes de subir y ahora vino a contarme lo que vio, tal y como lo habíamos acordado. Se portó bien la vieja, parece que es buena. Según lo explicó el capitán, de las guerrillas había que temer era especialmente a las FARC, saltaba a la vista que tenían una capacidad muy superior a las otras, eran el verdadero enemigo. El caso era que se habían tomado por asalto la celebración del domingo, aunque él creía que Marín y los principales de arriba no eran del todo inocentes con el hecho, debían de haber expresado su conformidad, aunque luego hayan procurado disimularlo muy bien. Según doña Amanda, los guerrilleros llegaron casi a las diez, bien uniformados y muy bien armados. Ella calculó entre ciento cincuenta y doscientos, aunque otra gente afirmó que eran por lo menos trescientos o cuatrocientos, sin contar varias emboscadas y**

puestos de avanzadas que tenían ubicadas para su seguridad. Estuvieron presentes el mentado comandante Abel Epiayú y sus lugartenientes, echaron su discurso, hicieron una parada militar, pasearon de arriba abajo el pueblo todo el día y en la tarde alzaron el vuelo. En la noche hubo una fiesta, pero ya los guerrilleros se habían marchado, al menos los de uniforme. La gente los estuvo aplaudiendo y muchos parecían amigos de ellos. Doña Amanda no puede precisar quiénes, no conocía a nadie allá, asegura que le pareció que los de la junta y el inspector los trataban más por cortesía que por acuerdo, que ese era el caso de Marín también. Aunque él tenía informes en otro sentido que le señalaban que lo que tenían era doble cara. Y es que tenía que ser así, según se sabía, en Santa Clara permanecía una comisión compuesta por unos pocos guerrilleros que visitaban las fincas, las casas y adoctrinaban a la población hasta convencerla o hacerla ir, así que el que esté arriba es porque es de ellos, a menos que trabaje para nosotros. En estos días van a subir unos en busca de trabajo, gente que no despierta ninguna sospecha. Con los datos que nos suministren, iremos elaborando nuestra lista de candidatos para la gente de Carlos Alfonso. La presencia de un número tan alto de guerrilleros por los lados de Santa Clara era lo que más angustiaba al capitán Cárdenas, algo tenían que estarse tramando, en este o en otro municipio vecino. Aunque lo contrariaba el hecho de que se hubieran dejado ver. Había que tener el ojo bien abierto con la gente extraña en el casco urbano. Era preferible pasar por arbitrario que por ingenuo. Cualquiera podía ser un guerrillero haciendo inteligencia. La gente del Ejército y los grupos de apoyo pensaban dirigir un trabajo en dirección a

los campesinos de la Sierra que pasaban constantemente de arriba abajo y viceversa. Había que ayudarles en eso. Ya la contraguerrilla del teniente Peña estaba lanzando inesperadas incursiones al sector del mercado para capturar sospechosos. Antes de terminar la entrevista, el capitán les hizo otro comentario. Según oficio recibido de la dirección del Das, habían aumentado notablemente los casos de abortos provocados en La Concepción, hasta el punto de amenazar con llevar a la quiebra al hospital local. Con demasiada frecuencia llegaban a Urgencias mujeres con hemorragias y otros síntomas posteriores. Los médicos se veían obligados a practicarles intervenciones quirúrgicas, que ellas por lo general no estaban en condiciones de pagar. Era necesario descubrir a los practicantes clandestinos de abortos, médicos, enfermeras o comadronas de oficio, ojalá cuando estuvieran en flagrancia para que no pudieran evadir su culpabilidad. Un dato interesante era que la gran mayoría de las mujeres que abortaban eran campesinas llegadas del sector rural. Había que echarle mucho ojo a las residencias en donde solían alojarse los campesinos con sus mujeres. Y de ser posible seguir a las preñadas. Poner gente a eso, de los informantes habituales. Según rumores de los bajos fondos, entre esas mujeres había guerrilleras que cada rato se sacaban los hijos que les hacían arriba sus compañeros. Por ese lado podrían incluso dar un golpe importante a los subversivos, era cosa de paciencia, reunir la información suficiente y sorprender. El teniente de la contraguerrilla y él habían acordado emprender un trabajo en ese sentido. González y Armenta tenían que incluir esa otra indagación dentro de sus tareas.

Desde antes de las siete de la mañana comenzaron a llegar al caserío pequeños grupos de campesinos con el propósito de viajar a La Concepción o a la capital. Aunque todos los días se repetía la escena, las mañanas de mayor afluencia eran las de los lunes. Los choferes y los ayudantes de las camionetas que hacían la línea, celebraban con los pasajeros o remitentes una innumerable cifra de contratos verbales para el transporte de personas y mercancías. Al mismo tiempo recibían las listas de encargos para traer del pueblo, con el dinero de cada uno o la autorización para recibirlo en pago y emplearlo en la orden. Bultos de café, plátano, fríjol, cajas de lulo, gallinas, cerdos, pavos, envases de gaseosa y cerveza, cilindros vacíos de gas, algunos muebles domésticos y todo género de mercancías corrientes e insólitas eran apilados sobre el piso de las carrocerías, con preferencia en su parte delantera. Los dos o tres restaurantes del caserío lograban un buen ingreso con la venta de desayunos para los que viajaban. Casi una hora duraba la escandalosa bulla producto de las transacciones, los pitidos de los vehículos, la música vallenata que nunca faltaba en sus equipos de sonido y la algarabía de los más de cincuenta niños y niñas que iban llegando a asistir a clases en la Escuela. A las ocho salía la tercera y última de las camionetas, dejando tras el mortificante ruido de su motor y la nube de gas carbónico expulsado con generosidad por su tubo de gases, una calma providencial recibida con agradecimiento por el ánimo de los pobladores. Los pasajeros eran acomodados sobre dos o tres tablas que se atravesaban por encima de la carga. Allí viajaban sentados, con los pies colgando al aire y sujetándose

con las manos de las correas con las que se ataba la carpa del vehículo. Los brincos y sacudidas del recorrido estaban garantizados por el estado de la vía. Pero por dura que fuera la jornada al pueblo, resultaba satisfactoria para la gente de Santa Clara y sus alrededores. Contaban con una carretera y camionetas haciendo línea, una realidad que había sido considerada como un sueño hasta hacía muy poco tiempo. La primera vez que el comandante Abel Epiayú entró a Santa Clara, realizó una reunión improvisada en el centro de la calle, que entonces no era calle porque todavía no había subido el primer vehículo. Ese día les había dicho a los campesinos que pusieran cuidado. A partir de esa presencia armada se iba a regar la bola de que la guerrilla estaba en la Sierra, y con ella iban a venir las operaciones militares del Ejército, las represiones contra la población, las detenciones, las torturas y demás persecuciones. Había que prepararse para ello. Pero también iba a llegar el progreso. El gobierno iba a empezar a hacer las obras que jamás había hecho para beneficio de la Sierra. Iban a ser construidas las carreteras, los puestos de salud, las escuelas, los acueductos. Y había sido como una escritura pública. Todo se había cumplido. Los campesinos organizaron marchas a la capital para reclamar sus derechos. Y se sostuvieron ante las arremetidas de la tropa y los policías. Fueron incluidos en el Plan Nacional de Rehabilitación, y poco a poco comenzaron a llegar los recursos. La Federación de Cafeteros ponía una parte, la nación o el departamento otra, el municipio otra, las comunidades una última representada en trabajo material. Vino la época de la Unión Patriótica, del concejal Marín, de las alianzas electorales a la alcaldía, a la asamblea

departamental. Las protestas inútiles por los crímenes a los dirigentes del nuevo movimiento político. La esperanza trunca con Bernardo Jaramillo, que a su vez había heredado el prestigio y la fatalidad de Jaime Pardo Leal. Apenas se terminó de abrir la carretera a El Cincuenta, las líneas penetraron ruidosas hasta esa vereda, en donde todas las noches, por acuerdo de la comunidad, debía dormir un chofer con su ayudante y su camioneta en previsión de cualquier emergencia. Coincidiendo con esos acontecimientos, el Ejército montó una base permanente en la salida de La Concepción, y más adelante un puesto de avanzada y control en la entrada que de la carretera principal subía a Santa Clara, en el llamado cruce de Santa Rosa. Allí los soldados requisaban a los pasajeros de la Sierra y la carga del vehículo, en un odioso ceremonial que retrasaba el viaje en ocasiones hasta más de una hora. Este lunes parecían haberse puesto de acuerdo todos los personajes de Santa Clara para salir. Y lo más curioso era que habían coincidido en la primera de las camionetas. El delegado al comité departamental de cafeteros, un finquero de 40 años llamado Eliécer Manrique, tenía el renombre de ser uno de los propietarios más ricos de la región de Santa Clara. Poseía en efecto uno de los predios más vistosos y mejor arreglados, sus caballos eran a todas vistas los más finos y era evidente que llevaba una vida holgada. Era viudo desde hacía un par de años y se decía que de sus hijos se había hecho cargo una hermana suya que vivía en la capital. No faltaba a ninguna de las reuniones de la acción comunal, en donde su voz era escuchada con sumo respeto. Siempre estaba presto a proponer soluciones prácticas a los problemas de la región y él mismo

se ponía al frente de las diligencias necesarias cuando quiera que se requería su ayuda. Precisamente una de las razones que lo llevaban a la capital, era la de tramitar lo relacionado con el giro del aporte del comité de cafeteros para la construcción del puente sobre el Río Las Piedras, una vieja aspiración de los pobladores de ese sector, que al fin parecía querer hacerse realidad. También bajaba Duván, el presidente de la junta y con él Rubio, el inspector de policía del corregimiento. Rubio se las arreglaba para celebrar contratos de agricultura en la Sierra, con el fin de mejorar su ingreso salarial que además de ser bastante reducido sólo percibía de vez en vez, cuando la administración municipal tenía los recursos suficientes para pagar el sueldo a todos sus funcionarios. Más bien vivía de la esperanza de que el próximo mes, sin falta, sí le pagaban todos los salarios juntos. Tenía que llevar a la administración local de impuestos las sumas recaudadas por concepto de los gravámenes al degüello y al comercio, esa era la razón de su viaje. Duván era comerciante y viajaba a visitar a su proveedor principal Drigelio Quintero, originario de Ocaña y verdadero mago de las transacciones, reputado como uno de los hombres más afortunados de La Concepción, por haberse hecho millonario a tan corta edad y gozar de la estimación general del comercio de la región. También tenía el propósito de definir con Marín, en Salud, lo relacionado con la designación de la enfermera para el puesto de Santa Clara. Al respecto había hablado con él uno de los mandos del Frente, a objeto de recomendarle a Alejandra González, una compañera que había tenido que huir de otra zona por obra de la persecución del Ejército, y quién no sólo era una enfermera exce-

lente sino que además gozaba de toda la confianza del movimiento. Era presumible que el enemigo tuviera alguna candidata para ocupar ese cargo en Santa Clara y valía la pena impedirle la realización de ese propósito, pero era necesario mover algunos hilos en Salud y para eso contaban con las relaciones de Marín. Ese día también viajaba Ana Luz, la indígena tairona que representaba a su comunidad por delegación de sus autoridades. Con ella viajaban dos de sus hijos, dos indígenas en edad adolescente, que vestían atuendos nativos radiantes de limpieza y lucían sobre sus cabezas finos sombreros de paño oscuro. Entre ella y Eliécer Manrique pasaron una buena parte del viaje conversando. Él quiso encargarle la elaboración de dos mochilas para su uso personal, pero las quería del mejor material y con diseños originales. Ana Luz le expuso que la lana de carnero tenía que encargarla a Pueblo Bello, pues por aquellos lados no se conseguía sino de la corriente, y dedicó bastante rato a precisar cuál era el tipo de diseño que podía interesarle a él. Luego le prometió que en un mes se las tendría. Y hablaron de los hijos y los problemas que tenían en sus colegios. Los de ella tenían la manía de hablar de la guerrilla con sus compañeros de clase, contándoles toda clase de fantasías al respecto, en las cuales ellos muchas veces eran los protagonistas centrales. En su ingenuidad no parecían entender el problema en que se metían y metían a su comunidad y a su familia. Eliécer les llamó la atención a los muchachos allí mismo, aunque de manera paternal. Tenían que aprender a controlarse, la guerrilla gozaba de respeto y cariño de la carretera que bordeaba la Sierra hacia arriba, abajo ni siquiera en broma se podía mencionar el tema. Para la gen-

te de la ciudad, los guerrilleros eran la suma de todas las desviaciones y vicios de la raza humana. Esos eran asuntos complicados, no debían hablar de eso ni aunque les preguntaran. A la larga ellos siempre terminarían como perdedores. Otros pasajeros también les repitieron lo mismo a los muchachos, a quienes el tema más bien les parecía divertido. Los hijos de Eliécer tenían serios problemas con la disciplina de los establecimientos en los que estudiaban, la falta de la mamá los había transformado por completo. Cuando la camioneta se aprestaba a entrar a Santa Rosa, fue obligada a detenerse en el retén del Ejército. Al mando de la tropa se hallaba ese día un sargento de piel negra, bastante corpulento y gritón, que ordenó a todos los pasajeros bajar del vehículo y esperar a que llegaran las otras líneas. Los soldados requisaron la carga y los maletines de mano de los pasajeros. También los cachearon para ver si portaban armas. Eliécer mostró el salvoconducto para la pistola Browning 7.65 que llevaba consigo, cuyos datos fueron cotejados con los de su cédula por el sargento. No le pusieron ningún problema. Los otros vehículos no tardaron mucho para llegar y sus ocupantes fueron sometidos al mismo recibimiento que los primeros. En uno de ellos venía Fernando, un campesino de más allá de El Cincuenta, a quien su mujer y sus vecinos habían convencido para que bajara al hospital a hacerse ver la mordedura de una serpiente. Le estuvo contando a Duván que él no sentía nada extraño, sin embargo la herida tenía mal aspecto, una coloración entre verde y morada y el brazo estaba inflamado. El caso le había ocurrido la tarde anterior, una boquidorada de algo más de un metro de largo que él había alcanzado a matar luego. El mu-

chacho estaba tranquilo, más bien molesto por el día de trabajo que perdía. Duván lo reprochó amigablemente, *no te confíes Fernando, el veneno de esos animales es peligrosísimo. En cualquier momento puedes caer y para entonces puede ser tarde. Apenas llegues, corre al hospital.* Los soldados los llamaron a todos bajo la sombra del higuerón donde los esperaban los encargados del retén. La pequeña conferencia del sargento se refirió a los planes que tenía el Ejército para asestar el golpe mortal a los guerrilleros. En adelante todas las entradas a la Sierra iban a ser controladas de día y de noche. Se les acababa el corredor a los bandidos para andar de abajo arriba, entrando sus armas, parques, uniformes, remesas y hombres. Los iban a poner a aguantar necesidades, los iban a dejar sin qué comer, los iban a tener pasando hambre. Eso los obligaría a salir de sus madrigueras en busca de comida. La trampa estaba lista. En cuanto asomaran las cabezas famélicos y débiles, el Ejército estaría como un tigre esperándolos. Y de un zarpazo se los iba a engullir. Al decir esto, estiró las manos adelante con rapidez, como imitando a una fiera que atrapa a su presa. Y sus ojos le brillaron repletos de satisfacción. En medio de su agresividad, el suboficial se veía cómico. Cuando por fin pudieron continuar el viaje, los vehículos, casi en procesión, tomaron la autopista central que estaba perfectamente pavimentada y señalizada. Veinte minutos después, la primera de las camionetas entró a La Concepción y siguió de largo hasta el sector del mercado. Las otras la seguían a corta distancia. Una vez se cuadró en su estación habitual, los pasajeros bajaron a tierra. Los que no tenían carga alguna, como Rubio y Duván, pagaron de una vez el valor del pasaje y

se abrieron en dirección a sus destinos. Los otros tenían que esperar. Eliécer le preguntó a Ana Luz si pensaba demorarse en La Concepción o si seguía de largo para la capital. En este último caso podían viajar juntos. La indígena agradeció su intención, pero le manifestó que tenía que hacer varias vueltas que iban a demorarla un tanto. Sin embargo le pidió el favor de que si viajaba ahora mismo, llevara consigo a sus dos hijos. Ella los encontraría más tarde en la capital. Eliécer se mostró gustoso y flanqueado por los dos muchachos indígenas se dirigió al transporte. Ana Luz se encaminó hacia la alcaldía y una vez allí buscó las oficinas de la Casa de la Cultura en donde preguntó por Amanda. Cuando ésta la vio se puso de pie y salió a su encuentro. Se saludaron con un fuerte abrazo. Lo primero que dijo la indígena fue, *le cuento que no he podido encontrarme con José Marcos, no he tenido forma de darle las razones que usted le envía. A pesar de que están en la Sierra, a veces es difícil encontrarse con ellos.* El semblante de Amanda se cubrió con una sombra de desaliento.

Duván llegó hasta el depósito de Drigelio, una casa grande y esquinera en cuyo primer piso funcionaba el local comercial y en cuya segunda planta vivía el comerciante con su mujer y sus tres hijos aún pequeños. A un lado de la edificación, pero haciendo parte del mismo solar, había un garaje inmenso al que se accedía por un par de enormes puertas metálicas que Drigelio abría todas las mañanas de par en par. Allí se lo encontró Duván, comiendo una zanahoria hermosa y madura que sostenía en una de sus manos, mientras orientaba al conductor de un camión acerca del modo como debía aparcar el

vehículo en el garaje. Drigelio le extendió la mano con su habitual desenvoltura y confianza, *¿cómo te ha ido, Duván? Dame razón de Laurita. Bien Drigelio, allá quedó en el filo, haciéndose cargo del negocio.* Duván observó que el camión que trataban de cuadrar estaba completamente cargado de fríjol. Era un 600. *Ya está comenzando a llegar el fríjol,* comentó como por decir algo. *Sí, acabo de negociarlo por seis millones, dándolo al detal se le podrá ganar lo suficiente,* le respondió Drigelio. En ese preciso momento se acercó otro camión al garaje. Sin bajarse de la cabina, desde su puesto, el conductor le pegó el grito a Drigelio para preguntar si tenía fríjol rojo como para llevar a la capital. Al escuchar la respuesta afirmativa, le preguntó a cómo le daba la carga para embarcarlo de una vez, *apenas está llegando, pero si me das doce millones es tuya.* El del camión expresó su asentimiento y preguntó cómo se cuadraba. Drigelio le dijo que lo dejara ahí mismo y ordenó a los muchachos que se aprestaban a bajar la carga del primer camión, que la pasaran de una vez al segundo. *Siempre lo he dicho,* murmuró en voz baja al oído de Duván que lo miraba sorprendido, *las zanahorias frescas por la mañana siempre serán saludables.* Después pasaron al local. La labor de Drigelio era la de negociar hacia fuera la carga que le traían de la Sierra, para asegurar la cual fiaba hacia adentro toneladas de mercancías con una largueza que en muchos casos se confundía con la generosidad. De hecho su sistema de comercio era sencillo y se basaba en gran medida en la confianza. Acreditaba mercancías al comercio de la Sierra y a muchos tenderos de los pueblos menores de la sabana. A cambio, los dueños de los negocios traían a su granero el pro-

ducto íntegro de las cosechas que producían los campesinos. Los pequeños comerciantes como Duván y otros de Santa Clara y demás caseríos celebraban con los campesinos una especie de contrato de suministro verbal, que empezaba por la comida. Cada domingo el campesino llevaba el arroz, el aceite y en general la economía que requería en su casa y se comprometía a pagarla cuando recogiera la cosecha que iba a sembrar. En realidad los campesinos se obligaban a venderle la cosecha al tendero y a liquidar y pagar de su valor la suma acreditada a lo largo de cinco o seis meses. Durante este tiempo los comerciantes eran como sus padres, personas a quienes iban a contarles de cualquier problema que tuvieran, con la seguridad de que les ayudarían en su solución. A su vez Drigelio era el benefactor de todos ellos. Los problemas podían surgir cuando un campesino resolvía vender su cosecha a un comerciante distinto a quien lo había financiado, con la esperanza de obtener un mejor precio por su trabajo. O cuando resolvía negociar la cosecha y volarse sin pagar los créditos. Lo que despertaba admiración y por parte de muchos, franca veneración hacia Drigelio, era que nunca se le conocía un gesto de avaricia, siempre parecía obrar con el propósito de ayudar a los demás. Ganaba porque comerciaba en grande y gozaba de una sólida reputación, sin olvidar que el comercio era un riesgo y que las pérdidas por obra de la mala fe ajena hacían parte del engranaje de la actividad. Ninguno podía decir que no lo había sabido comprender cuando le daba cuenta de una estafa de que había sido víctima. Duván trabajaba con él porque lo había conocido en San José de Oriente, en el Perijá, aunque en ese entonces no era el próspero hombre de

negocios que era ahora. Habían pasado café de contrabando hacia Venezuela en una aventura que no les había dejado las ganancias que esperaban. Unos años después, cuando Duván se casó con Laurita y se vino de San José a Santa Clara, se encontró con Drigelio en La Concepción. Duván le contó sus propósitos. Se pensaba instalar en la Sierra para demostrarle a su suegro que él sí era un hombre responsable y capaz de surgir. El viejo Álvarez se había opuesto a sus amores con Laurita. Drigelio le ofreció entonces su ayuda. Recién Duván había terminado de construir su casa en Santa Clara, una vivienda de material, amplia, con un local iluminado en el que tenía tres mesas de buchacara y la tienda, cuando el viejo Álvarez se le presentó una mañana para pedirle disculpas y reconciliarse con él. Duván sentía que esa pequeña satisfacción personal se la debía a Drigelio, aparte de todas las cosas que con su trabajo había podido conseguir durante estos años. Drigelio y las FARC habían marcado su vida. Cuando llegó a Santa Clara, la guerrilla también estaba haciendo sus primeras apariciones en la región. Le gustaron las personas, las propuestas que tenían para el campesino, su rectitud y seriedad. Santa Clara nunca hubiera llegado a ser lo que era si las FARC no hubieran hecho presencia en la Sierra. Finalizada la bonanza de la marihuana, los combos de uno y otro cabecilla mafioso se habían desintegrado, dejando al garete un montón de gente acostumbrada a ganar dinero y a gastarlo a manos llenas. Entonces no hubo ley diferente a la del más fuerte. Los asesinatos y los robos se convirtieron en el pan de todos los días. Los colonos que trabajaban con inmensos sacrificios para hacer una finca y sacar adelante sus familias, se

encontraron sometidos al capricho de bandidos desalmados cuya única aspiración era tener dinero para gastar en mujeres y bebidas. Hubo quienes valiéndose de la fuerza comenzaron a apoderarse de las tierras que otros habían abierto. Muchos creyeron que trayendo familia, hermanos, primos, tíos, podían conseguir respeto por parte de los delincuentes que se imponían por obra de las armas. Algo de eso se lograba, pero siempre que se permaneciera unido y en actitud de pelea. Vivir en la Sierra era una odisea diaria. Fueron los guerrilleros los que impusieron el orden sobre una base de justicia. Pero tuvieron que darse bala con mucha gente. Además la guerrilla ahora era otra cosa, una organización grande y bien armada. Entonces era apenas un grupo de cinco o seis muchachos que a lo sumo contaban con pistolas y una que otra metra, lo cual no era gran cosa para enfrentar combos armados hasta con fusiles americanos. Los guerrilleros de esos días casi nunca salían a las casas o se dejaban ver de los civiles. Pero ganaron su apoyo gracias a su abnegación para defender sus intereses. Se movían como sombras fantasmales entre los montes, y caían amparados por la noche a las guaridas de los maleantes. Nadie podía ubicarlos. La gente perversa se murió o terminó huyendo de la Sierra. Muchos de ellos acabarían aliados con el Ejército, encabezando peligrosas bandas de asesinos que se ensañaron con los pobladores de algunas zonas. Lo cierto fue que fueron las FARC las que se encargaron de consolidar un entorno, en el que se pudo pensar nuevamente en trabajar para ver el fruto de los esfuerzos. Con esa claridad veía las cosas Duván, que había tomado parte de las marchas campesinas y había sido víctima de los señalamientos y hostilidades

por parte de los mandos de la tropa. Nunca olvidaría la vez que le dispararon varias ráfagas para matarlo. Llegando a La Gran Vía, el Ejército estaba en la carretera central bloqueando el paso hacia la capital. Los campesinos descendieron por miles de los buses, camiones, volquetas y toda clase de vehículos que los transportaban. Sus dirigentes se enfrentaron al coronel y otros oficiales que los conminaron a regresar a sus lugares de origen. Duván discutió en forma enardecida con el coronel. Más tarde, la tropa recibió la orden de detener a los cabecillas más visibles de los campesinos, con el fácil recurso de acusarlos de guerrilleros infiltrados en la manifestación. Pero no pudieron hacerlo porque en cuanto le echaron mano al primero, una multitud se les vino encima reclamando su libertad inmediata. Hasta que se fueron a las manos. Duván estaba en un corrillo cuando oyó las voces que lo señalaban a él, *¡el de camisa roja, ese, agarren a ese, junto con el de sombrero que lo acompaña!* Antes de que lo alcanzaran, se había lanzado a correr por entre el gentío exaltado, que lo protegía atravesando sus cuerpos ante los enfurecidos soldados que los rechazaban a culatazos. Los campesinos tenían garrotes en sus manos y les respondían con ellos. Duván buscó refugio en un rastrojo después de pasar bajo una cerca. Apenas se puso de pie de nuevo, silbaron las balas justo a medio metro de donde estaba. Como una fiera herida se fue perdiendo entre la maleza al tiempo que sentía pasar los proyectiles junto a él. Más tarde regresó a la marcha, cambiándose de ropa y adoptando una actitud más invisible. Colaboraba con la guerrilla en lo que estaba a su alcance, pero supo hacerlo de un modo tal que no se hizo ostensible su relación con los alzados.

Nadie podía decir que entre los guerrilleros y él había más trato que el obligado por habitar en Santa Clara. Drigelio sabía que Duván era amigo de la guerrilla, pero con esa habilidad que tenía para no dejarse comprometer por nadie, evadía hablar sobre el tema. Quizás por eso se había metido en política, lanzando su propia lista por el partido liberal para el concejo de La Concepción. Y le había hecho campaña a Gavi-ria. No quería que por sus vínculos con la gente de la Sierra intentaran vincularlo de algún modo con la Unión Patriótica, pese a que todos sus clientes y la mayoría de sus amigos pertenecían a ese movimiento. Drigelio invitó a Duván a desayunar en su casa mientras hablaban de los negocios mutuos, y fue su mujer, Tatiana, la que lo atendió directamente como prueba del afecto que le profesaban. Como de costumbre, Drigelio apoyó los proyectos que tenía Duván e incluso le giró un cheque para cubrir el préstamo que le solicitaba. *Tranquilo hermano, que para eso estamos, para ayudarnos*, le respondió cuando Duván intentó expresarle su agradecimiento. Luego le contó que en la tarde estaba invitado a un brindis en el restaurante campestre de Don Ovidio. La presidenta del concejo estaba de cumpleaños y varios de sus colegas habían querido hacerle un pequeño homenaje. Se sentía obligado a asistir y le pidió que lo acompañara. Podía caerle allá mismo a eso de las cuatro. Duván le aseguró que acudiría sin falta. Después se despidió y salió a la calle. Cuando transitaba por el sector del mercado público, se encontró de frente con Fernando, el campesino que había bajado mordido por la boquidorada. *¿Y tú qué haces por aquí tan campante, no me dirás que no fuiste al hospital?* Duván tuvo la impresión de que el aspecto del

muchacho había desmejorado mucho desde hacía unas horas. Fernando le explicó con voz escéptica, *no, si imagínate, estuve en urgencias y les conté el caso. Me examinaron la herida. Y me dijeron que necesitaban aplicarme un suero antiofídico. Pero eso es carísimo, y a mí la plata no me alcanzaba, así que me dijeron que no podían hacer nada. Ando en busca de un viejo que dicen que sabe rezar, si no lo encuentro me voy otra vez para arriba, no voy a perder más tiempo.* Duván no quiso escuchar más. Tomándolo por el brazo, detuvo un taxi y le pidió al taxista que los condujera al hospital. Allá se hizo cargo voluntariamente de todos los gastos que demandaba su atención. La enfermera lo acostó en una camilla y le aplicó el primer suero. Apenas el líquido comenzó a circular por sus venas, Fernando se puso lívido y perdió el sentido. El médico sentenció que había que aplicarle otro suero y mantenerlo en observación. Duván quedó de regresar en la tarde. Entonces se dirigió al concejo municipal en busca de Marín. Éste también estaba al tanto del interés del Frente porque se nombra a Alejandra González, y se puso de acuerdo con Duván en que había que buscarla para llevarla a las dos de la tarde a Salud. Con el mensajero del concejo le enviaron la razón a su casa de que debía estar a esa hora en la esquina norte del parque Los Fundadores. Allí se encontrarían con ella para ir a hacer la gestión. Duván se dirigió entonces al Banco del que salió un poco después del mediodía. Sabía que en casa de Drigelio podía encontrar almuerzo y buena acogida, pero tuvo vergüenza de aparecerse por allí de nuevo y decidió buscar un restaurante. De camino se encontró con Rubio quien le reprochó que anduviera así, tan desprevenido y solo por la

calle. En La Concepción las cosas se habían puesto difíciles para los serranos y no era conveniente comportarse de manera tan confiada. Duván no entendía muy bien lo que le decía Rubio, quien le hablaba con voz rápida y baja, como si temiera que alguien pudiera escucharlo. El inspector lo instó a que salieran del sector del comercio central, hacia una zona menos concurrida, había buenos restaurantes que no eran frecuentados por *cachacos* de la Sierra. Una vez en el sitio indicado por Rubio, Duván pidió dos cervezas heladas mientras les traían el almuerzo. Lo que Rubio le dijo, lo preocupó sobremanera. En La Concepción era público el decir según el cual había llegado un grupo paramilitar que se paseaba orondo por las calles con su despliegue armado, sin que las autoridades parecieran darse por enteradas. Ya habían ocurrido varias muertes que se les adjudicaban. Afirmaban que venían a limpiar el pueblo de guerrilleros. Y tenían una curiosa tendencia a calificar como tales a quienes poseían la apariencia de campesinos de la Sierra. Al parecer tenían gente en el sector del mercado que se encargaba de señalar a los sospechosos. Por eso era peligroso andar por ahí. Duván se preguntó por qué Drigelio no le había comentado nada al respecto y se propuso indagar en la tarde con él todo lo que supiera sobre el asunto. Mientras almorzaban, Rubio también le relató sus discusiones con el secretario de hacienda del municipio. Él había bajado con la aspiración de que esta vez sí le pagaran su sueldo, pero por tercer mes consecutivo el funcionario se había explayado en disculpas sobre la pésima situación financiera de la localidad. *Estaban esperando una partida del departamento, con la cual cancelarían todos los salarios atrasados, era*

cosa de unos cuantos días, le prometió en tono afligido. En cambio, se había mostrado muy meticulado en la liquidación de los ingresos recibidos por concepto del degüello y el comercio de Santa Clara. Rubio le entregó los dineros recaudados y le advirtió que había un faltante. Se había visto obligado a sacar de esos dineros las sumas que requería para sobrevivir. El secretario se ofuscó inmediatamente, *¡eso era un delito, peculado, castigado con cárcel!* Entonces él le había dicho que delito era robar para malgastar, lo único que él había hecho era tomar una parte del dinero que le debían. El secretario le había insistido en que ese era el problema con ellos, los de la Unión Patriótica, creían que podían hacer sus propias leyes. En las leyes que regían abajo, tomar dineros públicos se penaba gravemente. Rubio no encontró otro argumento que decirle que en las leyes que regían allá arriba, todas las injusticias debían ser remediadas con la mayor brevedad, y le reprochó que si en las leyes de abajo matar una familia de hambre no era delito, en las de arriba sí lo era. Y también se procuraba que los responsables pagaran por sus delitos. Ante la firmeza del inspector, el funcionario puso fin a la discusión advirtiéndole que no volviera a cometer ese tipo de acciones, pues no siempre podría él cuadrarle las cuentas. Rubio había pasado el resto de la mañana hablando con amistades de La Concepción que tenían familia en la Sierra y todas le habían manifestado su preocupación por lo que sucedía. Cuando la contraguerrilla al mando del teniente Peña se aparecía en el sector del mercado, los policías se dedicaban a agredir forasteros. También detenían a grupos de campesinos, a los que llevaban al comando bajo la acusación de guerrilleros. Por lo

regular los liberaban al otro día, o a los dos como máximo, pero se encargaban de hacerles amargas las horas pasadas en el calabozo. En adelante lo más prudente sería bajar a realizar la diligencia pendiente y desaparecer lo más rápido posible. Era la voz que corría entre las gentes de la Sierra o vinculadas a ella. El sopor de la hora pesada hacía sudar en forma abundante a los comensales, pese a que se hallaran bajo las sombras de unos mangos en el patio de la casa donde funcionaba el restaurante. La mesera servía un par de cervezas que al destaparse tenían la apariencia del hielo raspado, y sin embargo en pocos minutos, se transformaban en un líquido caliente que bajaba con dificultad por la garganta. Poco antes de las dos Duván canceló la cuenta y le pidió a Rubio el favor de avisarle a Laurita que él no podía subir ese día, en razón de un compromiso que se había hecho con Drigelio. Tras despedirse de él, Duván tomó la dirección del parque caminando pensativo por las calles solitarias.

Alejandra vivía en La Concepción desde hacía poco más de tres meses. Había llegado del corazón del país, huyendo de la persecución desatada contra ella. La suerte le dio la espalda desde que el Ejército llegó a Caño Don Juan, en desarrollo de una operación que pretendía cercar a los guerrilleros en la vereda La Concha. Ella se desempeñaba como enfermera de ese centro de salud, en donde el noventa por ciento de los casos reportados eran de malaria. Caño Don Juan era un pequeño caserío a orillas del río Cimitarra, de viviendas construidas en madera, que se hacía acogedor gracias al colorido con que estaban pintadas las paredes y chambranas que

adornaban las casas. Las únicas construcciones en material eran la escuela y el centro de salud. Desde Barranca era posible el acceso a él por vía acuática, navegando en motor por entre los caños que unían los ríos Magdalena y Cimitarra. Por tierra no había sino simples caminos que conducían hasta la margen opuesta al caserío, cuyo tránsito ocupaba muchísimas horas a pie bajo un sol abrasador. Alejandra vivía entonces con el maestro de la Escuela de La Concha. Así también se llamaba la quebrada que descolgaba de la serranía y en cuyas bocas estaba construido Caño Don Juan. La mafia de narcotraficantes, en ese momento enfrascada en una guerra abierta con el gobierno a fin de obtener la revocatoria de la extradición de colombianos a los Estados Unidos, había hecho uso en el pasado, de una rústica pista en las cercanías de La Concha. Sin embargo esta ya había sido abandonada y sus usufructuarios habían desaparecido tiempo atrás de la región. La zona estaba habitada por colonos que luchaban por hacer fincas para la cría de ganados, después de haber despoblado de madera las montañas nativas, y por campesinos pobres que sobrevivían de la agricultura de pan coger, sembrando sus cultivos en rastrojos plagados de serpientes y bañados por aguas infestadas de sanguijuelas. La presencia de la guerrilla se remontaba a casi treinta años atrás. Por allí habían pasado los hermanos Vásquez Castaño en los comienzos del ELN, Carlos Pizarro y su gente del M-19 en la época de la persecución por las armas hurtadas del cantón norte, y las FARC, desde cuando el comandante Franco se vino de Santander con parte de su tropa, para el nordeste antioqueño y el sur de Bolívar. Ocasionalmente alguna avioneta aterrizaba en la vieja pista para

llevar o traer personas o cosas que interesaban a la guerrilla. Pero no se trataba de ningún centro de producción o comercialización de narcóticos, como pretendió después justificar el Ejército. Una mañana cayeron varios helicópteros a la cabecera de la pista y de ellos descendieron rápidos escuadrones de las fuerzas especiales de la Policía, que procedieron a minarla con el fin de destruir lo que quedaba de ella. Antes habían estado ametrallando los alrededores. Los guerrilleros del XXIV Frente de las FARC tenían su campamento cerca de allí y corrieron prestos a enfrentar los agresores. La Policía tuvo que abordar los helicópteros y retirarse luego de comprobar que la resistencia de los alzados era muy superior a la calculada. Al día siguiente madrugaron los aviones bombarderos de la fuerza aérea, acompañados de un sinnúmero de helicópteros artillados. Los campesinos de La Concha y otras veredas aledañas comenzaron a ser víctimas de los ametrallamientos y bombardeos. Detrás entraron las unidades militares expertas en lucha contrainsurgente, dando lugar a una pequeña guerra que se prolongó por seis semanas. La zona aún conservaba grandes extensiones de selva que permitían a la guerrilla hallar refugio seguro, a la vez que desplazarse en forma clandestina de un lugar a otro para sorprender a la tropa con hostigamientos y emboscadas. Al final de cuentas el Frente resultó demasiado fuerte para las expectativas de los mandos militares oficiales, que comenzaron a preocuparse cuando no pudieron seguir ocultando la cifra de muertos y heridos entre sus hombres. Su desesperada reacción los condujo a arreciar la brutal ofensiva aérea, como si se tratara de una batalla convencional que buscara el desalojo de un enemigo posicionado

en el terreno. Los campesinos fueron elegidos como piezas de caza por los estrategas de la Segunda División militar, con el objeto de presentar algún tipo de resultados a la opinión pública. Las viviendas que no resultaron voladas por bombas, terminaron al final incendiadas por los soldados. Los cadáveres uniformados que el Ejército presentaba a la prensa como de guerrilleros muertos en combate, resultaban a la larga reconocidos por sus familiares, como civiles que vivían y trabajaban desde hacía muchos años en la región. Uno de ellos fue el cuerpo del profesor de La Concha, suceso que Alejandra, adolorida e indignada, se encargó de denunciar por todos los medios a su alcance. Los pobladores se vieron obligados a evacuar el área y trasladarse en calidad de desplazados, sin ninguna clase de recursos, a los cascos municipales cercanos en busca de ayuda. Entonces tocaron a todas las puertas, la Cruz Roja Internacional, los comités nacionales y regionales de derechos humanos, las gobernaciones y alcaldías cercanas, los procuradores regionales, la jerarquía eclesiástica y el gobierno nacional. En todas partes les dieron amplias muestras de solidaridad moral, expresaron su irritación por lo que sucedía, los rellenaron de promesas, pero ninguna de esas actitudes redundó en que cambiaran las cosas o se repararan sus heridas. La operación de arrasamiento continuaba. En Barranca obraban de manera abierta los sicarios paramilitares cuyos vínculos con la flotilla fluvial de la Armada y el batallón del Ejército eran de conocimiento público. Los comandantes de la una y del otro no se preocupaban por disimular el desprecio que sentían hacia las comunidades desplazadas. Los principales denunciadores de los abusos cometidos fueron ca-

yendo uno a uno, abaleados en cualquier calle oscura. En las horas de la noche alguien cortaba la luz antes de que se cometieran los crímenes. Pero también ocurrían en cualquier otro lugar y hora. Incluso cuando sus blancos tomaban algún refresco en un lugar abierto al público y atestado de clientes. Había hombres que entraban a las heladerías a ametrallar sus ocupantes o que les lanzaban artefactos explosivos desde vehículos que emprendían la huida. Por estos hechos, al igual que por los que se sucedían en La Concha y sus alrededores, nunca había detenidos, los procesos judiciales terminaban archivados con un apunte sujeto a ellos con un clip, *sin preso*. Los llamados jueces de orden público procesaban en cambio gran cantidad de reos por rebelión o terrorismo, acusados por los comandantes militares y sus informes de inteligencia. Muchos de los sindicados por estos delitos eran habitantes de las zonas rurales objeto de las operaciones militares. Alejandra sobrevivió a dos atentados. El primero en Caño Don Juan, donde el Ejército tenía por costumbre concentrarse antes de desplegar sus movimientos hacia el campo. Un anochecer estalló en su cuarto una granada de mano que le lanzaron por una ventana desde la calle. Ella acababa de dejar la habitación para salir al baño. El segundo le ocurrió cuando estaba refugiada en Barranca. Su instinto le avisó que el hombre que aparentaba buscar una dirección con un papel en la mano, era en realidad un sicario que se aproximaba hasta su puerta para tirotearla. Vivía en la casa de un dirigente sindical petrolero que la había acogido desde cuando comenzaron a acosarla. Hubo un segundo en que la mirada de ella y la del matón se cruzaron, hallándose el sujeto a unos quince metros de dis-

tancia en la acera de enfrente. Alejandra se puso de pie con la velocidad de un rayo, abandonó la silla en que estaba sentada y corrió presurosa a encerrarse en su habitación. El esbirro le disparó dos veces cuando ya era tarde, pero además entró hasta la sala de la casa con el arma en la mano. Allí se descontroló por completo ante el número de puertas que halló cerradas. Accionó el arma al azar contra dos de ellas y retrocedió de nuevo al andén, perdiéndose una vez dobló la esquina. Una hermana del dirigente obrero que estaba recostada en su cama, dentro de su cuarto, fue herida por uno de los impactos. Alejandra se propuso huir a donde no la encontrarán. Probó unos cuantos días en Bogotá, pero el frío le resultó insoportable, tanto como la llamada que hicieron al lugar en que estaba alojada para amenazarla de muerte. Con uno y otro de sus amigos que hicieron los contactos necesarios, fue a parar a La Concepción. Unos señores de la Unión Patriótica se solidarizaron con ella y la ubicaron con un matrimonio joven, al tiempo que le prometieron ayudarle a conseguir un empleo. Alguien que ella no supo nunca quien fue, subió hasta el Frente y contó su historia. Abel quiso conocerla y luego de haberla tratado quedó impresionado con su historia y su temple. Sin duda que movió los hilos para enterarse con el Frente XXIV de sus antecedentes. Concluyó que era la persona ideal para ocupar el cargo de enfermera en Santa Clara. Y era precisamente el nombramiento que acababan de confirmarle en Salud hacía unos instantes, luego de la entrevista que Duván, Marín y ella sostuvieron con el médico jefe. Si quería podía comenzar a trabajar esta misma semana. Alejandra estaba feliz. Tanto así que Duván y Marín propusieron entrar a una

heladería a celebrarlo con un par de cervezas. Recordando la recomendación de Rubio, con la que Marín se mostró íntegramente de acuerdo, los tres se retiraron a uno de los quioscos que había en la salida de la ciudad hacia la capital. Alejandra tenía buena apariencia física y no tendría más allá de veinticuatro años. Sentada a la mesa bajo el sol radiante de las tres de la tarde, sus ojos verdes parecían alcanzar el mayor grado de claridad, en contraste con el color tostado de su piel. Ese día pudo Duván conocer a grandes rasgos su historia, y al oír de sus labios el relato de sus sufrimientos y peripecias, tuvo la certeza de que se iba a ganar la simpatía de la gente de Santa Clara. Sin embargo Marín y él le recomendaron que en lo posible no contara a nadie de donde provenía en realidad. *Uno nunca sabe las vueltas que da el corazón de la gente*, remató Marín para explicarle. Ella parecía más bien dispuesta a comenzar a vivir una nueva vida. Casi eran las cuatro cuando Duván recordó el compromiso con Drigelio. Aunque no había hablado una palabra al respecto con Marín, resultó que él también estaba pensando en marcharse para donde Ovidio, pues no podía hacerle el desplante a la presidenta del concejo. *La vieja es más bien estirada y reaccionaria, pero usted sabe que la política obliga*, aclaró Marín. De igual manera les pareció que lo más justo era convidar a Alejandra para que los acompañara, si había que celebrar algo hoy, el nombramiento de ella lo merecía más que el cumpleaños de la agasajada. Ella les pidió que la llamaran Aleja, como estaba acostumbrada a ser tratada desde niña. Estaba segura de que iban a ser excelentes amigos. El diminutivo les pareció delicioso a los dos hombres, quienes le prometieron que así la presentarían en

Santa Clara y en todas partes. Cuando salían para donde Ovidio, Duván recordó a Fernando, el muchacho mordido por la víbora. Por eso le pidió a Marín y Aleja que se le adelantaran. Él tenía que cumplir primero un compromiso con un paciente en el hospital. Una vez allá, llegó hasta la cama donde permanecía su amigo, quien se encontraba despierto. Cuando Fernando lo vio, el rostro se le llenó de alegría. Era el primer conocido que veía tras su regreso a la vida, y además se trataba de quien casi lo forzó a aplicarse el tratamiento adecuado, *si estoy vivo es por ti, Duván, no sabes cuánto te agradezco lo que hiciste por mí*. El médico le había explicado que si hubiera tardado un rato más, el efecto del veneno hubiera sido irreversible. Ahora se sentía débil en extremo, como si llevara varios días sin comer ni beber y le acabaran de encimar una demoledora paliza. Relató a Duván que en cuanto el suero comenzó a correr por sus venas, sintió algo terrible, más o menos como si estando atado por cada extremidad a las esquinas de la cama, hubiera recibido una violenta descarga eléctrica que lo levantó hacia lo alto. *Fue como si una fuerza sobrehumana me tuviera tomado de la cintura y me jalara furiosa hacia arriba, mientras las ataduras de las muñecas y los tobillos le impedían arrancarme de la cama. ¡No olvidaré nunca esa horrorosa sensación!*, explicó con voz de espanto pese a su debilidad. Parecía olvidar lo que recién había dicho y repetía con frecuencia, *pensar que casi me muero, que estuve a punto... Si no hubiera sido por ti, Duván...* Duván entendía que su amigo estuviera profundamente afectado por la experiencia, razón por la cual procuraba hablarle de cosas que lo sacaran de su estado, *tienes que mejorarte pronto, porque tu mujer sola arri-*

ba no va poder con la finca. Además vas a pagarme el favor con unas cervezas en Santa Clara, tenemos que festejar la ocasión. El muchacho fue recuperando poco a poco la calma. Cuando lo vio mejor, Duván juzgó conveniente retirarse para dejarlo descansar. Eran casi las cinco. Le prometió que volvería al día siguiente para ver cómo había amanecido, era probable que lo dieran de alta. En ese caso, él mismo se lo llevaría para Santa Clara. Allá lo alojaría en su casa mientras le mandaban el aviso a la mujer, para que viniera a recogerlo con una buena bestia. Antes de irse le preguntó si necesitaba algo en especial. Le había traído útiles de aseo personal y unos jugos. En la mañana vendría con lo que se le ofreciera. Fernando quedó mucho más tranquilo. Duván salió pensando en que estaba retardado para su cita con Drigelio, aunque consideró que el brindis era un tipo de reunión sin horario estricto. Era probable que su amigo ni siquiera echara de menos su demora. Decidió tomar un taxi para llegar al restaurante. En menos de cinco minutos estaba pagando la carrera sin bajarse todavía a la acera. Por algún capricho del momento, le había pedido al taxista detenerse en la esquina anterior, a unos cincuenta metros de la entrada al local, que funcionaba en la mitad la cuadra. Además había varios automóviles parqueados frente a su entrada. Mientras esperaba el cambio del billete, tanto él como el conductor escucharon sorprendidos una especie de explosión que se oyó en dirección al restaurante. A continuación oyeron otros ruidos similares, y gritos airados de hombres y mujeres que parecían discutir con alguien. Comprendieron que se trataba de ráfagas de ametralladora. El conductor le entregó de prisa las vueltas mientras exclamaba nervioso, *¡están matan-*

do a alguien! ¡Son ellos otra vez! ¡A esta ciudad se la llevó el diablo! Duván abrió la puerta y saltó al andén sin saber con exactitud qué iba a hacer. Su primer pensamiento fue para Drigelio, aunque enseguida recordó también a Marín y Alejandra. Como una saeta pasaron por su mente las palabras que le había dicho Rubio al mediodía. El taxista hundió a fondo el acelerador y partió aterrado del lugar. Dominada por el miedo, la gente corría por la calle y se oían gritos de mujeres angustiadas que llamaban a sus niños. También se escucharon tiros sueltos, como de pistola. Duván se refugió en la esquina asomando la cabeza un tanto para observar hacia el restaurante. Con algunos breves intervalos se oyeron de nuevo las armas de fuego. Después, un grupo de seis hombres asomó a la calle. Duván los vio con claridad desde el sitio en que se hallaba. Vestían ropas corrientes y tenían edades variadas, aunque más bien eran jóvenes. No parecían tener afán, pero miraban con malicia hacia todas partes. Varios de ellos emplearon sus armas hacia lo alto, como para asustar con el ruido de las detonaciones a los curiosos. Luego caminaron más rápido hacia la esquina siguiente. Una camioneta Toyota, de color rojo, asomó su trompa y frenó en seco. Un par de metros delante de ella se cuadró con igual estilo un campero de color verde oscuro. Los dos autos eran nuevos, de lujo, y a ellos subieron con agilidad los asesinos. De inmediato partieron del lugar sin hacer mucho ruido. Duván estaba pálido y furioso. Después de esperar unos cuantos segundos decidió aproximarse al lugar. De su interior partían gritos y llantos desgarradores. Sintió de pronto un temor inmenso, deseos de correr, de huir de allí para no ver lo que presentía. Estuvo a

punto de hacerlo, pero en el instante en que vacilaba, asomó a la puerta del restaurante una mujer madura vestida con un traje elegante. Sus ropas estaban bañadas en sangre. En cuanto lo vio acercarse, le suplicó ayuda con voz angustiada, *¡hay varios muertos y heridos! Hagan algo... Hagan algo*. Duván se aproximó desconfiado. La mujer lo tomó de la mano y lo convidó a seguirla. El roce de aquella piel le resultaba pegajoso, tenía las manos ensangrentadas. La mujer le dijo con un tono enajenado que ella era la presidenta del concejo y que mirara el regalo de cumpleaños que le habían llevado. En ese momento empezaron a llegar más personas atraídas por el bullicio. Fueron varios los que se asomaron al interior del local. Las mesas y las sillas estaban volcadas por completo, y sobre el suelo había un reguero impresionante de platos, vasos, cubiertos, botellas, comidas y bebidas. Revueltos con todo eso y tiñendo de sangre espesa los manteles blancos, había dispersos siete cuerpos abaleados. A primera vista era posible adivinar que cuatro de ellos estaban muertos. Su estado era lamentable. Los otros tres, revelaban todavía, por algún ligero movimiento, vestigios de vida. Alguien dirigió su atención hacia ellos, *¡lo más importante es llevar los heridos al hospital o a una clínica! ¿Quién tiene un vehículo disponible?* Había otros heridos, pero no estaban tirados en el suelo, sino sentados en sillas o recostados contra la pared. Sus heridas eran menores, no comprometían órganos vitales o consistían en meros roces de los disparos. Algunos eran mujeres. Todo el mundo gritaba. Unos que llamaran a la policía, otros que pidieran ambulancias, otros que vigilaran si volvían los sicarios. La mayoría lloraba la desgracia. Pese a que Ovidio estaba lívi-

do, parecía tener pleno control de sus nervios. Contaba que él estaba sentado tras el mostrador, cuando entraron los hombres y se dirigieron de una vez a las mesas donde estaban los invitados al brindis. Habían preguntado en voz alta por algunos y los habían acribillado sin mediar palabra. Todavía no sabía quiénes eran los muertos. Hubo muchos disparos en todas direcciones. Y los sujetos no reparaban en que al tirarle a uno podían darle también al que estaba al lado. Él se había arrojado al piso, detrás del mostrador y sólo recién acababa de erguirse. Duván le propuso que repararan las víctimas con el fin de identificarlas. Al primero que reconocieron fue a Drigelio, quien a su vez fue el que recibió el mayor número de disparos. Parecía que le hubieran descargado más de treinta tiros. La certeza de la muerte de su amigo y protector dejó frío y sin alientos a Duván. Al lado del cadáver de Drigelio estaba el de Payares, uno de sus más importantes socios de negocios en La Concepción y quien seguramente lo acompañaba, *pude haber sido yo, si no hubiera ido al hospital, estaría muerto con él*. Cuando trataban de reconocer el tercer cuerpo alguien jaló a Duván por la camisa. Era Alejandra, con el rostro demudado y bañado en llanto. Duván la abrazó con inusitada alegría en medio de la desesperación que sentía. Ella le dijo llorando que esto era igual a Barranca, que ella se había venido de allá huyéndole a eso, que quería irse para la Sierra cuanto antes. Duván le respondió que tuviera listo todo para el día siguiente, se irían apenas tuvieran lugar. Luego le preguntó con preocupación por Marín. Aleja le respondió que había salido junto con el alcalde, unos cinco minutos antes de suceder aquella tragedia. Iban a mirar un proyecto en construcción a

pocas cuadras del lugar. Le había dicho que regresarían en un breve lapso. Había sido una suerte, los asesinos lo estuvieron preguntando y buscando por todo el lugar. Duván le preguntó si el alcalde llevaba consigo los escoltas y ella le respondió que sí. Entonces se acercó a uno de los meseros y le pidió que le trajera dos botellas de agua helada. Cuando se las trajeron, le destapó una a la muchacha y él comenzó a beber de la otra. Los otros dos muertos eran también de La Concepción, uno era un ingeniero civil, Manjarrés, que había dirigido la construcción de varios puentes colgantes en diferentes veredas de la Sierra y de quien se decía iba a encargarse también del puente sobre el río Las Piedras. Era joven y gozaba de mucho aprecio. El otro era un ganadero del piedemonte que tenía su casa en la ciudad. Estaba allí por invitación de uno de los concejales. Entre los más voluntarios fueron sacando a los heridos a los automóviles que partieron con ellos en busca de atención médica. La primera autoridad que hizo presencia fue la patrulla de contraguerrilla. Su aparición fue teatral. La camioneta en que llegaron frenó en seco frente al restaurante y de ella saltaron con gran agilidad los policías, varios de los cuales corrieron a apostarse como centinelas en las esquinas cercanas, mientras los demás penetraban al local girando sus cuerpos como autómatas y apuntando en todas direcciones con sus fusiles. El teniente Peña, de cuerpo rechoncho y cara rosada, entró en medio de sus hombres y comenzó a interrogar a todos los presentes acerca de lo ocurrido. Ovidio lo enteró de los pormenores. Con la misma ostentación con que llegaron, los contraguerrillas volvieron a salir asegurando que impedirían a los homicidas salir de la ciudad. Prometieron

que en unos minutos llegarían los de la policía judicial y le rogaron a la gente que esperara para colaborar cuanto pudieran con sus informes. Duván tomó a Alejandra por el brazo y le pidió que lo siguiera. Quería salir de allí, no tenía la menor intención de prestarse para la comedia que vendría. Sentía un intenso dolor por la muerte de Drigelio y se le ocurrió que lo mejor que podía hacer en esos momentos era ir a su casa, para darle la mala noticia a Tatiana y acompañarla en esa luctuosa hora.

José Marcos recordaría para siempre el día que tuvo conocimiento de la muerte del comandante Jacobo Arenas. Por el hecho en sí mismo y por Zulima. Se enteró por la televisión, en las noticias del mediodía. Se hallaba junto con tres compañeros más en el rancho de Guillermito, un campesino ribereño que les servía de apoyo, en medio de la interminable sabana que separaba la Sierra del río Magdalena, y no muy lejos de Punto Seco, uno de los ardientes poblados habitados en su mayoría por familias de trabajadores de las grandes haciendas ganaderas y propietarios de pequeñas parcelas vecinas dedicadas a la siembra de maíz y yuca. Cuando los guerrilleros escucharon el titular lo consideraron falso. Estaban tan acostumbrados a las informaciones sobre la muerte de sus principales jefes, difundidas en forma periódica por la prensa, que consideraron que no podría ser sino otra más de las ficciones que difundía la inteligencia militar. Su sorpresa fue grande cuando al desarrollar la noticia, el presentador se apoyó en un video que dijo tenía como fuente las FARC. Las imágenes no dejaban lugar a dudas. Allí estaban los otros

miembros del Secretariado y una procesión interminable de combatientes dándole el último adiós a Jacobo. Y la filmación correspondía sin duda al Pueblito, nombre que le habían dado los guerrilleros al campamento que se construyó en el área rural de Uribe para facilitar las conversaciones con el gobierno nacional. El sitio también se conocía como Casa Verde en los medios de comunicación. Quien no había estado allá, lo había visto tantas veces por la televisión, que no podía dudar. La imagen de una guerrillera muy joven, que lloraba sin contenerse abrazada a varios compañeros suyos, resultó tan triste y reveladora para José Marcos y los otros, que se rindieron por fin a las evidencias y se echaron a llorar también como si fueran niños pequeños. Jacobo, Jacobo Arenas, ese viejo roble de anteojos oscuros, cabello y bigote encanecidos, que lucía camisas de tonos atigrados, bufanda y gorra militar, de voz poderosa y fulminante, sobreviviente orgulloso de por lo menos cuatro décadas de confrontación armada, comunista aguerrido en toda clase de batallas, fiel enamorado de la revolución bolchevique y visionario profundo de la realidad colombiana, cuadro político de talla colosal en la revolución criolla, que había ganado el respeto y la admiración de incluso sus más encarnizados rivales en la oligarquía y el imperio, el formidable contradictor por el socialismo e invicto dirigente guerrillero, el paradigma de luchador para esta y las futuras generaciones de combatientes farianos, el viejo Jacobo, el querido viejo Jacobo, había caído derrotado por un infarto al corazón en el momento más inesperado. La aflicción inmediata de los cuatro guerrilleros rendidos de manera abrumadora por una pena amarga que les quitaba el aliento, dejó

desconcertados y sin habla a Guillermito, su mujer y sus dos hijos que se habían sentado con ellos a seguir las noticias en torno al pequeño televisor a blanco y negro. El rancho de palma no tenía piso diferente que la tierra que barría todas las mañanas y después del almuerzo Geraldina, la mujer de Guillermito, y los que hacían las veces de sillas eran gruesos rodillos de madera aserrados tiempo atrás. José Marcos y sus tres acompañantes terminaron por salirse de la rústica vivienda para dejar fluir su angustia al aire libre. Caminaron unos cuantos metros y se sentaron bajo unos palos de naranjo que les brindaban sombra. Tenían una hora de estar allí, cuando acudió en su búsqueda una muchacha que nunca antes habían visto, quien debía haber llegado al rancho después que ellos salieron. La acompañaba uno de los hijos de Geraldina. Los encontró justo cuando uno de ellos afirmaba, *el golpe de la adversidad es grande, pero afortunadamente contamos con el camarada Manuel, él es el cerebro y el artífice de todo.* José Marcos que fumaba con la cabeza agachada, levantó su mirada del piso y expulsó con fuerza una gran cantidad de humo. Iba a responder algo, pero la aparición de la muchacha se lo impidió. Atraído por su aspecto y su presencia le preguntó quién era. *Soy la hermana menor de Geraldina, vivo en Punto Seco. Vine a verla y me pidió que los convidara a almorzar, ya es tarde. ¿Y cómo te llamas? Mildred Sofía, pero todos me llaman La Negra.* Si Geraldina había pensado en distraer la desolación de los cuatro guerrilleros, la idea más inteligente que se le pudo ocurrir fue enviar a su hermana. Era una muchachita linda, de diecisiete años, piel oscura, mirada exótica y fina figura corporal, que hablaba con una seguridad sor-

prendente y carecía del menor de los complejos. Había estudiado hasta el cuarto año de bachillerato y aspiraba a viajar el año siguiente a la capital, a fin de poder concluir sus estudios secundarios. El acento de su voz era dulce y su modo de conversar tan agradable, que terminaba por cautivar a cualquier interlocutor sin proponérselo. Mildred se interesó por conocer sobre el comandante que había fallecido, de quien había oído conversar sin darle demasiada importancia. Entonces los guerrilleros le hicieron un recuento de la personalidad y dimensión de Jacobo, hasta el punto de que terminaron por conmovérsela con tantas palabras de elogio acompañadas de expresiones adoloridas por su pérdida. Guillermito y Geraldina, que estaban un tanto más enterados que Mildred, también expresaron su pesar y solidaridad con la organización en esa hora. Entonces ella quiso conocer cuanto pudiera de las FARC, sin hacer nada por disimular la inmensa admiración que le despertaba la abnegación de los guerrilleros. José Marcos se encargó de enterarla, y lo hizo con tal sencillez y habilidad que ganó por completo su simpatía. A decir verdad, se gustaron y de qué manera. En las dos semanas siguientes los guerrilleros estuvieron por tres ocasiones en la misma casa. La tercera de ellas, Mildred se fue con ellos. Geraldina no puso reparos, antes bien, se prestó para facilitar las cosas. Sus padres se enteraron porque ella fue a decírselo y asimismo procuró que comprendieran la decisión de la muchacha. De alguna manera, su hermana había tenido el valor que a ella le faltó muchos años atrás cuando sintió la misma inclinación. Había que dejarla ser, *que se hubiera ido para la guerrilla era un motivo de orgullo, la raza no sólo debía producir esclavos.* Geral-

dina además sentía un profundo cariño por José Marcos y tuvo la intuición necesaria para comprender que entre él y su hermana se había producido una atracción incontenible, de esas que sólo podría dar lugar a un amor inevitable y desesperado. José Marcos tenía casi tres meses para presentarse de nuevo en la Sierra y durante ese tiempo, mientras continuaban la labor de exploración y penetración en ese inmenso territorio, fue construyendo con Mildred, que desde entonces cambió su nombre por el de Zulima, una relación hermosa y profunda. La muchacha asimiló todas las dificultades de la errante vida guerrillera, agravadas sobremanera por tratarse de la época de invierno y la prohibición total de dormir en casas de civiles. Sus compañeros quisieron que aprendiera a valerse por ella misma. Poco a poco le fueron consiguiendo la dotación básica, lo cual no fue difícil, ya que por la naturaleza de su misión tenían que moverse vestidos con ropas y equipos civiles. Después de Zulima consiguieron tres ingresos más, y dentro de ellos a otra muchacha, Sujey, lo que obligó a José Marcos y los otros a emprender una labor educativa más específica, que incluía permanentes alusiones a la vida en la Sierra, donde las condiciones climáticas y de terreno eran totalmente distintas, en previsión de que no fueran a desanimarse cuando los trasladaran del medio habitual en que habían crecido. Del mismo modo, en charlas cotidianas y conversaciones sueltas, les iban inculcando las ideas, propósitos y la disciplina que identificaban al movimiento, y en ello resultó siempre Zulima la más aplicada. Pero lo fundamental era la evasión del enemigo. El Ejército solía aparecer en operaciones rápidas y sorpresivas, rastreando la presencia guerri-

llera o emboscándose en pasos obligados. En tales casos, la omisión de las precauciones podía ser fatal. Había que tener en cuenta que en la totalidad de las haciendas contaban con radios de comunicaciones y que la mayoría de sus administradores o capataces no vacilaban en pasar la información a las bases o puestos militares cercanos. Y estaban además los grupos armados que pasaban por escoltas de los hacendados. Era frecuente que sus camionetas y camperos de vidrios oscuros llegaran en forma rauda a los caseríos, que hicieran rodeos lentos por las vías de los alrededores, investigando la presencia de guerrilleros o personas extrañas en la zona. Las gentes humildes sabían que eran asesinos sin piedad y les temían, pero la falta de conciencia de clase, unida al miedo, las llevaba a colaborarles en procura de congraciarse con sus jefes. La explotación y la dominación por parte de los terratenientes tenían antecedentes centenarios, y de alguna manera se habían constituido en una forma tradicional de vida, reforzada por la influencia religiosa de las parroquias, las periódicas fiestas patronales, las corralejas, los carnavales y otras expresiones del folclor. Había un orden de cosas natural, ese que conocieron los abuelos, los padres, ahora ellos y que irían a asimilar también sus hijos. Las dos jefaturas políticas, la liberal y la conservadora, repetidas sin excepción en todos los poblados de la sabana costera y representadas por las más rancias familias de propietarios, significaban los únicos caminos de pensamiento que podían tener los trabajadores y campesinos. En la mente popular reinaba una especie de sumisión innata a ese señorío patriarcal. Pese a ello, la semilla de la rebeldía recibía una buena acogida y prendía con fervor, porque

llegaba encarnada en hombres y mujeres jóvenes que sabían entrar al corazón y hablaban justo lo que los desposeídos habían soñado desde siempre. El problema era la lentitud de los progresos. Los guerrilleros tenían que llegar de noche a los ranchos, o caer de sorpresa a los sembrados cuando los campesinos trabajaban, para abordarlos con seguridad. Así iban consiguiendo apoyo. Pero había mucha gente que todavía no conocía su mensaje y en cambio estaba envenenada por la nefasta propaganda contraria. Por eso tenían que aprender a conocer las condiciones del terreno, sus pequeños nudos de monte, sus aguas escasas, aunque en invierno la situación era soportable. En esos lugares se refugiaban cuando la marea estaba pesada por la actividad enemiga. Y allá les llevaban la información y los recursos los compañeros de mayor confianza. Los primeros días, José Marcos y los suyos habían contado con la ayuda de los miembros y amigos de otra organización guerrillera, en una especie de compensación de favores por la ayuda que los de las FARC les habían brindado, cuando un par de años atrás llegaron a la Sierra desde las tierras planas de la sabana. Los campesinos los llamaban *los epelinos*, pero los de las FARC se referían a ellos siempre como *los epelos*. Siendo presidente de la república Virgilio Barco se había producido un hecho estimulante para los alzados, la conformación de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, en la que se habían agrupado las siete organizaciones rebeldes armadas existentes en el país. Pero la alegría inicial se venía desvaneciendo a medida que las relaciones políticas y militares entre las fuerzas, pasaban del plano de los discursos y comunicados al de la convivencia y el accionar conjunto. Al

menos con *los epelos* las cosas iban en franco deterioro. Sin contar con que los del Movimiento 19 de Abril, M-19, entraron por su propia cuenta en un proceso de diálogos con el gobierno, pactaron una paz con aroma a traición y finalmente se desmovilizaron sin retorno, pese a que en forma inmediata su máximo dirigente cayó acribillado. *Los epelos* entraron a la Sierra y contaron por parte de las FARC con la presentación entre las masas y el préstamo de guías para que se apersonaran del terreno y de contactos importantes. Pero un año más tarde se habían convertido en una mortificación asfixiante. Tenían como manía exigir dinero o recursos a cualquiera que aparentara tener algún patrimonio, por pequeño y modesto que fuera. Y sus comandantes carecían de la autoridad o de lo que era más grave aún, de la voluntad para imponer correctivos disciplinarios a sus hombres, quienes actuaban en forma irresponsable y abusiva con la población. Las borracheras y los atropellos eran el pan de cada día. A partir de su arribo, las retenciones con fines financieros se multiplicaron en toda el área de La Concepción y municipios vecinos, afectando a personas y familias que no podían considerarse acaudaladas. Y lo que más preocupaba era la forma que tenían de ganar simpatizantes, basada en el paternalismo con las masas. Les prestaban dinero para que sembraran o hicieran negocios, pero de manera generalizada, convirtiendo el auxilio a la lucha guerrillera en un compromiso derivado de beneficios económicos, alejado por completo de la educación política y la creación de conciencia revolucionaria. Todo en esa organización revelaba descomposición. Su principal comandante en la Sierra, un cordobés que se hacía llamar Domingo, solía jugar

al dominó con los guerrilleros la prestación de los servicios y deberes, *los más bobos son los que deben pagar la guardia, ranchar y cumplir las tareas colectivas, y los más bobos son los que no saben jugar dominó*, repetía risueño, mientras de su Frente enviaba correos cargados de millones para entregarlos a sus familiares y testaferros, con el pretexto de que la burocracia urbana del partido M-L tenía en crisis los fondos del movimiento. Pocos días después de haber acompañado a José Marcos a la sabana y de recorrer en automóvil por carreteras destapadas el territorio a trabajar, entre la carretera negra y el río Magdalena, pasando por las extensas ciénagas regadas de sur a norte en su margen derecha, y cuando visitaban algunos poblados vecinos para presentarles personas que pudieran colaborarles, *los epelos* recibieron un llamado desde la Sierra. Aseguraron que volverían en una semana, pero no regresaron. Después de discutirlo con José Marcos en un viaje relámpago, la Dirección consideró que había condiciones para que él y tres más continuaran su trabajo solos. *Los epelos* también habían entrado en conversaciones con el gobierno y ya se hablaba abiertamente de su desmovilización, aunque Domingo le jurara mil veces a los mandos de las FARC que su organización jamás se entregaría. Según aseguraban sus superiores, se trataba de diálogos encaminados a arrancar del nuevo gobierno profundas reformas políticas y sociales, dentro del marco general de las transformaciones que se daban en el campo revolucionario mundial. Pero su discurso reñía con los hechos. Al interior de esa organización había una división irreconciliable patrocinada por su segundo al mando en el país, un hombre que hacía muchos años había desertado de

las FARC en Urabá, con sus mejores armas y una docena de hombres, y que luego apareció haciendo parte de las filas *epelas*. En las FARC siempre se aseguró que era un servicio de inteligencia infiltrado, y que ahora, entregando al movimiento revolucionario que había contribuido a descomponer, culminaba una vieja misión que no pudo realizar en la primera guerrilla a la que fue enviado. En las tierras planas, en donde existía la apariencia inicial de que esa organización gozaba de una considerable influencia, José Marcos y los demás descubrieron en sus conversaciones con los campesinos, que la realidad era muy distinta. Incluso la mayor preocupación de sus antiguas masas era la de que se fueran a poner al servicio del enemigo y llegaran por allí nuevamente, como guías del Ejército y los paramilitares, señalándolos para que los encarcelaran o mataran. En previsión de una situación así, se volcaron a colaborar con las FARC. Necesitaban asegurarse algún tipo de protección, y reconocían una mayor seriedad y consecuencia en la nueva guerrilla que llegaba. Por eso la comisión al mando de José Marcos contó con un principio de solidaridad y aceptación muy importante en aquellos días. La posterior presencia de Zulima, a quien reconocían como una de ellos mismos, y quien poseía ese encanto natural para ganarse a la gente y hacerse querer, repercutió a su favor en una medida que no habían calculado. Cuando tuvieron que partir hacia la Sierra, viaje que hicieron por parejas para pasar desapercibidos en los retenes, habían dejado bases en alto grado confiables, que auguraban un desarrollo importante del trabajo en cuanto se pasara propiamente a organizar. Ya en camino, José Marcos y Zulima sufrían otra suerte de preocupaciones. Para

entonces estaban perdidamente enamorados uno del otro y temían por el futuro de su relación. Él había procurado que ella asimilara la posibilidad de una separación en cuanto llegaran. Primero, porque ella tenía que tomar su curso básico, que podía durar unos dos meses cuando menos, y segundo porque la Dirección podía juzgar que no era buen antecedente que los mandos estuvieran ingresando muchachas al movimiento para hacerlas sus mujeres. A la guerrilla se ingresaba a luchar, con la disposición de ocupar el lugar y desempeñar la tarea que le señalaran. Por eso la persona tenía que desprenderse de todas las ataduras de la vida civil. Malo sería llegar a filas adquiriendo de una vez compromisos y pretendiendo que la Dirección tuviera que respetarlos. Había que ser claros, matrimonios no existían en la organización, y llegado el momento de una necesidad o una conveniencia, cualquier pareja podía ser separada. Sería asunto de cada cual si decidía esperar un reencuentro, que podía no darse o tardar más del tiempo esperado. *¿Pero no tenemos ninguna esperanza?*, preguntaba Zulima, *¿estamos condenados a amarnos a distancia, sin que nadie se conduela de nosotros?* Las respuestas de él le parecían insoportables, *nuestra única esperanza, la única posibilidad que tenemos, es lograr que los jefes piensen que esta relación nos sirve a los dos. ¿Y qué tenemos que hacer para que lo piensen?*, insistía ella angustiada por la situación. *A mí me conocen bien. Es a ti a quien corresponde dejar la mejor imagen, sencillamente tienes que ser una combatiente ejemplar, disciplinada, estudiosa, trabajadora, solidaria, dispuesta a lo que sea. Si tú das la idea de que yo te tengo protegida, estaremos perdidos.* En otros momentos ella preguntaba

asediada por los celos, *¿y si en el tiempo que permanezcamos separados, tú te enamoras de otra y me cambias?* Entonces él contraatacaba, *tú no tienes por qué preocuparte por eso, conozco a las guerrilleras y sé que no hallaré alguien como tú. En cambio tú vas a conocer más guerrilleros y comandantes, puedes llegar a enamorarte de otro. Yo soy una muchacha sana, al primer hombre que me entrego es a ti y sé que no sería capaz de hacerlo con otro, te amo demasiado. Ser revolucionario entraña compromisos, el primero de los cuales es con la revolución. Pero no te preocupes, tampoco se trata de que seamos máquinas, todo se puede, sólo hay que saber esperar, tener paciencia,* terminaba diciendo él para animarse también y darle alientos a ella. Estas pequeñas discusiones siempre terminaban en apasionadas entregas de sus cuerpos, como si haciéndose el amor con desenfreno, esperaran conjurar los peligros que se cernían sobre sus atormentados sentimientos. El viejo campero que los llevó hasta La Concepción entró a la ciudad cuando caía la noche. José Marcos le indicó al conductor, quien desconocía que sus pasajeros fueran guerrilleros, que los dejara en un hotel de buena calidad, ojalá retirado del sector del comercio. Estaban fastidiados por el calor excesivo, el sudor y el polvo recogido durante el viaje. Llevaban fija en la mente la idea de un baño, una buena comida y una cama limpia. Desde que se conocieron, era la primera vez que tenían la posibilidad de pasarla solos, en un ambiente confortable y sintiéndose dueños de las horas que tenían por delante. Era como su luna la miel, la oportunidad para regalarse a sus anchas toda la ternura, el cariño y el placer de que fueran capaces. Se sentían buenos, generosos, felices. El conductor había

leído en los gestos y las palabras de los enamorados qué era lo que deseaban. Le pareció que eran una pareja de recién casados a punto de devorarse, y por ello los llevó hasta el hotel que consideró más apropiado, en el barrio Las Flores. Cuando José Marcos le estaba pagando el expreso, el hombre le guiñó el ojo y le dijo en voz baja sonriendo, *te la echaste hermano, jesa es mucha negra linda!* El lugar, en efecto, estaba retirado del centro, por eso José Marcos pensó en que después de bañarse, podrían salir a comer a algún restaurante cercano. Al día siguiente madrugarían a esperar las camionetas de la línea en la salida de la ciudad, sin necesidad de llegar a la zona del mercado. En las sabanas de donde venían ya estaba difundida la especie acerca de la peligrosidad del ambiente que reinaba en La Concepción. Era mejor no andar por ahí dejándose ver de todo el mundo. De regreso al hotel, mientras Zulima se dedicó a arreglarse las cejas frente al espejo, José Marcos salió al balcón de la habitación a fumarse un cigarrillo y mirar a la calle. Estaban en un segundo piso. Desde allí vio un par de mujeres que caminaban conversando animadamente por la acera de enfrente. La calle estaba bien iluminada y tuvo la impresión de que algo en ellas le resultaba familiar. Por eso las siguió con la vista hasta que se detuvieron ante el portón de una lujosa casa blanca rodeada por un muro alto. De pronto sintió el golpe de la impresión. No había duda, se trataba de Amanda y Eliana. Una emoción inesperada sacudió su interior al reconocerlas. Su primera reacción fue la de tirar el cigarrillo a la calle y salir corriendo hacia allá a saludarlas. Con cuánta ansiedad había deseado meses atrás volver a encontrarse con Amanda. Ella le había

escrito una hermosa carta cuando llegó a La Concepción después de regresar del aniversario. Comenzaba diciéndole que la escribía *a las cinco de la tarde, a las cinco en punto de la tarde*, y continuaba hablándole de sus tribulaciones por pensar en él todo el tiempo. Le había enviado también una bella edición de bolsillo de la *Antología Poética* de Federico García Lorca. Cuánto la había disfrutado él, maravillado en realidad por el genio del poeta y su propia ignorancia al respecto. Por eso le escribió una de sus cartas más inspiradas, sintiendo en realidad cada una de las palabras que expresaba y planteándole algunas alternativas para que pudieran verse. Pero después había sido enviado a la sabana y todo había quedado en el aire. Cuando pasó por La Concepción hubiera querido buscarla, mandarla a llamar, pero no tuvo posibilidades, iba acompañado por *los epelos*. Y la última vez había recibido la orden expresa de no detenerse en ningún lugar, ni dejarse ver de ningún conocido. Tenía un recuerdo demasiado grato de ella, la había descubierto tan bella y única. Amanda y Eliana pasaron al interior de la casa sin percatarse de que él las observaba. Al entrar José Marcos de nuevo a la habitación, el cuerpo de Zulima se encargó de regresarlo al presente, antes de que tuviera el valor de inventar cualquier pretexto para salir unos minutos a la calle. La muchacha estaba vestida con su ropa íntima más seductora, tendida sobre la cama en actitud de espera. José Marcos comprendió que era imposible intentar salir en busca de Amanda, además no tendría tiempo para ella y se iba a ver envuelto en una situación incómoda. Por ello prefirió olvidar el impulso que llevaba, apagar la luz del cuarto y dejarlo expuesto tan sólo al reflejo de las lámpa-

ras de la calle, que lo inundaron con la magia de una tenue y romántica coloración azulada. Enseguida comenzó a desnudarse de pie, dejando caer sus ropas sobre las impecables baldosas del piso. Al desprenderse de su camisa, su piel percibió el empuje del viento fresco que arrojaba el ventilador encendido, y todo su ser presagió, gracias a aquella brisa que roncaba quedamente, la deliciosa aventura que lo aguardaba.

En el caserío cundió la alarma generalizada en cuanto se recibió la noticia. La tropa había cruzado el río Ariguaní y eso solamente ocurría cuando venía dispuesta a montarse en el filo de Santa Clara. Una comisión de seis guerrilleros se había tropezado con ellos en las primeras horas de la mañana del día anterior, en pleno camino real, *los unos iban y los otros venían. Antes no hubo muertos, porque el camarada Mateo, que encabezaba la marcha de los muchachos, pensó que se trataba de los elenos. Quizás qué pensaría el que venía en la vanguardia de los chulos. Fue en una curva y Mateo se quitó la gorra e hizo el gesto de saludar, agitando el brazo con ella en la mano. Dizque estaban a una docena de metros apenas. De pronto, como que los dos pensaron en lo mismo, porque cada uno corrió hacia atrás accionando su fusil un poco a la loca. No pasó más nada que se sepa. Los guerrilleros permanecieron emboscados como dos horas en una lomita, pero no se aparecieron los otros. No hay duda de que vienen para acá*, fueron las palabras con las que Carlos, el miliciano de la vereda El Triunfo, contó lo sucedido a todo el que quiso oírlo. Duván y Dagoberto se encargaron de llamarlo aparte con el pretexto de escuchar mejor su versión, y una vez a solas lo reprocharon con gravedad por su

comportamiento. Lo que le correspondía a él era buscar contacto con los compañeros e informarlos, con el propósito de recibir orientación. Después sí convendría hablar con la gente, así lo único que conseguía era atemorizarla. Carlos terminó disculpándose por su torpeza y preguntando qué hacer, por lo que los otros lo enviaron de regreso, con la tarea de recoger datos precisos acerca del avance enemigo. Una vez se percatara de su veracidad, debía remitirlos sin demora hasta donde Adinael, otro miliciano que vivía cerca de Santa Clara. Fue el propio Dagoberto quien se trasladó hasta La Campana, la vereda en que se hallaba Abel, a ponerlo al día de los acontecimientos. Dos horas más tarde lo halló realizando preparativos en el rancho abandonado que había servido de primitiva vivienda a los Aguirre. Estos eran una familia de incondicionales colaboradores de las FARC, fundadores de la vereda en que vivían, quienes ahora habitaban una casa más amplia y cómoda construida con sus propias manos, unos doscientos metros abajo de la primera. Los alrededores del rancho en que se hallaba Abel, estaban cubiertos por un ras trojo alto que servía para ocultar de la observación aérea o de un primer golpe de vista desde tierra, las caletas de los guerrilleros que lo acompañaban. Un reducido grupo de ellos estaba dedicado en un rincón a elaborar manualmente unas bombas pequeñas que les sirvieran para minar pasos en el camino. Para Abel la dificultad estaba en conocer con certeza la ruta que iban a emplear los soldados para subir. Tal y como le explicó a Dagoberto, la comisión de Mateo llevaba una tarea tan urgente que no estaba en condiciones de detenerse a rastrear a la tropa. Después del encuentro con el Ejército, estu-

vieron esperándolo un largo rato, pero en vista de que no llegó, prosiguieron adelante, tomando medidas para no caer en una emboscada. Para llegar al río y cruzarlo se vieron obligados a dar un extenso rodeo. En la última comunicación por radio, en las horas de esa mañana, le habían informado que se encontraban del otro lado del río. La población los tenía al tanto de que se trataba de una patrulla compuesta por ciento cincuenta hombres. En ese momento Abel no contaba sino con veinte guerrilleros porque el Frente en su conjunto se hallaba diluido en compañías, guerrillas, escuadras y comisiones menores por toda la extensa geografía de la Sierra. Su pensamiento era sacar dos grupos, uno que se ubicara en el camino que subía a El Cincuenta y otro en el camino que llegaba a Santa Clara. *Yo me voy con ellos camarada, no quiero perderme la oportunidad de tirotear los chulos.* Abel no se sorprendió con la propuesta. No haría cuatro años aún, en esa época la guerrilla era mucho menor que ahora, el Ejército llegó una mañana, por la misma ruta, hasta la finca donde vivían los padres de Dagoberto con todos sus hijos, nueras y nietos. Tras rodear la vivienda y hacer salir a sus ocupantes al patio, los militares procedieron a requisar las habitaciones. Como si estuvieran poseídos por alucinógenos, sin importarles que los muebles y las cosas se dañaran, dieron vuelta con brusquedad a las camas, hurgaron los colchones, vaciaron cada cajón que hallaron, arrojaron el contenido de los armarios al suelo, arrancaron varias fotografías de los álbumes familiares, examinaron los cuadernos de llevar las cuentas del trabajo de los obreros y hasta los de las tareas escolares de los niños terminaron profanados por sus pesquisas. Oliverio,

uno de los hermanos de Dagoberto, les exigió indignado que le mostraran la orden de allanamiento. El oficial que estaba al mando le pidió con la voz cargada de ironía que se acercara a él, y en cuanto lo tuvo a su alcance, le propinó un violento puntapié que lo derribó al suelo, *esa es mi orden de allanamiento*, dijo. Los demás hermanos reaccionaron iracundos, sin pensar en las consecuencias, arrojándosele encima al teniente para cobrarle su arbitrariedad por la fuerza, mientras que sus padres ayudaban a Oliverio a levantarse del piso. La soldadesca reaccionó en defensa de su comandante, propinando una golpiza brutal a todos los hermanos y a varios de los trabajadores que se solidarizaron con ellos. Hasta los padres de Dagoberto, entrados en una vejez enfermiza, y las mujeres en un principio cohibidas pero finalmente airadas, terminaron siendo víctimas de aquella horda de energúmenos. Culatazos, bofetones, puntapiés, amenazas e insultos de todos los calibres cayeron sobre la familia. Con el tiempo, un buen número de los afectados por la paliza de aquella mañana ingrata, pasó a hacer parte de las filas guerrilleras para inocultable orgullo de los demás. Dagoberto no, porque tenía mujer y cuatro hijos pequeños. Pero había jurado que el resto de su vida haría cuanto estuviera a su alcance para que el Ejército pagara aquella humillación. Movido por ese sentimiento se decidió por fin a ingresar a la milicia. Allí su sentido de venganza se fue transformando poco a poco por obra de la educación política. O al menos a su estado original se le había añadido la conciencia, *era normal que el Ejército procediera de ese modo, al fin y al cabo era un ejército al servicio de una clase, la de los potentados que disfrutaban de todos los privilegios en el poder.*

Además, estaba adoctrinado en las concepciones contrainsurgentes norteamericanas, que veían agentes soviéticos inspirando hasta el requiebro de los niños hambrientos. Los oficiales colombianos cuando obraban así, creían firmemente librar la guerra mundial contra el totalitarismo. A sus ojos no había nada más despreciable que un subversivo. Y subversivo era todo aquel que se atreviera a reclamar por algo. La claridad sobre el por qué sucedían las cosas, no modificó en un ápice sus intenciones, antes bien le sirvió para admitir que la lucha tenía que ser colectiva y organizada. De ahí su ofrecimiento a participar en los combates cuando no implicaban un traslado del área. Y su íntegra disposición a realizar a favor del movimiento cualquier cosa que le pidieran. Abel hizo llamar a José Marcos, Pablo, César, Alirio, Luis y Consuelo. Reunido con todos ellos les explicó su plan. Era imposible evitar que la tropa llegara a Santa Clara, pero iban a hacer que les resultara costoso. Ahora mismo saldrían con Dagoberto para el filo. No debían detenerse en el caserío sino el tiempo necesario para informarse del avance enemigo. Enseguida descenderían por el camino como si se dirigieran para el río, no más de media hora. Buscarían, con ayuda de Dagoberto, unas curvas bien cubiertas por la alta vegetación. Sin perder tiempo, debían instalar un pequeño minado y ubicarse con disciplina a esperar la llegada del Ejército, que no iba a ser demorada, dejar que los primeros hombres se metan al minado y reventarlo, quemarles unos cuantos tiros y retroceder. Ubicarse entonces en la carretera a El Cincuenta e informarse de cada uno de los movimientos de la tropa en el caserío. Si siguen hacia allá, estallarles otro minado desde el barranco, cosa que les produzca

muchas bajas. El explosivo para la segunda trampa se lo estaría enviando al día siguiente donde los Solano. Dagoberto iba a estar con ellos todo el tiempo, y podían contar con él para el combate. José Marcos fue designado al frente del grupo, con Pablo como reemplazante. Todos llevarían fusiles, excepto Dagoberto quien recogería de paso por su casa la escopeta doble cero en que confiaba como en ninguna otra arma. Debían reclamar algo de economía, aunque podían apoyarse en los compañeros civiles de más confianza. Una vez estuvieran emboscados no podían moverse del sitio aunque cayera la noche o lloviera. La guardia nunca podía bajarse y se les prohibió pasar la noche en casas civiles. Eran casi las dos de la tarde cuando el grupo llegó sudoroso a Santa Clara. Mientras bebían unas gaseosas que Consuelo fue a buscar donde Duván, Adinael, que estaba esperándolos, los enteró de las últimas novedades. La tropa había sido vista en la quebrada Las Nutrias a las nueve de la mañana. A paso normal eran tres horas a Santa Clara, pero era seguro que ellos emplearían mayor tiempo. No podían avanzar sin tomar precauciones y además llevaban carga pesada en las espaldas. La cuesta era dura. Se ascendía por largos trechos, bastante empinados, como en espiral, que ponían a prueba la resistencia de las piernas más fuertes, tan sólo con pequeñas treguas en cortos planes que se iban inclinando cada vez más hasta convertirse en nuevas paredes serpenteadas. Ese terreno hacía imposible ascender a campo traviesa. El camino era la ruta obligada. Adinael les informó también que en varias viviendas por las que pasaron, sus habitantes escucharon hablar a los mandos del Ejército acerca de que esperaban atrapar a la tal

Aleja, la guerrillera que trabajaba como enfermera en el centro de salud. Era obvio que se referían a Alejandra. Nadie entendía por qué la acusaban de ser guerrillera, si la muchacha tenía poco tiempo de estar en el filo y nunca la habían visto uniformada, ni envuelta en cosas que la vincularan de algún modo con la organización. Al puesto de salud podía llegar cualquiera y su deber era atenderlo, del mismo modo que quien despachaba en una tienda. Lo único que podía comprometerla de algún modo era su carácter jovial, que la hacía amistarse con todo el mundo, pero eso no era delito. Alejandra se había ganado el aprecio de los campesinos y comerciantes que le decían con cariño *la médica*. Se trasladaba a la finca en que fueran necesarios sus servicios, así le tocara caminar varias horas y fuera cual fuera la hora del día o de la noche. No cobraba ningún estipendio por eso, decía que para eso le pagaban un sueldo. Había extendido una autorización a Duván para que reclamara en Salud su cheque cada mes. El presidente de la junta lo consignaba luego en su cuenta bancaria y le traía el dinero en efectivo. Porque Aleja había jurado no volver a La Concepción sino cuando fuera de vida o muerte. Si en alguna parte se había sentido segura después que comenzó a huir, había sido en Santa Clara. José Marcos decidió enviarle con Adinael la razón de que saliera del caserío. Era mejor que esperara escondida en alguna de las fincas cercanas, podía ser cierto que la buscaban. El Ejército de todas formas iba a llegar ahí y sería más saludable para ella si no la hallaban. Después examinarían el asunto con calma. Sin más nada que hacer allí, los guerrilleros decidieron dejar sus equipos escondidos entre la maleza para bajar liberados de

cualquier lastre. En eso estaban cuando acudió hasta ellos un grupo de mujeres de Santa Clara. Eran evangélicas y llegaron a suplicarles que por favor no fueran a pelear con el Ejército. Era evidente que tenían miedo, algunas lloraban. José Marcos le pidió a Dagoberto que se adelantara con tres unidades más a recoger su arma y a ir explorando el sitio. Él lo seguiría en unos cuantos minutos. En Santa Clara había dos capillas de creyentes, la una pentecostal y la otra cuadrangular. La guerrilla había hecho amistad con los pastores y les había explicado las razones de su lucha. El pentecostal resultó ser más receptivo, y aunque no dio su aprobación a las vías de la fuerza, manifestó que el Señor comprendía las razones de los hombres y terminaba por inclinar la balanza del lado de los más justos. Nunca en sus prédicas se refería a asuntos políticos en forma expresa, pese a lo cual jamás se opuso a las marchas de protesta de los campesinos o a que cumplieran con sus trabajos comunales. A sus seguidores les concedía la libertad para obrar, imponiéndoles como única limitación el pecado. El cuadrangular en cambio era por completo refractario a las ideas revolucionarias. Se oponía a que los fieles de su iglesia siquiera tuvieran trato con los guerrilleros y les prohibía ocuparse en las cosas materiales de este mundo. Lo único que contaba en la vida era la oración al Señor y la práctica de sus mandamientos. El choque con la guerrilla se produjo cuando inculcó a sus fieles que no tenían por qué enviar sus hijos a la Escuela, *el hombre se bastaba con el conocimiento de la palabra divina contenida en la Biblia. Allí estaba toda la sabiduría de Dios y quien la practicaba iría obteniendo su gracia aquí y en la otra vida.* Hubo que exigirle que dejara

tales enseñanzas y aclararle que no podía prohibirle a ninguno de sus fieles cumplir con las tareas acordadas por la comunidad, en caso contrario tendría que marcharse. El hombre, un delgado sujeto cincuentón de rostro macilento, que siempre vestía de pantalón azul oscuro y camisa blanca, intentó rebelarse hasta que comprendió que la única alternativa que tenía era la muerte, *tal vez el Señor me necesita vivo*. Entonces optó por ceder y en adelante obró en consecuencia. Los fieles volvieron a enviar sus niños a la Escuela y a cumplir con sus deberes. Pero siguieron conservando la inclinación a considerar que eran un grupo que se hallaba al margen del conflicto. Ese era el pensamiento que se manifestaba ahora y José Marcos lamentó carecer de tiempo para explicarles mejor las cosas. Sin embargo les preguntó a qué le temían tanto. La respuesta de las mujeres fue inmediata, *a la represión que ejercería el Ejército contra los habitantes del filo. Iban a culparlos de colaborar con los agresores. Y a cobrarles esa conducta*. Entonces José Marcos les contó lo que venían diciendo de Alejandra y cómo le habían recomendado esconderse mientras la tropa estuviera en Santa Clara. *Esto era un infierno de violencia y abandono antes de que llegara por aquí la guerrilla, ustedes mismas sobrevivían sumidas a diario en el miedo y la desesperanza. Entonces ellos jamás vinieron a imponer orden o ayudar. Cuando nosotros llegamos y movimos la gente a buscar solución a sus problemas, cuando toda la región comenzó a progresar y hubo por primera vez paz, entonces sí aparecieron alegando que esto se había convertido en una zona roja. Son ellos los que traen la muerte y el terror donde llegan. Estamos en el deber de combatirlos, y ustedes deben sentirse*

orgullosas de contar con un Ejército propio, del pueblo, que las defiende a ustedes, a sus maridos y a sus hijos. Vuélvanse a sus casas y recen porque nos vaya bien a todos. Y manténgase unidas, para reclamarle al enemigo por el mínimo atropello. No hablaron más, cada grupo salió en una dirección distinta. Una hora después José Marcos y los demás se hallaban aguitando en el sitio escogido. Tenían tres bombas enterradas a unos seis metros la una de la otra. Luis estaba encargado de accionar el minado. Dagoberto y Pablo se habían adelantado unos cuantos metros a avistar el camino, pendientes del momento preciso en que hiciera aparición la tropa para correr atrás y notificar a los demás. Cada uno de ellos tenía ya su puesto preparado. Consuelo, Alirio y César estaban del lado izquierdo, apostados a la sombra de grandes troncos y mimetizados con la vegetación que los rodeaba. José Marcos y Luis permanecían tendidos casi enfrente de ellos, con el cañón de sus armas apuntando hacia la curva por la que debían aparecer los soldados, hablando ocasionalmente entre sí con susurros. Un cosquilleo nervioso les erizaba la piel. Parecía como si la ansiedad estuviera concentrada en sus estómagos, retorciéndose inquieta sin llegar a doler. El calor había mermado y sin embargo los mortificaba un bochorno intenso que los hacía sudar, sobre todo por las manos que tenían que secarse a cada rato con sus ropas. Uno que otro zancudo, volaba sobre sus cuerpos en forma sigilosa, fastidiándolos con sus picaduras en las manos o el rostro. Hasta allí llegaba el eco lejano de la música vallenata que sonaba a todo volumen en el caserío, cuyos techos de zinc enrojado alcanzaban a observarse a la distancia, como si fueran un pesebre elevado sobre la impo-

nente cumbre. Dagoberto comunicó que el Ejército llegaba a la casa abandonada que se observaba en el último plancito. José Marcos se adelantó y vio con claridad los soldados que se arrojaban a sentarse en el patio de cemento, recostados sobre sus equipos, dando muestras de inmensa fatiga. En línea recta no los separaban doscientos metros. Tuvo plena claridad de que cuando ellos tiraran sobre los primeros, los últimos tal vez no hubieran salido aún de la casa. Transcurridos unos cinco minutos se pusieron otra vez de pie y reemprendieron el ascenso. Primero avanzó un grupo de seis, a manera de vanguardia. Después de que tomaron una buena distancia, comenzaron a caminar los demás guardando varios metros de uno al otro. Cada guerrillero se ubicó en su respectivo sitio. José Marcos se acordó del mar y vio las olas llegar suavemente a la brillante playa de arenas finas. También pensó en Zulima que tenía cuatro días de haber partido para la Escuela y seguro no tenía idea de lo que estaba sucediendo. Había llorado tanto cuando se despidieron. De sus divagaciones lo sacó Luis que exclamó con suavidad en tono de nostalgia, *ay, mi vieja, supieras dónde y qué está haciendo tu hijo...* José Marcos volvió la cabeza para mirarlo y se encontró con que el otro le guiñaba el ojo en señal de complicidad. Por un segundo pensó en su lamento, quizás tenía razón. Nadie tampoco en su tierra o en su casa imaginaba lo que vivía en ese instante. Luego no oyó nada, ni pensó en otra cosa distinta que en el enemigo que estaba por aparecer. Los segundos parecían eternos. El primer soldado surgió por fin, caminando ruidosamente. Podían verle el rostro sudoroso y escuchar su respiración agitada. Después asomó otro y más atrás un tercero. Luis esperó que

José Marcos le indicara con un movimiento de cabeza el momento preciso. El máximo espacio que les daba la emboscada se llenó en cuanto vieron al cuarto soldado. Entonces Luis movió las manos. De la tierra se alzaron cientos de terrones de barro acompañados de un estruendo ensordecedor. Los guerrilleros alcanzaron a ver elevarse hacia lo alto a los dos primeros soldados y luego oyeron gritos aterradores de dolor. La escopeta de Dagoberto retumbó con su peculiar bramido y los fusiles descargaron al tiempo una lluvia de proyectiles. En unos cuantos segundos barría el terreno una descarga cerrada de ametralladora proveniente de abajo, mientras el estampido de las granadas de fusil que les lanzaban resonaba amenazante a su alrededor. José Marcos consideró que su objetivo estaba cumplido y decidió gritar con fuerza la voz de retirada, *¡Alianza! ¡Alianza!* En menos de lo que imaginó, se vio acompañado de Luis retrocediendo camino arriba en medio del silbido de las balas. Consuelo, César y Alirio los precedían con igual prisa. Atrás, haciendo gala de una tranquilidad asombrosa, Dagoberto y Pablo los seguían deteniéndose por momentos para emplear sus armas contra posibles perseguidores. Luego de transitar un corto trecho, el curso del camino los puso fuera del alcance del fuego. Ya más tranquilos subieron hasta el filo. Un grupo grande de pobladores, dentro de los que se destacaban Adinael, Duván y Laurita, Rubio y su mujer, Alejandra, quien tenía un maletín en sus manos, los primos de Dagoberto que tenían un billar en el caserío, el viejo Omar Santana y Gildardo, el competidor más grande que tenía Duván en Santa Clara, cuyo depósito de mercancías y tienda se hallaba entrando al pueblo por la carretera, los es-

peraba con verdadera animación, vitoreándolos como si acabaran de ganar un torneo deportivo. Varios de ellos los abrazaron emocionados, al tiempo que las mujeres llenaban a besos a Consuelo, felices de verla indemne y victoriosa, mientras les ofrecían gaseosa, cerveza o un trago de ron de botellas que tenían en sus manos. José Marcos reprochó a Aleja por hallarse todavía en el filo cuando el Ejército estaba casi encima. Ella se obstinó en que no se iría para ninguna parte en donde no se sintiera protegida por el movimiento. José Marcos le orientó entonces que tomara de inmediato la carretera para El Cincuenta, ellos irían detrás. Los muchachos se tomaron de un sorbo lo que les brindaron y se alistaron a partir. José Marcos le recomendó a la gente no dejarse intimidar por la tropa, obrar de manera natural y responderles, cuando les preguntaran por ellos, que habían tomado la dirección de El Cincuenta, la vereda siguiente, hasta donde llegaba la carretera. Dagoberito se había adelantado con otros a sacar los equipos del monte, así que cuando los guerrilleros se despidieron de la población y fueron a buscarlos, no tuvieron sino que echárselos a la espalda y ponerse a andar. José Marcos miró su reloj. Las manecillas marcaban exactamente las cinco de la tarde. La exactitud de la hora le trajo a la mente el recuerdo de Amanda y su poeta favorito, por lo que pensó por un momento en el verso preciso y se fue repitiendo en voz baja al lado de sus compañeros, *la muerte puso huevos en la herida/ a las cinco en punto de la tarde*.

A Santa Clara comenzó a entrar tropa media hora después. Primero un grupo de quince soldados que portaban sólo sus

armas y llegaron con la orden de hacer apagar los equipos de sonido, cerrar los negocios y cuidar que todo el mundo se encerrara en sus casas. Nadie podía salir de ellas hasta el día siguiente. Un rato después, por entre las hendidias de las ventanas o desde la penumbra de los pequeños remedos de patio a medio cercar, los habitantes contaron a otros treinta y cuatro hombres que penetraron lentamente al caserío. La noche había caído por completo cuando sintieron el barullo de un grupo mucho más grande que invadía la calle, cuyos integrantes gritaban aquí y allá, corrían abajo apresurados y volvían a subir, hablaban de muertos y heridos y se insultaban entre sí con los más groseros adjetivos. La luna creciente en el cielo despejado aumentaba progresivamente la iluminación a medida que transcurría el tiempo. La atención del capitán al mando, un teniente y varios sargentos y cabos que se hallaban formando un corrillo en el extremo superior del caserío, casi en el mismo sitio en el que los habitantes habían recibido a los guerrilleros tras la emboscada, resultó atraída por la presencia de varios soldados que se les acercaron para informarles que un civil andaba preguntando por el comandante y pedía ser recibido por él. Su primera reacción fue la sorpresa, era extraño que alguno violara la queda, sin embargo la curiosidad pudo más, *¡traigan acá ese perro a ver qué es lo que quiere!* *Quien te llama no te engaña, decía mi madrecita*, fue la expresión con la que el capitán aprobó la entrevista. A los pocos minutos los soldados trajeron un hombre joven, de buena estatura, rostro tranquilo y amigable, quien se identificó como Anselmo Rubio, el inspector de policía de Santa Clara. Les dijo que se suponía que él representaba la autoridad ahí y por

eso se les presentaba para ofrecerles la colaboración en cualquier cosa que estuviera a su alcance. *Inspector de policía, suena hasta gracioso. ¿No vivirá haciéndoles el mismo ofrecimiento a los subversivos que la pasan a diario en este cagadero?*, respondió el oficial en voz alta, sin disimular su desprecio y acompañado por las risas de sus subordinados. Rubio parpadeó ligeramente y volvió a hablar en tono muy bajo, dando muestras de una paciencia infinita, *es imposible negarle que la guerrilla llega aquí y a veces permanece varios días. Si a un Ejército entrenado y bien armado como ustedes, los reciben a plomo, qué sería de nosotros si intentáramos rechazarlos. A ellos se les colabora por miedo, a ustedes porque representan la autoridad legítima del gobierno. A nosotros nos alegra su presencia, lo que lamentamos es que lleguen de paso. ¿Y a nombre de quién está hablando usted?*, preguntó confundido el capitán en medio de un profundo silencio. *De todos los habitantes de Santa Clara, nuestro gran problema es que todos desconfían de nosotros. Para los guerrilleros somos sapos, para ustedes cómplices de ellos. Vivimos entre dos fuegos. ¡Será bajo uno, cabrón! El Ejército de Colombia no viene a agredirlos a ustedes sino a acabar con los subversivos. Sólo el que esté con ellos es nuestro enemigo. Yo puedo asegurarle, mi capitán, que aquí ninguno está con ellos. Llegan, toman trago, se emborrachan y se van. Mejor sería que nunca hubieran aparecido por acá. ¡Hablador de mierda! ¿Cree que no sabemos que aquí celebraron el día del campesino centenares de ustedes y ellos todos juntos? Ellos llegaron ese día a nuestra fiesta, no podíamos echarlos. Sería como pretender echarlos a ustedes ahora. ¡No nos compare con esas alimañas! Somos dos cosas completa-*

mente distintas. Lo sé, por eso vine a brindarles nuestra ayuda. Pues tarde piolas, pajarraco, como dijo el italiano. ¿Por qué no nos dieron el aviso de la emboscada? Era imposible. La guerrilla se apostó desde temprano en el camino y nadie podía bajar. Además aquí ninguno sabía dónde estaban ustedes. ¡Nadie no! Esos perros sí sabían, y yo tengo dos hombres muertos ahí abajo, y dos heridos. La expresión de Rubio era impasible, lo lamento con toda sinceridad, mi capitán, ¿hay algo que podamos hacer para ayudarlos? El oficial estaba furioso, pero la respetuosa serenidad de su interlocutor lo contenía. Estuvo vacilando durante largos segundos hasta que por fin dijo, quiero ver los medicamentos de que disponen aquí, y si es posible a la enfermera. El inspector le respondió con la misma calma mostrada al principio, para los medicamentos es necesario buscar al presidente de la junta. Él responde por el puesto de salud cuando no está la enfermera. En cuanto a ella, no se encuentra, salió desde esta mañana para una finca a atender un enfermo. Ya no creo que venga hoy. ¡Ni hoy ni mañana, repuso el capitán, no vendrá mientras estemos nosotros aquí! ¿No sería una de las que nos atacó cobardemente hace un rato? ¿Dónde están esos miserables? ¿Por qué no nos esperan como hombres, sino que huyen como ratas? Rubio bajó la mirada al piso y se abstuvo de responder. Después levantó de nuevo el rostro y dejó escapar, con un murmullo apenas audible, la pregunta de si podía tocar en la puerta de la casa del presidente de la junta, que era la primera que había a mano derecha bajando, con el fin de buscar las llaves del puesto de salud. ¡Vaya! Y espéreme ahí. Dígale al tipo ese que baje también, no quiero que después vengan a calumniarme diciendo que les

asaltamos la botica. Rubio dio media vuelta y se fue caminando despacio hasta donde Duván. El capitán permaneció todavía unos minutos con sus hombres ultimando instrucciones, tras lo cual el grupo se disolvió con movimientos muy ágiles en una y otra dirección. Entonces se dirigió acompañado de tres uniformados al sitio donde lo esperaba Rubio. La calle estaba invadida de soldados. *¿El negocio es suyo?*, le preguntó con voz seca al hombre de ojos claros que vio de pie al lado del inspector. Ante la respuesta positiva de Duván, el capitán observó con detenimiento la estructura y la fachada de la vivienda, *puro material, ¿no? ¿Es nueva? Sí, la terminé el año pasado. Está a la orden.* Por primera vez desde que Rubio habló con él, una especie de sonrisa contenida apareció en las comisuras de los labios del oficial. Sus ojos repararon que la casa tenía tres puertas, cada una de las cuales era más ancha que la anterior y se hallaba a un nivel distinto. Un par de escalones permitían transitar de uno al otro. Al lado de la casa nueva, existía una vivienda de calicanto, con un frente más o menos igual de ancho, pero que amenazaba ruina. El capitán caminó hasta ella y examinó la cancha de tejo que seguía a continuación. Enfrente no había ninguna otra construcción, pasando la calle se hundía un abismo profundo. Detrás de las casas donde se hallaban la situación era semejante, la falda casi perpendicular caía hasta que no se veía nada. Rubio y Duván lo seguían a prudente distancia. De pie en el costado inferior de la cancha, elevado a una altura mediana, el capitán observó el resto del pequeño poblado que se extendía regado aquí y allá, con el frente de las casas desiguales mirando a la calle y la parte posterior dando la espalda al vacío. Al extremo

del caserío se elevaba un cerro limpio en el que no se veía ni la sombra de un árbol. *Muéstreme el negocio*, le dijo de repente a Duván. El grupo caminó hasta su entrada. Duván pidió que lo esperaran mientras entraba a abrirlo. Se coló por la puerta del nivel más alto, que era además la más angosta. En unos momentos desde la calle se pudo apreciar la luz que brotó con potencia de una lámpara de petróleo que habían encendido adentro. Enseguida se abrieron de par en par las anchas hojas de la puerta y el capitán y los otros pudieron observar un local cuadrado y grande de paredes blancas, con piso de cemento brillante, tres mesas de buchácara repartidas de tal manera que los jugadores gozaran de amplitud para moverse, y un orinal enchapado disimulado por un muro en una de sus esquinas. Unas mesas de plástico y unas cuantas sillas apiladas en un rincón constituían los únicos muebles. Al fondo una delgada puerta metálica permitía la salida a la parte de atrás. A mano derecha, dos escalones comunicaban con el siguiente nivel en donde se hallaba el mostrador con las estanterías llenas de mercancías. Otra puerta podía cerrarse y aislar los dos niveles. Duván les preguntó si deseaban tomar algo. Los militares aceptaron unas botellas de agua cristal. El capitán estuvo hablando unos minutos con el teniente, un poco alejado de los demás. Después se dirigió a Duván, *oiga presidente, tenemos completamente tomado este pueblo. En el cerro de abajo, cubriendo la carretera de llegada, van a dormir unos hombres. A otros los hice subir hasta el filo y tenemos una avanzada carretera adelante. A este pueblo no entra ni un zorro esta noche. Necesito tener control sobre todas las unidades y estaba pensando si usted se opondría a que el teniente y yo*

pasemos la noche aquí. Podríamos tender en el piso, las puertas permanecerían abiertas toda la noche, pero habrá un centinela afuera. Si usted quiere puede cerrar la puerta de la tienda. Le aseguro que nunca en su vida habrá pasado una noche más segura. Duván sonrió. Era justo lo que había imaginado cuando vio el interés del capitán por su vivienda. No mostró ninguna oposición, antes bien, les ofreció unas esteras y un atado de sacos tres rayas, de los de empacar café, para que acolcharan el tendido y aislaran el frío del piso. Incluso llamó a Laurita para que sacara unas sábanas y les prestara gruesas cobijas de algodón. La mujer se mostró muy atenta con ellos y se ofreció a prepararles comida, *nadie que se acueste en mi casa va a dormir con el estómago vacío*, les insistió. Al capitán le pareció que la esposa del presidente era muy hermosa. Su larga cabellera negra le caía hasta la cintura y tenía unos ojos expresivos y grandes. Tal vez estaba algo pasada de kilos, pero le sentaban muy bien, además juzgó que ello era normal en una mujer a la que calculó veintinueve años. Sus gruesas pantorrillas atrajeron su fantasía cuando ella le dio la espalda. El vestido ceñido que lucía le permitió adivinar un cuerpo espléndido. Por primera vez en varios días sentía que algo le resultaba en verdad grato. La gracia reposada de los movimientos de Laurita y su fina cortesía le borraron por unos buenos instantes los pensamientos amargos de aquellas horas de preocupación y desgracia. Estuvo en el puesto de salud y escogió los antibióticos más fuertes que encontró. Como le pareció que el lugar tenía excelentes condiciones, ordenó que subieran los heridos y los instalaran allí. Hasta ese momento habían permanecido en la casa del pastor cuadrangular, ubi-

cada a un lado de su capilla, en la primera curva grande del camino que bajaba de Santa Clara. Rubio y Duván lo acompañaron procurando ayudar, hasta cuando los heridos fueron acomodados en las camas. Su estado no era grave, aunque habían sido alcanzados por algunas esquirlas y perdigones. Uno de los dos tenía un tiro de fusil en el hombro. El capitán subió más tarde a la casa de Duván en compañía del teniente. Laurita les tenía preparada una carne frita con patacones y tajadas de tomate rojo y cebolla, que los dos oficiales consumieron con avidez. Aceptaron también dos tazas de café caliente. Todo ello en una de las mesas plásticas del local. El matrimonio se retiró a dormir en cuanto los hombres comieron. Los oficiales madrugaron a levantarse y no volvieron a la vivienda sino cuando Laurita envió a Segundo, un sobrino de Duván del que se habían hecho cargo y que ya comenzaba a entrar a la adolescencia, a convidarlos a desayunar. Muchos habitantes del caserío y algunos campesinos de las veredas se encontraban en la calle. La camioneta de línea que había pasado la noche en El Cincuenta había llegado unos cuantos minutos antes y tanto la carga como el vehículo fueron objeto de minuciosas requisas por la tropa. Los pasajeros fueron interrogados con detenimiento acerca de la presencia de la guerrilla y el paradero de la enfermera. Igual sucedía con cualquier campesino que hiciera su entrada al caserío. El capitán y el teniente comentaron malhumorados que la gente de esos parajes parecía ciega, sorda, idiota o alcahueta de la subversión. Por los mismos habitantes de Santa Clara estaban enterados de que los guerrilleros se habían marchado por la carretera en dirección a El Cincuenta, conocían también que la dichosa

médica había salido para allá con el cuento de atender un enfermo, las descubiertas que sus hombres habían realizado en la madrugada los tenían ciertos de que no había guerrilla en los alrededores, luego los bandidos tenían que estar en El Cincuenta, la falsa médica tenía que hallarse con ellos, mínimo tenía que ser la amante de su comandante, el tal Abel Epiayú, lo que pasaba era que toda esa gente eran sus cómplices, malditos apoyos de la guerrilla. Aprovechando la confianza ganada con ellos, Laurita se atrevió a decirles que tal vez estaban mal informados sobre la enfermera, pues era una muchacha sana, que servía de manera muy noble a todos y de quien nunca había oído decir que tuviera antecedentes delictivos. El capitán le respondió con tono amable en la voz, pese a que su mirada no ocultaba el disgusto contenido, *señora bonita, ustedes no saben la clase de bandida que se les ha infiltrado, la inteligencia militar tiene pruebas de que se trata de una peligrosa subversiva proveniente del Magdalena Medio, no la andamos buscando por cualquier cosa*. Laurita recibió aquellas palabras con sincero dolor. Era de las pocas personas en Santa Clara que conocía la terrible historia de Alejandra y sabía que era víctima de una persecución injusta. Por eso prefirió callarse. El Ejército no dejó salir del pueblo a las líneas hasta que vino un helicóptero a llevarse los soldados heridos y los cadáveres de los muertos del día anterior. El aparato aterrizó en la cancha de fútbol, retirada casi un kilómetro del caserío, en una planada perfeccionada por la máquina que abrió la carretera. El capitán y el teniente estuvieron allá. Cuando regresaron, reunieron una gran parte de la tropa en la parte alta, más arriba de la casa de Duván. Eran casi las once de la mañana

cuando por lo menos la mitad de los soldados, junto al capitán y otros mandos tomaron la carretera en dirección a El Cincuenta. Una hora antes habían despachado una avanzada de nueve hombres por el camino real que bordeaba el cerro de Santa Clara por el costado sur. Ese camino casi no lo utilizaba nadie desde que fue abierta la carretera que rodeaba el cerro por su lado norte. El teniente se quedó en el caserío con la tropa restante. *Se fueron para El Cincuenta, mijo*, le dijo Laurita a Duván con voz preocupada. *Sí, creo que esta noche el capitán va a tener el humor más agrio que ayer.* La carretera a El Cincuenta era una trocha de pioneros, que salía de Santa Clara enfrentando una pendiente de miedo, por la que se remontaban los vehículos haciendo rugir sus motores con toda la potencia durante las dos primeras curvas. Luego se convertía en una angosta travesía que iba cortando el cerro al pie de una pared rocosa de la que escurría una humedad permanente. Durante un buen trecho transcurría por entre un bosque espeso de árboles altos que transmitían una escalofriante sensación. El capitán encontró la primera avanzada a unos quince minutos de Santa Clara y tras alegrarse porque no había novedad alguna, ordenó que permanecieran ahí como una seguridad para el teniente y la gente que quedaba abajo. A la izquierda empezaron a hallar caminos que descendían y el capitán pudo apreciar que de la cordillera por donde transitaban, se desprendían filos alargados que iban cayendo hacia el cañón por el que corría el río La Concepción a una distancia considerable. Al frente, pero con un vacío de varios kilómetros en medio, era posible divisar otras cordilleras paralelas a la que recorrían. Sólo entonces el capitán tuvo una idea clara

de la inmensidad del terreno y de las miles de posibilidades que tenía un grupo cualquiera para escabullirse entre aquellas montañas sin que nadie pudiera encontrarlo. Sin embargo no se sintió derrotado, por el contrario, se dijo que tenían más mérito los resultados cuando eran producto del cálculo y la paciencia. Una corazonada le decía que no se iba a ir de la Sierra con las manos vacías. Más adelante, en el punto donde convergían el antiguo camino real y la carretera, la tropa se encontró con el grupo de nueve hombres que habían salido de primeros y estaban esperándolos. Según se veía, el cerro había quedado atrás y ahora la carretera seguía por todo el filo. El capitán ordenó que el grupo de nueve hombres volviera a tomar la delantera, sin que fueran a separarse más de cien metros. Casi eran las doce cuando encontraron una casucha a un lado de la vía, afuera de la cual jugueteaban una niña y dos niños. Los hombres sudaban fatigados y el capitán tuvo la idea de que prepararan un fresco allí para aliviar la sed. Por eso dio la orden de detenerse. La carretera cruzaba por un terreno plano y angosto que se ampliaba un poco más adelante, al tomar un leve ascenso, colándose por entre dos cerros distantes entre sí un centenar de metros. El grupo que marchaba a la vanguardia se tomó la primera de las elevaciones mientras el resto de los hombres, en una larga hilera de la casa hacia atrás, descargó sus equipos en el suelo y adoptó poses distintas en trance de descansar. El capitán se acercó con dos uniformados más hasta donde los niños se habían parado a observarlos dejando de jugar. *Buenos días, compañeritos, ¿cómo les ha ido?*, les preguntó con una sonrisa amistosa. Los pequeños no respondieron, pero hicieron un movimiento

como de dar un paso atrás. Los dos menores trataron de protegerse detrás de la niña, la más grande, de unos nueve años. *¿Qué les pasa? ¿Por qué se asustan? Somos compañeros, de los mismos que paran por aquí.* El capitán estiró la mano en señal de saludo hacia la chiquilla. Ella extendió entonces la suya muy despacio y cuando la rozó con el adulto respondió con voz y expresión bastante tímidas, *buenos días, señor.* Sus ojos le parpadeaban. *¿No fueron a la Escuela hoy? ¿Qué les pasó?* Otro de los niños respondió, *mamá dice que en Santa Clara eso está muy feo, ayer sonaron bombas y muchos disparos, no nos envió.* Entusiasmado por la confianza que iban tomando, el capitán les preguntó, *¿no han visto unos compañeros de nosotros que pasaron por aquí? Iban con el comandante Abel. Les traemos una razón, pero no los hemos encontrado.* Los niños guardaron absoluto silencio. La niña los miraba con expresión extraña. Era muy delgada, tenía unas chanclas de caucho y tanto su faldita como su blusa estaban sucias. De repente les dijo con voz segura, *ustedes son soldados, del Ejército, y están es buscando a los guerrilleros. Por acá tienen días que no pasan.* El capitán insistió, *no, somos guerrilleros, ¿por qué piensas que somos soldados?* La niña le respondió con la misma seguridad, *conozco los soldados, cuando mi papito me lleva a la Concepción los he visto muchas veces allá, y cuando pasamos por Santa Rosa también. ¿Y cómo son los guerrilleros?* preguntó el capitán admitiendo su derrota. *Iguales, pero diferentes,* dijo la niña. En ese momento asomó a la puerta de la casucha una mujer que debía ser la madre de los pequeños. Al verlos conversando con la tropa se asustó y los llamó con un grito. Los niños corrieron hacia ella. El capitán la saludó sin ocul-

tar su disgusto. La mujer se veía turbada, pero respondió al saludo haciendo un esfuerzo para mostrar calma. *¿Por qué se asusta?*, le soltó el capitán. *No, es que es raro ver al Ejército por aquí, y como dicen que ayer hubo una pelea con la guerrilla, a una le da miedo. ¿Es que hay guerrilla cerca? No, no sé. Tengo días de no verlos, pero una se imagina al verlos a ustedes, que de pronto se aparecieran los otros y se formara una balacera. A eso es lo que una le teme. ¿Cuándo los vio por última vez? Hace tiempo, varios meses, fue para la fiesta del campesino. Por aquí pasaron hacia Santa Clara y luego cuando volvieron. ¿Y como cuántos eran? Muchos, bastantes, como cuatrocientos.* El capitán se quedó pensativo unos instantes. Como si dudara entre seguir preguntando y la certeza de su inutilidad. Al final dijo, *¿aquí tienen agua? Sí, tenemos una manguera que llega a la alberca, es agua limpia, de un nacimiento que hay allá arriba.* El capitán pidió permiso para que sus hombres recogieran agua en una olla grande y ante el asentimiento de la mujer, dos soldados fueron enviados a eso. La mujer le dijo que tenía café para unos cinco, si querían. El hombre le agradeció pero rechazó el ofrecimiento, *¿queda muy lejos El Cincuenta? No, ya están cerca, suben, sigue un plan, luego una curva y después otra. Yo me gasto veinte minutos hasta allá.* El oficial fue el primero en tomar agua. Mientras lo hacía volvió a interrogar, *¿y dónde está su marido?* Ante la respuesta de la mujer en el sentido de que estaba cogiendo café, el capitán le preguntó cómo se llamaba. *Elías, en cualquier momento debe aparecer por la carretera a buscar almuerzo, si se lo encuentran ya saben.* Al terminar de beber el agua con azúcar y fresco, el oficial preguntó con escepticismo, *¿usted sabe algo de la enfermera?*

¿De cuál, de la médica de Santa Clara? Sí creo que se llama Alejandra. No, no la he visto desde el domingo que estuve allá. En ese momento intervino el niño más pequeño que estaba agarrado de las faldas de la mujer, sí, mami, ella pasó ayer tarde para El Cincuenta, nos regaló unos dulces. Su hermanita terció de inmediato, con la voz apresurada, ah, sí, mamá, usted estaba adentro, en la cocina, ella iba sola y se detuvo a saludarnos y a darnos unos confites, después siguió. El capitán sonrió con cierto gesto de astucia. Preguntó a uno de sus acompañantes si ya todos habían tomado agua y ante la respuesta afirmativa, le ordenó con cierto apresuramiento, camine usted conmigo para la avanzada. Vamos a cogernos a la médica antes que se nos vaya. En unos cuantos minutos se reanudó la marcha y el capitán prefirió permanecer esta vez en el grupo de vanguardia. Los hombres avanzaron en posición de alerta, de a dos, tomando cada uno un lado de la angosta vía. Los primeros soldados del grueso de la tropa se detuvieron en el primer cerro, donde había estado ubicada la avanzada, a esperar que los que iban delante coronaran la segunda de las ligeras cuestas. Hallándose allí los sorprendió la explosión. Una fugaz llamarada seguida de un estampido descomunal estremeció la tierra cuando el capitán y los otros ascendían por la carretera, lanzando por los aires varios cuerpos envueltos en un ciclón de tierra y polvo. Una violenta andanada de disparos de fusil siguió apresurada al estallido, buscando hacer blanco en cualquiera de los soldados que encontrara a su paso para arrebatarse la vida. Repuestos de la impresión inicial, los suboficiales que comandaban la tropa que estaba por fuera de la emboscada ordenaron responder de inmediato con todo el

poder de fuego que tuvieran a su alcance. En unos cuantos segundos se levantó un eco de ráfagas, estruendos de explosiones, gritos de horror, órdenes y contraórdenes que transformaron en un infierno el bucólico escenario de unos instantes antes. En la casa de Elías, su mujer y sus hijos quedaron paralizados por el terror. Sin que supieran con claridad qué sucedía afuera de su vivienda, comenzaron a ver soldados que entraban dominados por el pánico a los cuartos, se arrojaban al piso e incluso buscaban protección debajo de las camas. Fue uno de ellos el que les gritó que se tendieran en el suelo. Oían los disparos que hacían algunos casi en la puerta, sin tener ningún blanco, más bien al aire, como para darse valor. La confusión era extrema. Pero no se prolongó por un lapso muy grande. Es más, pareció terminar más pronto de lo que todos creían. Poco a poco los hombres se fueron incorporando y saliendo de la casa. Arriba se oían las ráfagas de las ametralladoras cada vez con mayores intervalos de tiempo. Pero no se podía ver lo que sucedía por cuanto el primer cerro impedía la visibilidad. De pronto llegaron al trote varios soldados con un cuerpo ensangrentado sostenido entre sus brazos. El herido gritaba de manera horripilante, *¡mis manos! ¡Mis manos! ¡Maldita sea, mis manitos!* Su voz desesperada se quebraba en un llanto desgarrador. La mujer y los hijos de Elías reconocieron al capitán. La bomba le había volado las dos manos y de los antebrazos despedazados le escurría la sangre a borbotones. Tras el capitán trajeron en andas también otros cuatro cuerpos, de heridos y dijeron que había tres muertos en la carretera. *¡Tenemos que llevarlos al puesto de salud, pero ya!*, exclamó uno que les aplicaba inyecciones y procuraba

vendarlos. *¡Y comunicarle a mi teniente para que pida el helicóptero otra vez, o se nos pueden morir!, agregó otro.*

La luz de unas cuantas velas iluminaba el amplio espacio cubierto por la enramada bajo la cual el grupo de guerrilleros departía alegremente en son de celebración. Una grabadora de dos parlantes se encargaba de animar el ambiente con vibrantes notas de acordeón, caja y guacharaca, acompañadas por sabrosas voces que brotaban a buen volumen de sus entrañas. Unas cuantas tablas puestas sobre rodillos de madera hacían las veces de bancas improvisadas, y sobre ellas, distribuidos aquí y allá para facilitar la conversación, se sentaban por grupos los animados contertulios. Una cocina de barro levantada en una esquina del rancho, desprendía de sus leños encendidos una llamarada rojiza, mientras de un par de ollas grandes se elevaba el vapor caliente de la comida que preparaba uno de los convidados. El humo de los cigarrillos se confundía con el aliento de las bromas y las risas, y de blancos vasitos de cartón que se rotaban de mano en mano, las muchachas y los muchachos bebían de un solo golpe los tragos de ron caña que Abel autorizaba repartir con cierto intervalo de tiempo. El héroe de la jornada era Salomón, un guerrillero de veintitrés años con la piel renegrada y la dentadura perfectamente blanca de los nativos del Pacífico, que tenía problemas con sus uniformes de dotación por cuanto sus anchas espaldas, su cintura de avispa y sus muslos de rinoceronte no hallaban nunca la talla precisa, y tenía que rellenarlos de pinzas y costuras para poder usarlos. El negro reía a carcajadas repitiendo con su jocosos acento, y su dificultad para pronun-

ciar ciertas palabras, cada uno de los momentos previos y posteriores al estallido del minado en la reciente emboscada al Ejército. Sus pupilas negras brillaban chispeantes en medio de la blancura rojiza de sus ojos cada vez que decía *¡puummm!*, imitando el estampido de la bomba, mientras su rostro adoptaba la expresión de asombro que decía haber sentido en ese instante. Cuando le extendían el vasito con ron se negaba a aceptarlo, porque como aseguraba cada vez, el ron era un vicio que jamás le había llamado la atención. Sobre su redonda cabeza de ensortijados cabellos cortados muy bajo, lucía un kepis verde oliva de los que usaban los oficiales del Ejército regular en la ciudad, prenda exótica en las filas guerrilleras pero que a él se le permitía usar dada su forma de ser bonachona y fraternal. Bailaba bien la música vallenata aunque su fuerte era la salsa, y a manera de felicitación, las muchachas se turnaban para invitarlo a bailar un disco a cada rato. Entonces sus compañeros le seguían el paso y lo animaban con las palmas de sus manos. En cada grupo se comentaban distintas incidencias de los últimos sucesos. *Lástima Elías, y la forma tan salvaje como lo asesinaron. Sí, el pobre llegaba a almorzar cuando lo detuvieron, es que hacía unos minutos había pasado la emboscada. La mujer no se dio cuenta por estar atendiendo al capitán y los demás heridos en su casa. Hacerlo pasar por guerrillero. Si lo hubiera sido no me hubiera dolido tanto. Eso mismo digo yo, al fin y al cabo cuando uno se resuelve a esta vida, sabe que pueden matarlo en un combate, así que si matan a un guerrillero, aunque a uno le duela, lo acepta. Pero matar a un civil inocente y desarmado. Y ponerle después un uniforme y llevárselo en el helicóptero. Así son ellos, ¿no re-*

cuerdan lo que hicieron con los arhuacos? Y eso que se supo por el que estuvieron torturando en el batallón. Si no, habrían quedado como desaparecidos quizás para siempre. Esos indiecitos que no pelean con nadie. No, pelear sí pelean, lo que no emplean es la violencia. Ellos tienen la manía de juntarse todos para hacer un reclamo. Y van como cien o más. Nunca desisten de su aspiración, aunque pasen los años. Y se ponen bravos, hablan con seriedad. Si les conceden la razón se alegran por haber recuperado su derecho violado. Si no, se marchan inconformes, sin más. Prefieren esperar otra ocasión más propicia, y cuando llega vuelven a insistir, lo mismo siempre. Todas las veces que sea necesario, así sea por siglos. Aunque pierdan una y otra vez. Se parecen entonces a Maturana, creen que perder es ganar de alguna manera. Verdad, están es jodidos. Los están matando y no se rebelan porque entonces los matarían. Cuestión de cultura, primo. Dicen que hacen lo que sus dioses les mandan por medio de sus mamos. Así sobrevivieron a los españoles y creen que sobrevivirán también ahora. Tampoco estoy de acuerdo con eso. Pero volviendo al cuento, el camarada Abel dijo que había que destapar ese crimen, denunciarlo. La mujer de Elías baja a La Concepción en estos días, con el inspector de policía y el presidente de El Cincuenta. Están recogiendo firmas de toda la gente de la vereda, para demostrar que Elías era un campesino, que no era un guerrillero. Eso es bueno, aunque yo tampoco creo que conduzca a algún lado. Póngale cuidado y verán que al final, dentro de un tiempo, van a citar a la mujer de Elías y a los testigos al batallón para que ratifiquen sus denuncias y testimonios ante el juez de instrucción militar. Figúrese, meterse a la guarida del lobo a denunciarlo. Hasta ahí llega todo. La

gente no es boba y sabe que si se mete allá, después le van a dar es bala por ahí en cualquier calle. Y con la pereza que ellos le tienen a dar bala. ¿No ven cómo está eso en La Concepción? ¡Uy, sí! ¡Qué manera tan descarada de matar la gente! Los sicarios obran en las narices de la Policía y el Ejército. La banda de paramilitares que trajo Carlos Alfonso Silva se tomó la ciudad y las poblaciones vecinas. Los ven en camionetas cuatro puertas y camperos último modelo de vidrios oscuros, recorriendo las calles o bebiendo whisky en las terrazas de las casas, con las puertas de los autos de par en par y los pasacintas a todo volumen, haciendo ostentación de sus armas, y nunca les ponen el menor problema. Pero todavía más, el policía ese que llaman el coreano, que es un matón profesional, tirotea a las víctimas y después de dar una vuelta en la moto, aparece cuando están haciendo el levantamiento, preguntando si alguien vio algo. ¿Usted no recuerda que Bernardo Jaramillo venía un mes largo antes de que lo mataran, y que toda la gente de la Sierra tuvo que devolverse porque cancelaron la manifestación por un plan que descubrieron para matarlo? Para siempre acribillarlo después en Bogotá, es que la matanza es nacional, los muertos por la ley son miles en todo el país. Lo que pasa es que sólo les due- len los muertos de ellos, ¿no vio el escándalo porque Pablo Escobar pagaba dos millones de pesos por cada policía muerto? En las revistas sacaban las fotos de los policías caídos y les escribían notas condolidas. Con los muertos de la Unión Patriótica, con los dirigentes obreros y populares asesinados, podían hacerse galerías con miles y miles de fotos, pero ellos no van a hacerlas, se van a encargar más bien de que la gente se olvide de ellos. Para eso estamos nosotros, para recordarlos y hacerles

justicia, para hacer pagar un día sus crímenes a los poderosos. Por eso me alegra lo del capitán el jueves. Tanto que habló de la enfermera, desde abajo venía diciendo que cuando la cogiera la iba a hacer papilla. Y después dizque suplicaba que la llamaran para que le salvara la vida. Bien hecho. Ahora quedó mocho, de ambas manos, como para que no olvide nunca que la maldad se paga. Oigan, pero cuentan que se fue maldiciendo a Santa Clara, jurando que todos los que vivían ahí se la pagarían. Qué más que el susto que les metieron. ¿No saben que cuando en Santa Clara oyeron el bombazo, el teniente mandó instalar los morteros y desde la calle comenzaron a disparar en dirección a El Cincuenta, a ciegas, porque el filo qué les iba a dejar ver? Mirándolo bien, son unos malagradecidos. La gente se portó bien con ellos, antes y después del caso. Fueron las camionetas de línea que estaban entrando al caserío, las que corrieron a recoger los heridos y los condujeron hasta el puesto de salud. También a los muertos. Y Rosita y las otras mujeres ayudaron a hacerles los primeros auxilios. Y luego los llevaron hasta la cancha para que los embarcaran. Ahí fue que Orlando reconoció al pobre Elías, todo ensangrentado y uniformado. Por eso fue que se supo. ¿Y qué me dicen de los kafires? Como a las cinco de la tarde hicieron varias pasadas rasantes por Santa Clara, y dejaron caer seis bombas en el cañón del río. También lanzaron ráfagas a las montañas de los alrededores. A la loca. Sin tirarle a nada preciso. Mataron varias vacas en distintas fincas. Eso es para aterrorizar a la población, hace parte de sus operaciones psicológicas. De hartos les sirve, después de la emboscada hay una docena de solicitudes de ingreso. A esto no lo detiene nadie. La conversación de los guerrilleros fluía entre una y otra pieza

de baile. Salvo Abel y otros tres que pasaban la barrera de los treinta años, la mayoría promediaba los veinte. Sin embargo, aun dentro de ellos había quienes habían llegado muy jóvenes a la guerrilla y ahora poseían una experiencia que envidiaría cualquier oficial enemigo especializado en contrainsurgencia. Como Irina, que había estado presa por su participación en un golpe de mano a un puesto de la Policía. Les había hecho inteligencia en el propio cuartel, haciéndose amiga y confidente de algunos agentes. Tiempo después de la acción, que resultó exitosa también gracias a su arrojo, la reconocieron por casualidad en una salida a la ciudad. Había regresado al cabo de dos años, con un carácter asentado y una convicción más profunda. Con un FAL en sus manos respiraba una tranquilidad asombrosa en medio de los más cerrados combates. Acababa de cumplir 22 años. Claro, también había gente nueva, de quince y dieciséis años apenas, que disfrutaban con su papel de personas independientes definiendo su propio destino. No había poder humano capaz de convencerlos de regresar a sus casas. Se les había despertado un orgullo demoledor, por primera vez en sus vidas sentían que eran algo, alguien, que podían jugar un papel importante en el mundo. La vida anterior con sus familias les parecía inútil y sin sentido, los condenaba a una existencia desgraciada y mediocre. Podían parecer jóvenes, si tenían mala suerte, pero sabían al igual que todos los guerrilleros, que su vida estaba dedicada a una causa digna, y que aquello que constituía una poderosa razón para vivir, era también, llegado el caso, la más noble razón para morir. Abel se preocupaba mucho además, por alimentar la parte ideológica de sus combatientes. Su procedencia par-

tidaria y su extraordinaria visión para reconocer aquello que redundara en el desarrollo de la organización revolucionaria, le facilitaban la aproximación con los más amplios sectores políticos, académicos y culturales de las capitales y poblaciones menores de la costa atlántica. No sólo con los comunistas, con quienes se suponía debía existir una afinidad natural, pese a lo cual existía una fuerte corriente totalmente refractaria al movimiento armado, sino lo que era más importante, con gentes independientes, o que incluso hacían parte de los partidos tradicionales. De allí fueron llegando al Frente primero como amigos, después como colaboradores, más tarde como integrantes de sus estructuras clandestinas y finalmente como guerrilleros, personas que contribuyeron en forma decidida a su cualificación ideológica. Los tiempos eran de crisis, se derrumbaba el modelo socialista soviético en Europa y de la nave que se hundía saltaban al mar los más estridentes voceros del individualismo, agasajados por una apabullante oleada de pensadores occidentales patrocinados por las corporaciones transnacionales y engrandecidos por obra de la orgía de basura mediática que alentaron los gobiernos de Reagan y la Thatcher. Más cerca aún, había caído al suelo y se había hecho añicos la gloriosa revolución sandinista que tantos augurios de cercana victoria trajo a los demás rebeldes de América Latina. La presión económica, política y militar del imperio convenció a los principales dirigentes revolucionarios, contra todo pronóstico, de que en unas elecciones limpias se debía definir el futuro del país. *Como si pudieran ser inmaculadas unas elecciones en las cuales un pueblo vapuleado y amenazado con su destrucción, enfrenta a los omnipotentes*

intereses del monstruo que lo asfixia. Y todavía más, aquí en su tierra, el M-19 que había fundado Jaime Bateman, típico paisano y antiguo copartidario de Abel, y el EPL de otros costeños, habían arriado sus banderas en forma vergonzante. Abel y una parte de los suyos fueron testigos del momento reciente en que descendieron sobre la cancha de fútbol en El Cincuenta, los helicópteros en los que se embarcaron los militantes del EPL, esa vieja guerrilla radical, para ser conducidos al campamento de su concentración y entrega. Burócratas sonrientes de cabellos finos y rostro rosado los recibían con un fuerte abrazo de felicitación y les daban una cariñosa palmada en la espalda cuando subían a las naves. Fuertes corrientes socialdemócratas luchaban por apoderarse del Partido Comunista y todo el espectro de la izquierda obrera, campesina y popular. Mijaíl Gorbachov, presidente de la antaño temible Unión Soviética, era el ídolo de las amas de casa y los ciudadanos medios de Norteamérica, felices de usar camisetas con su retrato en el pecho y llaveros con su regordeta y calva figura. Abel manejaba con precisión la línea político-militar de la organización y no desperdiciaba oportunidad para trabajarla en sus conferencias al personal y en sus charlas con los cuadros con los que trataba, *la guerra de baja intensidad, aplicación contemporánea de la doctrina estratégica de seguridad nacional que alimentó al imperio durante la guerra fría, se aplicaba al dedillo por la oligarquía colombiana y sus fuerzas armadas y paramilitares. ¿Cómo podían hablar del fin de la confrontación de clases y el triunfo del consenso, aquellos que asesinaban en forma tan despiadada a la gente inconforme de su país? El hambre, la enfermedad, la pobreza, la miseria, el*

desempleo, la falta de oportunidades y la violencia, sobre todo esa violencia depravada que sembraba de masacres los campos de Colombia por mano de agentes estatales no siempre mimetizados, nada de eso había desaparecido al caer el muro de Berlín. Por el contrario se agudizaba de manera encarnizada con la apertura económica y la modernización que pregonaba el nuevo gobierno. ¡Qué importaba si la historia inauguraba una era en la que los traidores se apoderaban de la palabra! Lo que contaba era la firmeza en los principios revolucionarios del marxismo. Europa no era América Latina, nadie tenía el derecho de venir a darnos cátedra. Ahí estaba Cuba, bloqueada y amenazada, pero orgullosa y libre, con un pueblo convencido de su significado. Y ahí estábamos las FARC, con el camarada Manuel Marulanda a la cabeza, como puntales del porvenir que se merecía el pueblo colombiano. La campaña de desprestigio y difamación emprendida por los medios de comunicación con el fin de esfumar el altruismo y la justicia de nuestra causa, apenas estaba comenzando, no alcanzábamos a imaginar la suma de barbaridades que dirían de nosotros. Eran cosas de las que había que estar hablando permanentemente con la gente. Y Abel no perdía oportunidad para ello. Por eso se movía con frecuencia por cada uno de los grupos y se colaba en las conversaciones de los combatientes. Conocía sus temas, opinaba sobre la música y sus autores con sobrada propiedad. Y sin parecer obsesivo, sabía cuándo hacer el comentario pertinente para relacionar los más variados asuntos con las razones de la lucha. Sus subordinados sabían que le fastidiaba que fumarán delante de él, no le gustaba que el humo le rodeara el rostro, pero cuando se aprestaban a arrojar los cigarrillos al

suelo de tierra firme del rancho porque lo veían dirigirse a ellos, se oponía a que lo hicieran y los invitaba a seguir fumando tranquilos, *estamos en fiesta*, decía sonriendo. Bailaba dos o tres piezas con las muchachas y luego volvía a instalarse en el rincón que había escogido para la noche. Allí lo esperaba Dagoberto, el miliciano, quien escasamente se movía de ese puesto para salir a orinar o cumplir cualquier favor que le pidiera Abel, encantado de la oportunidad que se le presentaba de permanecer a su lado para poder hablar con él y oírle contar sus historias. Dagoberto poseía la facilidad para llegar al corazón de la gente, con su risa amplia y su trato comprensivo y respetuoso, que terminaba por despertar el afecto en quien lo conocía, pese a que su apariencia gruesa y su rostro barbado impusieran inicialmente alguna distancia. Abel le tenía mucha confianza porque había dado sobradas pruebas de valentía y lealtad, además de mostrar siempre un comportamiento recto y discreto. Esa noche, entre chistes, tragos, conversaciones interrumpidas, intervenciones de otros que llegaban a dialogar también y las distintas tandas de baile, Abel le había contado de sus tiempos de militante comunista en la universidad y sus tempranos contactos con la guerrilla de las FARC. Dagoberto gozó hasta las carcajadas con la historia del atentado contra el servicio de inteligencia enemigo que esperaba transporte en un paradero de bus. Abel todavía era un muchacho y había conseguido prestada una motocicleta para cumplir la tarea. Con sangre fría detuvo el vehículo frente al sujeto y le descerrajó varios tiros. De inmediato aceleró la moto por la avenida y se marchó a toda velocidad. Unas cuadras más adelante cambió de calzada y regresó haciéndolo-

se el desentendido para observar los resultados. Su sorpresa fue grande cuando vio a su víctima de pie e intacta, estirando el brazo en gesto desesperado para hacerle parada a un bus. Lleno de vergüenza por su mediocre actuación, aceleró de nuevo hasta la esquina, realizó un giro prohibido y volvió a dispararle esta vez con más cuidado para no fallar. Todos los pasajeros del bus pudieron verlo en detalle, por lo que su nueva escapatoria adquirió visos de espectacularidad. En cambio Dagoberto se enterneció con el relato de Abel sobre sus días de cárcel, y los trabajos de su mujer para poder llevarles un bocado de comida a sus hijos. Estaba preso en la frontera y hasta allá iba ella a visitarlo con algunos modestos presentes que para él valían todos los tesoros de la tierra. Nunca le quiso preguntar de dónde ni cómo conseguía el dinero. Se sentía lleno de pudor y miedo. José Marcos se acercó a ellos justo cuando Abel hablaba de este asunto, y con su jovial palabrería insistió en que les hablara acerca de su experiencia en manos del enemigo. Abel, que no necesitaba parecer modesto para serlo, nunca solía hablar de estos temas. Esa noche sin embargo, poseído por el ambiente general de alegría, les dio a juntos una lección inolvidable. De eso hacía muchos años ya. Habían culminado con éxito un trabajo que le reportó un ingreso millonario al movimiento, y se hallaban de regreso por fin a su ciudad de domicilio. El sentimiento de seguridad que experimentaban, se les desvaneció en cuanto un campero blanco se le atravesó en plena carretera al bus en que viajaban y lo hizo detener. Sus ocupantes no se identificaron. Apuntándoles con sus armas, los obligaron a descender a él y a la guerrillera que lo acompañaba, y los obligaron a subir

al campero. En realidad pertenecían a la inteligencia militar y fueron a parar a los calabozos de un lejano batallón. En los interrogatorios para que delataran a sus cómplices en la frontera, los agentes habían dado prueba de particular rudeza. Pero ninguno de los dos se ablandó, pese a que practicaron con ellos, por aparte, diferentes métodos de tortura física y psicológica. Abel fue gráfico y habló en detalle. José Marcos y Dagoberto lanzaban por turnos expresiones de repulsión y asombro. Sobre todo cuando le escucharon relatar que estuvo atado de pies y manos en el suelo de un helicóptero que tenía la portezuela abierta y se inclinaba de lado para que él rodara y cayera al vacío desde una altura aterradora, sujetado por las manos de sus interrogadores que amenazaban con soltarlo si no confesaba lo que querían. Jamás olvidaría el carácter tan extraño de esos personajes, cantaban canciones de Alí Primera y Mercedes Sosa mientras lo golpeaban y hundían de cabeza en una alberca hasta casi ahogarlo. Ni él ni su acompañante reconocieron que pertenecían a las FARC, cosa que enardecía a sus investigadores hasta los extremos de la ofuscación. Siempre alegaron ser inocentes y no saber de qué les hablaban. El jefe de los interrogadores se exasperaba porque Abel le sostenía la mirada y no bajaba los ojos. Le decía que tenía que ser un cuadro preparado, un profesional aleccionado en ese tipo de situaciones, probablemente en Rusia. Claro que él había estado unos meses en la Unión Soviética enviado por el partido, pero estudiando filosofía, economía y política. Cuestiones militares no enseñaban allá. De aquella pesadilla salieron librados muchos meses después por falta de pruebas. Cuando eso pasó, los dos sintieron que habían ganado un im-

portante combate en sus vidas, habían sido consecuentes, eran capaces de sacrificar su propia existencia por preservar a la organización.

La Coordinadora Campesina de la Sierra surgió en forma espontánea, como mecanismo de negociación con los delegados del gobierno, cuando se dieron las marchas de las comunidades para reclamar solución a sus problemas más urgentes. Representaba las directivas de las juntas de acción comunal involucradas en la movilización y por tanto su talante dominante fue siempre la rebeldía. Después de jugar su papel como interlocutora del gobierno y firmante de los acuerdos para la inversión social, su destino fue reclamar y fiscalizar la ejecución de las obras aprobadas para las distintas veredas. Por ello terminó llevando al concejo municipal de La Concepción a su presidente, Marín, con la doble misión de pelear por la inclusión de las sumas acordadas en el presupuesto anual y vigilar las diligencias de contratación, las cuales solían ser aprovechadas por los políticos tradicionales para saquear los recursos en su propio provecho. Cada vez que culminaba una de las obras prometidas, Marín sentía que había ganado una batalla y en ese sentimiento lo acompañaban siempre las comunidades beneficiadas. La inauguración del puente sobre el río Las Piedras fue pensada entonces como un acontecimiento por todo lo alto. La invitación se dirigió al conjunto de pobladores de las veredas ubicadas carretera negra arriba, siempre que pertenecieran a La Concepción y su municipio vecino, a las administraciones de ambas localidades incluidas las de la época en que se inició la construcción, a un sinnúmero de

personajes de la vida regional, y a un atado de artistas que ni la imaginación más osada pensó reunir alguna vez. A las nueve de la mañana se hallaban concentradas más de dos mil personas en torno al pequeño caserío y seguían entrando automóviles repletos de pasajeros provenientes de los más diversos sitios de la región. Un piso de cemento pulido y cubierto por una improvisada enramada, encima del cual se aspiraba a edificar con el tiempo un salón comunal, sirvió para la celebración del acto de inauguración que se programó de la forma más sencilla. Apoyados en la potencia de un poderoso amplificador de sonido que trajeron de alguna parte, se dirigieron al público sólo tres personas a quienes se encargó de presentar Marín, los dos alcaldes en ejercicio invitados y el comandante Abel Epiayú. Ninguno hizo largos discursos, los funcionarios por temor a comprometerse y Abel porque juzgó que la ocasión no estaba para eso. La obra hablaba por sí sola. Un puente colgante para peatones y bestias cargadas que suprimía el calvario diario de meterse al agua para llegar a la estación o subir desde ella a los filos, verdadera proeza cuando el tiempo era invernal. Las cristalinas aguas del río descendían por entre los cerros tristemente descumbrados, cabalgando sobre millones y millones de piedras de todos los tamaños, y continuaban su curso por las tierras planas justo a partir del sitio en que ahora se inauguraba el puente. En verano, con la trocha sin baches, podía emplearse una hora para salir a la carretera principal, mientras que en invierno ese término podía doblarse. La ventaja para los pasajeros de los vehículos consistía en que el recorrido se efectuaba por un terreno descubierto por completo, de manera tal que así ca-

yeran aguaceros cerrados, el sol que sobrevenía tenía el poder de secar el fango en pocas horas. Como no había barrancos ni terrenos deslizables que pudieran en un determinado caso bloquear el paso, la trocha siempre estaba en servicio. La mayoría de los campesinos habitaba arriba de las primeras estribaciones, en tanto que la parte plana estaba conformada por fincas ganaderas que crecían en tamaño e importancia, a medida que el relieve se tendía en la extensa sabana. Para un número importante de los invitados resultó una verdadera sorpresa encontrar en el acto a una delegación de las FARC, y de remate al comandante del Frente en persona. Estaban muy cerca de La Concepción y el Ejército permanecía acantonado allá en cantidad considerable, siempre a la espera de cualquier oportunidad para dar un golpe. Sería distinto en Santa Clara que al fin y al cabo estaba en una cumbre dominante en extremo y a la que no se podía llegar sin evitar las rutas obligadas. Aquí había mucha gente, automóviles que entraban y volvían a salir, cualquiera podía llevar la información. Además el terreno se prestaba para que la tropa pudiera llegar a campo traviesa. La ventaja estaba a la espalda, era cierto, apenas se lograra cruzar el río había infinidad de sitios aptos para atrincherarse y garantizar una retirada segura hacia las alturas. Cualquiera que intentara seguir hombres bien armados se expondría a ser golpeado en forma contundente. Abel tranquilizaba así a los temerosos, advirtiéndoles también que tenía adecuadas observaciones y seguridades, con comunicación inmediata, desde la misma Concepción hasta el sitio en que se hallaban. A partir de ese momento, los convidados sentían que tomaban parte en una arriesgada aventura. Luego de des-

cubrir la placa que habría de recordar la fecha y la administración en que se inauguraba el puente, las personalidades presentes estuvieron siguiendo las presentaciones de algunos artistas. Como era de esperarse, no podía faltar el grupo de la Casa de la Cultura de La Concepción con sus danzas tradicionales y su obra de teatro, aunque Amanda ya no era su directora. En su lugar había llegado de Cartagena un experto en coreografía popular, que había puesto el énfasis de su trabajo en las manifestaciones de la memoria africana en la cultura caribe, desplazando de su lugar de privilegio a Federico García Lorca y reemplazándolo por Jorge Artel, Manuel Zapata Olivella y Nicolás Guillén. Su obra de teatro revivió entre el tañido de tambores, guasás, timbales, gaitas y clarinetes, la epopeya vivida cuatro siglos atrás por Benkos Biojó, hasta su asesinato a traición ordenado por las autoridades españolas, que violaron así el acuerdo de paz firmado de buena fe por los cimarrones. A este grupo lo sucedió en la tarima *Amazonas*, un conjunto musical conformado por bellísimas muchachas negras que venían de la lejana Barranquilla, las cuales tocaron y cantaron con tan contagiosa alegría, que terminaron por encender un desaforado baile general, para el que se aprovechaba hasta el más mínimo de los espacios y de cuyo embrujo nadie pudo escapar hasta la madrugada del día siguiente. Disimulados entre el gentío llegaron uno tras otro también, los cantores y músicos vallenatos procedentes del sur de la Guajira, el legendario Valle de Upar y las riberas del río Magdalena, quienes acudían con el exclusivo propósito de animar una parranda fabulosa con la dirección de las FARC, según la convocatoria que les hicieron algunos amigos mu-

tuos. Hacia el mediodía se presentó José Marcos, acompañado por un viejo grande y grueso de cabellos grises y manos gigantes, que sabía digitar el acordeón con la habilidad de un prodigio y era ídolo indiscutido de las gentes que habitaban los poblados sabaneros. Lo acompañaban algunos músicos silvestres de la región ribereña. Pese a su edad lo llamaban *El Pollo* y había sido invitado con el señuelo de animar el cumpleaños de un ganadero en su finca. Cuando le presentaron a Abel y entendió de qué se trataba, soltó una carcajada que retumbó más allá del río y celebró el hecho como el engaño más afortunado de su vida. Sin intimidarse porque lo vieran allí, se ofreció para animar un rato el baile general en donde obtuvo vótores por su interpretación de *La mujer tetona* y su perenne fidelidad a sus seguidores. En cuanto José Marcos se saludó con Marín, que andaba de un lado para otro en compañía de Nancy, su mujer, una morena de estatura colosal y formas memorables, tan sencilla y cariñosa como él, le preguntó con cierto grado de ansiedad si había cumplido su promesa de invitar a Amanda. Le había rogado hacerlo cuando se topó con él en La Concepción, veinte días atrás, de paso para la sabana. En aquella ocasión Marín le aseguró que haría lo que pudiera, aunque no podía asegurarle que ella iba a asistir. Ahora trabajaba en el Seguro Social, no tenía la cobertura que tuvo para subir meses atrás a Santa Clara, y la situación en La Concepción no estaba como para andar arriesgándose. Esta vez en cambio, Marín sonrió con satisfacción y le pidió a su mujer, con un comentario jocoso, que fuera ella quien le respondiera. Nancy observó a José Marcos con malicia, balanceó su cabeza en señal de broma, como si le estuviera reprochan-

do su infidelidad, y luego le indicó que su amor de contrabando había llegado desde temprano, confundida con la comisión de la alcaldía y que andaba por ahí con su eterna amiga Eliana. Los dos se ofrecieron a conducirla hasta él en cuanto se la volvieran a tropezar. Abel y gran parte de los funcionarios, amigos y músicos invitados se habían escurrido de la fiesta general y luego de cruzar el río, habían ascendido por el empinado camino hasta una vivienda ubicada a unos quince minutos, sobre una colina con excelente vista a la distancia. Cubiertos por la sombra de varios palos de mango y sentados formando un círculo, hablaban llenos de animación, hacían chistes, reían y aplaudían a los cantores y músicos, transformados a partir de ese momento en las personalidades del día. Hubo entre ellos quienes prefirieron acompañar sus interpretaciones con guitarras, como ese juglar de San Juan del Cesar a quien todos llamaban Nando, aunque él prefería llamarse *El gallo tablacero* en honor a El Tablazo, el caserío donde nació, un verdadero maestro en arrancar sentimientos de amor a ese instrumento, quien terminó robándose el corazón de todos con sus audaces composiciones al sufrimiento del pueblo, a sus amores y a sus hijas, las cuales intercalaba con anécdotas y cuentos que, dada su incomparable gracia para narrar, sacudían con risotadas incontenibles a los oyentes que aplaudían emocionados su ingenio. O como el venerable y frágil cantor que trajeron de las orillas del río Tocaimo en San Diego, para que tocara y cantara, con su dejo particular de ternura, las melodiosas creaciones sobre la belleza natural del paisaje y la mujer provinciana. Guitarra en mano, el menudo anciano interpretaba sus cantos con acento inspirado, con-

moviendo al auditorio que lo sabía ciego de nacimiento. El viejo cantó además al dolor de los pobres y a la esperanza de un cambio. Pero hubo también quienes eligieron el acordeón para acompañarse. Como ese negrito feliz que no cesaba de reír y abrazarse con todos, cuya potente voz, nítida y hermosa a la vez, retumbaba de tal modo que hacía vibrar las láminas de zinc de la cercana vivienda, al tiempo que quienes lo oían juraban impresionados y temblando de alegría, que nunca en sus vidas habían escuchado algo semejante. Los acordeones se los turnaban entre varios hombres de aspecto campechano y acento cantadito, poseedores de un talento sobrenatural para hacer brotar de ellos ardientes bocanadas de notas. Éstas tenían la propiedad de hacer espabilar las más recónditas emociones escondidas en el alma. Los ejecutores de la caja y la guacharaca también sabían imprimir a los golpes y raspas de sus manos, un cadencioso latido que competía en ritmo e intensidad con el palpitar del corazón de los presentes. Los más famosos cantores de la región se fueron sucediendo uno tras otro para sorpresa de los espectadores, acostumbrados a escuchar sus voces por intermedio de los equipos de sonido o de la radio, admirados por su timbre natural y dominados por su presencia cercana, sus bromas, sus comentarios y su condición humana casi siempre insospechada. Abel ordenaba destapar botellas de whisky de la caja de Old Parr que le había hecho llegar Jairo, un ganadero de los alrededores y amigo de la organización, en el primer campero de línea que entró a la estación en la mañana. Lo hacía porque había que atender y animar a músicos e invitados, y porque quería rendir un homenaje al hombre que deseó verlos felices a su llegada

unas horas más tarde. Cuando el mismo campero que trajo la caja volvió a entrar a la estación tras haber ido a La Concepción, ya su conductor traía la trágica nueva de que Jairo había sido acribillado en su casa por los sicarios de siempre hacía un par de horas. La vida tenía que continuar y los compromisos no podían cancelarse. Lo único cierto era que se había hecho necesario responder a la oleada de crímenes y Abel maduraba una idea entre una y otra de las canciones vallenatas. La entrada de José Marcos con el viejo Luis Enrique despertó un desbordado regocijo entre los músicos y cantores presentes. Había lópeces de La Paz, duranes de la sabana, zuletas y romeros de Villanueva, orozcos de Becerril, zabaletas de El Molino, mesas, escalonas, mendozas y villazones del Valle, representantes de las más gloriosas dinastías musicales. Aquello era la más agradable locura soñada por alguien. Quizás por eso, nadie reparó demasiado en la llegada de Amanda y Eliana a la parranda, de la mano de Marín y Nancy, ni en los abrazos y besos que se dieron con José Marcos para celebrar su reencuentro, *estaba convencida de que nunca más iba a volver a verte*, decía ella, *yo nunca perdía la fe, sabía que esto se repetiría, pasara lo que pasara, así se me viniera el mundo encima después*, decía él. Los cantores de las FARC se mezclaban con los artistas invitados y conseguían un lugar para interpretar también sus composiciones que los demás celebraban con admiración. Eliana se quiso colgar del cuello de Dago, quien rió con alborozo al verla de repente allí, pero tuvo que contenerse ante la agonizante mirada de él y las palabras que le dijo en voz baja, *ni se te ocurra amor, tengo mi mujer aquí y ella es capaz de cualquier cosa cuando se llena de*

celos. El incidente, que presenció también Amanda, llevó a esta última a comprender el sentido de las palabras de José Marcos cuando se refirió a que se le podía venir el mundo encima, *¿no estará por aquí tu compañera, verdad?*, le preguntó en cuanto pudo hablarle a solas, *no, está muy lejos de aquí, ni siquiera sé si volveré a verla. No me cuentes más, no quiero saber, sólo deseo vivir este día con intensidad, sentir aunque sea por unas cuantas horas que somos una pareja envidiable*. José Marcos estaba vestido con ropas civiles pues había entrado del pueblo y tampoco tenía armas, por lo que su militancia guerrillera pasaba desapercibida para los presentes. Había una docena de compañeros suyos, entre muchachas y muchachos, sentados aquí y allá, conversando con los alucinados concurrentes, vestidos de camuflado y portando en sus manos el fusil. Otros, que parecían comisionados para atender la visita, llegaban indistintamente con vasos y botellas, ollitas de aluminio y platos repletos de sancocho, bandejas con pasabocas o cigarrillos y baldes con cubetas o trozos de hielo, evidenciando su preocupación porque a nadie le hiciera falta nada. De vez en cuando bajaban y subían de los filos más elevados, algunos guerrilleros que no se mezclaban en el jolgorio. Dos de ellos se aproximaban con disimulo hasta Abel y por medio de susurros lo ponían al corriente de las novedades. Hacia las dos de la tarde el calor se había tornado asfixiante, generando en Amanda y Eliana un irresistible afán por darse un baño. José Marcos tuvo entonces la idea de averiguar con el jefe de la familia que habitaba en la vivienda, si existía alguna posibilidad de tomar un baño en el río sin tener que bajar hasta el puente. Para su satisfacción, el campesino, a

quien todos llamaban *el guajiro*, un hombre de casi cincuenta años y piel color café, no sólo le manifestó que el sitio existía, sino que se ofreció a conducirlos hasta allá por el desecho que usaban los de la casa. Cuando José Marcos regresó con las dos mujeres, *el guajiro* se mostró gustoso de poder servirles. Les preguntó si llevaban una toalla y si necesitaban jabón. Amanda y Eliana llevaban consigo todas las cosas necesarias. Entonces se ofreció a cargarles sus bolsos para que pudieran caminar con mayor soltura por el trecho que los separaba del río, *es pedregoso y empinado, algo difícil para gente de la ciudad*, les explicó. Una vez allí, *el guajiro* regresó a la parranda no sin antes lanzar a José Marcos una mirada cargada de picardía. El lugar era sobremanera hermoso. En ambas orillas se erguían numerosos árboles altos y frondosos que cubrían con refrescantes sombras buena parte del lecho. Las límpidas aguas descendían con aparente mansedumbre, colándose por entre rocas formidables dispersas en abundancia y formando algunos chorros de espuma que se desvanecían unos metros abajo. *Es verdad que esas piedras parecen enormes huevos prehistóricos*, afirmó Amanda embelesada mientras trataba de contar las que tenía al alcance de los ojos. José Marcos inspeccionó hasta hallar un rincón que le pareció ideal para bañarse tranquilos. Se trataba de un pozo de mediana profundidad al cual podía saltarse con confianza desde las rocas. Cualquiera de las mujeres podría poner sus dos pies en el fondo sin que el nivel superara la altura de su pecho. Ninguno de los tres llevaba traje de baño, así que para lanzarse al agua no hallaron otro recurso que usar su ropa interior. Una grata sensación de frescura recorrió su piel en cuanto se sumergieron. De

sus gargantas brotaban exclamaciones de gusto cuando estiraban sus extremidades para flotar boca arriba y disfrutar la delicia de las aguas o se ponían de pie para jugar con alegría. Nadaron cortos trechos compitiendo al que lo hiciera más rápido y apostaron al que fuera capaz de sentarse por completo en el fondo durante más tiempo. Eliana afirmó de repente que se lavaría la cabeza con champú y se enjabonaría de una vez, con el propósito de volver a la fiesta cuanto antes, a fin de dejarlos a ellos tranquilos allí. *Odio parecer una suegra y más todavía a la edad que tengo*, argumentó cuando ambos le insistieron, sin mucha convicción en realidad, que se quedara otro rato. *Además ustedes están locos si creen que voy a aburrirme en semejante jarana*. Apenas Eliana desapareció de su vista trillo arriba, José Marcos y Amanda se juntaron en un largo y calcinante beso, *esta era la oportunidad que me debía la vida*, dijo él. *Y yo estoy soñando con algo así desde que aprendí cómo era que se hacían los niños*, respondió ella juguetona, sintiendo los dedos de él luchar con los broches de su sostén, mientras ella le tiraba abajo los interiores porque estorbaban sus propósitos. En unos pocos segundos los dos estuvieron desnudos y apareados bajo el agua, descubriendo maravillados el encanto que adquirían sus humanidades asombrosamente más livianas, y sus carnes mucho más elásticas y placenteras que en tierra firme. Después saltaron a las piedras, donde rindieron desenfrenados homenajes a la belleza de sus cuerpos, e inventaron múltiples juegos de amor que liberaron por completo su imaginación y sus sentidos. Se zambullían risueños en la poza y luego saltaban sobre las mudas rocas a asolearse y amarse de nuevo, con la desbordada

entrega de quienes saben que la dicha que les reporta su encuentro, no volverá a repetirse otra vez en la historia de los tiempos. José Marcos recordaría siempre la imagen de Amanda, posando como Eva de pie para él sobre la plana superficie de una laja inmensa, mientras él grababa con precisión en su memoria desde el agua, cada una de las curvas de su espléndida estampa de hembra madura en celo. Cuando regresaron por fin arriba con sus instintos aplacados y embriagados de felicidad, se encontraron con la parranda elevada a su máximo furor, y pudieron percatarse de que su ausencia de más de tres horas había pasado desapercibida para todos. Los compositores y cantantes se hallaban enzarzados en una contienda de versos, que despertaba aplausos entre la concurrencia por el ingenio exhibido para responder al contrario. Poco a poco las improvisadas coplas fueron adquiriendo cariz político y reflejaron el respeto que sentían los artistas por la lucha de los guerrilleros. Abel fue objeto de un sinnúmero de versos que elogiaban su valor, su seriedad y hasta su famosa puntería con las armas, al lado de las cuales ese ramillete de poetas silvestres no dudaba en colocar la bondad de su corazón y sus propósitos. La vecindad de la noche señaló la hora de la partida para la gente que venía de los pueblos y ciudades, y poco a poco comenzó la despedida llena de abrazos y promesas de volver a verse. Gran parte de ellos iban bastante pasados de licor, por lo que Abel les recomendaba tener mucho cuidado al conducir sus vehículos. Amanda le manifestó a José Marcos su intención de quedarse con él, *me muero por arrebatarme al destino la dicha de amanecer un día aferrada a tus brazos*, fue su irrefutable argumento. *No podría decir que no, así lo sepa*

todo el mundo y se lo cuenten a Zulima después, le respondió él con una decisión que la estremeció de pies a cabeza. De la misma manera algunos de los músicos y compositores también insistieron en quedarse. Abel se valió de José Marcos para llegar a un acuerdo con ellos. Eran personas tan espontáneas y confiadas que no vacilaban en gritar a todo pulmón que su propósito era amanecer bebiendo y cantando con las FARC. En medio de una concurrencia tan grande, aquello resultaba peligroso para su seguridad posterior. José Marcos les expuso que si querían parrandear con ellos, no podía ser esa noche. Tendría que ser al día siguiente, en otro lugar, donde sólo personas de mucha confianza se enteraran. Podían facilitarles las hamacas y las comodidades que estuvieran a su alcance. Los artistas admitieron las razones y aceptaron obrar en conformidad. En aras de disimular que varios invitados se quedaban, Abel decidió bajar hasta la estación, para distraer con su presencia y sus palabras la atención de los que se marchaban. Una rueda de sus hombres bajó con él. Una vez partieron todos, se detuvo un buen rato en el kiosco donde tocaba el grupo *Amazonas*, y bailó con sobrada habilidad unas cuantas piezas con varias mujeres civiles y algunas guerrilleras. La atronadora música de trompetas y timbales, la danza enardecida de los intérpretes, el calor generado por la multitud acompañada y sudorosa, los gritos de celebración del jolgorio, el ánimo general achispado por el ron, el humo de los cigarrillos y el aliento cálido de las voces, presagiaban una noche dominada sin oposición por la alegría colectiva. José Marcos y Amanda bailaban apretando sus cuerpos como si temieran que cualquier distancia rompiera el hechizo que los

unía. Abel se acercó hasta ellos y les comunicó que se iba. Con el alma en vilo, José Marcos lo miró a sus tranquilos ojos, trasluciendo quizás su miedo a que lo convidara. Para su sorpresa, Abel se dirigió a Amanda y le recomendó que cuidara de él. Estaba de civil y podía pasar inadvertido, pero no debían olvidarse nunca de que era un guerrillero. Luego les dijo que procuraran no demorarse. Amanda se abrazó a él y en señal de despedida le depositó un cariñoso beso en la mejilla. Ante su presencia se sentía como una niña que debía comportarse muy obediente. Después que lo vio partir comentó en voz baja, *Abel es una persona increíble, así quién no lo va a querer. Y parece que no se hubiera tomado un solo trago de licor.* José Marcos le respondió que era cierto, *una de sus cualidades es que jamás bebe más de la cuenta, tiene un control envidiable, suele decir que quien bebe sabe muy bien cuál es el trago que lo va a emborrachar y por eso no debe tomárselo.* A partir de las doce de la noche Amanda comenzó a preocuparse por Eliana. No la veía desde la tarde, en el río, y ya era hora de irse a dormir. Pero un rato después, al volver su cabeza luego de que sintió una suave palmada en la espalda, mientras bailaba pegada a José Marcos con los ojos cerrados, se encontró con el rostro sonriente y encendido de ella que le decía, *¡hola!*, poniendo una cara de hija mimada que se apresta a confesar una pilatuna. Acordaron retirarse en busca de descanso, era suficiente ya con lo vivido aquel día. Al llegar a la casa y luego de sobrepasar la guardia, se encontraron con que tanto los corredores como sus columnas estaban invadidos por tendidos y hamacas en los que dormían guerrilleros y civiles. Un poco alarmados, cayeron en cuenta de que no habían previsto de

antemano un lugar para dormir. Comentaban en voz baja su torpeza cuando se abrió la puerta de la casa y apareció con una linterna en la mano *el guajiro*. Tras saludar con simpatía, el campesino les dijo que todas las habitaciones y camas estaban ocupadas. Sin embargo, dirigiéndose a José Marcos como camarada, le dijo que había un pequeño cuarto que carecía del más mínimo de los muebles y sin puerta en el que si lo tenían a bien, podía tenderles unas colchas en el piso para que durmieran. Ninguno objetó el ofrecimiento. Cuando se fue a retirar después de haberlos acomodado con la mayor de las diligencias, *el guajiro* les deseó buena noche y comentó, *no hay puerta, pero a esta hora no se va a asomar nadie por aquí*. José Marcos creyó ver en sus ojos el mismo brillo malicioso de cuando los llevó al río. Los tres tenían que tenderse en el mismo lecho y José Marcos tomó para sí el lugar del medio, a su derecha se acostó Amanda. No sabía José Marcos si todavía no se había dormido o ya había soñado algo, cuando sintió las caricias de ella. A su izquierda Eliana parecía dormir profundamente. Con mucho sigilo se liberaron de sus ropas y volvieron a amarse en silencio. Ya para dormirse, trenzados como si fueran dos gatos pequeños, el último pensamiento de José Marcos fue para la fascinante manera que tenía ella de besar, *eres toda una artista, mi Mandy*. Los ruidos que se oían afuera los despertaron cuando la luz del día se colaba con nitidez por el hueco de la puerta. Tras recoger el tendido y dejarlo doblado con las sábanas en una esquina del cuarto, los tres salieron al patio. Guerrilleras y guerrilleros se movían de aquí para allá poniendo todas las cosas en orden. Ninguno reparó en ellos. Una hora después, José Marcos despedía a Amanda y

Eliana en la estación, mientras del viejo campero de línea acababan haciendo sonar una y otra vez la bocina. Amanda, con la cabeza reclinada contra el pecho de él, luchaba por contener el llanto que represaban sus ojos. José Marcos la consolaba con una suave caricia en los cabellos. *Me había prometido no llorar, pero no pude cumplir*, dijo ella disculpándose con la voz entrecortada, *en realidad lloro de rabia... rabia contra el pasado... contra todas esas barreras que levantamos en la vida para impedirnos la felicidad...* Al caminar hacia el campero se volvió y le gritó a José Marcos, *¡no olvides reclamar a Ana Luz la mochila que encargaré para ti! ¡Consévala siempre!* Una inesperada desazón se apoderó de él en cuanto partió el vehículo con las dos amigas. Cabizbajo caminó hacia el puente con el grato recuerdo de las últimas horas. En un rancho del caserío, una grabadora encendida a todo volumen animaba a varios hombres que bebían ron. José Marcos pasó por su lado sin siquiera reparar en ellos. De pronto escuchó que lo llamaban y al volver la cabeza reconoció al *guajiro*, sentado en medio del grupo de borrachos amanecidos. Intentó seguir de largo, pero el otro insistió en que se llegara un momento hasta ellos. Cuando decidió aproximarse, *el guajiro* lo recibió con su más generosa sonrisa de complicidad y le ofreció un vaso grande repleto de ron, *bébaselo con gusto, camarada, no es cualquiera el que se da el lujo de gozar con dos bellas mujeres al tiempo, lo tiene más que merecido.* Sus acompañantes aprobaban sus palabras con un movimiento de sus cabezas. José Marcos comprendió por fin el dejo de astucia que había observado desde la tarde anterior en la mirada del *guajiro*, transformado ahora en una lluvia de chispas de encendida

admiración. De un solo golpe se bebió el licor sin arrugar la cara, y continuó su camino pese a las protestas de los otros porque se quedara a celebrar el acontecimiento con ellos.

La muerte del candidato liberal a la presidencia Luis Carlos Galán a finales de los años ochenta, sirvió para marcar un derrotero al torrente de crímenes que sacudía el país. Hasta cuando ella ocurrió, resultaban claras, en principio, las tres manifestaciones del desangre en que se hundía Colombia. Por lo menos con un cuarto de siglo de existencia, grupos guerrilleros de inspiración marxista alzados en armas contra el Estado, con el propósito de obtener cambios profundos en las injustas e intolerantes estructuras del país, libraban combates cada vez más crecientes en intensidad y repercusiones, en una ya larga confrontación que se agravaba por la respuesta brutal de las fuerzas armadas oficiales y que había llenado los periódicos y noticieros de muertos, heridos, damnificados, desaparecidos, torturados, encarcelados, perseguidos y asesinados. Era la guerra a la que se había intentado poner fin mediante un proceso de diálogos iniciado en la administración conservadora de Belisario Betancur, el cual produjo la firma de los llamados Acuerdos de la Uribe, el posterior nacimiento de la Unión Patriótica y su apoteosis como opción política de oposición democrática. Dicho proceso, que en su desarrollo llegó a involucrar a todos los grupos rebeldes, devino en franco deterioro durante el gobierno de Virgilio Barco, en parte porque la inmensa mayoría de propósitos de cambio que los acuerdos mencionados depositaron en manos del Congreso, quedaron escritos en el papel sin llegar a materializarse en

leyes. Pero hubo otro factor, mucho más dramático e importante, que labró en forma sistemática su ruina y que se constituyó con rapidez en la segunda fuente del desangre. La oposición política de izquierda fue víctima de una horrenda embesitada. Congresistas, diputados, concejales, dirigentes locales y hasta la militancia rasa de la Unión Patriótica y demás organizaciones populares, caían abaleados a diario en la más absoluta impunidad. Resultaba evidente la intervención de las fuerzas de seguridad en la tenebrosa escalada de exterminio, bien fuera por la participación directa de sus propios agentes, o por sus inocultables nexos con los grupos paramilitares que brotaban y se fortalecían en extensas regiones del país, con el designio previo de adjudicarse esas muertes. En correspondencia con la frustrada apertura democrática, los Acuerdos de la Uribe habían previsto la gradual desmovilización de las FARC y su incorporación al nuevo movimiento político. Resultó obvio entonces que esto último no se diera, y aunque las conversaciones no se rompían en forma definitiva, la creciente multiplicación de choques armados y la incitación a la guerra total por parte de los mandos militares y jefes políticos de ultraderecha, enrarecían con aciagos augurios el porvenir de la paz. Por su parte la mafia de narcotraficantes, y de manera especial las redes ligadas a los grandes capos de la ciudad de Medellín, libraba a su vez una guerra frontal contra el Estado, originada por los grandes golpes propinados a su estructura en los comienzos del gobierno de Belisario Betancur, y exacerbada después por la decisión de este último, en respuesta al asesinato de su ministro de justicia, de entregar a los jueces de los Estados Unidos los colombianos solicitados en extradi-

ción bajo la acusación de tráfico de drogas. La mafia acribillaba magistrados y jueces, funcionarios del alto gobierno, jefes policiales, policías rasos, secuestraba miembros de las familias más encopetadas y ricas ligadas al poder, y aterrorizaba a la población colombiana con la explosión de carros bombas en las calles de cualquier ciudad en las horas de mayor concurrencia. Hasta cuando cayó Galán, hijo predilecto de la oligarquía y adalid de un proyecto moralizador de las costumbres políticas, quien parecía destinado a ocupar la presidencia de la república en el siguiente período, la propia clase dirigente colombiana no hallaba la forma de soslayar su responsabilidad en la oleada de sangre. Nadie dudó jamás que su muerte fue el golpe más fuerte que la mafia de narcotraficantes asestó a la clase gobernante del país. Haciendo abstracción, claro está, como quedaría patente tiempo después, de la red mutua de intereses que existía entre importantes miembros del mundo gubernamental y parlamentario con los carteles de la droga. Pese a ello, el procedimiento que siguió fue sorprendente. Unos meses después caería bajo las balas de fuerzas especiales norteamericanas y de la Policía Nacional, Gonzalo Rodríguez Gacha, considerado el segundo al mando del cartel de Medellín, jefe de su brazo militar y reconocido como una de las más importantes cabezas del paramilitarismo, en quien todos veían al asesino de Luis Carlos Galán. El heredero político de este último y luego presidente de la república, César Gaviria, terminó ofreciendo toda clase de garantías a los jefes mafiosos para su llamado programa de sometimiento a la justicia, en uno de los más vergonzosos pactos de impunidad jamás celebrados con nadie en ningún lugar y que debió pro-

vocar terribles sacudidas en su tumba a Galán. En adelante en cambio, en el lenguaje oficial, la aniquilación de la oposición política pasó a ser obra de fuerzas oscuras ligadas al narcotráfico en primer término, y después al genérico calificativo de los violentos, en cuyo fárrago no tendrían el menor reparo para incluir a los grupos guerrilleros. El desangre colombiano según el discurso presidencial, pasó a ser obra de la violencia terrorista, así, sin mayores explicaciones. La violencia terrorista golpeaba indiscriminadamente a dirigentes de la oposición, pero también a los más claros representantes del Establecimiento. Era una especie de fuerza ciega que no discriminaba entre sus víctimas. La frontera meridiana entre la distinta naturaleza de los hechos de sangre, se esfumó como por encanto. Al mismo tiempo, desde los círculos del poder, se inició el proceso para revestir al paramilitarismo del aura candorosa de campesinos inermes que se alzaban para defenderse de las tropelías guerrilleras, en tanto que a los insurgentes se los fue calificando primero como narcoguerrilleros y más tarde como narcoterroristas. Las clases dominantes en Colombia, siguiendo las líneas trazadas por los sucesivos gobiernos norteamericanos, se inclinaron por sacar a los alzados en armas del espectro de la política, para convertirlos en vulgares delincuentes. La estrategia central de la guerra de baja intensidad librada en Centroamérica, las Filipinas y Afganistán se implementaba en forma abierta en el conflicto colombiano. Gaviria había lanzado un anzuelo a la insurgencia con la intención final de deslegitimarla del todo. A cambio de su reinsertión a la vida civil, tendría derecho a una ridícula participación en el manipulado proyecto oficial de Asamblea

Nacional Constituyente. Si la propuesta no era aceptada, el rechazo justificaría la ruptura de conversaciones y el ataque final a Casa Verde, la sede del Secretariado Nacional de las FARC que había servido para los encuentros políticos con el propio régimen durante varios años. El ataque sorprendió a todos menos a la dirección nacional del movimiento, que tenía por sus análisis políticos e informaciones, la certeza de lo que estaba por venirle encima. Como es de suponer apenas en estos casos, lo que no se puede prever con exactitud es la forma como se van a desarrollar las operaciones militares por parte del enemigo, y ello no dejó de producir cierto grado de descontrol al interior de la organización guerrillera. Tras enterarse de la noticia en la Sierra, Abel comprendió que la tarea que adquiriría mayor prioridad en el momento era la organización de una respuesta militar por parte del Frente. Así que su primera decisión fue la de convocar de manera inmediata, así tuvieran que viajar por vía legal, a los demás miembros de su Estado Mayor. En menos de una semana, los nueve miembros de este, cinco en calidad de principales y cuatro como suplentes, se hallaban reunidos alrededor de una mesa de trabajo, en medio del agreste ambiente de un pequeño campamento provisional construido en medio de la montaña. Frente a ellos tenían extendido un mapa de la Sierra con su forma semejante a un triángulo que descansara sobre uno de sus vértices y mantuviera su base hacia lo alto, el cual examinaban con frecuencia para señalar los puntos y trazar las líneas en sus cuadernos con una serie de anotaciones. Su atención permanecía fija en las ciudades y poblaciones, así como en los ríos, quebradas y puentes, que de alguna manera

guardaban relación con la carretera pavimentada que circunscribía la Sierra. Para todos estaba perfectamente clara la idea de Abel. El Ejército tenía que moverse de manera obligatoria por esta vía para desplazarse de una capital a otra, o para llegado el caso, acudir en auxilio de cualquiera de los puestos de policía o patrullas que fueran atacadas dentro de esa área. El Frente contaba ya con las unidades y armas suficientes como para montar una operación que implicara realizar varias acciones con el objeto de atraerlo, al tiempo que tener listas un par de emboscadas, con el apoyo de explosivos, que le permitieran aniquilar una patrulla o cuando menos infligirle un duro golpe. *A partir del ataque a Casa Verde cesaban las acciones defensivas, la tregua estaba terminada. En adelante se trataba de buscar el enemigo en su propia casa, hostigarlo, emboscarlo, asediarlo y de ser posible coparlo en su totalidad.* Gaviria le había apostado a la salida militar del conflicto y las FARC no podíamos resultar menores al reto oficial. Nuestro compromiso era la toma del poder y si no quedaba para ello más camino que el empleo de las armas, no íbamos a vacilar para emplearlas. Pero sobre todo estaban los viejos, atacados por aire y tierra en La Uribe sin previo aviso del gobierno que pusiera fin a los diálogos de paz. La dirección nacional del movimiento requería del accionar armado de los frentes en todo el país para obligar a una disminución de la presión militar de que era objeto. La ventaja inmediata con que se contaba era la actual dispersión de las unidades en varias compañías y guerrillas. Resultaba fácil unificar una columna con sólo unir las tropas que se hallaban en el área general de La Concepción y las que se encontraban hacia el

norte de ella, más próximas a la capital. Las primeras podrían marchar hacia allá con el objeto de reforzar la concentración que ya se estaba cumpliendo. Eso implicaba que lo fundamental del accionar tenía que cumplirse en ese sector. Las unidades que se encontraban en la región del Valle de Upar y el sur de la Guajira deberían ejecutar también acciones de guerra, en proporción a sus posibilidades. Lo que contaba era que se hiciera sentir el poder de la insurgencia. Al cabo de tres días el plan general estuvo elaborado. Los puestos policiales de varias localidades menores al sur de la capital serían hostigados por comandos en horas de la madrugada. Se emplearía un poder de fuego que hiciera pensar que se trataba de asaltos. Se eligieron los sitios para las emboscadas y los puntos en donde serían instalados retenes para bloquear el tráfico, distribuir propaganda y explicar a los automovilistas y pasajeros las razones de la operación. El oleoducto también sería dinamitado en una acción de sabotaje económico y se intentaría volar un puente importante que obligara a detener el comercio de mercancías hacia los puertos. Con el mismo fin deberían caer a tierra varias torres de energía que impidieran el flujo de electricidad. Las comunicaciones con el Secretariado estaban interrumpidas, pero se mantenía una especie de puente que servía de contacto por medio de un importante mando ubicado en la zona del Magdalena Medio. Era posible conocer las orientaciones generales. Lo único que estaba claro era que aviones de guerra descargaban bombas de quinientas libras en forma permanente sobre la antigua zona de Casa Verde y que varios batallones especializados buscaban a la guerrilla por las montañas apoyándose en helicópteros ar-

tillados. Un arrebatado de intensa emoción se apoderó de todos los guerrilleros presentes en el lugar de la reunión, cuando Abel y la dirección en pleno informaron de un comunicado expedido por el Secretariado Nacional, en el cual se denunciaba la agresión y se invitaba a la lucha. Las comunicaciones eran difíciles, se interrumpían y llegaban con mucho ruido por lo que no se podía entender completo el texto, pero la consigna final resultó suficiente para levantar el ánimo y el orgullo de todos, *¡Nuestros campamentos son Colombia y aquí estamos combatiendo!* Abrazados entre sí y felicitándose eufóricos, mandos y combatientes juraron alborozados que lo darían todo por su causa. El propio Abel se trasladaría al área principal de la operación con el fin de dirigir todo sobre el terreno. Con él partirían tres de los mandos principales de dirección y la compañía que habían reunido. Jaime permanecería en el área de La Concepción y Fermín dirigiría con otros lo relacionado con la parte correspondiente al Frente en el Cesar y la Guajira. Cada uno tenía claridad sobre la parte que le correspondía. Era necesario esperar un par de días más para completar la logística. El censo del personal se realizó de manera minuciosa, deteniéndose en cada uno de ellos y balanceando la importancia de incluirlos en la actividad militar, sin desmedro de otras tareas significativas. De la gente que se hallaba en la sabana, se decidió recoger a José Marcos y dos más para la columna de Abel. Su llegada era esperada en cualquier momento, por radio se les había comunicado que debían presentarse cuanto antes. Al personal que se hallaba cursando su escuela básica lo dejarían en eso. Ya habría otras oportunidades en que podrían foguearse, cuando estuvieran

mejor preparados. Hubo quien insistió en llevarlos, para que se fueran templando al calor de los combates, pero el conjunto del Estado Mayor se inclinó por considerar que sería una torpeza. Mientras no fuera absolutamente necesario, era mejor que la gente quemara las etapas normales de su formación guerrillera. Por su parte, el *comando rojo* que se hallaba entre La Concepción y la capital, del que hacían parte seis unidades, también fue objeto de debate. Pese al tiempo que llevaban comisionados, su accionar aún no producía resultados y valía la pena recogerlos para lo que se venía. Su misión era concreta, ubicar y ejecutar a los más reconocidos financistas del proyecto de exterminio de la izquierda, al igual que a los sicarios que dieran la oportunidad. Al frente de ese comando se hallaba Pablo, quien tenía varias unidades moviéndose entre La Concepción y la capital en busca de información. Abel, Jaime y otros se inclinaron por dejarlo en su labor. Había que hacer los sacrificios que fueran necesarios con tal de cobrar la muerte de tanto dirigente popular asesinado. Esa era una tarea que exigía mucha paciencia, pero que cuando comenzara a dar frutos sería fuente de grandes satisfacciones. La discusión de esa decisión en la Sierra, a la luz de las velas que conferían a los rostros de los comandantes un juego de sombras y fulgores rojizos, coincidía con un hecho que terminaría por reforzar la convicción de todos en la necesidad de persistir en esa dirección. Esa noche, en La Concepción, Marín estuvo leyendo hasta casi las diez y luego se aprestó para meterse a la cama. Nancy dormía profundamente, apenas medio cubierta con una sábana, y vestida con una sencilla pijama de color rosado que le dejaba al descubierto las piernas. La habi-

tación se sentía fresca por obra del ventilador que giraba a toda velocidad formando una fuerte corriente de viento. La casa estaba situada en un barrio apartado del centro y todavía no se terminaba de construir. Las paredes de ladrillo ordinario esperaban el pañete de encima y el piso era apenas un carrasposo suelo de cemento que aspiraba a una capa de pulimento o baldosa. Los pequeños progresos de la obra se iban haciendo a medida que Marín lograba, con intervalos de meses, ahorrar algún dinero para avanzar. La puerta de la calle era metálica al igual que el par de rejas que protegían los vidrios de los ventanales. La tapia del patio, que lo separaba del vecindario, tenía dos metros y medio de altura. Un cuarto aún sin puerta que daba a éste, albergaba dos albañiles muy jóvenes contratados por Marín con el fin de adelantar unos trabajos durante dos semanas. El cuarto de Marín no daba a la calle. Al cruzar el portón se entraba a una sala modesta ocupada con muebles baratos, un televisor puesto sobre una mesa, una vieja nevera en una esquina y una mesa de comedor con sus sillas, en cuyas paredes estaba pegado un afiche con la fotografía de Bernardo Jaramillo en gesto de saludar y el texto, *Venga esa mano, país*. Después de apagar la luz y empujar hacia su lado a Nancy, que ocupaba casi toda la cama con su enorme humanidad despatarrada, Marín creyó oír el ligero rumor de un automóvil que se detenía en la calle. Sin dar importancia al asunto, volvió a insistir con su mujer para que se acomodara mejor. Fue entonces cuando escuchó que tocaban a la puerta de la calle. Por lo menos cinco golpes fuertes y secos. *¿Quién podrá ser?*, se preguntó intrigado. Sólo dos de sus compañeros de más confianza sabían que él había

comprado tiempo atrás esas mejoras, mientras que al resto de la gente que trataba con él, la mantenía en la ignorancia sobre el lugar en que residía. Sus amigos tenían una clave acordada para tocar a la puerta y no era precisamente esa la forma en que llamaban. El empujón y la sacudida que le dio esta vez a Nancy tuvieron ahora el propósito de despertarla. Su mujer no necesitó preguntar qué sucedía, pues apenas abrió los ojos escuchó una andanada de golpes que parecían intentar echar la puerta abajo. *¡Marín, Marín!*, gritó una voz desconocida desde afuera, *¡salga un momento que necesito hablar un asunto urgente con usted!* Nancy se puso de pie a toda prisa y corrió la cortina que daba a la sala. Los vidrios corrugados de los ventanales dejaban colar la iluminación de las lámparas públicas y reflejaban varias sombras. Con tono altivo pese a la idea que comenzaba a abrumarla, preguntó, *¿quién es? ¿A quién necesita?* Los de la calle parecieron discutir en voz baja. Después uno dijo, *¡dígame al señor Marín que lo necesitamos, que salga un momento!* Convencida ya de lo que se trataba, Nancy sacó valor para responder, *¡aquí no vive ningún señor Marín, está equivocado!*, y corrió hacia su cuarto a decirle a él, *son los asesinos, papi, vienen a matarte, ¡escóndete!* Una voz afuera exclamó fuera de sí, *¡quítese de ahí que yo sí sé cómo se hace esto!* Enseguida una ráfaga de metrallata se estrelló contra la cerradura del portón y varios hombres que lo empujaron entraron decididos a la sala portando pistolas en las manos. Marín apenas tuvo tiempo de arrojarle debajo de la cama. No tenía armas, nunca había aceptado adquirirlas o recibirlas, decía que no tenía corazón para eso. *Si yo tuviera las agallas para manejar armas, hace mucho tiempo que estaría en*

la guerrilla, le había respondido a Abel el día que se negó a recibirle la pistola que le ofrecía para que se protegiera. Nancy vio aparecerse en el cuarto a tres hombres, justo cuando alguien prendió la luz en la sala y permitió que se alumbrara medianamente la habitación. *¿Qué se hizo el maldito?*, preguntó uno de ellos con el rostro amenazante. *¡Miren en el patio!*, le indicó otro de los hombres al grupo que estaba en la sala. *¡Prenda la luz vieja idiota!*, volvió a dirigirse a Nancy el primero. La mujer permaneció de pie e inmovilizada por el terror. Otro de los hombres encontró el encendido y la luz invadió el cuarto. *¡Debajo de la cama, está debajo de la cama!*, gruñó otro al tiempo que doblaba su cuerpo y encañonaba a Marín, *¡salga de ahí, miserable rata guerrillera!* Los que habían pasado hasta el patio volvieron con los dos albañiles encañonados. Con las manos en la nuca, los muchachos fueron sacados a la calle. En sus rostros se dibujaban el horror y la angustia por no comprender qué sucedía. *¡Coronamos! ¡Dos perros de esos estaban durmiendo en el cuarto de atrás!* Marín salió de su escondite con expresión resignada. Estaba lívido. Los hombres le ordenaron que saliera con ellos. Entonces les gritó con inesperado coraje, *¡ah, no, yo de mi casa no me muevo! ¡Si me van a matar, háganlo aquí, porque no pienso caminar un paso!* Su rostro adquirió una expresión decidida. Los hombres se acercaron a él y comenzaron a jalarlo en un intento por forzarlo a acompañarlos. En un segundo se enfrascó una lucha cuerpo a cuerpo entre los hombres y él. Ellos por arrastrarlo y él a no permitirlo. Nancy reaccionó de pronto y lo aferró a su vez para impedir que se lo llevaran. Marín cayó al piso. Los hombres le descargaban golpes con la cachapa de las pistolas,

mientras abofeteaban a Nancy para obligarla a soltarlo. Marín devolvía los golpes como podía con sus puños y pies mientras insistía, *¡a mí me matan en mi casa o no me matan! ¡No voy a ninguna parte! ¡Pues muérete entonces, guerrillero de mala madre!*, respondió de repente uno de los extraños que comenzó a disparar su pistola contra él. *¡Cobardes! ¡Asesinos cobardes! ¡Hijos de la gran puta!*, gritó con desesperación Nancy. Después que sonaron por lo menos una docena de detonaciones, los hombres salieron del cuarto hacia la calle. Los suaves motores de dos vehículos nuevos entraron en acción y se fueron alejando. Con la cabeza de Marín apoyada sobre sus piernas desnudas, Nancy pedía socorro a gritos entre escalofriantes gemidos de dolor, mientras el charco de sangre crecía con rapidez en el suelo de la habitación. Al día siguiente fueron hallados sobre la línea férrea, a la salida de La Concepción, los dos cuerpos destrozados de los albañiles. Antes de balearlos les habían cortado los testículos. Sobre sus torsos lacerados lucían cartones con letreros escritos a mano en letras burdas, *esto me pasó por guerrillero*.

Ana Luz reconoció en forma inmediata al hombre joven vestido con prendas elegantes que hizo la señal de pare a la camioneta de línea en la salida de La Concepción. La última vez que lo había visto no tenía ese bigote de trazos delicados y estaba metido en un uniforme de tela camuflada. Pero era él, no había duda. A fin de modificar su apariencia, también lucía lentes de marco dorado y vidrios transparentes, pero sus orejas echadas ligeramente hacia delante eran inconfundibles. Pese a su delgadez, su contextura era atlética y sus facciones

risueñas desprendían el mismo aire agradable de siempre. Lo más curioso era que lo había tenido en su pensamiento varias veces durante la mañana, sin imaginar siquiera que iba a encontrárselo tan rápido y menos en ese lugar. Por él había tenido contrariedades incluso. Y todo por la mochila que le llevaba. Amanda había querido verla antes de que se la entregara. Por eso se vio obligada a ir hasta la clínica del Seguro antes de llegar a la estación. Su amiga había quedado satisfecha y le pagó por ella la suma que le pidió sin hacer el menor reparo. Es que su trabajo esta vez había sido realizado con la mayor dedicación y cuidado, al punto de que a ella misma le pareció estupendo el resultado final. Había conseguido la lana de carnero rojizo de Pueblo Bello y de la delicada combinación con otras de colores marrón y hueso, había obtenido una verdadera obra de arte. Al camino del caballo, tradicional figura que se usaba en los diseños, logró añadir otras imágenes que simbolizaban el águila y la serpiente, en un fondo de lagunas alimentadas por la nieve de la Sierra. Para regresar de la clínica, se vio forzada a pagar un taxi que la condujo al sector del mercado público. Era ya casi mediodía y temía perder el último viaje que salía hacia la Sierra. Los colectivos pasaban atestados de pasajeros y no se podía conseguir un puesto en ellos. Después vino el enredo con aquellos hombres. Luego de aminorar la marcha de la camioneta en que se transportaban, uno de ellos la llamó con fuerza desde su ventana, *¡india! ¡India!*, palabras que dichas así la ofendían por su carga implícita de desprecio. Pero tuvo que atenderlos. Querían saber si llevaba mochilas para la venta. Les dijo que no, pero no parecieron satisfechos. Cuadraron la ostentosa camioneta unos me-

tros adelante y descendieron al andén. Ana Luz adivinó que iba a tener problemas cuando tres de los hombres se le acercaron con aspecto envalentonado, *¿entonces no tienes mochilas, india?*, le preguntó uno de ellos. Eran jóvenes y estaban bien vestidos, pese a lo cual su apariencia de rufianes saltaba a la vista. *No, sólo tejo mochilas por encargo.* Uno de los hombres le dijo al otro, *esta es una india de caché, solo atiende pedidos.* Ana Luz respondió, más para disimular su creciente inquietud, *así es, yo recibo los pedidos y subo a tejerlos. Luego bajo a entregarlos. Si desean pueden encargarme el diseño que quieran.* Con gesto brusco, uno de los hombres, cuya cabeza estaba adornada por un curioso mechón de canas a la altura de la sien derecha, le arrebató del hombro la mochila que ella llevaba. *Me gusta esta, véndamela,* agregó. *Es la mía, no puedo venderla,* dijo ella intentando recuperarla con un rápido movimiento de sus manos. *¿Y tú eres marica? ¿No ves que los colores verde y rojo son de mujeres?*, lo interpeló uno de sus acompañantes. El hombre murmuró, *verdad,* y examinó sin interés su interior, donde vio la que había pagado Amanda hacía un rato. De una vez la extrajo y al contemplarla los tres lanzaron una exclamación de admiración. *¡Qué belleza de mochila, india! ¡Te doy lo que me pidas por ella!* Ana Luz les dijo que ya estaba vendida y que iba a entregarla. Pero el hombre del parche blanco en la cabeza no quería escuchar, *volverás a tejer otra, india, no creo que te paguen por ella lo que te daría yo.* Sus acompañantes celebraban sus palabras con risas de aprobación. *Si sólo fuera por el dinero no tendría inconveniente señor, pero es que esta mochila está rezada.* Ana Luz habló con una seriedad de piedra, sabía que la superstición era una ba-

rrera a menudo insuperable para hombres así. *Si alguien que no fuera su dueño llegara a usarla, una grave desgracia caería sobre él. ¿Y por qué está rezada?*, preguntó el del parche en el cabello. Ana Luz habló deprisa, con las primeras palabras que se le ocurrieron, *cuestión de celos, la mujer que la regala no quiere que el hombre que la va a recibir la dé para adelante*. Otro de los hombres interrogó con curiosidad, *¿y eso lo hacen ustedes?* Consciente del efecto que habían causado sus palabras, Ana Luz decidió continuar con su juego, *los mamos, ellos dominan esa ciencia, son capaces de cualquier cosa*. Antes de devolverle sus mochilas, el del parche blanco en el cabello preguntó, *¿y se puede saber qué mujer recurre a tales artimañas? Por si acaso, no llegara uno a ser su víctima*. Ana Luz respondió casi por reflejo, como para quitárselos de encima, *una amiga mía, se llama Amanda, creo que trabaja en el Seguro, celosa sí es*. Su interlocutor perdió todo interés en cualquier negocio y dijo de pronto poniéndose serio, *sé quién es esa Amanda, coge tus mochilas y lárgate de una vez*. A sus compinches, que lo miraron con expresión sorprendida, les manifestó con evidente mal humor, *caminen, no nos metamos en líos, después les explico*. Sentada en la banca delantera de la línea, Ana Luz estuvo pensando si no habría dicho una palabra de más. Lo más importante era que había logrado zafarse del acoso de esos hombres y conservado la mochila. Pero una vaga intranquilidad la importunaba. Cuando el Ejército detuvo la camioneta en el retén de Santa Rosa, todos sus ocupantes fueron obligados a bajar a tierra mientras la carga y los equipajes eran revisados. Ana Luz tuvo la intención de acercarse a José Marcos con el fin de advertirlo de que llevaba

algo para él. Pero se dijo que quizás él deseaba pasar inadvertido entre los demás pasajeros, así que decidió esperar otro momento más oportuno. En Santa Clara, José Marcos se quitó las gafas que llevaba y liberado de presiones, comenzó a saludar a todos sus conocidos con su característica extroversión. Al estrecharle la mano a Ana Luz y preguntarle cómo andaban las cosas en el resguardo, le pidió disculpas por su indiferencia anterior, *tú sabes que cuando uno se halla afuera tiene que cuidarse mucho*. Ella le respondió que no se preocupara por nada, entendía bien cómo eran esos asuntos. En el resguardo no había novedades especiales. Enseguida aprovechó para decirle que necesitaba hablar a solas con él. José Marcos asintió con interés y le indicó que podía esperarlo donde Duván, en unos minutos estaría allá. En cuanto la indígena entró al negocio, se encontró con que era Laurita quien se encontraba frente a él. Luego de cruzar cariñosos saludos, Ana Luz le explicó que no necesitaba comprar nada, sólo estaba allí para esperar a José Marcos y conversar con él unas palabras. Laurita la convidó entonces a almorzar. Ana Luz aceptó gustosa, era tarde y tenía hambre. Todavía estaba sentada a la mesa instalada en la cocina, cuando José Marcos se apareció en la puerta del local y saludó con alborozo a Laurita preguntándole por Duván. Ella correspondió a su entusiasmo con unas cuantas frases cargadas de buen humor y luego lo invitó a pasar al comedor. *Aún queda almuerzo, siga*. Mientras almorzaban, Laurita les ofreció una de las habitaciones interiores para que pudieran dialogar sin que otra gente que entrara al negocio se percatara de su conversación. En cuanto estuvieron a solas, Ana Luz le entregó la mochila que le obsequiaba

Amanda y le transmitió su saludo y sus razones de amor. José Marcos lo recibió todo con una alegría casi infantil. Pleno de satisfacción, se puso de pie frente al espejo del armario y se colgó la mochila del hombro derecho para examinar cómo se le veía. Sólo tuvo palabras de elogio. Ana Luz lo observaba en silencio, como si pensara en algo, *parece que estuviera muy enamorado de ella*, comentó de repente con voz suave. José Marcos se sintió sorprendido en flagrantia y respondió con algo de turbación, *no sé si enamorado, pero la verdad... Amanda me parece una persona tan especial, siento por ella un enorme afecto, sí*. Ana Luz agregó, *ella me contó que se habían visto en el río Las Piedras y habían vivido una experiencia inolvidable. Así es, yo creo que tampoco la olvidaré fácilmente*, dijo él con una sonrisa de nostalgia. Ana Luz consideró oportuno contarle del inconveniente vivido con los hombres que querían la mochila. De lo único que se abstuvo fue de repetir el último comentario del hombre del mechón blanco en la cabeza, no se sentía segura de hacerlo. Dudaba. Después de cruzar algunas frases sin mayor importancia, José Marcos quiso saber si ella tenía algo más para tratar con él. Estaba pensando en marcharse en busca de Abel y los suyos. Sus dos compañeros habían subido el día anterior y ya deberían encontrarse allá. El retardado era él. Ana Luz respondió afirmativamente. Había algo que la mortificaba desde hacía mucho tiempo y sobre lo cual quería escuchar una opinión imparcial. Se trataba de una cuestión personal, que requería quizás de un extenso relato. Una cuestión que ella prefería tratar en otro lugar. Necesitaba un consejo que la ayudara a salir de un problema serio. *He esperado la oportunidad para hablar con el*

camarada Abel, quien me parece una persona muy sabia y capaz, pero no puedo esperar más. Si usted me regalara parte de su tiempo, le quedaría muy agradecida, no sé a quien más recurrir. Aquellas palabras despedían un acento tan conmovedor, que José Marcos sólo pensó en cómo poder atenderla sin faltar a su inaplazable compromiso. En sus planes estaba buscar enseguida a Dagoberto para que lo orientara sobre la ruta a seguir y partir sin demora hacia allá. Así que preguntó a Ana Luz qué propósitos inmediatos tenía. Eran casi las tres de la tarde. *Salgo para el resguardo, pero no alcanzaré a llegar. Pasaré la noche donde mi prima Silvia, en Río Escondido.* José Marcos permaneció pensativo unos instantes. Luego le dijo que se verían allá, *ya encontraré la forma.* Y se despidió. La solución que se le ocurrió fue conseguir prestado un caballo. De esa manera podría reponer las horas empleadas en la entrevista con ella. Debía ser algo importante, su solicitud sonaba en realidad extraña. La información que le dio Dagoberto le ayudó a facilitar las cosas. El punto de contacto con Abel era donde *los colorados*, en la Nebulosa, a dos horas de Río Escondido. El mismo Dagoberto le prestó su caballo y los dos fueron hasta el potrero a enlazarlo. El miliciano le aseguró que él en persona iría a recoger la bestia, tenía pendiente un asunto por esos lados. La tarde comenzaba a languidecer cuando José Marcos salió montado de Santa Clara. Un poco más de una hora después llegó donde Silvia. Desde muy joven, ella había huido de la comunidad siguiéndole los pasos a Aurelio, un colono con quien ahora tenía varios hijos y compartía una tierra en la que sembraban maíz, frijol y lulo. A fuerza de necesidad y costumbre, la comunidad había ter-

minado por perdonarle su delito. En la mayoría de esos casos, los indígenas se reunían en grupos muy grandes y se movilizaban a reclamar la mujer, por todo el tiempo que fuera necesario, hasta que regresaban con ella al resguardo y la sometían a severos castigos. Pero Aurelio se comportaba muy bien, les llevaba mercancías y medicinas y les daba facilidades para el pago. No se aprovechaba de ellos ni les negaba nunca un favor. Su casa terminó siendo estación de paso y posada hasta por varios días, para los indígenas que salían a La Concepción o a la capital. En últimas no fue sólo Silvia sino toda la comunidad la que terminó casada con él. Ana Luz los había puesto en conocimiento sobre su cita con José Marcos allí, así que entre ella y Silvia se encargaron de tenerle preparada la cena. Antes de comer, José Marcos resolvió darse un baño en la alberca, para lo cual Aurelio le ofreció en préstamo una pantaloneta. Después de la cena, Aurelio trajo una botella de petróleo que colocó en la mesa, al lado del mechón que iluminaba la cocina, y ordenó a sus hijos y a Silvia recogerse a sus cuartos para que dejaran hablar con tranquilidad las visitas. *Pueden llenar el mechón cuantas veces lo requieran*, les indicó. A José Marcos lo llamó por un momento al cuarto donde dormían sus hijos y le mostró una cama vacía que habían dispuesto para él, *yo sé mejor que nadie lo largo que hablan los indígenas, cuando Ana Luz termine será muy tarde, entonces puede venir a acostarse aquí*. Su previsión resultó salomónica. Ana Luz comenzó por decirle que su consejo sería más útil si lo ponía al corriente de toda la historia. Ella tenía 33 años y era una de las indígenas más conocidas y respetadas en el resguardo. Pero no siempre había sido así. Cuando era muy niña, su ma-

dre la sacó de la comunidad y la envió a vivir con una tía suya en la capital. Su tía se había casado con un blanco, un *bonachi*, un caso semejante al de Aurelio. Ellos vivían en la ciudad, sus hijos serían educados como blancos y crecerían como si fueran de ellos. Todavía no podía comprender qué idea animaba a su madre cuando la envió con su tía, lo cierto era que con esa decisión la excluía para siempre de su condición de india. Ana Luz resultó ser una excelente estudiante, siempre ocupaba el primer puesto en su clase y al final ganaba los estímulos con que se premiaba a los mejores. Con frecuencia la llevaban al mar, esa prodigiosa masa azul que le parecía descomunal y misteriosa por su forma de llegar rendida a la playa convertida en mansas olas. Por los lados del puerto, sus aguas eran casi transparentes, ligeramente verdes, mientras que en el paseo de Bastidas su particular pigmentación azul la fascinaba. El clima de la ciudad era ardiente, aunque durante los primeros meses del año y durante las noches, soplaban unos vientos tan fuertes que amenazaban con levantarla del suelo para llevársela quizás adonde. Cuando eso sucedía, corría asustada a refugiarse en casa de su tía. El sol brillaba de manera esplendorosa en la ciudad y la gente era tan alegre, tan ruidosa y fiestera que la música no cesaba de oírse por un instante en todas sus calles y rincones. Sus compañeros de colegio y sus primos le manifestaban un sincero cariño. Pero una extraña inquietud pesaba en su corazón repitiéndole todos los días que ella no era de allí, que ese no era su mundo. Su tía estaba familiarizada por completo con la vida de los *bonachi* y el conjunto de su quehacer doméstico para nada recordaba su origen. Su único nexos con la Sierra eran los pa-

rientes que llegaban y se iban de su casa con mucha frecuencia, siempre de paso por la capital. Muchos de ellos vestían sus ropas tradicionales y solían hablar en lengua. No era extraño que los acompañaran niños indígenas. Ana Luz se relacionaba con todos ellos y los asediaba a preguntas. Pasaba horas y horas enfrascada en conversaciones con los niños, embebida en los acentos de su lengua y en la curiosa sonoridad de las palabras. Se le fue convirtiendo en una pasión aprenderla. Pero sucedía algo que le resultaba desconcertante. Cada vez que ella les hablaba de que le gustaría ser como ellos, escuchaba de su parte expresiones similares envidiando la vida que ella llevaba. Con el paso de los años sus añoranzas crecieron. A casa llegaban a veces ancianas indígenas y eran ellas quienes más le narraban del mundo de la Sierra, de la tradición, de la ciencia de los *mamos* y de su visión del universo. Los primeros años de secundaria le ayudaron a comprender mejor el origen y la historia de su gente. Adquirió una idea clara del tamaño del mundo, de sus límites, de la composición de la naturaleza y de los hombres. Para entonces estaba obsesionada por ser de nuevo indígena. A su tía le resultaron incomprensibles sus arranques porque le consiguiera los sencillos vestidos de india y su empeñamiento por sólo ponerse esos. Apenas cumplió los doce años, cuando cursó el tercer año de bachillerato, se marchó para uno de los resguardos de la Sierra con unos indígenas que pasaron por su casa. No hubo recibimientos especiales ni nada que le significara que la creyeran diferente. Apenas en cambio le bajó por primera vez la regla, fue presentada en una gran asamblea de la comunidad con el fin de ser entregada como esposa al indígena

que la solicitara. Varios hombres la quisieron para sí. Ya estaba al tanto de las obligaciones que le competían como mujer y sabía que debía someterse a la decisión que adoptaran las autoridades. No se trataba de simpatías o afectos. Se trataba de la tradición y Ana Luz estaba de acuerdo con ella. Después, con los años, llegaría a pensar que tal vez le habría ido mejor con otro indígena. Pero aquel día se alegró por el marido que le escogieron. Era joven, apenas unos años mayor que ella y muy apuesto. Se llamaba Enrique. Otros de los pretendientes eran hombres mayores e incluso viejos. El primer embarazo vino muy rápido y casi enseguida el otro. Y luego un tercero. Los años comenzaron a pasar muy deprisa. En su comunidad, como norma general, las mujeres no se ocupaban sino de la vida doméstica, toda tarea de responsabilidad estaba en manos de los hombres. Pero su nivel académico resultaba muy superior al de la mayoría, así que las autoridades comenzaron a valerse de ella para una y otra labor. La mandaban a buscar cuando se requería escribir correctamente una carta, si era necesario asistir a una reunión y elaborar un acta, presentar un proyecto por escrito, o cosas así. A Enrique ese tipo de ocupaciones comenzaron a molestarle, sentía que iba perdiendo el mando sobre su mujer, de alguna manera ella se iba elevando en importancia por encima de él. Vinieron los enojos y las discusiones. Los demás nativos encontraban justa su posición, *la tradición enseña que la mujer debe estar sometida a su hombre*. Pero aparte de las responsabilidades que la comunidad le confería, Ana Luz también había aprendido algunas cosas en el mundo de los *bonachi*, entre ellas el papel que podía desempeñar una mujer en la sociedad. Y esa parte le

gustaba, estaba dispuesta a hacerla valer. Para agravar las cosas Enrique se fue aficionando al licor. Como todas las mujeres arhuacas, Ana Luz tejía las mochilas con la lana que el hombre conseguía y luego se las entregaba a él para que saliera a venderlas. La cosa funcionó bien hasta cuando Enrique comenzó a llegar al resguardo borracho como una cuba y sin remesa para alimentar su mujer y sus hijos. Los problemas crecieron. Ana Luz no quería entregarle las mochilas y él invocaba su sagrado derecho como marido, en lo que la tradición lo apoyaba. Ante las quejas de Ana Luz, las autoridades no pasaban de recomendar a Enrique que no se bebiere todo el dinero. Un día que éste regreso ebrio, la emprendió a golpes contra ella. La tradición no criticaba al hombre por proceder así, estaba en su derecho. Abrumada por aquel trato, Ana Luz soportó la paliza con mansedumbre, y el hecho terminó por reconciliar a su marido con su lastimado orgullo. Cuando quiso volver a golpearla en otra ocasión, Ana Luz escapó del rancho y frustró sus intenciones. Su padre negoció con Enrique un regreso pacífico de Ana Luz a casa. Ella sin embargo creyó conveniente advertirle que la próxima ocasión en que intentara agredirla, iba a ser él quien tendría que huir en carrera. Jamás en los anales de la tradición indígena de la Sierra se había registrado el caso que tuvieron que fallar las autoridades de la comunidad. Enrique llegó embriagado y la emprendió a puños y patadas contra su mujer, cosa normal. Pero su mujer se armó de repente con un leño y respondió a sus ataques con inusitada violencia. Enrique pasó corriendo por todo el resguardo, pidiendo socorro y seguido por Ana Luz, que le descargaba con furia su primitiva arma sobre las

espaldas cada vez que caía al piso. Ahí estaba lo que nadie podía creer. Que una mujer se atreviera a levantar su mano contra el marido. Ana Luz fue juzgada por las autoridades en presencia de la comunidad y sentenciada a recibir treinta latigazos en la espalda. Además se le prohibió en forma terminante volver a adoptar un comportamiento igual. Pero no fue sino que Enrique intentara de nuevo golpearla para que la escena se repitiera en su integridad, incluido el castigo al que se le sumaron varios días de encierro. Y todavía hubo una tercera ocasión un tiempo después. Eso sí, Ana Luz procuró cada vez, que Enrique quedara tan lastimado o más con sus golpes, que lo que ella pudiera quedar con el látigo. Y terminó por lograr su propósito. Enrique ya nunca más se atrevió a golpearla. La victoria obtenida por Ana Luz jamás había sido lograda por ninguna mujer indígena. Por esos días fue escogida por la comunidad para tomar en la capital un curso de enfermería. Se consideró que podría contribuir con la salud en el resguardo. Frente a la decisión del Cabildo, Enrique no podía hacer otra cosa que rendirse. Otras mujeres indígenas cuidarían de sus hijos durante la ausencia de su mujer. El desempeño de Ana Luz durante sus días de estudio fue brillante y después en el ejercicio del oficio. Aquello hizo crecer su importancia en la comunidad a despecho de Enrique. A continuación las autoridades le confiaron cuanto se relacionara con pedidos, reclamos, y administración de medicinas ante los funcionarios oficiales. Su idoneidad la señalaba como la persona más indicada pese a su condición de mujer. A sus salidas a la ciudad con esos fines, se agregaron luego otro tipo de diligencias en provecho de la comunidad. Para su sorpresa, un

día fue elegida para asistir en representación de su comunidad a un congreso indígena nacional. Y a dicha designación siguieron otras que la llevaron incluso más lejos, fuera del país, a Norteamérica y Europa. Enrique no podía admitirlo, su mujer tenía más méritos que él. Sabía que no podía recurrir a la violencia contra ella, así que su reacción consistió en ponerse cada vez más difícil, en representar el odioso papel de cónyuge inconforme, sumando una tras otra sus actitudes groseras y sabotando cualquier esfuerzo por lograr una duradera paz doméstica. A la dulce y reconocida representante indígena, estimada y aplaudida en variedad de escenarios, la esperaban siempre en casa los más grotescos episodios que hacían de su vida familiar un infierno. Enrique se precipitó de lleno al alcohol como único consuelo. Ana Luz sabía que la solución a su problema residía en que él comprendiera lo que hacía, en que lograra vencer las taras mentales que lo ataban a un sinnúmero de prejuicios. Por eso, en procura de aliviar su suerte, propuso a las autoridades que lo enviaran como su acompañante. Así él iría asimilando las cosas. La idea funcionó un par de años, durante una media docena de salidas que hicieron juntos. La pareja causaba muy buena impresión. Ella se esmeraba porque él fuera siempre bien vestido y sus ropas estuvieran perfectamente limpias. No lo dejaba nunca por fuera de las conversaciones que sostenía y guardaba hacia él un trato preferencial. Incluso Enrique amplió el círculo de sus amistades y se vio a sí mismo tratado con una consideración que jamás había conocido. Pero poco a poco la semilla de la insatisfacción volvió a germinar en él. Todo aquello era posible por ella y no por él mismo. Él siempre tenía que andar a

su zaga, asistir a donde ella decía, comportarse como ella le pedía, en definitiva no era él, era un simple miembro de ella. Enrique no pudo evitar la idea de que en su matrimonio era él quien desempeñaba el papel de mujer, aquello en definitiva era demasiado. Los líos fueron en aumento. Las autoridades resolvieron que era suficiente con la figuración obtenida por ella. Y terminaron por relevarla de todas sus delegaciones y representaciones. Sólo mantuvo las funciones ligadas a la enfermería. A ella no la afectó en demasía la cuestión, tenía un respeto muy alto por las decisiones de las autoridades indígenas y nunca había sido su intención apoderarse de espacios importantes. Así que aceptó de buen grado su posición de enfermera del resguardo, función que ejercía con el visto bueno del *mamo*, quien por manejar la ciencia podía y sabía curar muchas enfermedades. Pero conservó el monopolio sobre las mochilas que tejía. Era ella y no él quien saldría a venderlas. Sus hijos demandaban cada día mayores recursos y ella había decidido que se prepararan en la capital, aunque sin perder su condición de indígenas como había intentado su madre con ella. Su fama como tejedora de las más bellas y finas mochilas la había construido con base en mucho trabajo y dedicación, como para permitir que el producto de ello fuera a dilapidarlo Enrique en alcohol, con perjuicio para sus hijos. Cada vez que volvía de la ciudad tenía terribles conflictos con él, que la esperaba embriagado y siempre más ofensivo e hiriente. Ana Luz había considerado separarse de él e iniciar una nueva vida. Sabía que podía defenderse sola. De hecho durante casi dos décadas le había tocado hacerlo. Pero para la tradición era impensable que una mujer repudiara a su marido. Lo con-

trario sí era admitido. Y ese era el pensamiento de los *mamos* y las autoridades en cualquiera de los resguardos y asentamientos en toda la Sierra. Desde que cesaron sus frecuentes salidas a la ciudad, Ana Luz se había introducido con pasión cada vez mayor en el estudio de la tradición. Tal y como se lo confesaba a José Marcos, su mayor anhelo era dominar la ciencia de sus antepasados. Se trataba de la sabiduría necesaria para acometer los más asombrosos prodigios. Gracias a ella habían sobrevivido los nativos a todas las adversidades anteriores y posteriores a la conquista española. Cuando los *mamos* de la Sierra consideraron que era justo el momento de librar la lucha por su autonomía, orientaron sobre los métodos a emplear y en poco tiempo lograron expulsar a la comunidad de sacerdotes capuchinos que casi destruyen su cultura con el apoyo de la Constitución y las leyes. La ciencia lo era todo. En el último período de su vida, Ana Luz había fortalecido los vínculos con su padre, uno de los más prestigiosos sabios de la Sierra. Él le había ofrecido su respaldo si llegaba a abandonar a Enrique, siempre que se dedicara junto con él al aprendizaje de la ciencia. Sería cuestión de varios años. Entonces sí tendría que olvidarse del mundo exterior y subir a vivir en un lugar sagrado en las orillas de una laguna. José Marcos quiso saber qué veracidad tenían la multitud de historias acerca del poder de los *mamos*. Se decía por ejemplo que si se enemistaban con alguien podían echarle encima, mediante sus conjuros, una avalancha de serpientes venenosas que no cesarían de perseguirlo hasta causarle la muerte, o que podían hacer de la mordedura de cualquier víbora un mal incurable, hasta el punto de que la víctima podía morir pasa-

dos ocho días, caso en el cual ya ninguna persona perecía por esa causa. Ana Luz le aseguró que cuanto se decía era cierto. Ella creía en la infalibilidad de los *mamos* cuando quiera que se concentraban a adivinar cualquier cosa, así como en el efecto maléfico o benéfico de sus oraciones. Pero sabía también que la ciencia no estaba concebida para hacer el mal. Quien hiciera uso indebido de ella con propósitos egoístas estaba condenado a que todos los maleficios invocados se volvieran al final contra él mismo. Eso siempre pasaba. Tras conversar varias horas pudieron abordar por fin la cuestión que había originado la cita. Ana Luz quería conocer el pensamiento de las FARC, reconocía en ellas una sabiduría que en ocasiones le recordaba su ciencia. Si ella decidía abandonar a Enrique, las autoridades la castigarían en una forma ejemplar. Eso no lo permitirían. Claro, ella podía huir al castigo de esas autoridades alejándose de la comunidad. Era una mujer mayor y estaba segura de que no irían a buscarla. *Podía, por ejemplo, aceptar la propuesta que le hacía Eliécer Manrique, el finquero de Santa Clara, ¿lo conocía verdad?, tenía mucho tiempo de estar proponiéndole que se fuera a vivir con él. Le había dado repetidas muestras de su interés y estaba segura que como mujer de un hombre así, no le haría falta nada.* Era una de sus alternativas. También había un médico homeópata en el Valle de Upar, muy renombrado, que hacía programas radiales y visitaba con frecuencia La Concepción. Le ofrecía un excelente salario por atender pacientes en su consultorio. Le aseguraba que si sabían explotar su prestigio como indígena, iban a llenarse de plata. El asunto era que Ana Luz vacilaba en decidir cuál era el camino más conveniente para ella.

José Marcos carraspeó antes de hablar, consciente de la importancia que tenía dar una respuesta inteligente. En su fuero interno hubiera preferido que en su lugar estuviera Abel. Comenzó por preguntarle si quería a Enrique. Para su sorpresa, ella no pareció entender el significado de su pregunta. Entonces él le insistió en otros términos, quiso saber si alguna vez había sentido amor por él. Ana Luz tampoco parecía comprender qué significaba el amor. José Marcos pasó a describirle ese sentimiento de ternura, de deseo carnal, de alegría por compartir sus intereses con otra persona, de dolor cuando se apartaba de nuestro lado. Ella aseguró que nunca había conocido aquello. Enrique había sido escogido por la comunidad como su hombre desde que ella dejó de ser niña, debía servirle y complacerlo, era su obligación. A ella le había resultado un desastre, quería poner fin a esa situación, era todo. Pese a todas las precisiones que José Marcos empleó para saber si reservaba amor por Enrique, fuera cual fuera la forma de llamarlo o entenderlo, le fue imposible saberlo. El amor, al menos el amor de pareja, parecía una categoría inexistente para ella. En cuanto estuvo seguro de ello, el guerrillero respiró hondo, como si buscara llenarse de valor, y comenzó a decirle, *si eso es así, lo más correcto es que te separes de él. No tiene sentido compartir la vida con alguien que nos es indiferente, peor aun, que nos resulta insoportable.* Sus consideraciones le indicaban además que ella se sentía indígena por encima de cualquier otra cosa, y que toda su vida había sido un inagotable esfuerzo por hacer de ese sentimiento una realidad. Sería absurdo que ahora lo dejara todo por ir a juntarse con Eliécer, aún considerando lo bueno que pudiera ser él. Obrar así, sería

como reconocer que lo vivido hasta hoy era una equivocación absurda, que no debió regresar a la comunidad hacía veinte años. Y mucho más triste sería, usar lo poco que había aprendido de la sabiduría antiquísima de su gente, para ayudar a enriquecerse más a un médico farsante y vividor como aquel que quería sus servicios. De sus distintas posibilidades, la más digna y honrosa, la única que le daría sentido a todo lo vivido hasta ahora, era la del recogimiento absoluto para estudiar y aplicar las ciencia con sanas intenciones para el bien de su comunidad, *eso es lo que yo puedo aconsejarte. Sinceramente creo que es así como debieras proceder.* Su conversación se había hecho demasiado extensa y el creciente silencio de la noche los había llevado a hablar cada vez más bajo, casi en murmullos, juntándose inadvertidamente a la mesa y aproximando sus rostros. Ana Luz callaba por largos momentos y sonreía mirándolo a los ojos con simpatía, en un gesto que lo llenaba de inquietud. Tras escuchar la opinión final de José Marcos, la indígena respiró profundo y pareció experimentar un inmenso alivio. Sonriendo complacida, confesó que había temido un consejo distinto. Ella también creía que eso era lo más indicado, pero no se sentía segura hasta contar con el respaldo de gente como la de las FARC. Ahora sus dudas estaban disipadas por completo. Acababa de pasar la media noche y Ana Luz no hacía gesto alguno que indicara su deseo de ir a dormir. Antes bien, pese al mutismo que se producía entre ellos, sonreía con amabilidad como si esperara más palabras de parte de él. José Marcos llegó a pensar que deseaba ser besada. Una tentación por confirmarlo se le vino encima hasta el punto de que estuvo a punto de hacerlo. Pero se contuvo.

Sus mundos y sus vidas eran muy distintos. Podía estar errado. Además pensó que al hacerlo, profanaría la confianza que ella había depositado en él. Le había abierto por completo su corazón y era una mujer sana, limpia. Con seguridad que del beso pasarían a otras cosas, era mejor dejar esa amistad así. Por eso fue él quien propuso que buscara cada uno su cama. Ella lo miró con un afecto ilimitado y luego le dijo, *no hay duda de que ustedes son unas personas especiales, y usted en particular un hombre honesto. Mañana madrugará a irse y no quiero que lo haga sin conocer algo.* José Marcos la invitó a continuar. *Tiene que ver con Amanda.* El interés de él se acrecentó de inmediato. La indígena calculó durante unos instantes las palabras y relató el último episodio del incidente con los hombres de la mochila esa mañana, *yo pronuncié su nombre como hubiera podido decir cualquier otro. Jamás imaginé que uno de ellos pudiera conocerla. Luego lamenté haberlo hecho. Pero entendí perfectamente lo que aquel hombre quiso decir.* José Marcos le pidió con ansiedad que se explicara, seguía sin entender. *Amanda tiene un niño,* empezó ella. *Lo sé, y sé que sufre de problemas de movilidad, que gasta mucho en cuidar su atención,* la interrumpió él para obligarla a llegar más rápido al grano. *Su sueldo no le daría para el tratamiento, por eso tiene un amante en La Concepción. Se llama Álvaro Cújar, es un ganadero muy rico, un señor como de setenta años,* continuó Ana Luz. José Marcos tragó saliva y calló, temeroso de revelar su decepción con cualquier palabra. *Sé que ella lo visita todos los miércoles en su casona del barrio Las Flores, él le da cada vez doscientos mil pesos, ella misma me lo ha contado. Aunque cuide de mantenerlo en secreto, es seguro que los*

allegados a él conocen de esa relación. José Marcos afirmó entonces con agudeza, como el sicario de la mañana, por ejemplo. Pensó que la mochila era para el viejo. Ana Luz asintió, cuando oí lo que dijo, pensé que tal vez era uno de sus guardaespaldas. Quizás tuvo miedo de que Amanda se quejara ante su patrón. Esa gente suele ser muy mala. José Marcos, pensativo, recordó la noche en que él y Zulima durmieron en La Concepción de paso para la Sierra, cuando vio a Amanda y Eliana entrar a una casa. El taxista le había dicho que el barrio se llamaba Las Flores. Lamento si le conté algo que pueda lastimarlo, pero no me parece bien que alguien como usted siga engañado, remató Ana Luz con acento suave. No, no, te agradezco mucho, dijo él poniéndose de pie, creo que ya es hora de irnos a dormir. Cada uno partió para su cama. José Marcos se acostó en la suya con un amargo sinsabor en el pecho. Tenía a Amanda atravesada en la mente y no podía conciliar el sueño. Su imagen le trajo al recuerdo los versos de Federico García Lorca y entonces, con un dejo de ironía, comenzó a recitar en voz muy baja, Y que yo me la llevé al río/ creyendo que era mozuela/ pero tenía marido...

La noche de año nuevo en Santa Rosa estuvo colmada de alegría. Hasta el punto de que la mañana sorprendió a los bailarines y parranderos festejando al son de la música vallenata de Diomedes Díaz, el Binomio de Oro y los Hermanos Zuleta, que tronaba por turnos en los equipos de sonido de distintas viviendas. La fiesta nunca se apagó del todo durante el día, pues siempre se estuvieron escuchando aquí y allá, los alaridos de los borrachos entusiastas y la euforia de los cantantes

al ritmo enardecido de las orquestas y conjuntos tropicales. Entradas de nuevo las sombras, la algarabía total volvió a apoderarse del pequeño caserío, prendido como en una noche de carnaval en multitud de bailes y sacudido por el frecuente estallido en sus cielos y calles de los más variados juegos pirotécnicos. Hacía por lo menos dos semanas que había llegado el verano con toda su intensidad, y el negro firmamento resplandecía adornado por millones de estrellas y luceros que parecían multiplicarse con las horas. La fuerza del viento se encargaba de llevar hasta muy lejos el eco de la celebración. Unos cuantos minutos antes de la medianoche, dos guerrilleros llegaron por fin, arrastrándose, hasta un tramo del grueso tubo que pasaba a unos quinientos metros del caserío. Tres más de ellos se habían quedado rezagados un trecho atrás, encargados de avistar desde un terreno un tanto más elevado, la posible presencia de los soldados que patrullaban en los alrededores. Gilberto alumbró con una pequeña linterna que despedía un suave rayo de luz verdosa, a fin de verificar y dar un último examen al sitio. A continuación, satisfecho, extrajo de su mochila el explosivo y le pidió a su acompañante que le pasara el fulminante y la mecha lenta. Con cuidado, acomodó en el suelo el artefacto de forma cónica, ubicándolo en un lugar adecuado para que su vértice rozara la superficie metálica del tubo por debajo. Cortó la mecha lenta dejando casi un metro conectada a la bomba. *¿No está muy larga?*, le preguntó su compañero. *No quiero arriesgarme, pásame un cigarrillo prendido.* El muchacho extrajo de su mochila un paquete de Belmont y una mechera. La brisa le impedía hacer fuego, por lo que se acomodó para cortarla y luego le entregó el cigarrillo

humeante a Gilberto. *Alístese mijo, salimos a correr a toda velocidad en cuanto la encienda.* Los dos se incorporaron en gesto de prepararse para la huida. *Mire que no se le vaya a quedar nada,* fue la observación final de Gilberto antes de asegurarse que la mecha estuviera bien prendida y comenzara a echar chispas. De inmediato emprendieron la carrera. El piso del potrero, aunque duro, era disparejo y los hacía tropezar. No se atrevían a prender sus linternas por temor a ser vistos. A unos doscientos metros se encontraron con los que prestaban guardia y Gilberto los instó a correr con ellos. No alcanzaron a alejarse cien metros más cuando escucharon la primera detonación. Por la mente de varios de ellos cruzó fugaz el pensamiento de que el estallido había sido muy leve, no justificaba estar corriendo de ese modo. Tal vez Gilberto tenía miedo y exageraba. Pero de pronto el aire se sacudió con una pavorosa explosión que los arrojó con fuerza hacia delante. Un colosal hongo de color naranja invadió las tinieblas y se expandió con rapidez inusitada hacia lo alto, formando una llamarada inmensa que los iluminó por completo a todos, dejando visibles sus aterrados rostros. Una oleada de intenso calor los asaltó de repente. Por momentos, Gilberto y los suyos sintieron que habían caído en los infiernos. Podían escuchar los chasquidos de las llamas furiosas que crecían en forma asombrosa con cada nueva explosión. Ninguno de ellos estaba acostumbrado a calcular hacia las alturas, pero impresionados como estaban, concluyeron que el incendio ascendía por lo menos unos quinientos metros. El primero en reaccionar de la sorpresa fue Gilberto, *¡vamos, vamos, rápido, hay que alejarse cuanto antes de aquí!* En Santa Rosa nadie tenía idea de lo que había

ocurrido, pero desde los niños que jugueteaban aún por ahí sin acostarse, hasta los viejos desvelados una vez más por la fiesta, pasando por las mujeres y los hombres entregados al jolgorio, tuvieron al instante la certeza de que se trataba de algo terrible. Como si hubieran recibido una orden terminante, la música y las luces se apagaron en todos los bailes y rincones. Los policías, alarmados, ocuparon sus puestos en las trincheras del cuartel en prevención de lo que imaginaron seguía contra ellos. Cada cual se encerró, trancó las puertas y se puso a rezar. El refulgente incendio alumbraba las calles y los patios con una claridad rojiza y misteriosa. La respuesta del Frente por el ataque a Casa Verde, acababa de ponerse en marcha. Muchos kilómetros al norte, varias quebradas cristalinas servían como fuentes de agua a los comandos guerrilleros que descendían de los filos más altos hacia la carretera troncal. Los más numerosos fueron tomando puesto en los puntos escogidos previamente. Alrededor de unos treinta se encargaron de formar una cortina de fusileros en las cercanías de la llamada Isla Negra, a unos cinco minutos del casco municipal más cercano. Durante un par de horas, cuatro de ellos estuvieron ubicando las minas en el pequeño barranco que se elevaba en el costado oriental de la vía, cuidando de no ser descubiertos por los escasos automovilistas que transitaban a altísima velocidad. Abel en persona estuvo verificando el resultado final y expresó su conformidad. Un vigía con un radio de dos metros que debía tener encendido todo el tiempo, fue destinado a una ligera elevación mil metros adelante. En las afueras del siguiente poblado hacia el sur, en las márgenes de un río de aguas heladas, un grupo de quince

unidades montó otra emboscada. En seis diferentes poblaciones ubicadas a lo largo de la vía al mar, en la zona bananera, estalló el fuego de fusilería y granadas contra los cuarteles de la policía cuando faltaba una hora para el amanecer. Unas cuantas decenas de muchachas y muchachos aguerridos se parapetaron tras los postes de la luz eléctrica, las esquinas, los vehículos aparcados, las paredes de los lotes vacíos, los montículos de tierra o piedra y las bancas de concreto de los parques, con el fin de emplear sus armas contra las fortificaciones desde donde les respondían guarnecidos los policías. Media hora después las centrales de comunicaciones del departamento de Policía, el batallón y la división del Ejército, recibían y transmitían los respectivos mensajes de auxilio y aliento entre sus subordinados y comandantes superiores. *¡Tengo dos heridos, necesito apoyo! ¡Mi coronel, mi sargento ha fallecido! ¡Un agente muerto! ¡Herida la esposa de mi cabo que se quedó a dormir con él aquí! ¡La orden es resistir, combatir a los bandidos hasta el último instante! ¡Ya sale el refuerzo para allá! ¡Aguanten, que ya llega el Ejército!* Del puesto policial ubicado en el corregimiento de San Juan, donde cincuenta y dos uniformados armados hasta los dientes representaban al Estado en la Sierra, también llegaron a las centrales voces de socorro. La angustia de estos policías rayó en el desespero, cuando se enteraron de que en el pueblecito de la troncal de donde se desprendía la trocha que se encaramaba hasta el poblado que ellos defendían, el puesto también estaba siendo atacado. *¡Están en todas partes! ¡Los subversivos son numerosos! ¡Nos van a copar, repito, nos van a copar!* Sin embargo, cuando las primeras luces del día despuntaron, los agresores

se esfumaron como si las sombras se los hubieran llevado con ellas. El fuego cesó, un silencio sepulcral reinó hasta mucho después que la claridad fue total. De cada lugar fueron reportando un aparente regreso a la normalidad. Unos minutos después de las seis el vigía de la emboscada de Isla Negra comunicó por su radio con voz segura, *¡América, van dos vehículos, denle al de atrás, repito, al de atrás!* Abel volvió la vista hacia José Marcos que tenía en sus manos el flash, pendiente de recibir la orden, *ya oíste, ¡al de atrás!* José Marcos aguzó la vista y se concentró por completo en su tarea. Como si fuera un bólido, a una velocidad superior a los cien kilómetros horarios, pasó frente a sus ojos un camión mediano, dentro del cual alcanzó a distinguir ocupantes vestidos con trajes de guerra. Pero su atención no se distrajo. Tenía que calcular el momento justo para activar el flash, conciente de que a esa velocidad, equivocarse en una fracción de segundo, podía echarlo todo a perder. En cuanto pensó, *¡ya!*, se produjo la explosión. Casi de inmediato sonó la descarga de los fusiles. Así lo habían planeado. En cuanto el golpe del minado sacudiera al convoy, los fusiles se encargarían de someter a sus ocupantes. Un grupo de seis muchachos estaba preparado para saltar enseguida a la vía y lanzarse al vehículo con el propósito de recuperar la mayor cantidad posible de fusiles y demás armamentos que portaran los atacados. Otro grupo los cubriría con fuego cerrado. Pero algo falló y ante sus ojos se presentó una escena que los tomó por sorpresa y los hundió de súbito en la confusión. El cálculo de José Marcos fue exacto y una de las bombas cogió de lleno el camión, averiándole el motor y relleno el cuerpo de sus pasajeros con metralla.

Pese a ello, el enorme impulso que llevaba por obra de la velocidad, le permitió recorrer por lo menos cien metros antes de detenerse. De esta forma el camión quedó parqueado a un lado de la carretera, pero completamente por fuera del área que cubrían los emboscados. Al mismo tiempo, el conductor del primer vehículo frenó en seco al sentir la poderosa detonación, y una vez sus ocupantes se percataron de lo que sucedía, dieron marcha atrás accionando sus fusiles. Los guerrilleros se quedaron de pie unos valiosos segundos preguntándose qué hacer. Abel ordenó al grupo de recuperación correr de prisa hacia el camión detenido, mientras otro numeroso grupo de combatientes corría disparando sus armas contra los del camión que retrocedía. Estos resolvieron lanzarse al suelo, buscando protección tras el mismo y en las cunetas laterales de la vía, aunque hubo un par de hombres que se tendieron en pleno pavimento y comenzaron a accionar una ametralladora contra los guerrilleros que avanzaban. Los miembros del grupo de recuperación no alcanzaron a llegar hasta el camión averiado porque les fue imposible superar la barrera de fuego cerrado. Ellos y todos los demás guerrilleros que saltaron a la vía se vieron obligados a tenderse y disparar en esa posición. El negro Salomón, que se hallaba encargado de la misión de tomar las armas a los vencidos, ordenó a los suyos que avanzaran en los codos y se arrimaran a unos cuerpos ensangrentados que se veían en la vía. En efecto, muertos quizás al instante por el efecto del minado, varios de los hombres sentados a uno y otro lado de la carrocería fueron cayendo lentamente del vehículo por su parte trasera, mientras este disminuía la marcha y se apagaba, como si fue-

ran bultos de una carga sin asegurar. Separados algunos metros uno del otro, podía observarse un reguero de cadáveres hasta al pie del camión deshecho. Sintiendo silbar las balas enemigas por encima de sus cabezas pegadas al piso, los guerrilleros consiguieron acercarse hasta el cuarto de los cadáveres. A cada uno le arrebataron el fusil y las fornituras. En vista de que les fue imposible aproximarse a otros cuerpos, decidieron volver atrás protegiéndose entre las cunetas. Alguien gritó con fuerza la voz de retirada y los demás comenzaron a repetirla, al mismo tiempo que iniciaban el movimiento de retroceso. En ese momento ocurrieron las dos únicas indisciplinas. Ismael y Melquiades se pusieron de pie para poder ir más deprisa. El primero recibió un tiro en el centro de la espalda que le arrebató la vida en el acto. La rodilla derecha del segundo le fue destrozada por una bala. Sus compañeros lograron arrastrarlos hasta donde estaba Abel, quien ordenó cargarlos a la espalda hasta que salieran a la trocha que subía a la Sierra. Allí tenían varias mulas con sus aparejos, las cuales habían sido llevadas para el caso de necesitarlas. En ellas se los llevaron hacia arriba. En adelante la tarea era tomar posiciones para esperar la operación militar de respuesta. Pero eso tenía que ser en los filos dominantes, en terreno seguro, era preciso llegar cuanto antes. No podían descartar que el enemigo usara helicópteros para transportar tropa hasta las partes altas antes que ellos las alcanzaran. Por su parte, los guerrilleros que hostigaron el puesto de Policía de San Juan, habían orientado la tarde anterior a los campesinos que los ayudaran a llevar piedras redondas de regular tamaño hasta las canchas de fútbol arregladas al lado de las Escuelas de al-

gunas veredas. Durante la noche, algunos milicianos cavaron en el suelo, instalaron explosivos y luego rellenaron los huecos de guijarros, mimetizando con pasto y hojas secas las huellas del trabajo. Cuando cerca de las diez de la mañana, los helicópteros que lanzaron ráfagas previamente sobre la zona circundante intentaron aterrizar en una de ellas, se encontraron con la sorpresa del estallido de las minas y la violenta erupción de piedras que estuvieron a punto de derribar al primero de ellos que descendía. Enseguida corrió la alarma entre la Fuerza Aérea y con ella la negativa a exponer sus aparatos a un fracaso. Los desembarcos no se realizaron durante todo el día, la tropa fue más bien descargada en las partes bajas de la Sierra, en una línea ya superada por los que subían a esperarlos, de manera tal que los combates que se iniciaron en las horas de la tarde, se llevaron a cabo de acuerdo con las posiciones previstas por la guerrilla. La segunda de las emboscadas apostadas sobre la carretera negra no llegó a producirse. El trabajo de inteligencia indicaba que todas las madrugada dos policías salían en una motocicleta a una hacienda cercana, con el fin de llevar la leche y los quesos para el gasto del día. Se pensó que al golpearlos, vendrían en su apoyo los del cuartel, pero quizás la información radial sobre los ataques de que eran víctimas los puestos cercanos en el mismo momento, los alertaron e hicieron tomar precauciones. Los guerrilleros decidieron entrar al poblado y hostigar el puesto policial para no regresarse sin combatir. Por más de veinte minutos estuvieron cruzando fuego con los del cuartel sin sufrir ningún contratiempo. Los retenes y derribamientos de torres de energía previstos para otras áreas, también se

llevaron a efecto según lo acordado, afectando la circulación de mercancías hacia los puertos y la producción económica industrial de las capitales. Esa misma tarde, los medios de comunicación radial y televisiva dieron cuenta de la arremetida guerrillera, divulgando a su vez un comunicado firmado por el Estado Mayor del Frente en el cual éste reclamaba la autoría de los hechos acaecidos y declaraba que el único responsable de todo aquello era el señor presidente de la república César Gaviria Trujillo, quien al ordenar el artero ataque contra el santuario de la paz en Casa Verde, había cerrado la vía para la anhelada solución política al conflicto social y armado en que se debatía la nación. El mismo texto anunciaba que las acciones militares continuarían en el futuro y calificaba el proyecto presidencial de Asamblea Constituyente, como una maniobra excluyente y de bolsillo. Al final, sin embargo, el comunicado expresaba que la organización rebelde mantenía abiertas las puertas para un proceso de búsqueda civilizada de la paz, siempre que se entendiera que ésta no equivalía a la rendición y entrega de los alzados sino a la justicia social y la democracia para todos los colombianos. Los hechos fueron también la noticia en la prensa escrita del día siguiente. Los altos mandos militares anunciaron de nuevo con mucha energía, la persecución implacable contra la subversión, y denunciaron furiosos lo que llamaron la pérdida de sus criterios políticos. En su parecer, que era el mismo de los comentaristas de la gran prensa adicta al gobierno y de la serie de intelectuales que venían de regreso de sus antiguas veleidades revolucionarias, las FARC habían tomado la vía del terrorismo, eran una organización sin ninguna clase de prin-

cipios morales, dedicada al enriquecimiento fácil mediante el negocio del narcotráfico y sin ninguna vigencia en un mundo que veía fracasar la alternativa socialista. El presidente las llamó dinosaurios, monstruos antediluvianos, trogloditas incapaces de comprender que el mundo había cambiado y que su lucha armada carecía de lugar en la historia. Una historia que según el coro dictado por el imperio había llegado a su fin, la apoteosis de las democracias de libre mercado. En la Sierra, Abel y dos centenares de muchachas y muchachos muy jóvenes, enfrentaban la operación represiva del Ejército con el cañón de sus armas de fuego. Las noticias que llegaban de Casa Verde les levantaban el ánimo a cada instante. El camarada Manuel Marulanda Vélez en persona, dirigía el permanente accionar de sus hombres en aquellos territorios. Como una gigantesca ceiba, el legendario comandante guerrillero se mantenía firme y victorioso. Los proyectiles disparados por sus hombres no sólo daban de baja soldados, en un constante golpetear de guerra de guerrillas móviles, que hacían sentir impotentes a las patrullas de contraguerrilla publicitadas como *los hombres de acero*. También se encargaban de anunciar al mundo que había otro futuro accesible para la mayoría de seres humanos que poblaban la tierra, el cual no podría conquistarse sin la apelación de los pueblos a su más elevado sentido de la dignidad frente al imperio y sus marionetas locales.

Unas semanas después de la arremetida guerrillera desde la Sierra, se presentó otra aún mayor en todo el país. A los seis meses de la toma de posesión del nuevo presidente, sus actos

de gobierno conducían en definitiva hacia una guerra civil. Para muchos su arrogancia reproducía a escala local, la filosofía predicada por el presidente de los Estados Unidos al desarrollar por esos mismos días la Guerra del Golfo. La onda neoliberal de moda se expandía con un discurso de concertación y consenso, pese a que en Panamá, Haití y ahora Irak quedaba en evidencia el verdadero carácter del capital global. Colombia no podía ser la excepción. Para llegar esta vez a Santa Clara, el Ejército se valió de apoyo aéreo y blindado. Varios helicópteros artillados sobrevolaron el convoy conformado por diversos tanques de guerra, que sirvieron a su vez de escoltas a los camiones en que se transportó la tropa desde su última estación en Santa Rosa. La tropa se tomó el cerro de Santa Clara que se interponía en una gran parte del trecho entre el caserío y El Cincuenta, y se dispersó también en numerosas avanzadas en los más importantes cruces de caminos y en los puntos que consideró claves para su seguridad. En las madrugadas, patrullas de soldados se descolgaban del filo mayor por los caminos que bajaban hacia el río, explorando las largas cuchillas y presentándose de manera sorpresiva en las casas de los campesinos, por lo general rodeadas de cafetales y bosques de guamos. Siempre que tenían que descender por alguna hondonada, dejaban grupos de cubrimiento para su protección. Pero no se apartaban más allá de una hora a pie, temerosas de la vulnerabilidad en que los iba colocando poco a poco el terreno. Sus superiores permanecían en el área del caserío, bien fuera en el puesto de mando ubicado en el cerro de la entrada o en la falda del cerro grande a su salida, y solían llegar con frecuencia a conversar con

sus habitantes. Si era evidente su afán por lograr cualquier información que les sirviera para golpear a la guerrilla, lo era aún más su mortificación por no conseguirla. *No creo que ninguno de ustedes ignore en donde tiene esa gente los campamentos, sucede simplemente que no quieren decirlo*, le decía una mañana el capitán a Duván en su negocio. *Si lo supiéramos se lo diríamos, capitán, al fin y al cabo son ustedes los que irían allá a buscarlos. Pero póngase a pensar. Ellos son gente armada, como ustedes. Que llegan y salen de aquí. Nadie se va a poner a preguntarles para dónde van. Y si lo hiciera, es seguro que no se lo dirían. ¿O usted le diría para dónde se va a cualquiera de nosotros que le preguntara?* El capitán insistía, *mire hombre, una cosa no puede compararse con la otra. Si ustedes nos dicen dónde encontrar los bandidos, nosotros vamos a ir a acabarlos, a quitarles ese problema de encima. Mire no más cómo están acabando con el país, volando torres y quemando la gasolina y el petróleo que es de todos. Ustedes tienen la obligación de ayudar. Aquí llega gente de todas las veredas y comenta cosas. Ustedes tienen su confianza, es seguro que les cuentan. Sabe más de lo que dice, lo sé. Pero no quiere comprometerse.* Duván replicaba, *no crea que la gente cuenta mucho, el que sabe esas cosas no se pone a decirlas. Ustedes tienen una guerra por el poder. Ellos lo quieren y ustedes no quieren dejárselo quitar. A la larga uno tiene que estar siempre sometido al que manda. Sea quien sea, hay que trabajar lo mismo para la familia. Es lo que debe importarle a uno. Si su misión es acabar con la guerrilla, tiene que salir a buscarla. Aquí en el caserío no van a hacer nada. Pero no trate de involucrarnos en su guerra, es suya y no nuestra.* De negocio en negocio, al capitán se le iban

los días en ese tipo de discusiones. Su propósito parecía ser el de conocer a cada uno de los propietarios, hacerse a una idea aproximada del lado en que estaban o podían estar. Los sábados y domingos se metía con el teniente y algunos suboficiales a jugar billar, y apostaban dinero con los civiles al resultado de cada partida. Bebía cantidades de cerveza helada y se iba a dormir tarde, animado por haber ganado unos cuantos grados más de aproximación con los pobladores. Los soldados también bebían de vez en cuando sin sufrir consecuencias y procuraban hacer amistad con los campesinos que venían de las veredas. No era extraño que a altas horas de la noche algunos de ellos, aparentemente con consentimiento de sus superiores, permanecieran de farra con los más ebrios de entre los trabajadores de las fincas. Poco a poco comenzaron también los rumores acerca de sospechosas visitas a algunas casas en plan de conquista amorosa. En Santa Clara había unas cuantas muchachas solteras que se convirtieron en el blanco obligado de las pretensiones de los militares. Pero entre susurros se comentaba con disimulo sobre las aventuras de algunas de las mujeres comprometidas. Los hombres salían a trabajar en horas de la mañana y regresaban en horas de la tarde, e incluso algunos volvían los viernes después de haber salido los lunes temprano, *que la mujer del evangélico, la mosquita muerta esa de Damaris, se la hace con el teniente, ¿no ven que ahora el tipo buscó el pretexto de comprar el desayuno, el almuerzo y la comida allá, para poder meterse tranquilo a la casa? Que el capitán se baja bien tarde del cerro a tocarle la puerta a Norelys, la de Gildardo, y sale de ahí antes que aclare creyendo que nadie se ha dado cuenta. Que lo den es*

problema del marido, lo preocupante es que se pongan a hablar más de la cuenta. ¿Y usted sí cree que se pueda confiar en una mujer que se la hace al marido con uno de esos tipos?, así como lo traiciona a él es capaz de traicionarnos a todos. ¡Uy!, yo no sé. La verdad es que hay unos tan bien presentados que a ratos hasta a una le da la tentación. Rubio tuvo que volver a ocuparse de las riñas callejeras entre los borrachos, el Ejército no se metía en eso, incluso los soldados azuzaban a los contendientes para que se dieran machete. Los ladrones comenzaron a hacer de las suyas, aunque mucha gente aseguraba que no eran otros que los mismos militares que permanecían en el pueblo. En Santa Clara hacía mucho tiempo que había desaparecido esa especie. Una madrugada la tropa sorprendió al viejo Omar Santana cuando salió a orinar a un lado de su casa. Primero descubrió unos soldados observándolo a pocos metros y luego se percató de que tenían completamente rodeada su vivienda. Cuando la claridad fue total, uno de ellos lo llamó con fuerza por su nombre. Mientras conversaba algunas cosas con él, el viejo alcanzó a ver cómo se ponían de pie los soldados que amanecieron emboscados. El que lo había llamado quería saber quién lo acompañaba, dijo poseer información acerca de que allí venían a dormir guerrilleros. El viejo le respondió con desdén, sin disimular su disgusto, *si toda la noche estuvieron vigilando, deben saber bien que aquí sólo hay dos trabajadores. La mujer que me cocina salió para el pueblo con su marido. Soy viudo y mis hijos están casados y viven en el caserío, tenía setenta años, poco le preocupaba la hostilidad del uniformado que estaba ante él, en cuanto a los guerrilleros, les informaron mal. Han estado aquí, sí, hasta por una semana un*

par de veces, pero ¿a quién se le ocurre pensar que vendrían estando ustedes tan cerca? Como si esa gente fueran bobos, agregó. ¿Me está usted reconociendo que les colabora de buen grado a ellos?, ya nos habían dicho que usted era un alcahueta. El viejo lo interrumpió ofuscado, ¡aquí todo el mundo les colabora a ellos, el que diga lo contrario le estará mintiendo! Unos porque creen en lo que dicen, otros por miedo, otros por interés. Pero todos ayudan. El militar acusó el impacto de las recias palabras. En busca de reponerse, quiso saber cómo los ayudaba él. El viejo le respondió sin dar el menor signo de temor, el día menos pensado se aparecen por aquí, conversan con uno un rato y le piden permiso para establecerse unos días en el rastrojo. Duermen en hamacas o tienden en el suelo y extienden unas carpas, usan la ramada del trapiche para cocinar. Uno no puede negarse, ¿no ve que ellos son la ley por aquí? El soldado exteriorizó enojo al escuchar esa expresión, ¡nunca podrán ser ellos la ley! ¿Ignora que son una banda de criminales? El viejo no estuvo de acuerdo, tanto como eso no. Yo también fui militar, me pensioné como sargento primero hace más de treinta años. Por lo que dicen y hacen cuando han estado aquí, me atrevo a decir que no son una banda sino un ejército. Con sus propias ideas, pero un ejército. Su mirada se mantuvo tranquila. ¿Y se puede saber qué es lo que hacen o dicen para ser un ejército? El viejo no se asustó, mire, madrugan antes de las cinco, todos los días, hacen gimnasia y conocen de milicia, nada en ellos es desordenado, forman para todo, hacen orden del día y presentan parte, no les falta la relación de la tarde, pagan guardia de día y de noche, realizan descubiertas, mandan exploraciones. Los guerrilleros rasos no hacen nada sin permiso y

uno se da cuenta que los mandos son gente capaz, que sabe lo que está haciendo. El ánimo de su interlocutor pareció agotarse, supongamos que son como usted dice, pero ¿está de acuerdo con lo que hacen? El viejo movió la cabeza hacia los lados, mal podría yo defender todo lo que hacen, perdí dos hijos a manos de ellos. Los mataron hace varios años. Los primeros de ellos que vinieron. Luego los cambiaron y llegaron otros distintos. Pero la sangre duele y esas heridas no sanan. Por primera vez el viejo bajó la voz y su seguridad pareció refundirse tras un vago aire de nostalgia. ¿Le mataron dos hijos y es tan sinvergüenza como para prestarles ayuda? Oiga, usted está hablando con el Ejército de Colombia, es su oportunidad de desquitarse, ayúdenos a acabar con esa plaga. Dígame dónde podemos encontrarlos. Le prometo que lo llevaré a mirar los cadáveres de esos perros. El viejo Omar sonrió pensativo unos cuantos instantes, después afirmó, si quieren encontrarlos tienen que buscarlos en todas esas montañas, pueden estar en cualquier parte. Yo no sé en dónde están. ¿Pero y sus hijos? ¿Va a dejar las cosas así? Ellos están muertos... tal vez, como explicaron en una reunión posterior con todos, fue obra de un error por malas informaciones de otros... Sólo Dios podrá juzgarlos. Sea como sea esa gente ha hecho mucho por nosotros. Uno, a conciencia, no podría hacerles daño nunca. Voy a morir de viejo con esa amargura en el alma. Con Eliécer Manrique la tropa se mostró más ruda. Cierta mañana en que llegó de su finca al caserío, fue abordado a solas por el teniente. Tras las preguntas rutinarias, el oficial le comunicó que había una orden del comando de la operación, para que se presentara ante el coronel, en el puesto de mando de Santa Rosa. Si no lo hacía

en forma voluntaria, tendrían que llevarlo a la fuerza. El coronel lo sindicó abiertamente de subversivo, financista de la guerrilla, auxiliador de terroristas, cómplice de secuestradores, compinche de asesinos, informante de bandidos. Y lo hizo en los más groseros términos, con el lenguaje más soez que alguien hubiera empleado para dirigírsele en la vida. Eliécer confiaba en que iba a tratar con un hombre razonable, decente, culto, pero se encontró a quemarropa con un energúmeno boca de escorpión que disparaba con su lengua, una tras otra, ráfagas de la peor vulgaridad. Desde el mismo recibimiento lo trató en forma infame. Estaba bajo una carpa que hacía las veces de oficina, rodeado a su vez por muchas carpas más pequeñas que servían de casas a la tropa. Su base de operaciones era un potrero plano que pertenecía a una de las haciendas ganaderas del sector. El piso había sido cuidadosamente podado. Frente a él tenía una mesa y algunas sillas y a su derecha habían instalado un archivador con varios cajones. De él extrajo una carpeta que contenía numerosos folios ordenados por fechas que correspondían a diferentes informes de inteligencia. Según indicó a Eliécer, ahí figuraban con datos muy precisos, las pruebas de sus acusaciones. El Ejército tenía gente en todas partes, viendo, escuchando, fotografiando, grabando, filmando, tomando notas, elaborando planes, haciendo seguimientos. Nada escapaba a su agudo sentido de vigilancia. Quien creyera burlarlo se engañaba como un chiquillo ingenuo. Gracias a muchos mandos como él, la victoria sobre el comunismo terrorista estaba asegurada. El coronel se descubrió ante Eliécer como un demente obsesionado por la creación de su propia imaginación. Pero era un

hombre con poder, representante y defensor de las instituciones y el gobierno, al que quizás reconocían autoridad centenares de miles de personas, respaldado por obispos, políticos de oficio, jueces y medios de comunicación, clubes sociales y primeras damas. De otra manera no estaría allí insultándolo con la impunidad asegurada. Le puso ante sus ojos unas cajas grandes de cartón que tenía al alcance de sus manos y cuyas tapas abrió, para dejarlo apreciar los fajos de billetes que según él sumaban, y debía ser cierto dada su cantidad, millones y millones de pesos que se empleaban en la búsqueda de información. Esos dineros eran la mejor garantía para romper las lealtades con que pudiera contar cualquier enemigo. No había una persona capaz de resistir a los embates de la codicia. Por eso, porque tenía todo eso dinero, su triunfo estaba asegurado. La conversación era interrumpida con frecuencia, por el golpear de los talones y la solicitud de permiso para seguir, que formulaban distintos subordinados. El coronel les ordenaba pasar y despachaba sus inquietudes con cortantes gruñidos. En una de esas interrupciones, entraron dos hombres de aspecto repugnante. Su apariencia era de mendigos, pero de la clase de los adultos degenerados por el vicio, vestidos con jirones, mugrosos a más no poder y desprendiendo de sus cuerpos un olor asqueroso. Por primera vez en las horas que llevaba allí Eliécer, vio sonreír complacido al coronel. Los sujetos le hablaron en tono normal, como si fueran personas cuerdas y concientes. Y terminaron reportando que en su recorrido de la mañana no habían recogido novedad especial. Eran agentes de inteligencia militar. En sus pequeños bolsos que escondían entre los trapos que medio

los cubrían, llevaban radios de comunicación y armas cortas. El coronel les permitió permanecer con él mientras seguía reprendiendo a Eliécer. Éste soportó la humillante andanada hasta donde su paciencia, su temor y sus buenas maneras se lo permitieron. En un momento determinado se puso de pie y respondió en forma airada a las acusaciones que le hacían. Hasta ese momento se había limitado a balbucear explicaciones que siempre cortaba con altanería el oficial. Pero esta vez no se dejó intimidar por el vozarrón que lo mandaba callar y sentarse. Le dijo que estaba completamente errado, que esos informantes que tanto elogiaba, con toda seguridad estaban dominados por la misma codicia y mentían en forma descarada, inventaban historias, presentaban falsas acusaciones. *Si como usted dice, el dinero tiene el poder de destruir cualquier lealtad, no entiendo cómo puede creer en la lealtad de quienes le traen informes.* Lo estaban robando, lo estaban engañando, se le estaban devorando como parásitos el presupuesto del que se jactaba. La mejor prueba que tenía para afirmarlo eran las acusaciones que había contra él. Nunca en su vida había vestido uniforme militar para andar por la Sierra con los guerrilleros. Eso era ridículo. El que le había dicho eso era un mentiroso de pies a cabeza. ¿Cuánto le había pagado? Una a una, Eliécer fue desmontando la patraña que tenían montada contra él. El que le había dicho que los guerrilleros usaban su finca como campamento, no tenía el menor conocimiento de cómo eran y procedían ellos. Bastaba con conocer su finca, formada por extensos cafetales sembrados en la falda de varios filos, a cuya vivienda tenía que traer el agua por una larga tubería desde muy lejos, para saber que sería el último lugar

del mundo en donde se acamparían. Claro que él tenía dinero, no tanto como el que creía el Ejército, era el producto de veinte años metido entre la montaña, podían mirarle las manos, callosas y gruesas de trabajar como un esclavo para conseguir lo que tenía. Le había ido bien, pero a los cuarenta años se sentía viejo gracias a todo lo que había sufrido de joven para levantar las matas de café, las plataneras, la yuca y las cabezas de ganado que criaba con dificultad. Ni siquiera tenía casa en el pueblo, había preferido levantar una buena estancia en la finca. La gente de la región lo respetaba y lo admiraba. Y por eso había sido elegido para el comité de cafeteros en representación del partido conservador, porque hasta eso, en todas partes era conocida su militancia en ese partido, aunque no hiciera política sino se limitara a votar por sus candidatos, cosa que en adelante jamás volvería a hacer, pues acababa de comprender cómo se sostenían en el poder esos partidos tradicionales. Las únicas informaciones que él podría dar para que alguien secuestrara a otro, serían las de sí mismo, porque la demás gente que conocía y trataba era por lo regular más pobre que él. Era falsa de toda falsedad la afirmación de que él compraba la remesa para las FARC, como lo era la de que las financiaba con su dinero. Esa gente jamás le había exigido aportes, no conocía ninguno en la Sierra que hubiera sufrido ese tipo de exigencias, ni tampoco se le habían presentado a hacerle encargos de una y otra naturaleza. La violenta discusión se prolongó durante nueve horas. Eliécer salió de allí con una amenaza de muerte pesando sobre su cabeza. Fue advertido por el coronel de que cada uno de sus pasos iba a ser objeto de rigurosa vigilancia todo el tiempo. Si llegaban a corro-

borar uno solo, uno solo de los informes que tenían sobre él, podía tener la seguridad de que iba a amanecer al día siguiente a la orilla de la carretera con la boca llena de hormigas, se lo juraba. Además lo comprometió a llevarle en efectivo tres millones de pesos la próxima vez que bajara al pueblo. Era una colaboración para con sus pobres soldados que estaban soportando frío allá arriba, para garantizarle a él que pudiera trabajar y vivir en paz. Duván tuvo una suerte distinta. Siempre había sido un excelente jugador de buchacara y por lo regular el equipo en que él formaba ganaba también las partidas de tejo. Había que verlo cuando se ponía los guayos y se iba a jugar fútbol. Solía derrochar siempre tal pasión por ganar que cuando jugaba a cualquier cosa, su carácter afable se transformaba e incluso su rostro adquiría cierto rictus de fiereza. El capitán disfrutaba viéndolo competir, decía que ese mono tenía el perfil del buen tahúr. Y como él mismo era también un magnífico jugador, padecía con frecuencia la afanosa tentación de retarlo. Ese sábado al fin se decidió. Decidieron apostar cien mil pesos a cinco partidas. Duván ganó la primera y el capitán la segunda y la tercera. La cuarta nuevamente fue para Duván. Cuando fueron a comenzar la quinta partida, había casi cincuenta personas rodeando la mesa, entusiasmadas con el juego, bebiendo con animación y aceptando las apuestas de los soldados. El juego en las otras mesas se interrumpió y todos los jugadores se concentraron en esa partida. Seguro de vencer, el capitán retó a Duván a que doblaran la apuesta. Duván le pidió a Laurita que le trajera el dinero que le faltaba y luego los dos le entregaron la misma cantidad a Rubio. Cada vez que uno de ellos cogía el taco y se

inclinaba sobre la mesa, brotaban los aplausos y las voces de aliento por parte de los que lo animaban entre el público. Los ojos felinos de Duván parecían echar chispas por el brillo intenso que adquirirían cada vez que las correspondientes bolas numeradas caían en el hueco. A medida que se fue imponiendo, se fue poniendo eufórico, sonreía, lanzaba exclamaciones de alegría y brindaba cerveza a sus seguidores. Una cerrada ovación lo acompañó en cuanto se deshizo de la bola quince. El capitán no tuvo más que hacer sino reconocer su derrota. Se retiró del lugar acompañado por varios de sus hombres. Pero más tarde regresó y le pidió a Duván la revancha. Volvió de nuevo a perder otros doscientos mil pesos. Quiso jugar entonces los cuatrocientos mil que había perdido. Duván le dijo que le aceptaba el reto pero si apostaban quinientos. *Voy seiscientos*, respondió con voz segura el capitán. Las blancas paredes del negocio refulgían con las lámparas de luz blanca que lo iluminaban con mayor viveza a medida que avanzaba la noche. Nadie hubiera podido vencer a Duván ese día, jugaba con una inspiración prodigiosa y volvió a ganar con sobrada amplitud. El capitán se marchó a dormir sin manifestar inconformidad. Al día siguiente, por la tarde, ingresó de nuevo al negocio. Llegó acompañado por el teniente y dos hombres más. Estos bebieron cerveza, en tanto él sólo admitió varios vasos de refajo y aceptó de buen grado las bromas de su rival del día anterior. Cuando preguntó por el valor de la cuenta, Duván le manifestó que la casa invitaba, no debía nada. Ligeramente halagado por la atención, preguntó a Duván con voz amable si el día lunes iba a estar ahí. *No, tengo pensado bajar a La Concepción, pero si usted me necesita podría dejar el viaje*

para el martes. El capitán le dijo que no hacía falta, quería hablar algo con él, pero podían dejarlo para después, no se trataba de nada urgente. Al estrecharle la mano en señal de despedida, gesto que nunca había tenido, le preguntó si recordaba al capitán Ordóñez, el que había perdido las manos en la emboscada de unos meses atrás. Ante la respuesta afirmativa de Duván, comentó sin darle demasiada importancia, *él y yo fuimos compañeros de promoción en la Escuela José María Córdoba, fue la única persona a la que nunca pude ganar, me dolió mucho lo que le pasó.* Duván le respondió con cortesía, *aquí también nos conmocionó mucho ese hecho, fue terrible. Sí, sí,* contestó el capitán apresurando su partida, *otro día hablamos de eso.* El eco del comentario quedó resonando en la mente de Duván durante el resto del día. Le parecía extraño, fuera de lugar, nada propio de la distante relación que había mantenido el mando militar con todos los habitantes de Santa Clara. Así lo estuvieron analizando esa noche en la cama con Laurita. Cuando la camioneta de línea en que viajaba para La Concepción la mañana siguiente, dejó atrás el descenso y tomó el polvoriento tramo por entre las tierras planas, todavía la inquietud le daba vueltas en la cabeza. Se hallaban a unos pocos kilómetros de Santa Rosa. *El capitán nunca había sido su amigo, ni lo sería jamás. ¿Por qué entonces le abrió de repente su corazón? No era lógico, debía esconder alguna secreta intención detrás de esas palabras.* La trocha se colaba por entre un pequeño bosque conservado con celo por el propietario de esas tierras. En medio de él, la camioneta disminuyó la marcha para cruzar con cuidado un agonizante caño, en cuyo piso había algunas piedras grandes. A la salida del lecho había

un ligero ascenso. Aníbal, quien conducía la camioneta esa mañana, una mujer campesina sentada a su lado y Duván, que ocupaba el puesto de la otra portezuela, fueron los primeros en ver a varios hombres armados, con el rostro cubierto y vestidos con ropas civiles, que le salieron al paso encañonándolos. El terreno impedía maniobrar para intentar arrollarlos o dejarlos atrás sin exponerse a ser rociado por las balas. Aníbal decidió detenerse del todo. Dos de los hombres corrieron hacia la parte de atrás de la camioneta e intimidaron con sus armas a los demás ocupantes, mientras uno de los tres que quedaron adelante exclamó, *¡Esto es un atraco! ¡Todos a tierra con las manos en alto! ¡Cuidado con intentar algo porque se mueren!* Duván miró las armas que portaban los de adelante, dos pistolas y una metra MP5. Conocía esta última porque alguna vez le vio una parecida a un guerrillero en Santa Clara. Los dos que estaban atrás empuñaban revólveres. Aníbal y Duván abrieron con lentitud las puertas y saltaron a tierra. Apenas sus pies se posaron en el piso, Duván accionó el revólver que había extraído de su mochila, contra el sujeto que tenía la MP5 en las manos. El hombre recibió el balazo pero también disparó su arma contra Duván, justo cuando él oprimía el gatillo por segunda vez. Los dos se fueron al piso. Uno de los que estaban atrás se asomó y remató a Duván con varios disparos. Las mujeres gritaron dominadas por el miedo y varios de los hombres se arrojaron al piso con el fin de favorecerse del fuego cruzado. Desde allí gritaban a los demás que los imitaran. *¡Entreguen el dinero que llevan, rápido!*, ordenaron con afán los ladrones. Uno de ellos se acercó al cuerpo inerte de Duván y le arrebató la mochila. Enseguida se apo-

deró de su revólver. Sus ojos examinaron con ansiedad el interior de la mochila mientras la escarbaba con la mano derecha. Un brillo de alegría acudió a su mirada cuando comprobó que contenía una buena cantidad de dinero. Luego se acercó a su compinche tiroteado y apoderándose de la metralleta se la colgó al hombro, *está muerto, no hay nada que hacer*, murmuró. No obstante, ordenó a otro de sus acompañantes que le vaciara los bolsillos, la billetera y cualquier objeto que pudiera servir para identificarlo. A continuación, introdujeron en una lona lo que quitaron a los pasajeros asaltados, balearon las llantas de la camioneta y huyeron en carrera por el bosque. Apenas se vieron solos, Aníbal y los demás pasajeros rodearon alarmados el cuerpo de Duván con intención de socorrerlo. Con el rostro horrorizado comprobaron que era tarde, los proyectiles se habían encargado de extirparle hasta el más mínimo vestigio de vida. Colmados de dolor y rabia procedieron a descubrirle el rostro al ladrón muerto. Ninguno pudo reconocerlo. Si Eliécer Manrique hubiera ido con ellos, tal vez habría podido distinguir, pese a que entonces lo vio con una apariencia totalmente distinta, a uno de los hombres disfrazados de mendigos que entraron a conversar con el coronel durante su accidentada entrevista. Pero no iba allí y no hubo quien pudiera confirmar la conjetura que hicieron todos en Santa Clara al conocer la historia. Que el atraco había sido una pantomima del Ejército para matar a Duván. En el Frente, la noticia del crimen causó una profunda consternación. Desde el comienzo mismo de la agitación política en la Sierra, Duván se había distinguido por su desinteresada entrega a la defensa de los intereses de los campesinos, y quizás él y Lau-

rita eran la pareja más admirada y apreciada en toda la región. La bofetada en la cara que fue su asesinato, unido a la reciente y salvaje muerte de Marín, escalaban un nivel de agresiones insoportables para la Dirección. La misma tarde en que conoció la noticia, Abel escribió de su puño y letra un breve mensaje para que lo pasaran por radio al *comando rojo* de La Concepción, *es hora de pasar de la inteligencia a los hechos*.

Al escuchar el potente motor a sus espaldas, Pedro volvió la cabeza hacia atrás con naturalidad, como cualquier curioso al que atrajera el ruido. Ni siquiera un movimiento de sus ojos reflejó el mínimo interés, cuando a unos dos metros de él en la calzada, pasó lentamente la motocicleta negra Honda 1000, con sus dos pasajeros habituales. Las miradas de Pedro y *el coreano* se cruzaron con indiferencia durante un segundo. El conductor de la moto volvió sus ojos rasgados hacia el frente y continuó adelante mientras que Pedro retrataba en su mente, sin que se revelara su intención con ningún gesto, hasta el menor detalle de la apariencia de los dos hombres. Sentado sobre una de las tablas que formaban una especie de banca circular, alrededor de un tronco de matarratón cuyas ramas proporcionaban refrescante sombra, Pedro bebió otro sorbo de la gaseosa que sostenía en la mano derecha y siguió observando a los recién llegados. La motocicleta se detuvo a unos cuarenta metros, frente a una vivienda de apariencia modesta y lúgubre. El que viajaba en la parrilla saltó al andén, en tanto que *el coreano* se ocupó en hacer subir la moto al mismo y cuadrarla con precisión frente a una de las ventanas de la vi-

vienda. Después extrajo las llaves del encendido y escogió del llavero otra distinta, con la cual procedió a abrir la puerta por la cual los dos policías secretos pasaron adentro. Transcurridos unos cuantos minutos, una camioneta Toyota de color rojo distinguida con placas muy familiares para Pedro, pasó por su lado desprendiendo música a alto volumen, disminuyó su marcha y se detuvo también frente a la misma casa. La bocina sonó varias veces de manera continua, hasta que *el coreano* se asomó a la puerta y les gritó con fuerza que dejaran la bulla. Pedro oyó con claridad desde su lugar, cuando les preguntó en voz alta y con acento de *cachaco*, si no veían la moto parqueada que indicaba que él estaba ahí. Hubo risas entre los de la camioneta, que se fueron apeando de la misma y saludando. Eran seis hombres y tres de ellos llevaban sus armas visibles en las manos. Ninguno vestía ropas militares o de policía. Varios de ellos llamaron al *coreano* por el nombre de González y al menos uno le preguntó por Armenta. Luego, todos siguieron al interior de la casa y cerraron la puerta tras de sí. Pedro se levantó sin prisa, pagó la gaseosa a la señora de la tienda y montado en su bicicleta, que tenía recostada a la pared, partió como cualquier muchacho del barrio. En cuanto dobló la esquina aceleró su pedaleo. Salió a la avenida, recorrió varias cuadras y luego volvió a meterse por distintas calles en un recorrido que lo llevó hasta un barrio de aspecto pobre, con casas desiguales y pequeñas, en el que muchos niños jugaban en las polvorientas calzadas, las puertas de las viviendas permanecían abiertas y la vida parecía tener mucha animación. Desde una casa enfrente a la que se detuvo, una muchacha lo llamó en voz alta en cuanto lo vio frenar. Pedro

respondió a su saludo y le dijo que más tarde la visitaría para hablar largamente. Cuando entró a la sala de la casa, su rostro reflejaba agitación. Frente a un televisor en blanco y negro, sentados en dos modestos sillones, Pablo y Alirio lo recibieron con alborozo. Una mujer atareada le gritó desde la cocina, que si quería tomar fresco buscara en la nevera el que ella acababa de preparar. Pedro le hizo caso y con el frío vaso en sus manos, se sentó al lado de los dos muchachos y les dijo, *el coreano y el otro están en la casa, reunidos con seis más que llegaron en la Toyota roja. Si se van como llegaron, creo que es posible darles como habíamos pensado. Tuve la impresión de que iban a demorarse. Da tiempo de llegar allá y sentarse en la tienda a esperar.* Pablo y Alirio se pusieron de pie de inmediato, *son las diez, vistámonos con las sudaderas y vamos por las bicicletas,* ordenó Pablo. Una media hora después de que Pedro se había ido de la tienda del palo de matarratón, un par de muchachos sudorosos, vestidos con camisetas sin mangas, pantalón de sudadera y zapatos tenis, recostaron sus bicicletas sobre la banca y se sentaron a su lado. Cuando la señora de la tienda se asomó a preguntarles qué deseaban, le pidieron un par de cervezas y le preguntaron si tenía música para animar un rato el ambiente mientras se refrescaban del calor. La señora encendió una grabadora que tenía en el local y sintonizó una emisora de música tropical en su radio. Después les trajo las cervezas. Pablo le preguntó entonces si tenía posibilidad de dar cambio por un billete grande. La mujer arrugó la cara, un tanto preocupada, pero él le dijo con una sonrisa amplia y voz persuasiva, *tenga el billete usted, es probable que nos demoremos, así que vaya cargando a cuenta de él*

lo que pidamos. Mientras tanto lo puede mandar a descambiar, tranquila. La tendera recibió el billete complacida por la amabilidad del par de jóvenes. Una hora más tarde ya les había llevado dos rondas más de cerveza y un paquete de cigarrillos, y se hallaba encantada con las frases divertidas y agradables que le dirigían cada vez. En su mayoría eran niños los que llegaban a comprar dulces o a llevar encargos que les hacían sus madres para la preparación del almuerzo en sus casas. A veces, no obstante, entraba una que otra mujer adulta o un par de jovencitas. Nada en los muchachos, que hablaban en forma animada y bebían cerveza, llamó la atención de alguno. Permanecían sentados de manera tal que podían vigilar la casa delante de la cual estaban parqueadas la camioneta y la moto, sin que se notara que esa era en realidad su motivación para estar ahí. Un poco después de las once y media, se percataron de que la puerta se abrió y comenzaron a brotar a la acera varios hombres. Iban risueños y jugándose bromas. Pablo y Alirio se transmitieron con los ojos la señal de alerta, aunque permanecieron sin alterarse. Contaron a seis de ellos que subieron a la camioneta y la pusieron en marcha. El vehículo avanzó hasta la esquina siguiente, donde giró, dio la vuelta y volvió por la misma calle. Al pasar frente a la casa, sonó su bocina y el conductor sacó su brazo por la ventanilla, en señal de despedida para los dos que permanecían allí de pie. Las miradas de varios de los ocupantes se posaron sobre el par de muchachos en ropa deportiva, que con sus bicicletas al lado tomaban cerveza a la sombra del árbol en la tienda. Fue sólo un momento y debió parecerles normal porque los ignoraron y siguieron su recorrido hasta doblar la esquina y per-

derse de vista. La tensión de Pablo y Alirio subió a su máximo grado cuando vieron al *coreano* cerrar la puerta y darle vuelta a la llave en la cerradura. De inmediato se subió sobre la motocicleta, le alzó el soporte y la empujó con las piernas para descender a la calzada. Con la cara mirando hacia el lado de la tienda, *el coreano* pateó con fuerza la palanca de encendido, al tiempo que su compañero se acomodaba detrás de él, en la parrilla. De los hombros de cada uno de ellos guindaba una mochila indígena de buen tamaño, que por el peso y forma de su contenido traslucían las armas de fuego que portaban dentro. Los ojos de Pablo se clavaron en los del *coreano* y aunque éste no lo miraba a él, en su brillo fanático adivinó el centelleo furioso de una decisión asesina. Los dos guerrilleros se pusieron de pie con el propósito de acechar el paso de los individuos, procurando disimular su intención con una jocosa conversación a los gritos. En ese preciso momento salió una mujer joven de una vivienda situada en forma diagonal a la del *coreano* y caminó con afán hacia la tienda. Parecía una atractiva parroquiana que hubiese dejado algo en el fogón mientras adquiría a toda prisa algún ingrediente que le faltó a última hora para el almuerzo. Lo revelaban la ligereza de su vestuario y su agilidad de movimientos. Apenas una franela sencilla cubría su torso, al tiempo que un pequeño pantalón de tela de bluyín con las mangas recortadas a la altura de la cadera, dejaba expuestas al aire la totalidad de sus bien torneadas piernas. Unas chanclas baratas le protegían los pies desnudos. Alirio y Pablo, absorbidos por la ansiedad que los embargaba, no pudieron evitar fijar sus ojos durante un segundo en ella y sentir el latigazo de la provocación despedida

por sus exuberantes carnes morenas. Pero los de la moto, que tenían ante sí la generosa vista trasera de la mujer, perdieron en forma inmediata la compostura y en lugar de acelerar el vehículo, se vinieron muy despacio detrás de ella disfrutando con el vaivén de sus redondas posaderas y asediándola con atrevidos requiebros. Cuando la mujer se metió de un salto a la tienda, *el coreano* y su compañero repararon por primera y última vez en los muchachos. Separados un metro uno del otro, habían extraído de alguna parte de sus cinturas, sendas pistolas y les apuntaban al cuerpo. Su intento de reaccionar llevando sus manos a las mochilas quedó trunco. Una lluvia de disparos brotó de las armas que tenían en las manos los guerrilleros, cada uno de los cuales accionó su pistola por lo menos media docena de veces. El cuerpo de Armenta cayó hacia atrás dándole la espalda al pavimento, mientras que el de González se fue hacia el lado y la moto le cayó encima. Con enorme rapidez Alirio y Pablo saltaron hacia ellos, les quitaron las mochilas y se las terciaron al pecho. La mujer que sin intención había distraído en forma fatal a las víctimas, se asomó temerosa a la calle y se encontró con los cuerpos sangrantes de los policías en el piso y el par de muchachos que montaban sus bicicletas y se perdían calle abajo. Con expresión de pavor, volvió a mirar a la señora de la tienda y le dijo con voz titubeante, *están muertos, los mataron... Ese par de muchachos los mataron*. La tendera corrió a la puerta también pero ya no vio a sus jóvenes clientes de hacía un rato. Pasando saliva, exclamó sin pensarlo, mientras veía más gente salir de otras viviendas y aproximarse a la escena, *es mejor no meterse en líos, mijita, váyase rápido y no le diga a nadie lo que*

vio. Yo diré que estaba adentro y no sé nada. La muchacha asintió y corrió a encerrarse en su casa. En unos minutos más llegó la patrulla de contraguerrilla del teniente Peña, haciendo ostentación de su agilidad portentosa para tirarse al suelo antes que la camioneta estuviera detenida por completo. Después vinieron de la Fiscalía y el Cuerpo Técnico de Investigaciones. Una hora más tarde, retenes del Ejército detenían los automóviles que salían de la ciudad y sometían a rigurosa requisita a sus ocupantes. El jefe del Das estaba fuera de sí, no hacía sino algunos escasos momentos que dos de sus hombres habían participado en una reunión en la casa del cabo González, y los dos habían visto de cuerpo entero a los asesinos bebiendo en la tienda, cuando salieron en la camioneta de los escoltas de Carlos Alfonso. Era el colmo de la ineficiencia, se suponía que unos y otros poseían un instinto natural para reconocer guerrilleros de un vistazo. La noticia comenzó a regarse por toda La Concepción, llegó en las líneas a Santa Clara y terminó esparcida de boca en boca con satisfacción por toda la Sierra. Dos semanas más tarde, un sábado en la mañana, el importante hacendado Álvaro Cújar, de quien se decía era la mano derecha de Carlos Alfonso Silva en el impulso y cubrimiento de la organización criminal paramilitar, salió de su casa en el barrio Las Flores en compañía de su administrador general, con el fin de realizar la acostumbrada visita mensual a su finca preferida en la zona rural de La Concepción. En el asiento de atrás de su campero último modelo viajaban dos de sus guardaespaldas, uno de los cuales tenía un mechón blanco de cabello en lado derecho de su cabeza. Unos metros atrás, el vehículo era seguido por una camioneta lujo-

sa pintada de blanco, ocupada a su vez por cuatro hombres. Los vidrios oscuros de los autos permanecían arriba para sacar el máximo provecho al aire acondicionado que refrescaba su interior. En pocos minutos, los dos autos salieron del casco urbano y tomaron la vía pavimentada por la que continuaron su recorrido a altísima velocidad. Quince minutos después, disminuyeron un tanto su marcha al aproximarse a un portal que indicaba la entrada a una propiedad ganadera. Sobre la reja de doble hoja que bloqueaba el paso, un letrero gigante atravesaba el portal de un muro al otro, *Hacienda Las Margaritas*. Finos postes pintados con colores blanco y negro, sostenían las cinco líneas de alambre de púas, tras las cuales se alcanzaban a mirar muchas cabezas de ganado cebú apacientando en la sabana y sombreando aquí y allá bajo unas palmas de hojas inmensas. A unos ciento cincuenta metros de la entrada se apreciaba una vistosa vivienda techada con láminas rojas y pintada de crema, y no muy lejos de ella, unos corrales con perfecto acabado. Hacia atrás de la mayoría, se situaba un caserón de grandes dimensiones, bastante descuidado en su apariencia. Un kiosco techado en palma y rodeado de una chambrana artísticamente decorada completaba la vista general. El campero que iba adelante viró con lentitud, recorrió despacio los ocho metros que lo separaban del portón y se detuvo ante él. La camioneta se le estacionó atrás, dejando libre del todo la carretera principal. Al tiempo que le pasaba la llave, el administrador ordenó al escolta del mechón blanco en la cabeza, que quitara el candado de la reja, *déjala abierta, estando aquí no hay por qué cerrarla*. Los dos vehículos estaban detenidos pero tenían sus motores en marcha a la espera

de que se les despejara el paso. En cuanto el escolta abrió la portezuela del campero, sus ocupantes aspiraron de improviso el golpe del aroma campestre, olía a tierra con boñiga reseca al sol, a pasto y monte recalentados. El hacendado miró hacia los lados desde su asiento y le dijo al administrador con cierto disgusto en la voz, *el pasto que rodea la cerca está muy alto y mire todo el monte que crece en este espacio de la entrada. Parece una finca abandonada.* Cuando su administrador se aprestaba a responderle, se levantaron de entre ese pasto y ese monte, a ambos lados de los automóviles, como si fueran una repentina aparición provocada por un mago, una docena de hombres vestidos de verde que tenían empuñados negros fusiles y comenzaron a dispararlos contra los automotores y sus ocupantes. *¡Una trampa, nos tenían una emboscada, dispáren ustedes!*, alcanzó a gritar Álvaro Cújar antes de ser alcanzado por un disparo en la cabeza. Encerrados en sus autos, los guardaespaldas intentaron inútilmente hacer uso de sus armas. Los guerrilleros rociaron sus ráfagas mortales durante un minuto, volando por completo los vidrios negros y rellenando de agujeros las carrocerías. En el suelo quedó tendido el escolta del mechón blanco, sorprendido cerca del portón de la finca por el repentino ataque. Luego de acercarse con cautela a los autos, algunos guerrilleros abrieron sus puertas. *¡Quítenles las armas!*, gritó el que iba al mando de ellos. Él mismo se arrimó al cadáver ensangrentado de Álvaro Cújar y procedió a apoderarse del pequeño maletín de mano que había caído a sus pies. El mismo procedimiento fue seguido por otro de sus hombres del lado del administrador. Después de verificar que los dos estaban bien muertos, el

mando ordenó la retirada. Varios buses habían pasado a alta velocidad por la vía. Un automóvil blanco intentó detenerse, pero los guerrilleros le hicieron la señal de que siguiera adelante. Después se colaron por debajo de las cuerdas de alambre y corrieron hacia el interior de la hacienda. Las moles azules de los grandes filos de la Sierra parecían muy distantes de allí, pero no cabía duda de que allá tenían que dirigirse lo más rápido que pudieran. Antes de tres horas de camino no podrían sentirse a salvo. Ningún conductor de los que transitaban por la carretera se decidía a frenar allí para averiguar lo ocurrido o intentar auxiliar a los asaltados. Transcurridos varios minutos desde que partieron los atacantes, comenzó a moverse en el suelo el escolta del mechón blanco. Primero levantó la cabeza e inspeccionó a su alrededor. Luego comenzó a incorporarse con gran trabajo. Sentía fuertes dolores en el hombro y el brazo izquierdo, de los cuales manaba abundante sangre. Su pantalón también estaba chorreado de sangre desde su muslo derecho, pero la pierna no le dolió cuando se irguió del todo. Apenas sentía un molesto ardor, como si un hierro caliente lo hubiera quemado. El espectáculo que contempló al mirar el campero y la camioneta lo llenó de angustia. Entonces comenzó a llorar y a implorar auxilio con todo el aliento de que era capaz. Sus pasos vacilantes lo llevaron hasta el pavimento y parado al borde de la carretera empezó a extender su brazo sano a los automovilistas en señal de socorro. Primero se detuvo un vehículo, luego otro, después fueron varios. *¡Asesinaron a mi patrón! ¡La guerrilla acaba de matar a mis compañeros también! ¡Yo me salve porque me hice el muerto!*, gimoteaba poseído de congoja a los curiosos que sin

disimular su espanto, se le acercaban con cuidado. Algunos que examinaban los cuerpos abaleados en la camioneta gritaron, *¡aquí no hay uno solo que esté vivo!* De los tres ocupantes del camperero, ninguno vivía tampoco. Álvaro Cújar, su administrador y uno de sus escoltas tenían los cuerpos repletos de balazos. El escándalo que se formó en La Concepción por estas muertes alcanzó dimensiones de tragedia. La emisora local y los corresponsales nacionales daban cuenta del intolerable nivel alcanzado por la violencia guerrillera en la región. La prensa escrita dedicó varios informes al hecho, reproduciendo el clamor de los empresarios del agro, las autoridades locales, la iglesia, la cámara de comercio y el gremio de los ganaderos porque el gobierno nacional adoptara serias medidas a fin de contrarrestar la arremetida violenta de la subversión que no vacilaban en calificar como terrorista y salvaje. La ola de declaraciones casi alcanzó la histeria cuando una semana después, el domingo, a la salida de la misa de seis de la mañana, en las escalinatas de la iglesia de la parroquia central, el hacendado Hernán Barros Laverde, primo segundo de Carlos Alfonso Silva, capitán retirado del Ejército y asesor de seguridad de los más grandes finqueros de la región de La Concepción, cayó fulminado por los disparos de las pistolas accionadas por un par de muchachos que más bien parecían dos monaguillos a la espera del cura. Se había dado la fatal coincidencia de que los guardaespaldas del ganadero de cuarenta y cinco años habían ido a la bomba cercana para echar aire a las llantas de sus carros, las cuales, quién sabe por qué razón habían amanecido muy bajas. Tras disparar contra su víctima, los muchachos corrieron en direcciones distintas con el fin de

despistar a sus perseguidores. Uno de ellos, después de doblar una esquina, se encontró a quemarropa con una patrulla de la Policía que muy seguramente ignoraba lo ocurrido. Sin embargo, nervioso y a la carrera, no vaciló en hacer fuego con su pistola contra los ocupantes antes de seguir con su veloz huida. La reacción de los policías fue tardía. Cuando desenfundaron sus armas y comenzaron a usarlas, el muchacho se colaba por una callejuela perdiéndoseles de vista. Sin embargo, al llegar a la esquina, encontraron rastro de sangre. *¡Va herido! ¡Ese perro no se nos escapa!*, animó a los demás el sargento. El rastro se les perdió más adelante. Pese a mirar hacia todos los lados, avanzaron hasta la esquina siguiente sin hallarlo. Desconcertados, daban vueltas alrededor con sus armas en la mano. Una mujer que los observaba desde la puerta de su casa les gritó, *si están buscando al ladrón, yo vi uno que se metió corriendo a esa casa*, y les señaló un portón abierto. Con precaución, los policías se asomaron y miraron adentro. Sin pensarlo dos veces se metieron a la sala de la vivienda. Dos gotas de sangre manchaban el piso en la entrada a un cuarto. Los hombres se miraron entre sí y prepararon el asalto. Uno se lanzó adelante y dos lo siguieron en forma inmediata. El muchacho, sentado y mal herido en una cama, tiró al primero que entró y lo tumbó al piso con el impacto, pero los otros le dispararon varias veces hasta asegurarse de que estaba muerto. Una mujer gruesa corrió del patio hacia la sala preguntando qué ocurría. Detrás de ella se asomó temeroso un anciano de cabeza blanca. El sargento los dejó arri-mar y les preguntó si conocían al muchacho. La mujer, sin verlo, aseguró que allí no vivían sino ella y su padre, no había

ningún muchacho. El policía pese a ello, la obligó a mirar el cadáver. Aterrorizada, la mujer afirmó que no lo conocía, ni siquiera entendía por qué estaba allí. El viejo confirmó sus palabras. El policía les dijo entonces mostrándose comprensivo, *por esta época ya no se pueden tener las puertas de la calle abiertas, cualquier bandido se mete. Nosotros nos haremos cargo.* El agente que entró de primero estaba muerto. Pedro carecía de familiares en La Concepción. Había llegado a la Sierra como cogedor de café y allí ingresó a la guerrilla. Nadie se presentó entonces a reclamar su cuerpo que fue sepultado como NN en una fosa común del cementerio local. Al día siguiente, un imponente desfile fúnebre, encabezado por el Representante Carlos Alfonso Silva y el capitán Cárdenas acompañó el féretro de Hernán Barros Laverde a su tumba. Por lo menos cien hombres de los que marchaban en el multitudinario entierro, portaban sus armas a la vista, caminando a los lados y detrás de sus escoltados, con los ojos bien abiertos. La guerra se acentuaba. Todos tenían miedo. El capitán Cárdenas, rodeado por varios de sus subalternos, avanzaba pensativo. Esa mañana se lo había jurado otra vez a su mujer, dentro de muy poco pensaba pedir la baja, los papeles ya casi estaban listos, apenas le faltaba cuadrarse un billete que tenía en mente. Cuando eso sucediera, se largaría con ella definitivamente, para vivir en los Estados Unidos el resto de sus vidas. En este país ya no se podía esperar futuro alguno, ni siquiera había la certeza de poder llegar a viejo. El bandido de su hijo tendría que arreglárselas en adelante solo.

Zulima se sentó en el lecho, dobló las piernas y rodeándose las con los brazos, las recogió aún más, hasta casi juntar las rodillas con su quijada. Ella y José Marcos habían tendido su cama en el centro de un monte bajo, guindando su carpa de casa del delgado tronco de algunos árboles jóvenes cuyas escasas ramas daban paso libre a los rayos de la luna. Eran las once de la noche y desde casi las nueve, cuando se recogieron a dormir junto con sus dos compañeros que completaban la comisión de la sabana, los cuales descansaban también en el suelo a unos metros de ellos, la pareja se la había pasado discutiendo en voz baja. José Marcos había soltado dos de los guindos del toldillo para recogerlo a un lado del jergón y poder así arrojar lejos el humo de los cigarrillos que fumaba uno tras otro. Zulima le había dado la espalda y él se percataba de que lloraba en silencio. Ya no encontraba qué más decirle, simplemente se trataba de esperar. Con el alma destrozada por su propia decisión y perturbado a su vez por el sufrimiento de la muchacha, encendió otro cigarrillo a la espera de que fuera ella quien hablara. El asunto llevaba casi una semana mortificándolos, pero José Marcos resolvió con entereza no prolongarlo más. Ella le había comunicado días atrás, con los ojos fulgurantes por la emoción, que esperaba un hijo, que no había la menor duda, durante dos veces seguidas no le había llegado el período y sentía su cuerpo repleto de sensaciones nuevas y extrañas. Se sentía feliz, aquello era la realización de su amor por él, lo más bello que podía sucederles. Y como se lo dijo después, se había sentido defraudada en grado sumo por su reacción. José Marcos recibió la noticia como si se hubiera tratado de un golpe bajo. Lo primero que se le había

ocurrido decirle fue, *¿Has pensado dónde y cómo lo vamos a criar nosotros?* Lo había expresado con frialdad, casi con dureza, como si lo que ella le estuviera diciendo fuera una estupidez. Ella trató de evadir el sentido de sus palabras, *ya pensaremos qué hacer, pero dime, ¿no te parece maravilloso? Un hijo, un hijo de los dos, ¿es que no te produce alegría, no es que me amas con toda tu alma?* Claro que te amo, le respondió él, *y es justo por eso que me preocupa el hecho. Puedo perderte por su causa.* Ella no podía creer lo que oía, *¿Cómo que perderme, si esta criatura va a unirnos para siempre? Vas a ser su padre y yo su madre. ¿No eres capaz de comprender lo que eso significa? Sé lo que significa, claro que lo sé,* alegó él con mayor seriedad aún. *Pero te olvidas que tú y yo somos guerrilleros, nuestra vida es el trabajo y el combate, hoy estamos aquí y mañana bien allá, siempre es posible que nunca regresemos al mismo lugar. No podemos tener hijos.* A partir de ese instante quedó claro que hablaban lenguajes distintos. Y que sería muy difícil que se pusieran de acuerdo. Siempre que ella tenía una idea, un pensamiento fugaz que se le antojaba la mejor solución al caso, volvía a abordar el tema con evidente expectativa, para salir de nuevo lastimada por la obstinación de él al respecto, *no hay otro camino que el aborto, no insistas en soñar.* Lo peor para ella era que de este y otros temas semejantes, había recibido orientaciones e instrucciones desde el mismo momento en que comenzó a hacer preguntas sobre la vida en la guerrilla, y de manera más amplia en el curso que había hecho en la Sierra. La camarada Sandra les había dado varias charlas al respecto. Una guerrillera no podía tener su niño al lado porque las tareas que implicaba la lucha se lo impedirían. Por

lo regular todos sus allegados eran pobres, ese niño habría que darlo a uno de ellos para que asumiera su crianza, haciéndole más graves sus propios problemas. Al comienzo, cuando las cosas fueran fáciles todavía, una vez cada año o cada dos, podría verlo, cuando se pudiera organizar que lo trajeran de visita por cuatro o cinco días. Si se lo miraba bien, esa maternidad o esa paternidad, resultaban más bien absurdas, eran ficticias, lo más parecido a un capricho. Y por ese capricho ese niño estaba destinado a sufrir, crecería sin madre y sin padre, como si naciera huérfano. Por otro lado, el movimiento no estaba en capacidad de hacerse cargo de los gastos que requerían la crianza y educación del menor, en el momento en que se hiciera cargo de uno solo, tendría que responder por todos y eso lo convertiría en algo distinto. Su objetivo fundamental era otro, la toma del poder. Podría sí, en alguna ocasión, darle una ayuda, pero sería algo eventual, nada que le pudiera garantizar la satisfacción de sus más elementales necesidades. Por todas esas razones, la mujer guerrillera debía hacer renuncia de su posibilidad de ser madre, como una decisión ligada de manera indisoluble a su ingreso al movimiento. La anticoncepción era una regla que se promovía y practicaba entre mujeres y hombres, y por ende el embarazo siempre sería una manifestación de irresponsabilidad. Ser guerrillera o guerrillero era un compromiso serio que se asumía para toda la vida, quien daba ese paso debía ser consciente de que su futuro iba a ser distinto al de las personas comunes y corrientes, era un profesional revolucionario obligado a pensar y obrar de manera consecuente. El más importante de los deberes era contribuir con todas sus posi-

bilidades a arrebatarle el poder a las clases dominantes. Ese interés debía estar por encima de todo. En lugar de amar a un niño en concreto, se entregaba la vida a la lucha por la redención material y espiritual de los millones de niños hambrientos, privados de atención médica y educación, condenados a un destino miserable de enajenación e ignorancia. Pero no de manera mentirosa e inocua, como ciertas congregaciones o fundaciones privadas que pretendían apaciguar las injusticias generales con una limosna individual, sino de manera real, práctica, destruyendo un orden social que solo beneficia a los dueños del capital y de la tierra, y contribuyendo a construir otro más justo e igualitario en beneficio de la gran mayoría. Qué bonito era escuchar todo eso en el aula cuando los argumentos sonaban tan convincentes y precisos, pero qué lejano se sentía, cuando el aliento de la nueva vida palpitaba en las propias entrañas y con ella crecían las ilusiones de felicidad que traería su existencia. José Marcos no hacía otra cosa que repetirle una y otra vez cuál era el lugar en que se hallaban. Él mismo cargaba una cruz inmensa, decía, como consecuencia de haber tomado el camino de las armas. Había dejado en la ciudad una niña, de seis años. Era supremamente linda e inteligente y cuando vivían todos en casa le demostraba su amor con una ternura conmovedora. Ahora vivía con la mamá, la mujer que había sido su compañera antes de ingresar a la guerrilla. Ella nunca había compartido las ideas de él y desde luego no le perdonaba que la hubiera abandonado para irse con los guerrilleros. Educaba a su hija en condiciones de mucha pobreza y lo que era peor, inculcándole resentimiento y odio. Para la niña, el único responsable de todas las desgra-

cias que compartía con su madre era él, y a ese respecto él no estaba en condiciones de ayudarle a mirar las cosas de un modo distinto. Hacía muchos meses que no la veía. La última vez que había estado de paso por la capital, su antigua compañera le había preguntado si no le dolía que su hija creciera con la vergüenza de que su padre fuera guerrillero. Él le había dicho que llegaría el día en que su hija iba a sentir orgullo por eso. No le quiso repetir a Zulima lo otro que le había dicho, tal vez había sido muy fuerte, pero a veces con la compañera se dicen cosas que nunca se le dirían a otra persona. Le había agregado que se preocupara más bien porque su hija no tuviera que avergonzarse de la conducta de su madre. Habían quedado en tablas, sólo el tiempo diría qué iba a pensar su hija de cada uno de ellos en el porvenir, y eso dependía de lo que llegara a ser cada uno. Porque le dolía de manera intensa y permanente la situación de su hija, José Marcos encontraba más razones para insistir en su posición. Experiencias amargas ya tenía y no quería repetir las. Lo que pesaba como un fardo sobre su conciencia, era haberse descuidado en lo de la planificación. Ella había dejado de cuidarse mientras estuvo en el curso, a su juicio no había ninguna necesidad. Y claro, cuando volvieron a encontrarse, las fuerzas de la alegría y el deseo no les permitieron pensar en ello. Él creyó que ella aún planificaba. Ahora se lamentaba por su negligencia. Unos cuantos minutos atrás, había pronunciado unas frases que le salieron con mucha dificultad de lo más profundo del alma, *mi amor, quería decírtelo desde el primer día, pero tuve miedo de ablandarme y ceder... Además pensé que iba a fortalecer tu idea, contrariamente a lo que deseaba... Es hermoso saber que*

esperas un hijo mío... Tienes dieciocho años y sé que te verías preciosa como mamá... Quizás algún día la vida nos dé esa oportunidad, me duele sobremanera que no pueda ser ahora... No soy un ser insensible, si hablo mucho de esto terminaría derrumbándome... Quiero que sepas que esto me afecta tanto como a ti, hay cosas que no pueden ser, por favor, comprende.

Zulima permanecía en la misma posición, con la mirada perdida en algún punto a la distancia. El silencio de la noche permitía fugaces interrupciones a alguna ave que cantaba a lo lejos, a los grillos persistentes que lloraban sin descanso y al desesperado croar de alguna rana en celo. Hubo momentos durante la larga pausa, en que parecieron escucharse con fuerza las respiraciones de ambos. Por fin, Zulima levantó la cabeza y sin volver a mirar a su compañero, preguntó, *¿Y cuando salimos a lo del legrado?* Pese a que esas eran las palabras que José Marcos esperaba oír desde un principio, se sorprendió al escucharlas. Arrojó el cigarrillo que fumaba al suelo, *se aproximó a ella* y la abrazó, *mañana mismo comunico a la Dirección la novedad y solicito el permiso. En un par de días nos iremos, supongo que en dos o tres más estaremos de vuelta.*

Zulima asintió resignada. Pese a ello susurró con voz triste, *jay, papi, qué pesar tan grande!*, y se echó a llorar sobre su hombro con enorme desconsuelo. La mañana del martes siguiente la pareja llegó a La Concepción en un destartado campero que les hizo el expreso hasta la casa de Baldomero, un pequeño propietario rural que poseía un camión Ford 600 con el que entraba a los pueblos de la sabana, y a quien habían ganado para la causa de la revolución. Baldomero les había ofrecido su casa en La Concepción para cualquier even-

tualidad importante. Bajarse en una vivienda de cualquier barrio popular resultaba más seguro que hacerlo en un hotel o residencia, sobre todo si la familia que los hospedaba sabía obrar con la discreción suficiente. María Antonia, la mujer de Baldomero, había conocido la guerrilla en la finca, un día que entró acompañando a su marido y en el que coincidentalmente los guerrilleros llegaron allá. La habían encantado el humor de José Marcos, la sorprendente desenvoltura de Zulima y el carácter dispuesto de los otros muchachos, capaces de medírsele al trabajo que se necesitara, fuera cual fuera su naturaleza material. María Antonia no necesitó comprender muchos elementos de política para ofrecerles su ayuda en cuanto estuviera a su alcance. Cualquier cosa por la que lucharan un grupo de muchachos como esos, tenía que ser justa. Por eso se alegró cuando Baldomero le dijo la noche anterior que en la mañana llegarían Zulima y José Marcos y que había que alistarles un cuarto para que se hospedaran por unos cuantos días, mientras cumplían unas tareas que los obligaban a salir del campo. Ojalá que ninguno de sus vecinos, ni siquiera ninguno de sus tres hijos, se enteraran de quiénes eran en realidad. Los harían pasar por un sobrino de él y la mujer que venían de Santa Marta a tramitar algunos papeles en la Concepción. En la mañana, cuando María Antonia servía el desayuno a sus hijos, les comentó que cuando regresaran del colegio, iban a hallar en casa la visita de un primo y su mujer. Baldomero se había levantado mucho más temprano y se había ido a trabajar. La personalidad de los visitantes le resultó sobremanera agradable a los muchachos cuando vinieron del colegio. Ellos tenían dieciséis, catorce y once años,

pero los recién llegados encontraron la manera de entablar conversación con cada uno y ganarse rápidamente su confianza. José Marcos hablaba con tanta gracia que los hacía reír todo el tiempo, mientras que la belleza y el trato de Zulima les producía al oírlos, una especie de dulce relajación. *¡Que primos tan especiales, mamá! ¿Cómo no teníamos antes noticia de su existencia?* La pareja salió de la casa al atardecer. En un taxi se dirigieron al sector céntrico y llegaron hasta la clínica San Sebastián, en donde los esperaba el doctor Herrera, quien la noche anterior había recibido una nota enviada por José Marcos con Baldomero, y por consiguiente estaba enterado ya del problema. Sentados frente a la mesa de su consultorio, y luego de un breve examen mediante el cual el médico constató el embarazo, escucharon de sus labios unas palabras preocupantes. Para la práctica del procedimiento quirúrgico requería de ciertas inyecciones que no pudo conseguir ese día en las farmacias locales. Un colega suyo de la capital al cual llamó, le había dicho que tenía una buena provisión de ellas, bastaba con que enviara a recogerlas. El problema era ese, él no tenía a quién enviar. José Marcos le pidió que elaborara una fórmula y le diera la dirección de su amigo médico. Tal vez ellos, con más calma, podrían encontrar la medicina en alguna farmacia local. Si no, se trasladarían a primera hora del día siguiente a la capital. Estarían de regreso a más tardar al medio día. En la tarde, si el doctor estaba de acuerdo, se podría practicar la operación. El doctor Herrera asintió de buen grado. Programaría sus actividades de tal modo que la tarde estuviera disponible para ellos. Así él mismo podría estar pendiente de la evolución de su paciente durante la noche. José Marcos y Zu-

lima salieron a intentar hallar las inyecciones en procura de evitarse el viaje a la capital. En la segunda de las boticas que visitaron, la joven empleada tomó la fórmula en sus manos y luego de manifestarles que no la hallaba en los estantes, les pidió esperar unos minutos mientras echaba un vistazo en la bodega. Agradecidos por su gentileza, ninguno de los dos se percató de que la mujer no se dirigió a la bodega, sino que entró al cuarto siguiente donde había un teléfono. Luego de marcar un número local, preguntar por Carlos y saludarlo cuando se puso en línea, le informó en voz baja, *oye, es para contarte que tengo aquí una pareja, la muchacha morena de aproximadamente dieciocho años, y el tipo de unos veintiséis veintisiete, traen una fórmula firmada por el doctor Herrera de la clínica San Sebastián, buscan la medicina esa que ustedes mandaron a controlar, no parecen de por aquí. Creía que podría interesarte.* Después de halagarla con gratificantes palabras, su interlocutor le pidió demorarlos lo máximo que pudiera y fijarse muy bien en su aspecto y vestimenta. Ella le aseguró con verdadero interés que haría cuanto le fuera posible. Se sentó a esperar diez minutos más y volvió a salir con cara de desconsuelo, *¡qué pena hacerlos esperar tanto para nada! Volví al derecho y al revés todas esas cajas pero no pude encontrar las inyecciones. ¿Es muy urgente? Porque podría pedir las a la principal en la capital y mañana a las nueve ustedes podrían venir por ellas.* José Marcos le preguntó con escepticismo, *¿Pero sí es seguro que las mandarían? ¡Claro!,* respondió veloz la muchacha, *todas las mañanas vienen a traer las remesas y a llevar la plata, sin falta.* José Marcos miró con expresión interrogante a Zulima y como si hablara con ella también,

le dijo, *listo, mañana a las nueve pasamos por aquí*. Después volvió los ojos hacia la empleada y con la más atractiva de sus sonrisas le expresó, *quedaremos en deuda por las molestias que te tomes por nosotros*. La empleada devolvió el gesto con una mirada cargada de coquetería. Apenas regresaron a la calle, Zulima le manifestó que no había caso seguir buscando. Era peligroso para ellos. José Marcos estuvo de acuerdo. Sin embargo le preguntó si creía conveniente volver a ese sitio a las nueve. *Hay algo en esa mujer que no me gustó*, le respondió ella. *Tengo la impresión de que hizo cuanto pudo por retardarnos y luego por comprometernos a volver*. José Marcos calló, podría ser cierto, las mujeres tenían un sexto sentido. Aunque podía ser cuestión de celos. Él le había sonreído con galantería y ella se había percatado. En todo caso lo seguro era lo seguro. Madrugarían. Abordaron el primer taxi que pasó y le dieron las indicaciones para que los llevara a la casa de Baldomero. Apenas se marcharon, una motocicleta negra Honda 1000 apareció en la esquina y se detuvo frente a la farmacia. Sus ocupantes descendieron a hablar con la dependiente. Se trataba de los dos policías que habían reemplazado a González y Armenta en sus funciones de investigación judicial. Uno de ellos, Carlos, era el novio de la empleada. Luego de saludarla con un beso en la boca, le pidió que le hiciera un relato completo del suceso reciente. Escucharon sus palabras con atención, sobre todo en la parte relacionada con la descripción de la pareja, *tienen que ser guerrilleros*, concluyeron al tiempo, *¿A qué horas cierras?* La muchacha les dijo que a las ocho. *Bien, volveremos por ti a esa hora, iremos a revisar el álbum de fotografías y retratos hablados*. Eran casi las diez

cuando los policías tocaron a la puerta del despacho del capitán Cárdenas. La oficina tenía una puerta interior que daba a un cuarto que el capitán usaba como alcoba. Desde allá pareció brotar el gruñido que preguntó quién era, *somos Navarro y Daza, mi capitán, hay algo que creemos debe conocer. ¿Y no puede esperar para mañana?*, volvió a rugir la voz. Navarro miró a los ojos a Daza en señal de interrogación y éste le susurró con voz casi inaudible, *tiene que estar montando a Anita, no quiere bajarse*. Navarro sonrió con ironía y murmuró, *el sueño imposible de Armenta...* Luego agregó, *tocó dañarte el banquete capitán*. Levantando la voz respondió, *creo que no, mi capitán, es un asunto importante. Bueno, ya salgo*, volvió a gruñirles el de adentro. Unos minutos después, el capitán abrió la puerta de su despacho y los invitó a seguir, *¿se van a tomar algo?* Los hombres le respondieron que querían café. Entonces llamó en voz alta a Anita y le ordenó que trajera dos tintos. *Enseguida mi capitán*, sonó una voz femenina desde el cuarto. El capitán se frotó las manos y se las puso unidas frente al rostro, apoyando los codos en el escritorio, *los escucho entonces*. Daza habló primero, *mi capitán, creo que estamos a punto de cogernos dos guerrilleros, un pez gordo, se trata del tal José Marcos, del que hemos recibido varios informes de la sabana*. El capitán apenas parpadeó. Navarro continuó la narración, *desde cuando vivían los finados González y Armenta que en paz descansen, se hacía inteligencia por el asunto de los abortos*. El caso era que la orden de suspender en las farmacias la venta de medicinas abortivas, parecía dar los primeros resultados. La novia de Daza, que trabajaba en una de ellas, había sospechado de una pareja que llegó a comprarlas y hab-

ía dado aviso. Ellos se la habían traído hasta el laboratorio de la Sijín en procura de identificarlos, y los resultados eran positivos. La muchacha aseguraba que el hombre que estuvo buscando las inyecciones era el del retrato hablado que tenían de José Marcos, el terror de los ganaderos de la sabana. Y el tipo había quedado de volver al día siguiente a las nueve por las inyecciones. Andaba acompañado de una muchacha morena, muy bonita. Todo hacía pensar que debía tenerla preñada y que pensaban practicarle el aborto en la clínica San Sebastián, la fórmula que llevaban era de ese establecimiento y la firmaba el médico Herrera, el comunista ese del que sospechaban de tiempo atrás. Anita entró con una bandeja que contenía dos pocillos de café para ellos y un vaso de agua para el capitán. Después volvió a salir. La animación del capitán creció a medida que sus subordinados explicaban su trabajo, hasta el punto de que cuando terminaron se puso de pie y exclamó, *¡vamos a preparar un operativo para cogerlos! Hay que tener gente en todas partes, por si no resulta en un lado, que resulte en el otro. Esta oportunidad no podemos perderla. Tendremos vigilada esa farmacia en la mañana, y vamos a poner gente todo el día a celar la clínica. Hay que fotocopiar el retrato para distribuirlo mañana entre todos los policías. La misión única para el teniente Peña va a ser buscar al tipo. Vamos a poner en actividad hasta la gente de Carlos Alfonso. Al Das y al Ejército no les diremos nada por ahora, quiero que el golpe sea sólo nuestro. Mañana comeremos guerrilleros fritos, o me dejo de llamar Obdulio Cárdenas.* Antes de salir de la casa de Baldomero, José Marcos decidió que llevaría consigo la mochila que le había regalado Amanda. Hasta ese día no la

había estrenado, aunque siempre la llevaba entre su equipaje. Guardaron en ella la pequeña cartera de Zulima, un libro de poemas de Mario Benedetti, una colección de caricaturas de Mafalda y un rollo de papel higiénico. Unos minutos antes de las seis de la mañana, compraron los tiquetes para la capital en el despacho de *Transportes La Costeña*. A las ocho llegaron a su destino. Desayunaron en un restaurante con vista a la bahía para darse el gusto de contemplar el mar y luego fueron hasta la dirección que les dio el doctor Herrera. A las nueve estaban en condiciones de regresar, con las inyecciones aseguradas en el fondo de la mochila guindada en el hombro de José Marcos. Cuando éste le planteó a la muchacha dirigirse al transporte, ella lo sorprendió con la propuesta de que aprovecharan la oportunidad para bañarse en el mar. En apoyo de su idea, argumentó que si llegaba a morir esa tarde, como consecuencia del legrado, quería llevarse la satisfacción de haber disfrutado del Caribe el último día. José Marcos no tuvo el valor para negarse, aunque le dijo que no era bueno pensar en esas cosas. Claro que se bañarían, pero por la felicidad que le producía bañarse con ella en las aguas de su tierra natal. Alquilaron unos trajes de baño amplios en una de las casetas de madera que había en la playa, donde les guardaron también sus cosas por una módica tarifa, y se metieron al mar corriendo en contra de las olas. Los rayos del sol no habían calentado lo suficiente las aguas, y por debajo de la superficie aún permanecían frías, pero la sensación que producían en la piel era deliciosa. En el fantástico esplendor del firmamento no se veía una sola nube, mientras que bandadas de pájaros blancos surcaban en formación el cielo intensamente azul,

llenándolo todo de calma. Abrazados como dos niños José Marcos y Zulima jugaron a la lucha libre, se revolcaron a poca profundidad y luego en la playa, colmados de alegría, gritándose sobrenombres y corriendo uno tras del otro con cualquier pretexto, hasta caer en la arena y rodar felices en la espuma de las olas. Tras disfrutar así un largo rato, tuvieron la idea de entrar a darse una ducha fresca en una de las residencias de la avenida. Allí podrían hacerse el amor antes de partir. A las doce subieron al bus de *La Costeña* que los llevaría de regreso a La Concepción. Pese a un ligero nerviosismo que crecía poco a poco en Zulima, los dos viajaban risueños y satisfechos, ella del lado de la ventana y él a su lado con la cabeza recostada en su hombro. A las diez de la mañana, mientras José Marcos y Zulima disfrutaban del mar en la bahía, Daza y Navarro llamaron por teléfono desde la farmacia al capitán Cárdenas, para informarle que la pareja que esperaban no había llegado a buscar las inyecciones. *Nada se ha perdido, es posible que hayan maliciado algo, esos tipos son astutos. Averigüen en el transporte si han visto al tipo comprando tiquetes para la capital, es probable que hayan ido a buscar las inyecciones allá. Hay informes de un taxi que los recogió ayer por ahí cerca, ya fue gente a la casa donde los llevó pero no hay nada, una vieja que dice no saber de quienes le hablan. Ya tenemos el ojo echado allá también. Y hay personal investigando por el dueño de esa vivienda. Tranquilos.* En el transporte el despachador reconoció el retrato hablado de José Marcos en cuanto se lo pusieron frente a los ojos, *estoy seguro, sí, esta mañana compró tiquetes para Santa Marta, lo recuerdo porque lo acompañaba una morena muy linda.* El ca-

pitán Cárdenas en persona decidió llamar a los transportes de la capital en cuanto recibió el último dato de los detectives. Sabía ya hasta el color de las ropas que llevaban puestas sus presas, así que hizo la descripción más completa de ellas a los despachadores. Todos eran conocidos de la policía local, la empresa solía turnarlos entre La Concepción y la capital. Se abstuvo de llamar a sus colegas de la policía, movido por el deseo de que fuera su gente la que diera el golpe, *si los detienen en la samaria, se van a adjudicar el mérito, esta recompensa debe ser sólo mía*, pensó. Poco faltó para que saltara de felicidad cuando a las doce y diez minutos recibió la comunicación desde *Transportes La Costeña* en la capital, *la pareja que le interesaba, se había embarcado para La Concepción, en la buseta 092 que debía estar allá a las dos de la tarde. ¡Son míos, míos! ¡Me las van a pagar todas!* En cuanto Navarro y Daza se comunicaron de nuevo, les ordenó presentarse en el acto en el comando. Allí, cara a cara con ellos, sin que nadie más pudiera oírlos o enterarse, les ordenó, *busquen de inmediato la gente de Carlos Alfonso, lleven dos carros. Ustedes dejan esa moto, no se les ocurra llevarla. A diez minutos de la entrada a la ciudad detengan la buseta 092 de Transportes La Costeña. En los puestos 15 y 16 vienen sentados nuestros tortolitos. Los bajan y los llevan hasta la hacienda del finado Álvaro Cújar. Que la gente de Carlos Alfonso quite las placas a los carros antes de llevarlos, por si acaso un mal testigo. Allá estaré yo esperándolos.* Los policías partieron de inmediato.

El calor de la hora pesada se sentía con pleno furor dentro de la buseta en que viajaban Zulima y José Marcos. La muchacha,

agobiada por el bochorno, dormitaba entre frecuentes sobresaltos, en tanto que él se había dejado vencer por el sueño con la cabeza reclinada sobre el hombro de ella. Los ventanales a medio abrir dejaban colar una fuerte y tibia brisa. El ruido de una bocina que sonaba una y otra vez hizo abrir los ojos adormilados a Zulima. Entonces vio una camioneta roja que al parecer intentaba pasar adelante de la buseta. El hecho, que a primera vista le pareció normal, había generado por alguna razón que no comprendió en el instante, algún grado de alarma entre los demás pasajeros. Inquieta por la situación, optó por despertar a José Marcos. Varios pasajeros se habían puesto de pie para mirar mejor. Uno de ellos exclamó, *¡esos tipos están armados!*, otro le gritó al conductor que no se detuviera, *¡nos quieren atracar!*, advirtió lleno de miedo. La camioneta de motor muy potente, intentó cerrar la marcha a la buseta y esta estuvo a punto de salirse de la vía cuando su conductor maniobró para evadirla. A la mente de José Marcos acudió de repente el recuerdo de la experiencia contada por Abel la noche en que celebraron la emboscada realizada cerca de El Cincuenta. El episodio le pareció idéntico al de la captura narrada por su comandante. Su instinto le indicó de manera inmediata que aquellos hombres venían por él. Entonces tomó a Zulima por un brazo y le dijo, *si nos llegan a detener, nunca digas una palabra de lo que sabes, niega siempre que eres guerrillera, hasta la muerte si es preciso*. La muchacha reaccionó moviendo la cabeza en señal de afirmación, mientras preguntaba asustada, *¿qué pasa mi amor? ¿Qué sucede?* El conductor de la buseta volvió a esquivar la camioneta y de nuevo estuvo a punto de salirse de la vía. Varios pasajeros lanzaron gritos de

espanto, y una confusión general se apoderó de todos ellos. *¡Es mejor que se detenga!*, gritaba una mujer, *¡vamos a matarnos!* El cupo del viaje no estaba completo y había varias bancas vacías. José Marcos observó que en la última hilera no viajaba ningún pasajero, así que poniéndose de pie, le ordenó a Zulima que ocupara un puesto de esos, *es mejor separarnos por si acaso, ni tú me conoces, ni yo a ti, ¿oíste?* Había tanto pánico entre los demás viajeros, que se asían de los espaldares delanteros, se ponían de pie, cambiaban de puesto y gritaban un sinnúmero de cosas a la vez, que el salto de la muchacha a la banca desocupada no llamó la atención de ninguno de ellos. Justo cuando José Marcos ocupó el puesto del lado de la ventanilla, la buseta se detuvo a la orilla de la carretera y la camioneta roja se le atravesó adelante para impedirle el paso. Con un gesto de sus ojos acompañado por un movimiento de la cabeza, José Marcos le indicó a Zulima que se agachara. Seis hombres saltaron a tierra desde la camioneta y apuntaron con sus armas en dirección a la buseta. Una mujer comenzó a rezar en voz alta, y otra más allá imploraba la protección del Santo Ecce Homo del Valle. Dos de los hombres, portando ametralladoras mini Uzi, subieron la escalerilla y penetraron al transporte público. Uno de ellos le dijo al conductor, *¡qué hubo, hermano!*, y luego al resto de la gente, *¡no se asusten!, será cosa de unos segundos y podrán continuar.* Con su arma amenazando a diestra y siniestra, caminó hasta donde una minúscula placa ubicada en la parte superior de la ventana marcaba los puestos 15 y 16. Al clavar la miradas sobre su solitario ocupante, gritó victorioso, *¡José Marcos! ¡Al fin caíste, maldito! Nos vas a acompañar a un paseo.* El aludido respon-

dió gesticulando, haciendo derroche de su vocación de actor, *¿José Marcos? Me confunde usted, señor, me llamo José Romero, si quiere mire mi cédula.* El del arma pareció enfurecerse más, *¿usted cree que tengo todo el día, guerrillero mal nacido? ¡Vamos a tierra!* El hombre que lo acompañaba, llegó hasta el puesto y sujetó a José Marcos por el cuello, en un intento por obligarlo a ponerse de pie, *¡yo no soy ningún José Marcos, señor! ¡Se lo repito, mire mi carné de trabajo, soy empleado de la Coca Cola en la samaria!*, exclamó el guerrillero con voz compungida y mirando a su alrededor, como si tratara de ganar el apoyo de los demás pasajeros. Un tercer hombre pisó la escalinata del vehículo y gritó desde allí, *¡Dense prisa! ¿Y la mujer no viene?* Uno de los hombres le preguntó a José Marcos, tirándolo de la ropa para que se levantara, *¿y qué hiciste a tu putita guerrillera?* Animado por el deseo de salvar a Zulima, el aprehendido le replicó casi chillando por el desespero, *ninguna guerrillerita señor. Era mi novia, se quedó en La Gran Vía.* Hasta ese momento Zulima tenía su cabeza hundida entre sus rodillas en la banca de atrás. *¡Bajen al tipo de una vez, no duden que es él, tal vez la vieja se nos voló!* Los hombres la emprendieron a golpes contra José Marcos y lo fueron arrastrando hacia la puerta. El guerrillero suplicaba entre sollozos, *¡yo no soy el que dicen, cometen un error, se equivocan!* Uno de ellos descargó con ira el cañón de su arma contra la cabeza del retenido y este lanzó un gemido de dolor. Ningún pasajero había pronunciado una sola palabra. José Marcos cayó a la carretera de rodillas mientras los hombres lo pateaban ordenándole que caminara hacia la camioneta con ellos. En ese momento Zulima se alzó en su puesto y gritó mostrando su

angustia, *¡no se lo lleven! ¡Él no es el que dicen!* De los dos hombres, uno volvió a subir al vehículo y miró a la muchacha, preguntándole, *¿y quién eres tú que te metes de abogada?* Zulima no lo pensó dos veces para responder, *soy la mujer de él, ¡si se lo llevan tienen que llevarme a mí también!* El hombre la encañonó de inmediato, al tiempo que le decía, *¡ahí estabas, putita, anda de una vez! ¡Baja rápido!* El pálido rostro de Zulima reflejaba una decisión inquebrantable. Caminó con agilidad hacia la puerta y bajó por sí misma. Allí, abrazó a José Marcos, *lo que te pase a ti, nos pasará a juntos, mi amor*, alcanzó a decirle al oído antes de que las manos de los sujetos los agarraran por las ropas y los condujeran a empujones hacia la camioneta. José Marcos dejó de gimotear, había perdido la mejor actuación de su vida cuando estaba a punto de librar a la muchacha de la terrible suerte que los esperaba ahora. Ya no valía la pena fingir. En adelante se trataba de comportarse tal y como Abel le había enseñado. La pareja fue acomodada en medio de dos hombres armados. Los demás ocuparon otros puestos, y en un minuto la camioneta se perdió de la vista de los aterrados pasajeros de la buseta que no salían de su asombro. Tras un corto recorrido se metió por un desvío y unos trescientos metros después se introdujo en un solar cercado, en el cual, a la sombra de un palo enorme, otros hombres esperaban al pie de un campero verde. Los reos fueron traspasados a este sin demora alguna. Los vidrios eran oscuros e impedían divisar su interior. El campero salió de nuevo a la vía principal y pasó de largo por la entrada de La Concepción. Sólo aminoró la marcha cuando llegaba a su destino. Al encontrar abierto de par en par el portón de ingreso a

Las Margaritas, se coló a la propiedad y tomó rumbo hacia los lados del kiosco. Después de la muerte del viejo Álvaro Cújar, su hijo mayor, Alvarito, despidió a todo el personal que trabajaba allí y ordenó trasladar el ganado a otra de las haciendas que fueron de su padre. Decían que esos trabajadores fueron desapareciendo uno a uno en los días siguientes, sin que nadie hubiera vuelto a saber nada de ellos. La hacienda en apariencia permanecía desocupada. No obstante, ese día había varios automóviles parqueados en las inmediaciones de las viviendas. El capitán Cárdenas, vestido de paisano y usando lentes de vidrios negros, estaba sentado en una comfortable mecedora al interior del kiosco. A su lado, en una silla semejante, Alvarito Cújar fumaba un largo habano. Algunos de sus guardaespaldas los acompañaban. La parte de atrás de las viviendas estaba rodeada por más de una docena de hombres armados que vestían ropas civiles y prestaban vigilancia a los alrededores. En cuanto el campero se detuvo, el capitán volvió la cabeza hacia Alvarito y le dijo, *ahora vas a ver cómo es que trabajamos en la búsqueda de los asesinos de tu padre. Para eso te mandé buscar. Para que fueras testigo y te dieras el gusto.* Navarro y Daza descendieron del auto y le pidieron permiso para pasar. Después de saludar con solemnidad al capitán y con voz respetuosa al ganadero, los dos hombres informaron que en el auto tenían el encargo. *¿Hubo algún problema en la buseta?*, preguntó su superior, *negativo, mi capitán*, respondió Daza, *todo salió como usted lo planeó.* Navarro se sacó del hombro la mochila que le había quitado a José Marcos y se la extendió a su jefe, *al tipo le quitamos esta mochila, ni a él ni a la muchacha los hemos esculcado a fondo*

por la premura del procedimiento. El capitán tomó en sus manos la mochila, detalló con cuidado su apariencia y comentó, pues buen gusto sí tiene el miserable, luego ordenó a sus hombres que llevaran los detenidos a la parte de atrás de la casa, les hicieran una requisita completa, haciéndolos desnudar si era preciso, y vinieran a traerle los resultados. En cuanto los policías salieron a cumplir con su cometido, vació el contenido de la mochila en el piso frente a su silla, poemas, monos, papel higiénico, las inyecciones de la caída, la fórmula reveladora, una cartera de mujer, veamos. Extrajo de esta última una tarjeta de identidad, Mildred Sofía Fandiño Torres, de Punto Seco, ni más ni menos. Mira Alvarito hasta dónde se ha metido esa chusma, dieciocho años, negra tenía que ser. Alvarito sonrió con desprecio, sin tomarse la molestia de ojear el documento. A su espalda, uno de los escoltas le pidió permiso para preguntar algo. ¿Qué quieres Adelmo?, preguntó con voz perezosa. Es un recuerdo que me trae esa mochila, don Alvarito, si me la permiten examinar durante un momento para estar más seguro, les comentaré algo que puede ser importante, fueron las palabras empleadas como respuesta por el escolta, que lucía un mechón de cabello blanco en el lado derecho de su cabeza. El capitán Cárdenas se la extendió y al avanzar a cogerla, el hombre cojeó ligeramente. Uno de sus brazos revelaba limitaciones serias de movimiento, como si estuviera lastimado. No necesitó mucho tiempo para confirmar sus sospechas, así que al devolverla al capitán fue diciendo, estoy seguro como que me llamo Adelmo, que es la misma mochila que le vi un día a una india en la estación de los carros que suben a Santa Clara. ¿Y qué hay con ello?, dijo molesto Alvarito, todos

los indios e indias de la Sierra cargan mochilas y las venden. Adelmo continuó su explicación, lo recuerdo muy bien, señor, hice cuanto pude por comprarla, pero la india se negó, me aseguró que estaba rezada, que una mujer se la había encargado así, para el hombre que celaba, y que si otra persona distinta la usaba iba a ser víctima de hechicerías. Todavía no le creía y entonces le pregunté qué mujer la había mandado a tejer, y me respondió que la señora Amanda, la del Seguro Social. Yo decidí retirarme enseguida porque pensé que la mochila era para el finado don Alvaro... Usted sabe... Él tenía varias queridas y esa Amanda era una de ellas. Resulta extraño que la mochila aparezca en manos de un guerrillero. Nunca se la vi a don Álvaro. La atención del ganadero, un tanto distraída al comienzo de la exposición, se fue haciendo más intensa a medida que su guardaespaldas avanzaba. Al final, se quedó pensando durante casi un minuto, sin pronunciar una palabra. Luego inhaló de su habano, expelió el humo y sonrió al tiempo que se dirigía al capitán, vaya, vaya, Obdulio, ¿estarás pensando lo mismo que yo? Creo que vamos a hacer moñona. El capitán asintió con la cabeza y expresó con calculada meditación, y hablando de recuerdos, el año pasado, para la fiesta del campesino, esa señora Amanda subió a la Sierra, el mismo día que los guerrilleros celebraron su fiesta. Mira cómo es la vida, quiso meterme el cuento de que estaba asustada, hasta después vino a contarme lo que había visto allá para que no desconfiara de ella. Alvarito arrojó su habano al piso y exclamó iracundo, ¡perra asquerosa! ¡Explotando al viejo Álvaro con el culo y llevando informes de él a los bandidos esos! ¡Seguro que ese tal José Marcos que traen ahí es el amante al que celaba! ¡Esa bandida tuvo que ver

en la muerte del viejo! Me la va a pagar, Obdulio, de ella me encargo yo mismo, no quiero que nadie meta la mano en eso, ¿me oyes? El capitán sonrió con complaciente generosidad, es toda tuya Alvarito, hagas lo que hagas con ella, lo tendrá bien merecido. Del examen de la billetera que le quitaron a José Marcos, no resultó nada que pudiera ser útil para el capitán. Una cédula y un carné antiguo de trabajo en la empresa Coca Cola a nombre de José Romero, la fotografía de una niña en un desfile infantil de carnaval, calendarios de este año y los anteriores y doscientos mil pesos. Aparte de eso portaba dos paquetes de Belmont, un pañuelo, un anillo de oro, unas gafas de montura dorada, un reloj Orient Quartz y un bolígrafo Parker. La muchacha tenía un reloj barato, unos aretes de oro sencillos y nada más. Todo esto hay que devolvérselos. Que cuando los encuentren no les falte nada. Esta vez no tenemos el menor interés en que alguien piense que fue un atraco, orientó el capitán a sus hombres. ¿Hasta la plata también capitán?, preguntó escandalizado Adelmo. El capitán volvió la cabeza para mirarlo, y en lugar de reprochar su impertinencia contestó, la plata no, cójala para usted, en premio por su información, y le extendió los billetes. Luego preguntó a Alvarito si quería estar presente en los interrogatorios. Creo que mejor me cuentas luego los resultados, odio la violencia, ¿sabes?, y no soporto ver sangre. Siempre he preferido que otros se hagan cargo de eso, se excusó el ganadero. El capitán se puso de pie y se dirigió a la parte trasera de la vivienda, seguido por Navarro y Daza. Encontró a José Marcos y Zulima sentados en el suelo con la cabeza gacha. Se presentó con voz amistosa, buenas tardes, soy el capitán Obdulio Cárdenas, comandante del Distrito de

Policía de La Concepción. La pareja levantó los ojos para mirarlo. Antes de que dijeran cualquier cosa, el capitán se les adelantó, saben bien por qué están acá, como verá José Marcos, o José Romero, sabemos todo sobre usted. Que es el comandante de las FARC en la sabana, que es enviado de la Sierra por el zurdo Abel, que tiene una niña en Santa Marta y hasta que tiene una amante en La Concepción llamada Amanda. Tiene preñada a Mildred Sofía, o ¿cómo se llama en el Frente? Su plan era sacarle la criatura en la clínica del doctor Herrera. Están perdidos. Pero no se asusten, les tengo una oferta. Colaboren con la ley, denos toda la información que sepan sobre las actividades y personas de su organización. Les prometo que voy a ayudarlos. Les arreglaremos el problema con la justicia, quizás ni tengan que someterse a ella. Si quieren les daremos otra identidad y los enviaremos a vivir a otra parte. No tendrán que perder a su hijo, esta pobre muchacha podrá tenerlo y lo criarán entre juntos. Los ayudaremos a salir adelante, se lo garantizo. José Marcos carraspeó un poco antes de hablar, y cuando lo hizo, empleó un tono de alteración, como si estuviera adolorido por algo, siquiera que se presenta usted, capitán, se ve que es un hombre decente y que entiende las cosas. Mire, he tratado de explicarles de mil maneras a estos hombres que no tengo la menor idea de lo que me están hablando. Pienso que usted sí podría creerme. El capitán le respondió en forma violenta, ¡no hable mierda!, ¡no estoy aquí para oírle hablar mierda! ¡Mire!, le arrojó al frente el retrato hablado con el que lo habían reconocido, debajo del cual se leían las acusaciones que pesaban en su contra. ¡No me venga con comedias! ¡Sé lo que estoy diciendo, no trate de engañarme! José Marcos guardó

un largo silencio antes de hablar de nuevo, apretó sus maxilares con fuerza y endureció el rostro, *da lo mismo capitán, sea o no sea lo que dice, da lo mismo. Por nosotros no va a enterarse absolutamente de nada. Además, si sabe todo, como dice, no veo qué podríamos añadir.* El capitán parpadeó un tanto sorprendido por el cambio de actitud. Entonces se dirigió a Zulima, *si él quiere ser mártir, allá él, no veo por qué tenga por qué serlo usted, una muchacha tan joven y bonita. Soñaba con ser madre antes que este tipo la convenciera de arrebatarle la vida a la criatura que lleva dentro, ¿no?* La respuesta de Zulima lo sacó de casillas, *no sé a qué hijo se refiere, ni estoy embarazada, ni sé qué es lo que espera que le diga.* El oficial masculló casi para sí mismo, *¿A qué maldita raza pertenecen ustedes, que son capaces de los peores crímenes y no tienen respeto por la muerte?* José Marcos decidió responderle, *pertenecemos a la raza humana que pide justicia, venimos de siglos de humillaciones, luchamos por un mundo más bello, son cosas que un hombre vulgar como usted jamás podrá entender.* El capitán se quedó mirándolos como si tratara de leer en sus mentes. Después les dijo con calma, *bueno, las decisiones son suyas. Yo no soy un hombre arbitrario y salvaje, como suelen ser en el Ejército. Si estuvieran en las manos de ellos, los estuvieran despellejando vivos. Les ofrezco la oportunidad de vivir, de salir de esa tenebrosa red a que pertenecen. Si me dicen que sí, les va a ir bien. No fue la Policía quien los capturó, fueron los paramilitares. Ellos quieren matarlos. Conmigo se irán para el Comando, declararán todo lo que nos pueda servir y quedarán limpios. De lo contrario, voy a irme y quedarán en sus manos. Es su última oportunidad, ¿qué dicen?* José Marcos habló con serenidad,

algún día, capitán, los nuestros sabrán que fuimos leales hasta la muerte. Estamos seguros que se fortalecerán con el ejemplo, es nuestra manera de ganar. El capitán volvió a mirar a Zulima, ¿y a usted, negra, no le da miedo morir? El rostro de Zulima no podía ocultar la palidez que lo dominaba. Pese a ello respondió con energía, sí, me da mucho miedo morir, pero me da más miedo vivir en un mundo dominado por tipos como usted. El capitán decidió despedirse sin insistir más, no era la primera vez que se hallaba frente a ese tipo de manifestaciones de coraje, lástima, hubieran tenido un hermoso futuro. Al darles la espalda, escuchó la voz de José Marcos que le decía, no crea que su futuro va a ser hermoso, nuestra muerte hará llegar mucha más gente a la lucha. El capitán frunció los hombros y regresó al lado del hacendado en el kiosco, esa gente no va a aflojar, Alvarito, los conozco cuando se ponen así. Tendremos que contentarnos con ellos, el médico y el tipo del camión, Baldomero. El ganadero agregó, no se te olvide la mujerzuela esa, Amanda, son cinco canallas menos, hay que darnos por bien servidos. Ya te dije que yo me haré cargo de ella, mis hombres también pueden despachar este par. El resto te los dejo a ti, no vaya a ser que te dé por llamarme goloso. El capitán consideró oportuno el momento para recordar, espero Alvarito que me hagas el reconocimiento en la reunión de los pesados. Me sirve mucho que sepan allá, cuánto se desvela uno por sus intereses. El hacendado le respondió, eso es un hecho, Obdulio. Carlos Alfonso y los demás están reuniendo lo que te prometí. Despreocúpate, vas a salir de apuros.

Aníbal conducía la primera camioneta del día que hacía la línea a Santa Clara. Todavía se desplazaba por terreno plano, cuando en la curva que llamaban *del torito*, distinguió unos bultos tirados a la orilla de la carretera. Sus ojos, al igual que los de los pasajeros que llevaba sentados a su derecha, parpadearon un poco en procura de reconocer de qué se trataba aquello. Inicialmente pensaron que se trataba de un caballo o de una mula muerta. Cuando el vehículo estuvo más cerca salieron todos de dudas. Eran dos cuerpos humanos. Aníbal se detuvo y comentó con sus acompañantes, *¡son dos muertos! ¡Bajémonos a ver si los conocemos!* Con un poco de temor, ellos y otras personas que descendieron de la carrocería, se acercaron lentamente a los cadáveres. No hacía una media hora que habían dejado atrás el retén del Ejército. Los cuerpos eran de un hombre y una mujer jóvenes, cada uno de los cuales tenía varios disparos en la cabeza. Por los orificios parecía haberseles salido toda la sangre de sus cuerpos. Vestían buenas ropas. Alguien comentó, *deben haberlos matado anoche, se ve que están bien tiesos.* Otro añadió, *anoche temprano, tienen por lo menos doce horas.* Otra voz preguntó, *pero no parecen de por aquí, ¿alguno los conoce?* Todas las miradas de los pasajeros se cruzaron con gesto de interrogación. Nadie dijo nada. Sólo Aníbal se atrevió a aventurar, *deben ser del pueblo, tal vez los trajeron aquí para matarlos.* Una vez en la camioneta, después de reemprender la marcha, Aníbal volvió a dirigirse a sus acompañantes, *los carros que bajan hacia La Concepción se encargarán de llevar la noticia, para que vengan a recogerlos. Nosotros no podemos sino llevar el chisme para adentro.* Trocha arriba, otros treinta minutos adelante, la línea se detuvo

en la casa de la señora Jaidín. Frente a ella salía el camino que traía de la vereda La Estrella y algunos pasajeros se quedaban ahí. Dos campesinos esperaban transporte para subir también hacia Santa Clara. Aníbal descendió de su puesto mientras el ayudante cobraba los pasajes y organizaba de nuevo la carga en la carrocería. Dentro de la casa, Jaidín le ofreció una taza de café. Aníbal le preguntó en voz baja por Gilberto. Ella le respondió que pasara al patio y lo buscara en la habitación de atrás. A prisa, Aníbal llegó hasta allá y le soltó a Gilberto la nueva apenas lo saludó, *mala suerte Gilberto, José Marcos y la negrita con la que andaba, están muertos y tirados abajo en la carretera, en la curva del torito. Todos los vimos, pero yo no quise hacer bulla, ahí atrás vienen dos tipos extraños y es mejor tener cuidado*. Antes de regresar a la camioneta, Aníbal le entregó la prensa del día, *en la primera página de El Heraldillo hay una fotografía que tiene revolcado el sector del mercado, después hablamos*, le dijo en forma rápida al estrecharle la mano. Salió de la casa despidiéndose en voz alta de Jaidín, regresó con naturalidad a su puesto al volante de la camioneta y continuó el recorrido. No había avanzado un kilómetro, cuando varios hombres uniformados y portando armas largas, le salieron al paso y le hicieron la señal de pare. Aníbal se detuvo de inmediato. El declive del ascenso obligó al ayudante a saltar a tierra para colocar las cuñas de madera detrás de las llantas. Cinco guerrilleros rodearon la camioneta, encañonaron con sus fusiles a los dos desconocidos y les ordenaron descender. Estos bajaron lívidos y temblorosos. Los guerrilleros procedieron a requisarlos ante la vista de todos. Enseguida examinaron sus documentos y les revisaron el equipaje.

Luego les dijeron que tenían que quedarse con ellos. El que parecía el jefe se dirigió al mismo tiempo a Aníbal y a los demás, *sigan arriba y díganle al Ejército que el cabo y el soldado que venían vestidos de civil, se quedaron con nosotros*. La camioneta volvió a partir. Minutos después se cruzó con los dos vehículos que bajaban repletos de carga y pasajeros, a los cuales saludó Aníbal oprimiendo varias veces la bocina. Ninguno de sus pasajeros volvió a decir una sola palabra hasta entrar en Santa Clara. Aníbal llamó al primer uniformado que tuvo a su alcance cuando se detuvo en el centro de la larga calle del caserío y le dio la razón de los guerrilleros. El hombre emprendió veloz carrera hacia la parte alta del pueblo. Más tarde regresó en compañía de otro y le dio la razón de que el capitán quería hablar directamente con él. Aníbal fue gráfico y preciso al relatar al capitán lo relacionado con el encuentro de los muertos y el retén posterior de los guerrilleros. Cuando bajaba del cerrito en que tenía ubicada su carpa el capitán, lo escuchó a sus espaldas rabiarse con alguien, acerca de a quién se le ocurría mandar dos tropas en la línea, el mismo día que aparecían los muertos en la orilla de la vía. Fue Gilberto quien se encargó de informar a Abel por la radio, de la aparición de los cadáveres de José Marcos y Zulima. Conmovido en grado sumo, Abel ordenó reunir a todos los combatientes que estuvieran en el campamento y les comunicó la terrible novedad. El golpe los dejó sumidos en un amargo dolor. José Marcos con su inagotable parloteo de samario alegre, y Zulima siempre linda, trabajadora y sonriente, significaban una pérdida enorme que desgarraba los sentimientos de los más duros guerreros. El llanto se desbordó incontenible mientras mu-

chachas y muchachos se abrazaban lamentando la tragedia. Alguien comenzó a gritar sus nombres con fuerza mientras los demás, con sus gargantas fracturadas por la atormentada emoción respondían una y otra vez, *¡presentes, presentes, presentes, hasta siempre!* Al cabo de unos momentos se elevó un coro de voces furibundas que entonaban una y otra vez de manera orgullosa la consigna, *¡Por nuestros muertos!... ¡Ni un minuto de silencio!... ¡Toda una vida de combate!* Al anochecer, junto a Jaime y Fermín, Abel convocó tres mandos más con el propósito de discutir los últimos acontecimientos. De acuerdo con lo dicho por Gilberto, quien había llegado a traer las más recientes noticias, el suboficial y el soldado profesionales fueron enviados de civil desde Santa Rosa con el objeto de relevar a dos compañeros suyos que salían de licencia. Ellos mismos lo habían explicado. Ni ellos ni sus superiores habían pensado que podrían caer en manos de la guerrilla. Iban desarmados. Sobre José Marcos y Zulima, Gilberto había podido investigar que a eso de las siete de la noche del día anterior, algunos vecinos del sitio en donde se hallaron sus cuerpos habían escuchado la balacera. Según testigos del levantamiento, a cada uno de ellos le fueron contados siete tiros en la cabeza. De La Concepción había llegado el dato acerca de que esa misma tarde, los ocupantes de una camioneta roja, la misma de siempre, los habían obligado a bajar de una buseta que venía de la capital. Se decía que el capitán de la Policía había estado metido en eso, pero no se tenían más datos al respecto. Abel explicó a los demás acerca del permiso que había solicitado José Marcos para salir a practicar un legrado a Zulima. Acababan de pagar un precio muy alto por no con-

ceder la debida importancia a la seguridad. Eso no podía volver a suceder en el futuro. La fotografía publicada por El Heraldo en primera página también fue motivo de comentarios. Era la gráfica de una patrulla de la Policía emboscada el día anterior en la subida a San José de Oriente en el Perijá, por el Frente XLI de las FARC. La toma del reportero gráfico captó a varios curiosos que contemplaban el lamentable estado en que quedó el vehículo que transportaba los ocho policías acribillados. El rostro de uno de los curiosos quedó en primer plano, de frente a la cámara, pudiéndose distinguir sus facciones a la perfección. No había ninguna duda, aunque no tuviera explicación aparente. Era el rostro del finado Duván, el marido de Laurita, el del negocio en Santa Clara. Tenía razón Aníbal cuando mencionó la conmoción generada en el sector del mercado, el más frecuentado por la gente de la Sierra. Gilberto recordó que Duván había nacido en San José de Oriente, *quizás su alma apareció en la tierra que lo vio nacer, para vengar en unos policías la patraña que montaron para matarlo*, agregó. Abel le reprochó su superstición, *no digas tonterías, Gilberto, somos materialistas, no lo olvides*. Pese a ello, el grupo permaneció perplejo por un buen rato. Buscando escapar de ese estado, Abel pasó a pedir opiniones acerca de los prisioneros de la mañana. Estaban bien asegurados. Jaime y Fermín se pronunciaron por su inmediata ejecución, *y hay que dejárselos a la orilla de la carretera negra, abajo, para que se enteren que entendimos el mensaje que nos enviaron con José Marcos y Zulima*, agregó Fermín apretando los dientes con furia. Los otros mandos opinaron igual. Sólo uno de ellos expuso con timidez una razón contraria, *me pregunto si proce-*

der de esa manera no sería ponernos en el mismo nivel del enemigo. Lo digo por aquello de la superioridad moral de los revolucionarios. ¿No sería mucho más altruista devolverlos con vida e íntegros a una comisión humanitaria? Así tal vez haríamos un trabajo al interior de las filas enemigas. Abel le respondió mirándolo a los ojos con firmeza, *la moral reinante es la expresión de los intereses de las clases dominantes, al igual que todas las leyes. Los voceros de su falsa ética nos halagan con frases como esa, para que aceptemos sus principios y obremos en consecuencia, pese a que ellos los violan impunemente cuando quieren. Los principios revolucionarios encarnan en cambio los anhelos más sentidos de los millones de seres humanos sin esperanza. Es a estos últimos que debemos acomodar nuestra conducta.* Gilberto recibió las instrucciones precisas, dentro de las cuales se incluyó la de no derrochar proyectiles. Despachado ese asunto, pasaron a hablar de la necesidad de reforzar los comandos rojos. Para ello era necesario sacar dos explosivistas de la unidad de orden público y realizar algunas inversiones en infraestructura. La organización estaba obligada a golpear más duro. Al día siguiente llegó la noticia de que el doctor Herrera, médico independiente y propietario de la clínica San Sebastián, había sido asesinado en el momento de llegar a su trabajo en horas de la mañana del día anterior. La propia alcaldía municipal se encargó de expedir un comunicado público, en el cual condenaba y repudiaba el crimen. Esa tarde, la mujer de Baldomero, sufrió el susto más grande de su vida. Estaba de pie, conversando tranquilamente con una vecina en el antejardín de su casa, cuando vio llegar a Matías, el socio de su marido, conduciendo su propio camión

Dodge 600. Como este solía llegar con frecuencia a su casa, María Antonia no interrumpió su conversación. Matías descendió del vehículo y se dirigió a la parte trasera del mismo. Como interpretaron después, Matías pretendía bajar al piso un bulto de plátanos que traía en la carrocería, para lo cual aflojó las varillas que aseguraban la puerta de esta y la jaló con intención de abrirla. En eso estaba cuando desde una motocicleta negra, dos hombres vestidos de civil la emprendieron a tiros contra él. Las dos mujeres gritaron aterradas. Las detonaciones se confundieron con el extraño rugido lanzado por Matías al recibir los disparos en la espalda. La inmediata aceleración del motor, casi hace saltar al vehículo que emprendió la huida a máxima velocidad y se perdió por la esquina. Matías se escurrió con lentitud, como si tratara de impedir con las manos aferradas a la carrocería, que la vida se le escapara si caía al piso. Cuando los curiosos vencieron el temor y fueron rodeando su cuerpo, observaron en su espalda unas heridas semejantes al zarpazo de una garra gigante, por las cuales manaba sangre en abundancia. *Está muerto*, sentenciaron varios al tiempo. Desde la mañana en que la Policía allanó la casa de Baldomero en busca de José Marcos y Zulima, éste no había vuelto a presentarse allí. Sus hijos se encargaron de informarlo de lo que había sucedido. Luego, en la sabana, por los compañeros de José Marcos se enteró del triste final de sus huéspedes. Por eso decidió dejar quieto el camión y refugiarse en uno de los caseríos a los que entraba con frecuencia. Allá llegó su hijo mayor a ponerlo al corriente del asesinato de Matías frente a su casa. Era obvio que los asesinos lo habían confundido con él. Decidió cambiar el camión por dos campe-

ros y llevarse su familia para Flores de María, mientras se calmaba el panorama. Sólo regresó a La Concepción cuando la noticia de la muerte de Carlos Alfonso Silva le devolvió la tranquilidad. Seis de los hombres que le servían de escoltas tomaban fresco después del almuerzo, a la sombra del par de almendros sembrados al frente de su casa, sentados en mecedoras y cabeceando por el sueño, cuando vieron aproximarse la camioneta roja de cuatro puertas en que solían pasearse por la ciudad. El vehículo se detuvo exactamente frente a ellos. Pero en lugar de descender de él sus acostumbrados compinches, cuando se abrieron las puertas de ventanillas con vidrios negros que ocultaban su interior, saltaron a tierra varios muchachos armados con ametralladoras haciendo fuego contra ellos. En un abrir y cerrar de ojos, los escoltas dormían para siempre la siesta del mediodía. Sin pensarlo dos veces, cuatro de los mismos muchachos se colaron por la puerta abierta al interior de la casa. Carlos Alfonso no tuvo tiempo de pararse a preguntar qué estaba sucediendo afuera. Allí quedó, sobre la cama, en su propia habitación, mirando hacia el cielo raso de madera tallada al lado del cuerpo también acribillado de su mujer. Los muchachos se perdieron de vista en la misma camioneta roja, justo antes de que la verdadera, atiborrada de paramilitares, se apareciera seguida de dos autos más, por la misma esquina por donde dos minutos antes había llegado aquella. Una hora después, La Concepción parecía una ciudad habitada por fantasmas. Todos los negocios cerraron sus puertas y la gente se encerró en sus casas llena de pánico. Por primera vez en muchos años no se oía el sonido de una nota musical en ninguno de sus barrios. Por las

calles desoladas transitaban por turnos tanques de guerra, pelotones de soldados, camperos militares artillados con ametralladoras y las reconocidas camionetas repletas de sicarios. La contraguerrilla del teniente Peña, recorría también las calles de la población, frenando de improviso en cualquier sitio al tiempo que sus hombres saltaban con sorprendente agilidad a la calzada empuñando sus fusiles. Unas veces lo hacían para reparar en algún detalle que les resultara sospechoso, otras con el único propósito de que uno cualquiera de ellos vaciara su vejiga en cualquier esquina. La familia de José Marcos se trasladó desde la capital a reclamar sus despojos en la morgue municipal y luego de celebrarle exequias lo sepultaron en el cementerio de su ciudad natal, en una tumba sencilla hasta donde en las noches alcanzaba a llegar el rumor del mar. Geraldina y Guillermito se llevaron los restos de Zulima y consiguieron hacerle un multitudinario entierro en Punto Seco, al cual se presentaron varios artistas que tocaron su acordeón y cantaron canciones vallenatas como última despedida. A los dos funerales llegaron grandes coronas de flores cruzadas por cintas que decían FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS DE COLOMBIA EJERCITO DEL PUEBLO FARC-EP. La suerte de Amanda en cambio siguió siendo un misterio. Fue sacada de su oficina en el Seguro en pleno día, delante de todos sus compañeros de trabajo, encañonada y a empellones por tres hombres armados que tenían un aspecto escalofriante. Los que lograron verla por última vez, contaron que fue forzada a abordar un campero de color verde y vidrios oscuros que partió a toda velocidad hacia las afueras de la ciudad. Eliana se encargó de recoger su hijo y atenderlo

durante dos semanas, hasta que los padres de Amanda lo reclamaron y lo llevaron con ellos. El hecho quedó registrado inicialmente como un secuestro y así se difundió por los medios de comunicación. Sin embargo, nadie buscó jamás sus familiares o conocidos para proponer algún tipo de negociación. Es probable que hubiera sido sepultada en la sabana, en alguna de las haciendas que fueron del viejo Álvaro Cújar. Aunque las malas lenguas de La Concepción aseguraban que el viejo había tenido pacto con el diablo y por eso todos los años entregaba un trabajador de su finca, a cambio de que le fuera bien en el incremento de su fortuna. Según la gente, el diablo se disfrazaba de buitre para llevárselo, y por eso el viejo hacendado abandonaba al trabajador en cualquier potrero de su propiedad, con el vientre abierto y expuesto al calcinante sol del verano el primer día del año. El diablo se lo cargaba poco a poco con su pico. Nada tendría de raro que en esta tierra de sangre y dolor, ese hubiera sido también el triste final que su hijo hubiera reservado para Amanda.♦

